COLECCIÓN DE ÍNDICES DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS
DIRIGIDA POR JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS

I

EL ARTISTA
(Madrid, 1835-1836)

POR
JOSÉ SIMÓN DÍAZ

INSTITUTO "NICOLÁS ANTONIO" DEL CONSEJO
SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID
1946

EL ARTISTA
(Madrid, 1835-1836)

COLECCIÓN DE ÍNDICES DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS
DIRIGIDA POR JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS

I

EL ARTISTA
(Madrid, 1835-1836)

POR

JOSÉ SIMÓN DÍAZ

INSTITUTO "NICOLÁS ANTONIO" DEL CONSEJO
SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID
1946

BLASS, S. A. TIPOGRÁFICA.—NÚÑEZ DE BALBOA, 27.—MADRID

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Iniciamos la realización de una ambiciosa tarea, tratando de divulgar el contenido de una revista española, idéntica, por su título, a otras varias que aparecieron en lugares y fechas muy diferentes, pero inconfundible por ser el resultado de los esfuerzos de dos jóvenes y prestigiosos directores; de colaboradores que alcanzaron la inmortalidad, gracias, en parte, a trabajos aparecidos en tales páginas; de dibujantes magníficos, y de unas prensas tan acreditadas como las de Sancha. Si a estos méritos se agrega el de haber cumplido la misión de propagar un nuestro país las ideas románticas, se comprenderán las razones por las cuales ha sido elegido *El Artista* para iniciar esta *Colección.*

La suya, bastante rara y valiosa, se compone de tres volúmenes, de 312 páginas los dos primeros y de 156 el tercero en tamaño 27,5 × 20,5 cm. con 21 × 15,5 cm. de caja. Cada número consta de 12 páginas en papel vitela, y de una o dos estampas. El texto va siempre a dos columnas y para establecer una pequeña separación entre los diversos asuntos tratados muy frecuentemente se anteponen a los títulos de los artículos denominaciones genéricas: *Biografía, Literatura, Pintura,* etc.

La primera "entrega" salió a luz el día 4 de enero de 1835 y las siguientes los domingos sucesivos; aunque no llevan la fecha respectiva, ésta puede averiguarse fácilmente, pues abundan las alusiones a hechos muy conocidos (estrenos, fallecimientos, etc.).

Los objetivos que se proponían los editores fueron señalados con gran precisión en el *Prospecto* que precede al primer número (§ 335); volvieron a indicarse en otras ocasiones, y, por último,

la despedida con que se cierra el último, se recuerda a modo de consuelo, que el "clasiquinismo", al que hicieron guerra, les ha precedido en la muerte (§ 82).

Fundaron y dirigieron *El Artista* Eugenio de Ochoa y Federico de Madrazo. El primero había regresado poco antes de París, en donde asistió a la Escuela Central de Artes y Oficios durante cinco años, pensionado por Fernando VII. Cuidaba especialmente de la parte literaria e insertó numerosos trabajos suyos (poesías, cuentos, biografías, etc.). Su posición frente al influjo francés es interesantísima, pues en él se armonizan una fervorosa admiración por las nuevas ideas y por los escritores principales del país vecino (Víctor Hugo, al que tradujo en parte; Delavigne, a quien tuvo excesivo aprecio, etc.); con la sistemática repulsa para todo intento de reemplazar las obras literarias, los bailes, las modas o las costumbres españolas en general por las de aquella procedencia (§ 290).

Y esta actitud, que llegó a dar origen a una protesta (§ 104), fué secundada por alguno de los colaboradores.

Federico de Madrazo tuvo a su cargo la dirección artística y compuso gran parte de las ilustraciones. Su familia cooperó a la empresa, y así vemos con frecuencia el nombre de don José, el pintor de cámara, que estudia las obras maestras del Museo del Prado, y, sobre todo, el de Pedro, alumno a la sazón de la Universidad de Valladolid, lo mismo que Zorrilla y que Morán, los cuales remitieron, sin duda por su conducto, algunas composiciones. Recordando que *El Artista* apareció en los años 1835-36, es sumamente interesante hacer constar los de nacimiento de algunos de sus más destacados firmantes: Espronceda (1808), Zorrilla (1817), Pastor Díaz (1811), S. Bermúdez de Castro (1814), Castro y Orozco (1808), E. de Ochoa (1815), García y Tassara (1817), Federico de Madrazo (1815), Pedro de Madrazo (1816).

A pesar de la juventud de todos ellos y de las peculiaridades de la doctrina que profesaban, el tono medio es de una gran altura y discreción. Casi no aparecen aquellas anécdotas y curiosidades con que los periodistas remediaban la escasez de original, y muy pocas veces se reproducen textos de otras revistas, lo que contrasta con lo que se hizo con sus trabajos, que volveremos a encontrarlos más de una vez en sucesivos índices. Tampoco abundan las po-

lémicas, y cuando surgen se desarrollan con exquisita corrección (§ 247).

Los artículos suelen ocupar de una a tres páginas, salvo las narraciones y leyendas, generalmente algo más extensas. Las principales excepciones las constituyen los estudios de Carderera sobre las Bellas Artes (§ 56) y de Usoz del Río sobre algunos sinónimos castellanos (§ 386).

Dificultades notables provienen del hecho de ir firmados la casi totalidad de los artículos con las iniciales del nombre y apellidos de sus autores. En todos los casos, nos atenemos a lo que figura al pie de aquéllos (o en el índice del tomo, cuando éste añade alguna particularidad notable), haciendo referencia al apellido correspondiente, cuando es conocido. En los casos dudosos o no resueltos, indicamos las hipótesis o datos que pueden facilitar la identificación.

Entre los artículos literarios destacan los de carácter doctrinal, que definen y precisan la nueva corriente, a la que Ochoa se incorporó durante su permanencia en Francia. En cualquier estudio sobre el Romanticismo hallaremos siempre fragmentos de tales artículos, o bien de otros de asunto diferente (v. gr., críticas teatrales), pero de valor análogo. En su mayor parte, se deben a Ochoa, y hemos reproducido íntegramente los más significativos.

La posición anticlasicista, a la que ya aludimos, se refleja tanto en el texto cuanto en algunas graciosas láminas muy conocidas (§ XXVIII, XLVII); mas no es tan inconsecuente que no permita la apreciación de los valores del ciclo antecedente, como puede apreciarse en las biografías de Lista y de Gallego y en el hecho de que se publiquen composiciones de ambos.

De la Literatura anterior, se aprecia especialmente lo medieval, y así hallamos imitaciones de crónicas y poesías compuestas en una pintoresca fabla; desventurados y armoniosos trovadores por doquier; críticas de obras dramáticas de las que son protagonistas diferentes monarcas, etc.

Las grandes figuras del Siglo de Oro también son recordadas. El nombre de Cervantes aparece con frecuencia, a causa del interés suscitado por la estatua que labró en Roma Solá, y entre las láminas figuran varias ilustraciones al *Quijote* y a otras obras suyas. Lope

de Vega y Calderón fueron estudiados en sendos trabajos, que reproducimos.

Acerca de los autores contemporáneos, pueden hallarse interesantes noticias en los anuncios, en las crónicas teatrales y en otros muchos lugares. Particular interés tiene cuanto se relaciona con el estreno del *Don Alvaro*. De los autores extranjeros, Dante inspiró una de las ilustraciones, y se incluyeron traducciones de Víctor Hugo, Byron, Irving y Dumas. Algunos autores menos importantes merecieron calurosos elogios (§ 35, 369), y es curiosa la referencia a Chateaubriand. Sin embargo, la admiración hacia lo extranjero no es tan considerable ni tan incondicionada como suele darse a entender.

En lo tocante a la Poesía, pueden citarse ejemplos de todas las notas distintivas de la romántica: diversidad de metros, filohelenismo, orientalismo, tema sepulcral, amor a la Naturaleza, egocentrismo, etc.

Algunos de los colaboradores literarios exigen mención especial. Tal acontece con Espronceda, que dió a conocer la *Canción del Pirata* y varias estrofas del *Pelayo* en estas columnas. Por aparecer estas composiciones y algún artículo que generalmente se cita entre los suyos, como *El Pastor Clasiquino*, firmados en la forma "J. de E.", le atribuímos otros cinco que llevan al final las mismas iniciales, que tan sólo coincidían con las de otro colaborador, Joaquín Esquerra, —autor de dos relatos de viajes—, que siempre mencionaba su apellido. Dos narraciones y tres críticas teatrales integran esta aportación.

La aparición de un escrito de "Fernán Caballero" en el órgano de la juventud romántica suscita numerosas reflexiones. La carta que reproducimos en el lugar correspondiente, demuestra que ese relato fué la primera obra de Fernán publicada en España y que ello se debió a su madre. Esperamos tener ocasión de dar a conocer en índices sucesivos otras novelas cortas y cuentos suyos aparecidos en otras revistas en ese período intermedio y firmados también por "C. B.".

El señor Alonso Cortés ha reeditado recientemente las producciones de Zorrilla que aparecieron en esta revista. En las *Poesías*, de Salas y Quiroga (Madrid, 1834), no figuran las incluídas en la misma, que fueron compuestas posteriormente.

Las dos composiciones de Gallardo, inferiores a la canción *Blanca Flor*, no forman parte de sus *Obras selectas*, y por tal razón las reproducimos. Análogo criterio hemos seguido en lo tocante a los demás autores.

La Pintura mereció una atención poco frecuente. Análisis y descripciones de las obras maestras conservadas en el Museo del Prado, biografías y estudios de los grandes artistas antiguos (Rafael, Miguel Angel, Velázquez) y modernos (Goya), notas técnicas, interesantes paralelos, etc., forman parte de esta publicación. El grabado, especialmente en madera, también interesaba a sus autores. Pero la mejor muestra de su valía artística la dejaron en su propia obra: las estampas que ilustraban la revista, no menos merecedoras de admiración que el texto. Son 96 y entre ellas hay 30 retratos. De los debidos a Federico de Madrazo pudo decir, con justicia, Ochoa años después: "Nunca se habían visto en litografía tan magníficos resultados, una entonación tan firme y delicada al mismo tiempo, tal vigor de toques, tanto colorido." No menos notables son sus ilustraciones a diversos relatos tremebundos y fantásticos y sus escenas satíricas.

También aparecieron láminas compuestas por artistas extranjeros, como Blanchard, Palmaroli, Feillet, etc.

Una pequeña, pero interesante historia de la Arquitectura española se hallará en el mencionado trabajo de Carderera, y en diversos sueltos se propugna por una rigurosa policía urbana que evitase los atentados que contra el buen gusto se cometían, so pretexto de revocar las fachadas madrileñas, y se protesta enérgicamente contra las sectarias y absurdas medidas que determinaron la demolición de algunos bellos e históricos conventos (§ 157, 336, 337).

También se habla de algunas estatuas erigidas ya a Menón, ya a Cervantes, y de sepulcros proyectados, y se dan a conocer los dibujos trazados para los destinados a Meléndez Valdés y a Jovellanos.

Mucha más atención inspiraban las cuestiones musicales, especialmente por la laboriosidad y la competencia de Santiago de Masarnau, que al ocuparse de las representaciones de diversas óperas y de los conciertos de música sagrada celebrados en la Corte solía extenderse en largas disquisiciones. En ellas pueden descubrirse las tendencias y los gustos de aquella generación. Unicamente subrayaremos una calurosa apología de Mozart.

De los bailes, los de máscaras inspiraron más de un comentario irónico, y frente a una defensa de los nacionales, puede aducirse una crónica teatral anónima en que se denomina a la gallegada, "modelo singular de estupidez" (§ 371).

El arte dramático atraía también a los jóvenes de *El Artista*, y podrá notarse que en las reseñas de los estrenos se habla tanto o más de los actores que de la obra. Las principales figuras de la escena contemporánea (Díez, Romea, Baus, etc.) son citadas repetidamente.

Una serie de biografías compuestas por diferentes escritores se agrupa bajo la denominación común de "Galería de Ingenios Contemporáneos". En ella figuran literatos, pintores, actores, etc., e incluso colaboradores de la revista. De haberse publicado posteriormente aparte estos artículos, con sus correspondientes retratos, la obra resultante habría podido competir ventajosamente con las de Ferrer del Río y Pastor Díaz.

Son escasos los artículos de Historia. Las primeras jornadas de la del Ateneo de Madrid se reflejan en algunas noticias breves, y la vida de la época en algunos relatos costumbristas que patentizan el éxito de Mesonero Romanos, cuyas obras aparecen anunciadas.

La litografía también sirve de tema a algunos escritores, y al acabar la publicación se inserta un documentado elogio de los grandes impresores Joaquín Ibarra y los Sancha.

A diferencia de lo que sucedía en la mayor parte de los periódicos contemporáneos (claro es que el título y el carácter de éste tampoco eran apropiados), la Historia Natural no despierta excesiva curiosidad y tan sólo en dos o tres ocasiones se narran hechos relativos a animales.

Para los filólogos es de especial interés el estudio de Usoz del Río sobre los sinónimos castellanos que enumeramos en el lugar correspondiente, con el cual quiso proseguir la obra iniciada por Alvazez de Cienfuegos y López Huerta.

Finalmente, ha de notarse, dentro de la heterogénea procedencia social de los colaboradores, la incorporación de muchos individuos de esclarecido linaje al movimiento romántico. Azlor, Bermúdez de Castro, Negrete, etc., ostentaron diferentes títulos nobiliarios, y puede apreciarse cómo creían que los de su clase debían inter-

venir en los afanes de aquella hora leyendo el llamamiento dirigido por el Conde de Campo-Alange a la aristocracia española (§ 212).

Para el manejo del Indice, conviene tener en cuenta las observaciones siguientes:

1.ª Se citan los nombres de los autores tal como aparecen en la revista. Cuando sólo constan las iniciales y se conoce el apellido se hace la oportuna referencia.

2.ª En las versiones de Víctor Hugo y de Byron, que firman sus respectivos traductores (Salas y Quiroga y Trueba y Cossío), se ha encabezado la papeleta con los nombres de los autores.

3.ª Se reproducen todos aquellos textos que se han estimado interesantes, siempre íntegramente, salvo observación en contrario.

4.ª Se citan en forma abreviada los títulos de las obras mencionadas en la Bibliografía.

Otras muchas cuestiones quedan sin tratar; mas no se pretende agotar el tema, sino, por el contrario, destacar su desconocimiento y su rango, con el fin de promover y de facilitar ajenos ensayos.

Para contribuir a los que versen sobre la biografía de los principales autores de *El Artista*, insertamos seguidamente algunos documentos y para mayor eficacia del sumario antológico, cinco índices.

JOSÉ SIMÓN DÍAZ.

BIBLIOGRAFÍA

OCHOA, Eugenio de: *Apuntes para una Biblioteca de Escritores Contemporáneos en prosa y verso.*—París, s. a., 2 vols.

CEJADOR y FRAUCA, J.: *Historia de la Literatura Española,* tomo VIII.

BLANCO GARCÍA, F.: *La Literatura Española en el siglo XIX.*—Madrid, 1891-94; 3 vols.

Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX.—Con introducción y notas biográficas y críticas por Juan Valera. Madrid, 1903, 5 vols.

DÍAZ PLAJA, G.: *Introducción al estudio del Romanticismo español.*—2.ª edición. Madrid, 1941.

GARCÍA MERCADAL, J.: *Historia del Romanticismo en España.*—Barcelona, 1943.

REVILLA, J.: *Crítica literaria. "Ensayos poéticos" de D. Salvador Bermúdez de Castro,* en *Semanario Pintoresco Español,* 2.ª serie, III, págs. 102-4.

SEGOVIA, Antonio María: *Eugenio de Ochoa,* en *Ilustración Española y Americana,* año 1872, pág. 147.

MADRAZO, Pedro: *Elogio fúnebre de D. Valentín Carderera,* en *Boletín de la Academia de la Historia,* 1882, II, págs. 5-12 y 105-26.

CONDE DE COELLO: *El Duque de Ripalda,* en *Ilustración Española y Americana,* 8 de julio de 1883.

ESPINA, Antonio: *Romea o el comediante.*—Madrid, 1935.

ALONSO CORTÉS, Narciso: *Espronceda. Ilustraciones biográficas y críticas.*—Valladolid, 1942.

IDEM: *Zorrilla. Su vida y sus obras.*—2.ª edición. Valladolid, 1943.

ALARCOS LLORACH, Emilio: *Un romántico olvidado: Jacinto de Salas y Quiroga,* en *Castilla.*—Valladolid, tomo II, fascs. III y IV.

MADRAZO, Mariano de: *Historia del Museo del Prado, 1818-1868.*—Madrid, 1945.

DOCUMENTOS

BOHL DE FABER (CECILIA)

I. *Carta de "Fernán Caballero" a Adelardo López de Ayala, recomendándole a Jerónimo Forteza, escritor mallorquín* (1875).

"Cuando impera el hombre de estado, toda la vitalidad se aglomera en la cabeza y entonces el poeta, metido en su concha (el corazón) queda cloroformizado. ¿Cómo es pues que me atrevo a llamar a su puerta pues sólo a él me dirijo? Es que tengo el valor que tenían los mártires, es decir que se lo da la causa que los mueve.=Pocas palabras; las menos posibles.=Gerónimo Forteza es un excelente y ejemplar joven, de mucho juicio y aplomo, de gran talento e instrucción y sobre todo laborioso y modesto. Forastero aquí tiene pocos amigos y entre estos cuenta a Fernando Gabriel y a mí. Era feliz con su destino de oficial 4.° de la administración del archivo de Indias, dedicando el tiempo que le sobraba al estudio y la correspondencia con su familia que ama y su prometida que adora, y en poner una modestísima casita en un barrio solitario, es decir arreglando un Edén, pues pensaba casarse.=Cuando de repente, sin causa ni razón, cae un rayo sobre este modesto edificio de su felicidad y lo destruye!! Este rayo era un rasgo de pluma del Ministro de Ultramar que lo deja cesante para dar su destino al oficial 6.° D. Francisco Delgado que posee bienes de fortuna y no necesita del empleo. Si es que él lo ha solicitado y otros se lo han alcanzado valiéndose de malos medios... Dios les perdone! Anoche vi a este infeliz y anonadado joven que entró en casa de una manera tal que hubiese causado lástima a Nerón. Yo que nada tengo de Nerón me conmoví de una manera tan en extremo dolorosa que le dije: Voy a hacer por Vd. lo solo que puedo hacer; lo haré sin esperanza alguna de éxito pues se

que en el laberinto en que se mueven los ministros ni leerá el de Ultramar mi carta ni la contestará... No quiero, exclamo, que se exponga V. a un desaire. Y que me importa a mí un desaire repuse y mas si se que se me hace sin intención de hacerlo como en esta ocasión sucedería? pero quien sabe si (caso que lea el Ministro mi carta) al reconocer una cruel injusticia, que sin saberlo, o por mal informado, ha cometido querrá remediarla? No, no, la pluma de Ayala no puede firmar la desgracia completa de dos personas tan buenísimas como V.ds confianza pues en Dios y en el corazón de Ayala!!=Fernán Caballero (rubricado).=3 de Abril 1875."

II. *Carta recomendando a Bartolomé Bower* (1875).

"Muy Señor mio: Los que están encargados del reparto de las aguas de vida de la fuente, no pueden estrañar que los que tienen sed se lleguen a ellos para saciarla; esta es la causa que me impele a molestarlo. No lo hago al S.r Ministro, no por falta de confiar en su bondad y finura, sino por considerar que en su puesto no puede humanamente distraer su atención de los graves asuntos que le deben absorver todo. Asi es que me dirijo a V. p.a hacerle una advertencia. Tengo noticias que se han interesado con S. Ex.cia. en favor de un empleado tan probo como inteligente, tan caballero como modesto, cuyo nombre es Don Bartolomé Bower; pues este individuo es cabalmente aquel por el que me tomo la libertad de escribirle, atrevimiento disculpado por las causas que lo motivaron. Esto quería yo q.e V.d supiese para que oportunamente se lo hiciese saber al S. Ministro con un recuerdito de lo q.e atormenta la *sed*, sobre todo si se une al hambre.=Perdoneme V.d señor mio y crea q.e si sufre la majadería de recibir esta cartita, es esto debido a la fama de q.e V.d goza de ser muy atendido (y con justísima causa) por el S. Ministro, q.e entre sus muchas buenas dotes, tiene la de escoger con gran tino sus inmediatas ayudas.=Repito que me perdone, pues es de sabios, de buenos y de justos el perdonar y me reconozca por su más S. S. Q. S. M. B.=Fernán Caballero (rubricado).=13 Octubre 75."

III. *Carta a un amigo, sin dirección ni fecha.*

"Señor y amigo: Cuanto sentí no haber visto a V. la ultima noche q.e favoreció esta casa! pero como mi convalecencia ha sido peor q.e mi enfermedad aquella noche estaba ya en cama.=Quisiera q.e V.d me indemnizase de esta privación y si pudiese ser q.e fuese esta noche por venir a casa un distinguido y fino literato americano q.e tiene vivos deseos de conocer a V. Creo que el placer de

conocerse será mutuo, y el mio lo será cumplido si tiene V. la amabilidad de acceder al deseo de su más amiga S. S. q. s. m. b.= Fernán (rubricado).=Sábado 7."

IV. *Otra igual.*

"Pedí al niño Dios aguinaldos pª él desgraciado D. Bartolomé Bower, pero no los hubo!!! qué pena!! Y qué hacer? Mandar este papelito al señor D. Enrique con su mote que es un ramo de *miosotys*, en lenguaje usual llamado: *no me olvides*.=Fernán Caballero (rubricado)" (1).

CARDERERA (VALENTIN)

I. *Carta de pago a su favor* (1844).

"Muy Sr. mio: S. E. me encarga decir a V. disponga el pago de los cuatrocientos veinte y tres rs. que expresa el adjunto recibo del pintor D. Valentín Carderera.=Dios guarde a V. ms. años.= Madrid 25 de Abril de 1844.=B. S. M. de SS.=Pedro Herrero (rubricado).=Sr. Contador General de la Casa de S. E.=[Al margen:] Paguese."

II. *Recibo del importe de la copia de un retrato del Cid* (1844).

"Recibí del Tesorero del Excmo. Sr. Duque de Osuna la cantidad de cuatrocientos veinte y tres rs vn. importe de una copia busto al olio del retrato del Cid, ejecutado en Burgos, incluso el coste del estuche de hoja de lata, el dibujo de las armas enviado a hacer a dicho Monasterio de Cardeña y porte de todo a Burgos y a Madrid, y para que conste lo firmo en Madrid a 19 de Abril de 1844.=Valentín Carderera (rubricado).=Son 423 rs. vn."

III. *Carta al apoderado del Duque del Infantado sobre unos retratos de los Borja* (1848).

"Sr. D. Antonio Sanz y Barca.=Muy Sr. mio. En respuesta a su apreciada acerca de los retratos de la Familia Borja digo a V. que solo está concluido el del Papa Alejandro VI pues el de

(1) Archivo Histórico Nacional, Diversos, Colección Sanjurjo, leg. 5, núm. 64. Al principio de la segunda carta hay dibujada una mosca, y al de la cuarta, un ramo de flores azules.

Lucrecia Borja no lo he podido hallar entre mis carteras. Hago diligencia para ello pues se que lo tengo.=Queda de Vd. afcmo S. S. Q. S. M. B.=Valentín Carderera.=Abril de 48."

IV. *Carta al Duque acerca de los retratos de los Borja* (1850).

"Excmo Señor.=Muy estimado Sr. Duque: Hasta hoy no me han trahido los marcos (después de cien recados) para Lucrezia Borja y el Papa Alexandro. Hoy y mañana me voy a ocupar en dar los últimos retoques y el miércoles estarán ya concluidos. Pero como no estarán secos para poderlos llevar me había parecido que, si V. no tenía inconveniente, viniera a verlos para decidir el tamaño de los dibujos, que podían emprenderse inmediatamente pues ya Federico Madrazo me ha buscado un joben que los hará muy bien y, creemos, que por precio muy arreglado. V. se servirá avisarme lo que desea se haga; para llevarlos es preciso esperar hasta el lunes próximo. Si V. quiere faborecerme viniendo sirvase mandar decir el dia y hora para hallarme en casa. Queda de V. su afcmo. y atento S. S.=Q. S. M. B.=Valentín Carderera (rubricado).=hoy 24.=Excmo Sr. Duque de Osuna y del Infantado."

V. *Borrador de la respuesta* (1850).

"Sr. D. Valentín Carderera: Muy Sr. mio y amigo: El Sr. Duque que ha recibido su cartita de hoy 24, me encarga decirle que le parece muy bien cuanto V. propone en la misma: que hará lo posible por pasar uno de estos dias por casa de V. para ver los retratos pero como por sus muchas ocupaciones no puede designar el dia ni la hora, desea que para no perder el tiempo tenga V. la bondad de hacer que desde luego se saque copias por el dibujante que indica del tamaño que fué el retrato anteriormente mandado a Paris, y con solo los contornos y los toques mas ligeros que sea posible.=Con este motivo se ofrece de nuevo a la disposición de V. su siempre afcmo servidor= Q. B. S. M.=A. S. y. B.= P. D.=Vuelvo a encargar a V. aunque parezca pesado la brevedad en los dibujos."

VI. *Carta al Duque, remitiéndole unos dibujos* (1850).

"Excmo Sr.: Mi siempre estimado Sr. Duque: Me apresuro a remitir a V. los adjuntos dibujos que el dibujante ha concluido en este momento. Creo agradarán a V. porque están muy bien hechos aunque son más estudiados y con más fuerza de lo que en su carta me indicó. Ya lo previne al dibujante pero ya sabe V. lo difícil

que es tener aquí todo lo que se quiere. Antes de presentarlos a la Condesa o Melin sería bueno los lleven a casa de *Juste* o *Giroux* para *montarlos* sobre aquel rico papel bristol con algún filete dorado, &ª. Así ganarán infinito con un gasto insignificante. Para remitirlos allá se les puede despegar o recortar el margen del papel blanco, y cada uno bien cubierto con papel de seda se colocan juntos en una cajita bien justa o entre dos cartoncitos fuertes forrados de papel o hule. Aunque se han fijado bien pasándoles por cilindro, convendrá advertir que no se les golpee ni traquetee mucho dicha cartera o caja.=Un dia de estos llevaré los retratos al oleo.=Queda de V. su muy adicto y afectísimo s. s.= Q. S. M. B.=Valentín Carderera (rubricado).=hoy martes 2.= Excmo. Sr. Duque de Osuna y del Infantado."

VII. *Respuesta a otra carta suya* (1850).

"Sr. D. Valentín Carderera.=Muy Sr. mio y amigo: El Sr. Duque ha recibido y gustado mucho los dibujos que V. le ha remitido y me encarga diga a V. se sirva mandarle el dibujante para que copie un cuadro del Oratorio, que el Sr. de Herrero le indicará, a quien deberá presentarse al efecto. No contesta a su carta de V. porque se halla hoy muy ocupado.=Se repite de V. como siempre afcmo. servidor y amigo Q. S. M. B.=Julio de 50."

VIII. *Carta al mismo, sobre la adquisición de unos retratos de ciertos Almirantes de Castilla* (1851).

"Hoy lunes.=Excmo. Sr.=Muy estimado Señor Duque de todo mi aprecio. Me ha parecido conveniente que antes de embiar los retratos de los Almirantes al restaurador, advertir a V. que el último precio en que los dejan eran el de 3.000 rs vn. Así se lo previne a Herrero en la carta que le escribí hará unos 12 dias. Estaban tasados en 2.000 rs. cada uno, yo dije al encargado que no los proponía por mas precio que a mil rs. cada uno, y eso porque habia qu gastar poco en la restauración.=V. se servirá embiarme aviso si se conforma con otro precio. Y se repite su muy afcmo. S. S.=Q. S. M. B.=V. Carderera.=Excmo. Sr. Duque de Osuna e Infantado. [Al margen:] Paguese."

IX. *Recibo del importe de dichos retratos* (1851).

"Recibí de D. Ramón del Castillo, tres mil reales vn., importe de tres cuadros que representan el uno San Francisco de Borja, Duque de Gandía, i los otros 2 los Almirantes de Castilla. Madrid

14 de Abril 1851.=Manuel Rebuelta (rubricado).=Pagado por el Tesorero de S. E. D. Enrique Ston.=Ramón del Castillo (rubricado).=Son 3.000 rs. vn."

X. *Carta al apoderado del Duque, sobre un próximo viaje a Valencia y Cataluña.*

"Sr. D. Pedro Herrero.=Mi querido Perico: El 11 salgo para mi viaje de Valencia y Cataluña. Embiame si te parece una carta para el Administrador de Gandía donde veré si hay algún retrato del Santo Duque de militar como desea S. E.=En la duda de encontrar al Sr. Duque en su casa y de poder ir a tomar sus órdenes hazme el favor de felicitarle un feliz viaje.

No te olvides contestarme. Cuidate mucho y te saluda tu afcmo. amigo.=Carderera (rubricado).=Ponme a los pies de tu Señora."

XI. *Borrador de la carta de presentación que llevó a Gandía* (1851).

"D. Valentín Carderera, amigo mio, y dador de esta, pasa a esa Ciudad con objeto de ver sus antiguedades. Le obsequiará V. y facilitará cuanto necesite pues es persona a quien aprecio.=Dios guarde. Madrid 1 de Junio de 1851.=A D. Francisco Mazparrota.=Gandía."

XII. *Carta en que se pide prestada una casaca.*

"hoy 31.=Querido Herrero. Tendría necesidad para mañana Jueves de aquella casaca *pettit uniforme verde del cazador* que ya me prestasteis; acaso como la lleva todos los dias no podreis dejarla, pero si tubiera otra aunque fuera muy usada como sea verde oscuro os lo estimaría mucho. Solo la necesito un rato. El dador la recogerá, sino ya la enviareis para mañana a las 8.=Ya me dijo S. E. que me prestaría una casaca de librea grande verde, si estubiera a mano podreis remitirmela igualmente=Tuyo siempre afcmo. amigo.=V. Carderera (rubricado).=P. D.=Tambien necesito el tamaño de los retratos para S. E. es decir el de las telas medidas por detras. Eso no corre prisa."

XIII. *Carta en que se anuncia al Duque el envío de dos retratos.*

"Excmo Sr.=Mi siempre estimado Sr. Duque. Remito a V. los dos retratos consabidos. No me ha sido posible embiarlos antes porque deseaba darles una mano ligera de barniz.=Queda de V. afcmo. y seguro servidor.=Q. S. M. B.=Valentín Carderera (rubricado)" (1).

(1) A. H. N., Osuna, cartas, leg. 516, núm. 16.

GALLEGO (JUAN NICASIO)

I. *Carta en que recomienda al Duque del Infantado al presbítero zamorano Ignacio Vaquero, catedrático de Derecho Natural y de Teología Dogmática, que pretendía un beneficio en el lugar de Villalube* (1812).

"Excmo Sr.=Muy Sr. mio y de mi mayor respeto: No dudando de que la obligación que las Cortes me han impuesto de no intervenir en solicitud alguna se entiende solo respecto de V. E. en calidad de Duque del Infantado, me tomo la libertad de recomendarle la solicitud adjunta, asegurando a V. E. que el exponente es el sujeto más benemérito y acreedor a la gracia que pide a V. E. de cuantos en el Obispado de Zamora pueden competirle.

Ruego por tanto a V. E. se sirva acceder a sus deseos presentando en él la *Voz entera* que tiene en la presentación del beneficio de Villalube, y que le evitará los gastos y dilaciones de un pesado litigio.

Suplico igualmente a V. E. se sirva dispensarme la confianza que me he tomado en dar este paso confiado en la bondad de V. E. y en la justicia de la solicitud.

B. L. M. de V. E.=Su mas atento y seguro servidor y capellán. =Excmo Sr.=Juan Nicasio Gallego (rubricado).—Cadiz 17 de Septiembre de 1812" (1).

MADRAZO (FEDERICO DE)

I. *Carta a Masarnau* (1838).

"12 rue de Trévise.=Querido Santiago.=hice anoche tu encarguillo, ya lo habrás sabido p.r el mismo interesado.=Mañacomeremos juntos, n'est ce pas?=Tuyo af.mo amigo.=F. de Madrazo (rubricado).=20 de S.re 1838".

II. *Carta a Masarnau* (1838).

"Querido Santiago.=Mañana comeremos a las 5 y media en punto, en punto ¿no es demasiado tarde pa tí no es verdad? Si quieres será antes. Ve p.r mi a casa de Dauzats a las 5. Si no estás

(1) A. H. N., Osuna, Cartas, leg. 194, núm. 28.

allí a esta hora me vendré a casa pª estar pronto y dispuesto pª comer a las 5. Si no estás allí a esta hora me vendré a casa p.ª estar pronto y dispuesto p.ª comer a las 5½ ¿estás? pero si fueras guapo chico irías p. mí.=Tuyo como spre.=Federico (rubricado).=24 de Julio 1838. A las 8 de la noche".

III. *Carta al mismo, en que le da cuenta del estado de las Bellas Artes en Italia* (1840).

"Roma 28 de Marzo de 1840.=Querido Santiago: hace muchísimo tiempo que había pensado escribirte pero espero que tu *magnanimidad* disculpará mi tardanza. Ya habrás sabido p.r Eugenio lo ocupadísimo que estoi en esta *ant*[..]*ma* tierra y sin necesidad de que te lo digese Eugenio ya lo supondrías tu pues sabes muy bien lo que es los primeros meses de permanencia, o la luna de miel en un pais que a uno le encanta y que no conoce. Yo aquí me hallo en mi centro; solo hecho de menos a mis padres y hermanos y a vosotros mis intimos amigos y *conocidos de vista* que estais unos allá y otros acullá.=También te habrán dicho que Luisa me hizo padre p.r 3.ª vez y de un bello y elegante *chiquitín* (1).=En la pequeña *post data* que me escribiste en una de Eug.° me dices que te hable algo del estado de tu arte en esta. Justamente de esto es de lo que menos te puedo hablar. Me [¿parece?] que en el día los artistas italianos valen muy poco y no producen p.r consiguiente, nada de grande. Una opera ví con Luisa *Caterina de Clevis*, de un autor nuevo o poco conocido, de cuyo nombre no me puedo acordar en este momento, que nos pareció sumamente vulgar, y llena de reminiscencias *Bellinescas*. Aquí gustó mucho y este bendito y comprimido publico se desató en tales términos y llevó tan allá su entusiasmo que todas las 15 ó mas noches que se dió esta opera hacía salir a las Tablas al pobre confuso autor unas cuatro o cinco veces. La compañía de Cantantes no es sumamente buena p° tampoco mala, la Hunquer y Donzelli gustan muchísimo y hay varios otros que no son del todo chambones. De *dilettanti* de ambos sexos se está bastante bien y he oido varias señoras, entre ellas la Condesa Lozano, que me han gustado mucho, así como también un joven tenor, que creo trata de salir al teatro, llamado Marcucci, que tiene una voz muy bella. En una de las *soirées* de Torlonia se cantó el final del XXX acto de la *Lucia* a toda orquesta y Marcucci y dos señoritas que desempeñaban las primeras partes lo lucieron mucho y fueron grandemente aplaudidos. Aquí, como sabrás, está Genoves; nada he podido sacar en limpio de todo cuanto me ha dicho; no sabe mas que hablar de si mismo el muy majadero y dice a

(1) Omitimos un largo párrafo relativo a las dolencias de su esposa.

todo el mundo, como le ha dicho ultimamente a nuestro encargado de Negocios, lleno de modestia y de candor que *después de Bellini*... él... ¿qué te parece? Y he sabido que sus operas no han gustado gran cosa. Solamente una de ellas ha sido aplaudida pero no se ha dado mas que en la *Filarmonica*, academia, según dicen todos, perfectamente montada y en donde se ensayan los ingenios de esta corte. Ahora, p.r ser Cuaresma, todos los teatros se hallan cerrados, pero para cuando se abrirán me han prometido algunos billetes pª la *Filarmónica*, adonde tengo deseos de ir y a su tiempo te hablaré. Algunos martes suelo ir a las soirées del Embajador de Francia, pero aquello me fastidia p.r que [. . .] si hace musica, se baila y se dan abundantes y riquisimos refrescos de todas clases y de todas formas.=De pintura y escultura que es de lo que con más acierto te puedo hablar te diré que sucede lo mismo que con la Música en cuanto a artistas italianos (esceptuando uno: Tenerani) pero en cambio abundan los buenos artistas Ingleses, Franceses, Rusos, Españoles y Alemanes, y bastarían solamente las producciones que hay aquí de estos ultimos para crear la necesidad de un viaje a Roma. Los *Tedeschinos*, como dice Carderera, nacieron para hacer bien todas las cosas y tienen la gran fortuna que *todo* se les ocurra antes que a nadie. Tengo el gusto de conocer y tratar a Ovesbeck, al bueno, al grande Ovesbeck, hombre de aquella especie que se está acabando o de los que no se encuentra mas que en Alemania. Modesto, sabio y profundo en una infinidad de materias, está concluyendo un gran cuadro de poética, bien sentida y complicadísima composición, en el que está trabajando hace mas de seis años y que te aseguro es un portento del arte; seguramente que no perdería nada si se viese al lado del mejor de los frescos de las estancias de Rafael! Este cuadro, destinado pª no se que academia de Alemania, no le han visto todavía mas que muy pocos y yo he tenido la fortuna de ser uno de estos. Representa el *risorgimento* de las bellas artes bajo la protección e influencia de la religión. En la parte alta del cuadro está, sentada en las nubes y rodeada de luz, la S.ma Virgen escribiendo el versiculo XXX y la acompañan David, Salomón, S. Lucas y S. Juan Evang. El 1.° tocando el arpa, el 2.°, si mal no me acuerdo, tiene en la mano el Arca, el 3.° está retratando a la Virgen y el 4.° con la planta de la Jerusalén celeste, emblema de la sanción de las bellas artes en el cielo. Si te hubiese de esplicar toda la composición tendría que llenar ocho pliegos de papel, tan complicado es y tan lleno está de figuras, de las que no hay *una sola* que no diga algo. Este cuadro y la estatua colosal de S. Juan Evangelista de Tenerani que se ha de colocar en una Iglesia de Nápoles bastarían para hacer pasar a la [mas] remota posteridad los nombres de estos dos grandes y privilegia-

dos artistas. En otra ocasión te hablaré de las obras de Weith, Cornelius, Koulbach, Elsasser, Verstappen, Nacke, y Gruner.= Después de los alemanes, los que mas se lucen aquí son los españoles, ¡nuestros compatriotas! cosa que no sucedía antes, y Espalter y Clavé, pintores, y los escultores Vilar, Medina y Ponzano, gozan de muy buena reputación entre los primeros artistas. Te aseguro que me da gusto el ver lo unidos que están todos y lo buenos que son. Animados del mismo espíritu de gloria y pensando todos ellos del mismo modo en materia de artes, marchan p.r el verdadero camino del cormentalismo. Sin sentim.to las bellas artes no tienen mas que la forma, que es lo ultimo a que se debe atender. Creo que eres de la misma opinión. También tu crees en el sentimiento y tienes la fortuna de no haber nacido *mazorral* como la mayor parte de los artistas *du Midi*.= Espero, *Santiagulera*, que cuando tendrás un momento de tiempo de que disponer lo ocuparás como lo ocupo yo en este momento, es decir que me escribirás, *n'est ce pas*? *Pelerine* se acuerda mucho de ti y de los juguetitos que le diste el día de año nuevo. Ya se ha olvidado enteramente del francés que sabía y habla perfectamente y cantando, como las romanas, el italiano. La Rosita se va haciendo muy monilla, ya no la reconocerías, ha adelantado muchisimo en el hablar, ya pronuncia algunas palabras mejor que *Mimí*, aquí la quieren todos mucho p.r q. es muy cariñosita. Del chiquitín nada te digo sino que es feillo como todos los de su edad.=Saludarás de mi parte a todos los que te pregunten por mi. Recibe las mas cariñosas expresiones de Luisa y la Nicolasa, con el cariño de tu ver[. . .] e invariable amigo.=F. de Madrazo (rubricado).=Via del Tritone n.° p. 3.° p.°" (1).

IV. *Recibo de parte del importe de su retrato del Duque del Infantado* (1845).

"El tesorero D. Enrique Ston entregará al pintor Don Federico de Madrazo ocho mil reales vn. por cuenta de los diez y seis mil que debe percibir por un retrato que ha hecho del Sr. Duque (q. D. h.). Madrid 17 de julio de 1884.=I. Alcañices (rubricado).=Recibí dicha cantidad.=Madrid 22 de Julio de 1845.= Federico de Madrazo (rubricado)" (2).

V. *Carta al Duque de Osuna, pidiéndole licencia para exponer un retrato* (1846).

"Excmo Sr. Duque de Osuna.=Muy Sr. mío y de toda mi consideración.=En la próxima exposición del Liceo, me alegraría

(1) A. H. N., Diversos, Colección Sánjurjo, leg. 5, núm. 63.
(2) A. H. N., Osuna, cartas, leg. 516, núm. 17.

poder presentar el retrato de cuerpo entero que hice de su dif[unto] Sor. hermano de V., si V. no tiene inconveniente en ello y en este caso ruego a V. quiera tener la bondad de hacerme saber si puedo mandar por él y cuando.=Disimule V. Sor. Duque la molestia y queda de V. S. A[tento] S. S.=Q. S. M. B.=Federico de Madrazo (rubricado).=24 de Mayo 1846. En el Tívoli."

VI. *Borrador de la respuesta del Duque.*

"Sr. D. Federico Madrazo.=Muy Sr. mio y de mi aprecio. No tengo inconveniente en que el retrato de mi querido hermano sea colocado en la próxima exposición del Liceo; a cuyo efecto puede V. mandar por él desde luego, esperando se sirva tener el mayor ciudado a fin de que no padezca ningún deterioro, pues sabe cuanto le aprecio.=Se repite de V. afmo. servidor.=Q. S. M. B.= 24 Mayo de 1846."

VII. *Carta al mismo, sobre un retrato de la Reina* (1852).

"Excmo Sor. Duque de Osuna.—Muy Sr. mio y de todo mi respeto.=Me parece que la última vez que tuve el gusto de ver a V. en Aranjuez, me dijo V. que marcharía hacia el 15 del presente mes. Entonces, como le dije a Vd., creía poder hacer para dicho dia el retrato de S. M. la Reyna que ha tenido V. la bondad de encargarme (el cual he principiado y vuelto a empezar porque no me gusta lo que tenía hecho); pero pocos momentos después, en el mismo besamanos de aquel día, me dijo S. M. que quería muy pronto su retrato, con la princesa en los brazos, que me había encargado para antes de salir para aquel Real Sitio, el cual he concluido y entregado antes de ayer. Esta obra ha venido como es consig[uiente] a cambiar mis planes y no he podido ocuparme seriamente en otras cosas. Así pues, quedando yo en hacer el consabido retrato para V. le ruego se sirva indicarme donde había de dirigirselo, o a quien habia de entregarlo dentro de mes y medio que tardaré en tenerlo corriente y por supuesto empaquetado en una cajita *ad hoc.*=Queda de V. Sor. Duque, con las mas distinguida consideración, su atento servidor.=Q. S. M. B.=Federico de Madrazo (rubricado).=22, C[alle] de la Greda.=14 de Mayo 1852."

VIII. *Borrador de la respuesta del Duque.*

"Sr. D. Federico de Madrazo.=Muy Sr. mio y apreciable amigo: He recibido su estimada carta, fecha de ayer, en la que dice no le ha sido posible concluir el retrato de S. M. la Reina que le

tengo encargado, por haberse tenido que ocupar en el que esta Señora le ha mandado hacer con S. A. la Princesa, con cuyo motivo me pregunta V. donde deberá entregarle cuando le haya concluido dentro de mes y medio. Mucho me hubiera alegrado que V. le hubiese podido finalizar para el día que le dije, pero ya que circunstancias imprevistas lo han impedido, espero de la bondad de V. le concluya lo mas breve que le sea posible, remitiéndole después empaquetado a esta su casa a mi Apoderado Gral. D. Pedro Herrero, quien cuidará de remitirmele a Paris.=Queda de V. afmo servidor y amigo.=15 de Mayo de 1852" (1).

IX. *Carta al señor Esperanza y Solá, sobre un retrato* (1872)

"S. D. José M. Esperanza y Sola.=Mi querido amigo: estoi tan ocupado y tengo tantas obras atrasadas y q. se esperan con tanta impaciencia, q. me es hoy absolutamente imposible, muy a mi pesar, no poder fijar los dias precisos p.ª las sesiones del retrato del Sr. de Osuna: no obstante, como deseo complacer a la Sra. Marquesa hagame V. el favor de decirle que me mande un recado, o V. mismo, hacia mediados del prox[imo] En.°, y veré el modo de arreglo de modo mi tpo. para poder hacer ese retr. (*).= Spre. de V. af.mo.=Fed. de Madrazo (rubricado).=26 de D.re 1872.=(*) Ya sabe V. tamb.n que tengo otro prometido y q. quiero hacer. Y no digo mas."

X. *Otra al mismo, sin fecha.*

"S. D. José M.ª de Esperanza.=Mi estimado amigo: siento mucho no ver los dos retr.s en sus bastid.s y en sus marcos sobre todo, pues me faltaría trabajar en ellos *uno o dos dias* solamente, puestos en sus molduras. Hagame V. el favor de decir al Sr. de Osuna q. si quiere los acabaré m.ª o p.do p.ª que puedan venir por ellos cuando lleguen los marcos: p.° me parecería mejor que a mi vuelta, a principios de Feb.°, pueda hacerse lo q. yo *querría* hacer ahora.=En fín, como guste. Sre. de V. af.mo.=F. de Madrazo (rubricado)" (2).

---

(1) A. H. N., Osuna, cartas, leg. 539, núm. 49.
(2) A. H. N., Diversos, Colección Sanjurjo, leg. 5, núm. 63.

MADRAZO (JOSE)

I. *Admisión de su hijo Luis en el Seminario de Nobles de Madrid* (1831).

"El Rey, mi venerado Amo y Señor, por su Real Decreto del dia de ayer, se ha dignado conceder Plaza de Colegial en el Real Seminario de Nobles, a D. Luis de Madrazo, pagándose los gastos que causen a su entrada, y la consignación establecida, por el Real Bolsillo Secreto de mi cargo. Se lo aviso a V. a fin de que luego sea recibido en ese Real Seminario, pueda presentarse a percibir el importe de los gastos de entrada y de dicha asignación en los términos que expresa el reglamento. Dios gu[ard]e a V. m[uchos] a[ños].=Palacio 6 de Octubre de 1831.—Juan Miguel de Grijalva.=P. Director del Real Seminario de Nobles" (1).

II. *Nota de las estampas enviadas a la Reina viuda de las dos Sicilias* (1834).

"R. Establecimiento Litográfico.=Por el correo de Gavinete que está para salir a Italia se remite de orden de la Reyna N.ª S.ª D.ª Isabel 2.ª a su Augusta abuela la Reyna viuda de las Dos Sicilias el cuaderno n.° 3 de la Colección Litográfica de Cuadros de S. M. que se compone de las 4 estampas siguientes:

1.° N.° CXXXXIII. Ciervos y Perros, pintado por Pablo de Vos, Escuela flamenca.

2.° N.° CXXXXIIII. Cadmo y Minerva, pintado por Rubens, Escuela flamenca.

3.° N.° CXXXXV. La huída a Egipto, pintado por Alejandro Turqui, Escuela Italiana.

4.° N.° CXXXXVI. El Martirio de S. Esteban, pintado por Juan de Juanes. Escuela Española.=Madrid 11 de Febrero de 1834.=José de Madrazo (rubricado)" (2).

---

(1) A. H. N., Universidades, Seminario de Nobles, leg. 320.
(2) A. H. N., Estado, leg. 5.704.

MADRAZO (PEDRO)

I. *Carta a Santiago de Masarnau.*

"Querido Santiago.=Ya habrás sabido tal vez la muerte de Rosales. Pobrecillo ¡era tan bueno! Encomiéndale a Dios.=He leído esta mañana el delicioso trozo de poesía que copio a la vuelta, y como tu tienes el *don* de madrugar, no he querido privarte de él.=Tuyo siempre am°.=Perico (rubricado).=Hoy 23 En° 64" (1).

OCHOA (EUGENIO DE)

I. *Carta a Masarnau, acerca de su artículo "Don Juan" e imposibilidad de publicarlo íntegro en un número de "El Artista"* (1836).

"Amigo Santiago: mucho he sentido hoy no haber podido ver a v. m. pª hablarle de su art° de D. Juan. Todos nos hemos llevado un gran chasco acerca de las materias que caben en un n° del *artista* y así ha sido preciso dividir todos los articulos: en todos pone al fin *se continuará* y esto no obstante, a penas queda sitio pª el D. Juan. He logrado en fin que lo pongan en letra pequeña como la del Prospecto, y así podrá ir entero; pero me ha dicho el rejente que aun así sobran algunas lineas, no se, ni sabe el mismo a punto fijo, cuantas, pero mañana temprano lo sabrá y será menester que v. m. se pase p.r la Imprenta y vea de acortarlo en los sitios que le parezca. Yo hubiera acortado de buena gana otrasmaterias pero ya están en prensa y es imposible.=La Imprenta es la de Sancha, calle de la Concepción Gerónima. Le espero a V. m. en mi casa hasta las 9 e iremos juntos pª ayudarle a v. m. en lo que me sea posible.=Haga V. m. p.r no faltar, pues es esto de la mayor importancia: también correjirá v. m. sus pruebas.= Desea el S. Madrazo, en cuya casa escribo a v. m. saber si ha recibido v. m. carta de Perico y unos versos en ella. Si es así, haga V. m. el gusto de llevarmelos mañana cuando vaya a mi casa.= De V. m. afmo.=Eugenio de Ochoa (rubricado).=Contra-orden. Si hay carta y versos de Perico, envie V. m. con Juan esta noche los ultimos y si puede la primera, porque así lo desea D. José."

(1) A. H. N., Diversos, colección Sanjurjo, leg. 8, núm. 713. La poesía citada comienza: "Heureux l'homme occupé de l'éternel destin..."

II.—*Carta a Masarnau, sobre el regalo que piensa hacer a don José Madrazo el día de su santo* (1836).

"Caro James.=Como mañana son los días de Don José, pensamos obsequiarle regalándole un palco bajo pª la Opera; dime pues con toda franqueza y al momento, si te será posible obtenerle de Piermanini, porque como en mi vida le eché paja ni cebada... Quiero que, si no puedes o no tienes bastante franqueza con él pª pedirselo y obtenerlo, me lo digas *a vuelta de correo*, pª en ese caso, escribirle yo o presentarme en su casa a *intrigar* pª que admita mi demanda.=Contestame pues en el acto porque tengo entendido que a las ya será tarde.=Tuyo.=Eugenio (rubricado).=Hoy 18/36."

III. *El Embajador de Francia en España comunica al Secretario de Estado, F. Martínez de la Rosa, que su Gobierno ha concedido a Ochoa la Legión de Honor* (1844).

"Ambassade de France en Espagne.=Madrid le 17 Octobre 1844.=Monsieur le Ministre.=Le Roi ayant bien voulu nommer Mr. Eugene d'Ochoa, homme de lettres, chevalier dans l'Ordre Royal de la Legion d'honneur, j'ai recours a l'obligeance de Votre Excellence pour la prier de faire parvenir la lettre ci-jointe a l'intéressé.

Veuillez agréer, Monsieur le Ministre, l'assurance de ma plus haute consideration.=(Firma ilegible).=S. Exc. Mr. Martinez de la Rosa, Premier Secretaire d'Etat de S. M. C." (1).

IV. *Carta a Masarnau, en que le cuenta su vida en Aranjuez* (1848).

"Aranjuez 4 de Julio de 1848.=Mi querido D. Santiago: He recibido su apreciable fha. 3/7 por la que veo está V. bueno. Aunque no se estila trabajar aquí lo hago y me deja la fam.ª, pues es por lo mucho que me quiere esta familia, y para q. vea V. no pierdo el tiempo le voy a contar lo q. hago en todo el dia. Me suelo levantar a las 6, 5 ½, 6 ½ ó 7 por lo regular, enseguida voy a misa, y luego q. vengo tomo el chocolate y después de esto me pongo a leer *le neophyte* y las *poesías* de Lamartine una hora o hora y media, luego me pongo a copiar música o componer con muchisima dificultad y disparates a causa de no tener piano y enseguida de esto contesto a las cartas q. recibo y luego si me sobra tiempo me voy a jugar hasta la una q. como, enseguida de comer voy a jugar y luego a leer *Horas serias de un joven* y *the Thomson's seasons*, luego voy a paseo al jardín del principe hasta las 8 ½

(1) A. H. N., Estado, leg. 5.313.

en que vuelvo a casa y cenamos y luego vamos de tertulia a una casa de enfrente, hasta las 10 $^1/_2$ o las 11 en q. nos venimos y a la cama. Ya ve V. que no está (a mi parecer) muy mal aprovechado el tiempo.=En la posdata q. me ha puesto V. me dice q. le parece a V. me debe llamar de tu y no de V. y q. yo no le he dicho nada de eso, y podía V. haberlo hecho hace muchisimo tiempo porq. creo es bastante confianza la q. tenemos y yo lo apreciaré muchisimo.=Ayer por la tarde fuimos a pasear en borricos y me divertí mucho, en comp.ª de las de Nizagaray.=De V. mis afectos al S.r Lobo, Passatti y Fuentes y demás de la clase de música, y V. reciba el corazón de este su amigo y discipulo.=E. Ochoa (rubricado).=P. Hidalga, se ha marchado hoy a Toledo a las 11, y me encarga le de a V. y S.r Lobo sus afectos.=2.ª Le remito a V. (el malísimo) Kine."

V. *Carta al mismo, sin fecha.*

"Amigo Santiago.=Corrige con cuidado esas pruebas y si sales, dejaselas a la Dominga, p.r que diré en la Imprenta que vayan p.r ellas a tu casa. Si tu puedes llevarlas, *tanto meglio.*=Eugenio (rubricado)."

VI. *Otra al mismo, sin fecha.*

"Caro mio: Ya viste lo que dije de Paganini en el n.° pasado. Ahí te envio un art.° de Jules Janin en el feuilleton de ese periódico pª que hagas un articulejo pª el domingo.=¿Tendrás la alta bondad de entregar a mi criado, envuelta en un pañuelo tu bata pª hacerme otra igual? Te lo agradecerá tu am°.=Eugenio O. (rubricado)."

VI.—*Carta al mismo, sin fecha.*

"Amigo Santiago: Hazme el gusto de decirme las señas con que se escribe a tu tocayo Piñeiro, si es que las sabes.=Te espero esta tarde pª ir juntos al Ateneo.=Tuyo.=Eug.° (rubricado).=Hoy 23" (1).

ROMEA (JULIAN)

I.—*Carta a don Luis Piernas, sobre imposibilidad de abonar ciertas deudas* (1852).

"Teatro del Principe.—Madrid 5 de julio de 1852.=Sr. D. Luis Piernas.=Muy Sr. mio y de toda mi consideración: cuantos es-

(1) A. H. N., Diversos, Colección Sanjurjo, leg. 7, núm. 506.

fuerzos puede hacer un hombre honrado por cumplir sus compromisos todos los he practicado, y todos sin fruto, por el momento. Nuestro trabajo como artistas; nuestros medios de otros géneros, responden de que hemos de tener recursos para no quedar mal por cantidades pequeñas; pero en estos momentos, si el Ayuntamiento decide absolutamente obrar con rigor conseguirá arruinarnos del todo, y quitarnos además los medios morales de resarcirnos de nuestras inmensas pérdidas y de cumplir nuestros compromisos. Pasan de trescientos mil rs. lo que hemos perdido, y no somos ricos, somos *artistas españoles*, lo cual es sinónimo de *pobres*. En este estremo y para librar a V. de responsabilidad por la condescendencia generosa que con nosotros ha tenido, hemos resuelto dirigirnos al Ayuntamiento a fin de obtener un plazo que nos permita cumplir decorosamente. Adjunta es la representación, oy rogamos a V. encarecidamente que la de curso. Estamos resueltos a pagar; tenemos medios en un porvenir no distante; pero en estos momentos, Sr. D. Luis, tendríamos que vender nuestra ropa y nuestros muebles si el Ayuntam no se ablanda. Dejamos, pues, a los buenos sentimientos de V. la resolución de este paso que hoy damos.=Con este motivo se repite de V. s. afmo. y a. s. s. q. b. s. m.=J. Romea (rubricado)."

II.—*Carta a don Juan José Bueno* (1867).

"Cádiz 29 de mayo 1867.=Queridísimo amigo: toda mi buena voluntad no ha bastado para poder escribir a V. antes: he tenido cuatro días de estar malucho, y con tanto que hacer que ni un minuto he tenido mio.=Hechos están los encargos de V. para Ceballos y Florencio.=Siento en mi alma el disgusto casero que ha tenido V. a su llegada a esa, tanto mas cuanto que el venir a a visitarme ha dado ocasión a los criados para hacer su fechoría.= Antes de ayer salieron los candelabros y los parches: ¿han llegado en buen estado? No deje V. de decirmelo para mi tranquilidad. No han ido antes porque he querido que los llevase el mismo que llevó lo otro, y no he podido verle hasta antes de ayer.=La esdrújula femenil dolencia saca (o mete) la pata de cuando en cuando: yo me defiendo cuanto puedo, y así vamos pasando estos pocos días que nos quedan de estar bajo las columnas del amante de Deyanira.=Ya diré a V. con tiempo el día fijo que salgo de aquí.=A Dios, queridisimo Bueno: sabe V. que donde quiera que esté es su amigo de corazón.=J. Romea (rubricado)" (1).

(1) A. H. N., Diversos, Colección Sanjurjo, leg. 5, núm. 106.

SUMARIO

TEXTO

1. A., *Doña Concepción Rodríguez*, II, 193-96.

Biografía de esta actriz. Queda para otro artículo su segunda época, que se inicia en 1826.

— A. L. (V. LISTA).

2. ADVERTENCIA, II, 289.

Desmintiendo los rumores de una suspensión de la Revista.

3. ALCAIDE, M., *La despedida*, II, 101-2.

Composición poética en tres partes y diferentes metros, que principia: "No salgas por mi vida..."

4. AMIGO, *Don Ramón de Arce (A mí), soneto*, II, 288.

"Fué la austera virtud siempre tu guía..."

5. ANUNCIO, II, 24.

"*Blanca de Borbón*. Tragedia original en cinco actos, por D. Antonio Gil y Zárate... Se vende en la librería de Escamilla."

6. ANUNCIO, I, 264.

"Dentro de muy pocos días saldrá a luz el segundo tomo de la novela *Ni Rey ni Roque*, con que se propone el editor dar fin, por ahora, a la *Colección de Novelas originales españolas*, que con tanta aceptación está publicando hace más de un año.

"Pero esta interesante colección sólo queda interrumpida por ahora: el editor piensa dar principio muy en breve a otra serie de *Novelas históricas originales*, empezando con una de don Eugenio de Ochoa, titulada *El Auto de Fe*."

7. ANUNCIO, I, 288.

"*El Duque de Braganza o la Revolución de Portugal*, drama históricopolítico, en cinco actos, traducido libremente del francés por D. José Andrew Covert Spring, y representado por primera vez en el teatro de la Cruz, en 5 de mayo del presente año.—Véndese a 5 rs. en Madrid, en la librería de Escamilla, calle de Carretas.—*El Ambicioso o la dimisión de un ministro*, comedia en cinco actos, traducida al castellano por D. Ventura de la Vega. Se halla venal a 5 rs. en la expresada librería.—Están en prensa los cuatro dramas siguientes: *Incertidumbre y Amor*, *Batilde o la América del Norte en 1775*, *Un tío en Indias* y *Blanca de Borbón*, tragedia."

8. ANUNCIO, II, 276.

"En esta semana han empezado a publicarse las obras de Víctor Hugo... El primer cuaderno... contiene el prin-

cipio de la... novela... *Bug-argal*... La traducción es obra de uno de los editores de este periódico. Se suscribe a estas obras en la librería de D. Tomás Jordán, Puerta del Sol, y en las provincias, en las librerías donde se reciben suscripciones a la *Abeja*."

9. ANUNCIO, III, 108.

"En la librería extranjera de Denné y Compañía, calle de los Jardines, se reciben suscripciones a la nueva edición de las *obras completas* de Chateaubriand, que publica una asociación de libreros admiradores de aquel genio inmortal.

No diremos a los que esto lean que vayan a la expresada librería de Denné y se suscriban al momento a estas obras, porque respetamos los haciendas ajenas y tenemos entendido que, aunque infinitamente baratas, atendida su primorosa edición, pueden ser respectivamente caras para la gente económica; pero sí les diremos que vayan a admirar con todos sus cinco sentidos la colección de las estampas que deben pertenecer al tomo primero de estas obras, y que son un dechado, un prodigio en su género. La muestra de la edición que nos presental el *prospecto* no puede ser más bella. Además, y no es cosa de despreciar, entre los suscriptores a estas obras admirables se sortearán la friolera de 180.000 francos (720.000 reales vellón) en metálico y libros.

"¿Cuándo querrá Dios que veamos planteada en nuestra cara patria una empresa de esta naturaleza? ¿Cuándo dejará de ser un prodigio en Madrid cualquier edición que no sea de todo punto indecente? ¿Cuando veremos dignamente apreciados el ingenio, el saber, las artes...? Por el pronto, vamos demoliendo edificios; siempre es hacer algo. Luego trataremos de reedificar otros nuevos con los infinitos saber y riqueza que nos rebosan por todos los poros."

10. ANUNCIO, III, 132.

"*Lecciones de Derecho Natural y de Gentes*, por... Mr. de Felice, traducidas... por... D. Juan de Aces y Pérez, del Gremio y Claustro de la R. Universidad de Salamanca...; las publica su hermana D.ª Juana."

11. ANUNCIO, I, 300.

"Los suscriptores a la *Colección de Novelas históricas, originales, españolas*, pasarán a recoger el tomo 23 de dicha Coleccion, y 2.º de la titulada *Ni Rey ni Roque*, por D. Patricio de la Escosura, y adelantar el importe del 24, y 3.º de la misma, a la librería de *Escamilla*, calle de Carretas, donde sigue abierta la suscripción a 6 rs. el tomo en rústica y 8 en pasta."

12. ANUNCIO, II, 84.

"Los suscriptores a la colección de novelas historicas originales españolas pasarán a recoger el cuarto y último tomo de la titulada Ni *Rey ni Roque*, por D. Patricio de la Escosura. Con esta novela concluye por ahora dicha colección, que se compone de las siguientes: *El Primogénito de Alburquerque*, cuatro tomos en 8.º; *El Doncel de D. Enrique el Doliente*, 4; *Sancho Saldaña o el Castellano de Cuéllar*, 6; *Los Expatriados o Zulema y Gazul*, 1; *El golpe en vago*, 6; *La Catedral de Sevilla*, 3; *La batalla de Navarino*. 1. Se hallan en la librería de Escamilla, calle de Carretas, a 8 rs. el tomo en rústica y 10 en pasta."

13. ANUNCIO, II, 48.

"*Lucrecia Borgia*.—Drama nuevo, traducción del que... escribió... el célebre Víctor Hugo... Se vende a 5 rs. en Madrid, en la librería de Escamilla, calle de Carretas, donde se halla la colección de comedias modernas, y las recientemente publicadas, cuyos títulos son: *Blanca de Borbón, Incertidumbre y Amor, Batilde o la América del Norte en 1775, Un tío en Indias, Partir a tiempo* y *¡Un liberal!*"

14. ANUNCIO, II, 180.

"*Panorama matritense*..., por un Curioso Parlante. Los festivos cuadros de nuestra sociedad matritense, que tanto han agradado cuando se publica-

ban las *Cartas Españolas*, y aun agradan tanto hoy día en el boletín del *Diario de Avisos*, se publican ahora reunidos en una lujosa impresión con dos bellas estampas cada tomo, inventados por el artista Villa-Amil y litografiadas por la Srta. Elena Feillet."

15. ANUNCIO, II, 193.

"*Un día del año 1823*.—Drama original en dos actos, representado con general aceptación en el teatro del Príncipe; su autor, D. Eugenio de Ochoa... Se vende a 6 rs..."

16. ANUNCIO, I, 107.

"Ya se han puesto en venta las tres comedias del célebre Tirso de Molina que dan principio a la colección de dramas del antiguo teatro español, publicada por D. Agustín Durán; colección de que hicimos el debido elogio en nuestro número tercero, y que no podemos menos de recomendar de nuevo a nuestros lectores, tanto por la corrección del texto cuanto por el lujo de la impresión, que es en su género de lo más lindo que ha salido hasta el día de las prensas de esta capital. Nos han asegurado que el señor Durán tiene en su poder un número considerable de piezas inéditas de nuestros autores más justamente celebrados, en cuya publicación hará un señalado servicio a la república de las letras. La *Talía Española* es una obra a que ninguna persona de gusto, y que pretenda pasar por amante de las letras, puede dejar de suscribirse: es un monumento erigido a nuestra gloria nacional. ¿Llegará a tanto nuestra indiferencia que seamos causa de que quede incompleto? Nos lisonjeamos de que no. Lo único que sentimos, es que no se tiren algunos ejemplares en papel vitela, para los que quisieron ver unos nombres tan gloriosos como los de Calderón, Lope y Tirso rodeados de toda la gala de que es susceptible el arte de la librería.

Las tres comedias que están en venta, son: *La prudencia en la muger*, *Palabras y plumas* y *El pretendiente al revés*. Cada una cuesta por ahora 4 rs.; pero en llenándose la suscripción, se reducirá su precio a 3 rs. Se suscribe en Madrid en la librería de Cuesta, sin pagar nada adelantado."

17. ANUNCIOS, II, 36.

"*¡Un Liberal!* Drama nuevo en un acto, fundado en un episodio de la revolución francesa, traducción libre de D. Carlos Doncel... Se vende en la librería de Escamilla."

"*Partir a tiempo*. Comedia en un acto, traducida del francés por don Ramón de Arriala y representada... en el teatro del Príncipe. Véndese en la librería de Escamilla."

18. [APLAUSOS *sinceros al joven autor de la tragedia original "García de Castilla o el triunfo del Amor Filial", que ha sido puesta en escena esta semana*], III, 48.

19. ARCO *triunfal en Trípoli*, I, 311.

20. ARTE *de restaurar las pinturas*, III, 15-17.

21. ATENEO *Científico y Literario*, II, 264.

"El jueves, 26 del corriente mes, se reunieron en la casa llamada de Abrantes, calle del Prado, los individuos convocados por la Comisión del Ateneo nombrada al efecto por los miembros de la Real Sociedad Económica Matritense. El objeto de aquella reunión no fué otro que el de enterar a los concurrentes del espíritu general de los estatutos o reglamentos, redactados por una comisión compuesta de varios individuos de dicha sociedad Matritense, y nombrar la junta económica del Ateneo.

El señor Secretario, Ríos, leyó los estatutos, que fueron universalmente aprobados por el pronto, si bien se reservó la Corporación el derecho de discutirlos artículo por artículo cuando viniera al caso.

Habiendo ocupado, a propuesta del Sr. Olózaga, la silla presidencial interinamente el decano en edad de los concurrentes, señor capellán de honor Vega y Río, y nombrados por éste para el cargo de escrutadores los señores Olózaga y Ríos, se procedió a la votación para los nombramientos, que fueron los siguientes: *Presidente,* Excelentísimo Sr. Duque de Rivas; *consiliarios:* Sres. D. Salustiano Olózaga y D. Antonio Alcalá Galiano; *secretarios:* Sres. D. Juan Miguel de los Ríos y D. Ramón Mesonero y Romano; *tesorero:* Sr. D. Francisco Olavarrieta; *contador:* Sr. Marqués de Cevallos.

El Sr. Duque, presidente, en un discurso improvisado con viveza y expresión, dió las gracias a la ilustrada concurrencia por el honor que acababa de dispensarle, y manifestó que contaba con la lisonjera esperanza de su cooperación e indulgencia.

El Sr. D. Gaspar Aguilera propuso que los individuos del Ateneo se abstuvieran de darse el tratamiento de Señoría, lo que fué aprobado por aclamación.

Leyó un señor secretario la lista de los individuos concurrentes, cuyo número ascendía a 130 personas.

Acordóse unánimemente dar las gracias por sus trabajos, e igualmente al dueño de la casa, que tuvo la bondad de facilitar el local para aquella reunión."

22. AVISO, II, 108.

A los suscriptores que deseen continuar siéndolo, para que paguen.

23. AVISO, II, 120.

"Mucho sentimos publicar solo en este número el pintor de *Antaño,* sin su indispensable acompañamiento del pintor de *Ogaño;* pero contamos con la indulgencia de nuestros suscriptores, en atención a haberse roto en la estampación la piedra en que había ejecutado este dibujo D. F. de M. Esperamos poder publicarle en el siguiente."

24. AVISO *a los señores suscriptores,* I, 312.

"Habiéndose desgraciado en la estampación el dibujo que debía acompañar a la novela del *Estudiante Alemán,* y no queriendo privar a los señores suscriptores de la estampa que les corresponde en este número, además de la portada que damos, se ha apresurado D. F. de M. a ejecutar la escena de *Diego Lainez y sus hijos,* sacada del *Romancero General,* que publicamos en este número.

Igualmente hacemos saber que, siendo este número 26 el último del *primer tomo de* EL ARTISTA, nos ha parecido conveniente publicar la portada, que acompaña a esta entrega, para que la pongan al frente de todas las que hemos publicado hasta ahora, los señores suscriptores que tengan a bien encuadernarlas."

25. AVISO *a los señores suscriptores,* II, 36.

Accediendo al deseo de algunos suscriptores, se publicará un Indice del primer tomo.

26. AVISO *a los suscriptores,* II, 312.

En el cuaderno siguiente se publicará un Indice del tomo segundo.

27. A[ZLOR], M[ARCELINO], *A la ausencia de Dolaura, soneto,* I, 192.

"Cuantas veces, tranquilo Manzanares..."

28. AZLOR, MARCELINO, *El Guerrero y su Querida,* III, 10-12.

El sol esplendente los campos bañaba;
Las flores del Euro llascivo mecía,
La verde montaña su rayo doraba
Y alere en los campos el Harga corría.
Arturo el amante, el bravo soldado
De rostro gracioso, risueño mirar,
Ceñida la espada camina agitado,
Herido su pecho de crudo pesar.

De polvo su cuerpo cubierto se vía,
Su pálido rostro de negro sudor;
Su pecho inflamado con ansia latía...
Arturo exhalaba suspiros de amor.
Del Ebro profundo las márgenes corre
Do bate inclemente feroz huracán:
Su vista azarosa los campos recorre
E imita del pecho la angustia y afán.

Arturo recuesta su cuerpo rendido,
Do crece en el pardo grandioso nogal,
Y muestra en su rostro siniestro, abatido,
La huella indeleble de un hado fatal.
Su mano en el pecho comprime la he-
[rida
Que honrosa los campos regó de Nazar;
Soldado y amante desprecia la vida;
Amante y ausente ¿no es muerte el amar?

— — —

Del monte en la cima, la Ninfa más
[bella
Que vieron las selvas del fiero Vascón
El mundo domina, cual fúlgida estrella
Que en torno esclarece la aérea mansión.
Miradla de gloria y encantos vestida,
De lirios ornada su nítida sien;
Es virgen hermosa que a amar nos con-
[vida,
Y diosa inocente del fúlgido Edén.

¡Cual brilla agitado su bello semblante,
Al rayo del alba opuesta su faz!
¡Oh Virgen!, a Arturo tú diste un instante
De amor las dulzuras y el blando solaz.

Desciende la ninfa, cual garza preciosa
Que alegra los prados en bella estación,
Y dando a los vientos su voz amorosa,
El arpa preludia su triste canción.

CANCION

"¡Amor, amor!, ¡qué hechicera
"Es tu mágica canción!
"En la florida estación,
"Entre mirtos, entre rosas.
"Entre flores olorosas
"Tienes tu dulce mansión.

"Dolorosa, ¡ay!, es la vida
"Para la infeliz mujer
"Que tras largo padecer
"Gime triste y oprimida.
"Sin esperanza, abatida,
"Juguete de la fortuna,
"Desde mi inocente cuna
"Presa fuí de la ambición...
"¡Mil veces esta canción
"Oyó la pálida luna!

"Y es dulce y bello el amor,
"Y risueña su mirada,
"Que de una alma enamorada
"Es hermoso hasta el dolor.
"Yo también, cielos, ¡qué horror!,
"Tuve un desgraciado amante.
"Mi corazón anhelante
"Por él siempre suspiró;
"Mas su vista un solo instante
"El destino me otorgó.

"De Navarra allá en la sierra,
"En los campos del honor,
"Enemigo del terror
"Manchó en su sangre la tierra.
¡Ay!, mi indómito guerrero
"Víctima fué de traición,
"Y herido sin compasión,
"Pues no halla rival su acero.
"¡Inerme tal vez agora
"La tumba ya le devora!...

"Y ¿yo entonces viviré?
"¿Podrá gozar de reposo
"Mi corazón amoroso?
"¡Ay de mí!, yo expiraré.
"Mas dulce fuera mi muerte
"Si en aquel postrero instante,
"Abrazada con mi amante,
"Uniéramos nuestra suerte.
"¡Suerte fatal, suerte triste!
"Helena, ¿por qué naciste?"

La mísera hermosa corrió delirante
Por la árida selva que muda la oyó;
Frenética entonces llamaba a su amnte...
Y bajo de un árbol tendido le vió.

Se acerca, le mira; su pecho oprimido
Vacila un momento en dulce temor,
Y baña a torrentes su rostro encendido,
El llanto de fuego que arranca el amor.

Un tierno suspiro del hondo del pecho
El joven guerrero durmiendo exhaló:
El nombre de Elena, en llanto deshecho,
Con trémulo acento su voz pronunció.

La virgen se arroja, le abraza incle-
[mente;
La estrecha, le oprime: mortales, ¡qué
[horror!

Incauta renueva la herida reciente,
Que prueba a la Patria su heroico valor.

Arturo despierta confuso, azorado;
Sus labios no pueden su dicha expresar;
Extiende los brazos al ídolo amado
Que apenas ya puede, ¡gran Dios!, estre-
[char.

Inmóvil la virgen y ansiosa le mira...
De sangre un torrente los campos regó:
Arturo solloza y apenas suspira;
El mísero joven la vida exhaló.

"Arturo, le llama, mi Arturo adorado,
"Mi dicha, mi gozo, mi gloria y mi amor,
"¿Por qué no consuelas mi pecho cui-
tado?...
"¡Ay Cielos!, ¿qué miro?, ¡qué negro su-
[dor!
"¡Qué angustias, qué espanto!; ¿qué es
[esto?, la muerte.
"¿Yo he dado a mi amante tan bárbaro
[mal?
"¿Y fué aquesta mano?; ¡ah pérfida suer-
[te!
"¿Quién pudo en tu pecho ahondar el
[puñal?

"¡Oh cielos!, yo muero; ¿qué sirve la
[vida?
"¿Qué sirve con duelo cien años pasar?...
"Murió ya mi amante, mi prenda querida
"Murió quien la vida me hiciera esti-
[mar..."

La virgen demente arranca del pecho
El dardo inhumano que a Arturo mató;
Imprime su rostro, en llanto deshecho,
Do fiero el faccioso la flecha clavó.

Embota en su seno la daga traidora...
Bañada en su sangre la triste cayó...
Ya expira..., ya muere: en menos de una
[hora
Dos víctimas puras el mundo lloró.

———

¡Amantes!, el sitio, la espada yo vi;
El dardo inhumano, el pérfido acero;
Y aquestas palabras lloroso leí:
"Arturo el amante, el bravo guerrero,
Y Elena preciosa, reposan aquí."

Zaragoza, julio 1834."

29. A[ZLOR], M[ARCELINO], CONDE DUQUE DE LUNA, *Fragmentos, Arindal*, II, 8-11.

30. AZLOR, MARCELINO, *Mi destino*, II, 175-76.

"¡Ay!, yo mi vida pasaba..."

31. [BAILES], I, 120.

"Por fin llegó el término fatal, temido de algunos, por otros deseado y necesario a casi todos; pero se puede asegurar que el delirio ha sido completo, y aun que ha durado algo más de lo que las conciencias timoratas pudieran tolerar sin alarmarse. En efecto, en el último baile de Santa Catalina hemos visto irse aclarando progresivamente todas las ventanas y derramarse por fin en los salones una luz vaporosa y azulada que, luchando durante algunos minutos con los reflejos dorados de las bujías, formaba un conjunto realmente original y misterioso, si bien de un efecto lúgubre, ya fuese por los pálidos semblantes que descubría, ya porque no era posible olvidar que aquél era el sol de la Cuaresma. Sea como quiera, al paso que a las diez de la mañana cruzaban las calles mil caras de azufre, desencajadas y ojerosas, a quienes evidentemente ofendía la luz del sol, otras gentes más descansadas y no menos alegres se disponían *a enterrar la sardina* en las deliciosas orillas del canal, al son de las castañuelas y el pandero. Y ya que hemos bajado a las castañuelas, fuerza será que digamos algo del baile de la Plaza de Toros.

Digna de todo elogio nos parece la idea de procurar diversiones al pueblo; pero al mismo tiempo no podemos menos de criticar la elección de los bailes que tocaron las músicas, pues ninguna afición tiene, ni puede tener, a la exótica mazowrka la gente a quien estaba destinada esta función. Así es que en cuanto llegó el turno de la jota aragonesa, empezaron el movimiento y la alegría, los codazos y los pisotones, para lograr puesto en alguno de los muchos círculos que en un instante se formaron en donde poco antes reinaba una tranquilidad nada propia de

semejantes circunstancias. Y en verdad que vemos con sumo dolor que se vayan desterrando nuestros bailes nacionales, esos bailes tan llenos de fuego y de voluptuosidad, hijos legítimos de nuestro cielo ardiente y de nuestra sangre meridional. ¿Y qué quiere introducirse en su lugar? ¡El rigodón!, ese baile de autómatas en que todos los movimientos son graves como la marcha de un entierro, serios y ceremoniosos como las prácticas de un tribunal. ¡La mazowrka! que aquí se baila enteramente de fe, como un francés de hace diez años se vestía con una casaquilla rabicorta, persuadido de que éste era el traje legítimo de un majo andaluz; y, finalmente, el *galop*, que hemos despojado de la violencia, que era su único mérito, para reducirle a las mezquinas proporciones y compás de una contradanza. También de cuando en cuando nos dan en el teatro bailetes al estilo de París, si bien tienen únicamente por resultado poner en ridículo a los que los bailan, al que los compone y dirige, y casi más todavía a los que los toleran. Vengan bailarinas que sean un remedo siquiera de la Taglioni, la Julia o las Noblet, y aplaudiremos con entusiasmo al ver introducido en nuestro país un género, en él desconocido y lleno, ciertamente, de mérito y de encantos. Pero no saquemos las cosas de su quicio, ni pidamos a nuestros majos bailes llenos de suavidad, de gracia y de simetría, del mismo modo que no daremos a nuestro excelente actor Cubas el papel que con tan general aceptación desempeña la signora Manzocchi en *Anna Bolena*."

32. BAILES *de Máscaras*, I, 60.

33. [BAILES *de Máscaras*], II, 287.

Lo que se dice sobre los próximos a celebrarse.

34. [BAILES *de Máscaras*], III, 84.

35. BARÓN *Taylor (E.). Mr. Dauzats*, III, 47-48.

"El fecundo suelo de nuestra España, tan rico en antiguos tesoros de arqueología, tan poco conocido por sus hijos y tan continua y cruelmente desgarrado por ellos, es de muchos años a esta parte objeto de las profundas investigaciones de los sabios y artistas extranjeros. Merced a los trabajos de estos hombres decididos, a su poderoso amor al arte, capaz de hacerles arrostrar las privaciones, las fatigas, los peligros de una *peregrinación* a España, no perecerán enteramente las reliquias de nuestra pasada grandeza, los monumentos del antiguo genio creador de los españoles. Muchos de estos monumentos, merced a aquellos apóstoles de ilustración, son ya conocidos en Europa; muchos no lo son todavía y lo irán siendo con el tiempo...; pero que se den prisa los que han de venir a reproducirlos con el lápiz, a describirlos con su pluma; que se den prisa, repetimos, porque al paso que lleva entre nosotros el *espíritu del siglo*, pudiera ser que los que vinieran a estudiar las grandes creaciones de nuestra cristiana arquitectura nacional, no hallaran en los sitios que aquéllas ocuparon algún día más que sendos montones de ruinas, y ¡quiera Dios que no encuentren salpicados de sangre sus escombros!

Tantas veces lo hemos dicho, que ya nos causa hastío el repetirlo: entre los arquitectos modernos, las disposiciones de las autoridades y el delirio popular acabará la noble arquitectura española por reducirse a polvo, y con ella, y por los mismos trámites, irán desapareciendo todas las bellas artes, o consumidas por falta de alimento, o mutiladas por la fuerza brutal, o restauradas por el *buen gusto* de los actuales ayuntamientos. Y cuando no quede en España ningún vestigio del arte antiguo, de las creencias antiguas, de la gloria y del saber antiguo, entonces seremos un gran pueblo, un pueblo civilizado, un pueblo como le hubiera hecho Voltaire; en fin, lo que se llama todo un pueblo.

En tanto, mientras llegamos a aquel grado de ideal sublimidad, todavía quedan admirables pruebas de que ha habido artes y genio en nuestra patria; y tal es el atractivo que éstas ofrecen a todos, menos a los que las poseemos en nuestro país, que, a pesar de

los facciosos del norte, de los ladrones del mediodía, de las guerrillas de levante, de las posadas de poniente, y de las mil y una razones que hay para mirar con cierto sobresalto juicioso un viaje a la Península, no falta quien lo arrostra todo por venir a contemplar nuestras santas catedrales, nuestros prodigios de la escultura, nuestros cuadros, nuestros alcázares y nuestros campos andaluces, y nuestros hermoso clima y nuestro cielo azul.

Así lo han hecho últimamente el señor Barón Taylor, célebre escritor y viajero francés, y su compatriota el joven y excelente pintor M. Dauzats, ambos llegados a Madrid en estos últimos días. *El viaje pintoresco y romántico de la antigua Francia*, obra colosal en su género, es un grande título a la justa gloria de estos ilustrados extranjeros. El proyecto que ahora trae por cuarta vez al Barón Taylor a nuestro país, es el de dar a conocer a su vuelta a Francia la mayor parte de las riquezas artísticas que tiene nuestra nación, para lo cual viene acompañado del referido M. Dauzats, para que dibuje nuestros monumentos nacionales sobre el terreno y los reproduzca después por medio de la litografía, y de un acreditado escultor que vacie los bajorrelieves y estatuas que los decoran. Este es el modo de hacer esta clase de obras: en grande.

La obra que se propone publicar en París el Sr. Barón Taylor tendrá por título: *Viaje pintoresco a España*, y con sus numerosas láminas y con los textos que acompañarán a cada una de ellas estamos seguros de que será la que más contribuya a hacer conocer en Europa el verdadero carácter de las bellas artes españolas. El Barón Taylor no es un simple especulador político, un mero observador geógrafo o un entusiasta novelista, como la mayor parte de los autores que hasta ahora han escrito acerca de las cosas de España; el Barón Taylor es todo aquello, y es, además, artista y poeta. Esto es decir que reúne todos los elementos necesarios para llevar a cabo dignamente el vasto plan de su obra; ademas, y sea dicho de paso, tenemos entendido que no ha perdonado gasto alguno para que sea enteramente digna de su autor y del ilustrado siglo XIX.

Los Sres. Taylor y Dauzats pasarán una breve temporada en Madrid, donde esperamos que el Gobierno les facilite todos los medios de reunir el mayor número posible de datos para su importante obra, y continuarán luego su viaje a las provincias litorales del Mediterráneo.

Al sentir y manifestar públicamente nuestros vivos deseos de que el más brillante éxito corone los trabajos de estos ilustres extranjeros, lo hacemos no sólo por un sentimiento de simpatía como artistas, mas también de gratitud como españoles."

36. BELLINI, II, 180.

Rumores acerca de su fallecimiento.

37. BERLANGA, C. R. DE, *Soneto, escrito en la Alhambra*, II, 216.

"Sombras ilustres, que en la noche oscura..."

El Autor y el título completo constan en II, 228.

38. BERMÚDEZ DE CASTRO, JOSÉ, *Alucinación!!!*, II, 223-27.

Reproducido por Ochoa en *Apuntes*, I, 98.

39. BERMÚDEZ DE CASTRO, JOSÉ, *El día de difuntos*, II, 213-16.

Poesía dividida en cinco partes, que comienza: "Noviembre empezaba, la tarde era fría..." La reprodujo Ochoa en *Apuntes*, I, 103.

40. BERMÚDEZ DE CASTRO, JOSÉ, *El peregrino*, I, 305-6.

Romance: "Era una tarde de invierno..." Reproducido por Ochoa en *Apuntes*, I, 105.

V. Blanco García, *Literatura*, I, 181.

41. BERMÚDEZ DE CASTRO, JOSÉ, *Historia de la muy noble y sublimada señora Leonor Garavito*, III, 61-65, 73-78.

Impresa en caracteres góticos.

42. BERMÚDEZ DE CASTRO, J[OSÉ], *Los dos artistas*, I, 281-86.

Reproducido por Ochoa en *Apuntes*, I, 89.

43. B[ERMÚDEZ DE] C[ASTRO], J[OSÉ], *Primera representación de Teresa, drama por Alejandro Dumas, traducción de Ventura de la Vega*, III, 71-72.

En el cisma literario de nuestra época, en que el mérito no es exclusivo, ya que lo alabado por una escuela es justamente lo vituperado por otra, la primera pregunta al ver el anuncio de una obra dramática moderna, es: ¿a ¿qué escuela pertenece?

Y por cierto que no comprendemos nosotros cómo se puede aprisionar el genio en los estrechos límites de un sistema. Déjese a cada autor la libertad de escribir y describir una acción de la manera que la concibe; no se le pongan lazos; no se le encierre en un término prefijo ni se le dé un compás matemáticopara med ir lo que menos sujeto está a medidas, lo que menos se presta a pauta y molde, lo más volandero y fantástico: la imaginación. Libertad literaria como libertad política, por esto ha clamado siempre *El Artista*, y en esta nueva doctrina que se va ya adoptando, su voz ha sido, si no la de más peso, al menos, de las primeras.

Romántico es el drama *Teresa*, con sus puñales, venenos y amores desgraciados; con sus situaciones críticas e interesantes, con su diálogo vivo, animado, pintoresco y desigual, como el curso de la vida humana, pero siempre verdadero y sin salir del orden común de esta misma vida. Por eso le creemos bueno, y felicitaríamos al Sr. Vega de su traducción, si no tuviéramos que darle el pésame por las mutilaciones que ha sufrido por la censura.

Hemos oído con gusto los hermosísimos versos de la agitación, que *El Artista* ha publicado el primero, y por eso *El Artista* merece también su enhorabuena.

El Sr. Latorre lo ha hecho como siempre, lo que quiere decir bien. El Sr. Julián Romea se ha poseído de su papel, ha estudiado el carácter de Arturo y ha sentido la pasión que pintaba. El Sr. Florencio Romea nos ha representado a Paolo cual debió, sin duda, imaginarlo el autor, porque todos se lo figuran así; sigue los pasos de su hermano y podemos decir que será buen actor y que tiene a quién parecerse. Pero le aconsejamos que no vista de librea francesa a un pescador italiano.

El público hizo justicia con numerosas palmadas."

44. BERMÚDEZ DE CASTRO, J[OSÉ], *Una Estrella misteriosa*, II, 82-83.

"Suele el cielo oscurecido..." Puede verse en los *Apuntes*, de Ochoa, I, 107.

45. BERMÚDEZ DE CASTRO, SALVADOR, *Al Sueño*, III, 114-15.

"Tu blanda mano sobre mi reposa..." Puede verse en sus *Ensayos poéticos*, Madrid, 1840, pág. 289.

46. BERMÚDEZ DE CASTRO, SALVADOR, *La Meditación*, II, 198-200.

"Hay un sitio en la orilla del río..." Incluída en la obra citada, pág. 313.

47. BIOGRAFÍA. *Haendel*, III, 49-51.

Se trata del músico Jorge Federico Haendel (1684-1759).

48. B[OHL DE FABER], C[ECILIA], *La Madre o El combate de Trafalgar*, II, 232-36.

Este relato forma parte del volumen XIII de las *Obras Completas* de Fernán Caballero, que se inicia con *Deudas pagadas* (Madrid, Rubiños, 1921, págs. 149-62).

En la revista va precedido por la siguiente nota: "Con mucho gusto insertamos la siguiente novelita, que nos

ha sido remitida por una señora, cuyo nombre conocemos, aunque no nos es permitido revelarle. Acaso sus dos iniciales bastarán a levantar el velo del *incógnito* con que obliga a encubrirse una modestia excesiva a nuestra amable escritora. Lo poco frecuente que es en España el que las personas del bello sexo se dediquen a cultivar la amena literatura, da nuevo realce al mérito positivo de la siguiente composición."

— — —

Fray Diego Valencina publicó el borrador, sin fecha, de una carta que, equivocadamente, supone escrita en 1852, y refiriéndose a la misma, dice en la página X de su *Prólogo:* "Afirma que su madre fué la que descubrió que Cecilia Böhl firmaba sus escritos con el seudónimo de *Fernán Caballero*", cosa no menos inexacta, según se puede comprobar leyendo el texto de la misiva, completamente diáfana después de conocer el artículo y la nota antecedente. Aquélla dice así:

"Señores editores de *El Artista.*

Muy señores míos: Sólo mi consternación pudo igualar a mi sorpresa al ver en la entrega 1-2 de su interesante periódico la narración de un hecho visto (y no novela) que había escrito yo en otro idioma por perfeccionarme en la lengua y sin otra pretensión. Pero ambas llegaron a su último grado al volver a leer los renglones con que encabezaban ustedes dicha relación, en los que hacen saber que les ha sido remitida por la persona que la escribió.

Aunque es bien cierto que en el corto número de personas que me tratan ninguna reconocerá en la colaboradora de *El Artista* a una mujer de una vida en sumo retirada y en extremo casera, mucho más cuando las iniciales que le acompañan no son con las que yo firmo, aunque es cierto, digo, que la insignificancia del remitido y la de mi persona son mi mejor *incógnito*, me debo a mí misma y a mi propia tranquilidad de deshacer un error que no quiero que exista.

Yo no he mandado a ustedes la citada relación, no por modestia, que ésta implica mérito, sino porque tengo el suficiente discernimiento para saber que lo que estampo por vía de pasatiempo y estudio no merece ni un lugar en su distinguido periódico, ni aun llamar la atención de nadie; pero sobre todo porque tengo por íntimo convencimiento que el círculo que forma la esfera de una mujer, mientras más estrecho, más adecuado a su felicidad y a la de las personas que la rodean, y así jamás trataré de ensancharlo, debiendo a este sistema la felicidad de que he gozado en mi vida.

Como la mano que ha descorrido el velo que cubría el misterio de mis horas de retiro y soledad ha sido la de una madre querida, y su móvil la parcialidad maternal, el respeto y el agradecimiento sellan los labios a mi justa queja; pero deseo se sepa que no sólo no he pensado jamás en escribir para el público, sino que es mi sistema, tanto en teoría como en práctica, que más adorna la débil mano de una señora la aguja que no la pluma, y es injusto se quejen ustedes que *es poco frecuente en España que las personas del bello sexo se dediquen a cultivar la amena literatura.*

La severidad e intolerancia del *sexo fuerte* es la que ha creado la opinión general de ser incompatibles las calidades domésticas y las inclinaciones literarias. Sentado este principio, no hay mujer sensata que quiera sacrificar lo sólido a lo brillante, una virtud a un adorno.

Ustedes estarán persuadidos que cuanto llevo dicho es una ensarta de lugares comunes; mucho más que ustedes lo estoy yo, pero hay lugares comunes que ganan en ser repetidos por ciertas personas, así como hay ciertas clases de personas que ganan al decirlos, como al hacerlos regla de comportamiento.

Agradezco infinito el nombre de amable que me dan ustedes por *gracia*, el que devuelvo a ustedes por justicia."

(*Cartas de Fernán Caballero, coleccionadas y anotadas por fray Diego de Valencina.* Madrid, 1919, páginas 44-46.)

49. BOVER DE ROSELLÓ, JOAQUÍN MARÍA, *Belisa durmiendo. Anacreóntica*, III, 59-60.

"Venid, favonios blandos..."

Nota preliminar: "Las dos composiciones que insertamos a continuación son obra de un joven mallorquín, D. Joaquin María Bover de Roselló, ya ventajosamente conocido en la moderna literatura por algunos brillantes ensayos y, sobre todo, por una oda a la Reina nuestra Señora, llena de fuego y patriotismo, que se insertó en 23 de febrero de 1834 en el periódico titulado el *Tiempo*."

50. BOVER DE ROSELLÓ, JOAQUÍN MARÍA, *Letrilla*, III, 60.

"Si es blando alivio..."

51. BRETÓN DE LOS HERREROS, MANUEL, *No es oro todo lo que reluce. Letrilla*, III, 17-18.

"Soberbio escudo..."

En sus *Obras*. Madrid, 1884, V, páginas 200-1.

52. [BYRON], *Fragmento traducido del "Sitio de Corinto". Poema del célebre Lord Byron. [Por] Telesforo de Trueba Cosío*, I, 64-65.

"Erraba por la playa sin destino..."

— C. (V. NEGRETE).

— C. A. (V. NEGRETE).

— C. B. (V. BOHL DE FABER).

— C. DE C. A., EL (V. NEGRETE).

53. [CANDIDATOS *a la vacante de Gros en la Academia de Bellas Artes del Instituto de Francia*], II, 96.

54. CAPRICHO *de la suerte (Un)*, I, 172-74.

Episodios de la vida de Alberto Durero.

55. C[ARDERERA], V[ALENTÍN], *Bartolomé Pinelli. Necrología*, I, 224-26.

56. CARDERERA, V[ALENTÍN], *Bellas Artes*, I, 2-5, 27-29, 37-39, 74-75, 99-101, 133-35, 169-72, 206-8, 241-43, 277-79; II, 25-27, 61-64, 121-24.

57. CARDERERA V[ALENTÍN], *Biografía de Don Francisco Goya, pintor*, II, 253-55.

"Hasta que alguna pluma *piadosa*, como dice Vasari, y más elegante y docta que la nuestra, no se proponga escribir la vida del artista original de la última mitad del siglo pasado y de una buena parte del presente, creemos no sea desagradable a los amantes del arte este ligero bosquejo de ella y de sus bellas producciones.

Don Francisco Goya y Lucientes nació en *Fuente de Todos*, reino de Aragón, el 31 de marzo de 1746.

Aprendió los primeros rudimentos del arte en la academia de San Luis, de Zaragoza; y después de haber adquirido algún conocimiento en gastar el color al olio, llevado de su ardiente amor a la pintura, fué a Roma, donde estudió, no como pensionado por la corte de Madrid, de los que en aquel tiempo había varios, sino con la aplicación propia de quien no cuenta con más auxilios que los que le ofrece su familia.

Afortunado aquel que, conociendo y consultando su genio, no se deja arrastrar por el ejemplo de la multitud, ni por las doctrinas y preocupaciones de sus contemporáneos; antes bien, siguiendo su vocación, procura en ella perfeccionarse y lucha por llegar a la meta. Así, nuestro aragonés, después de haber admirado y estudiado las insignes obras antiguas que encierra

aquella metrópoli de las artes, tuvo el gran talento de seguir una senda muy diversa de la que caminaban casi todos los numerosos pintores que estudiaban en aquella capital. Los *Concas* y *Trevisanis* tenían infectada la Italia y todo lo más civilizado de Europa con aquella escuela amanerada y viciosa, oriunda de la de los *Cortonas* y de los *Ferrys;* y casi no había artista que no se gloriase de imitarla, sofocando de este modo aquel germen de mérito o talento que Naturaleza suele distribuir a cada uno.

No fué muy larga la permanencia de Goya en Roma. Hízole regresar a su patria el cariño extraordinario que siempre tuvo a sus padres, de quienes jamás volvió a separarse.

Las primeras obras que dieron a conocer su genio fueron los cuadros que pintó para la real fábrica de tapices. El gusto, el talento y, sobre todo, la presteza extraordinaria con que los ejecutó, llamaron la atención del caballero Mengs, a cuya inspección estaban las pinturas para los tapices del real palacio. Todos los aficionados conocen la gracia y natural facilidad con que representaba las escenas populares de nuestro país, género en que sobresalía particularmente; su genio fogoso y fecundísimo conducía su pincel, y son admirables los cuadros de caballete en que improvisaba innumerables caprichos, hijos de la más lozana fantasía. En esta su primer época son notables la sencillez y naturalidad de sus composiciones, la luz y efectos, no forzados, del claroscuro; y todas sus producciones, si bien de menos brío que las de su mejor tiempo, tienen una verdad que encanta.

A esta primera época y estilo, si bien ignoramos el tiempo preciso en que fueron ejecutadas, pertenecen el gran cuadro que hizo para la iglesia de San Francisco el Grande, de esta corte; muchas corridas de toros y escenas populares de pequeña dimensión, entre los cuales son muy notables los que existen en el casino de la alameda del Excmo. Sr. Duque de Osuna, conde de Benavente, y otros que hizo para D. Andrés del Peral. Un gran cuadro de toda la familia del Sermo. Sr. Infante D. Luis, que poseen los Sres. Condes de Chinchón; el retrato de cuerpo entero del Conde de Florida Blanca, en el que también se retrató a sí mismo; el de la Duquesa de Alba, también de cuerpo entero, y, sobre todo, un crucifijo bellísimo que está colocado en la entrada del coro del citado convento de San Francisco el Grande, por el cual fué nombrado académico de mérito de la real de San Fernando en 7 de mayo de 1780.

Su manera segunda hace época muy honorífica en la historia de nuestra pintura. Un continuo estudio de la naturaleza y una grande observación en las obras del gran Velázquez y de Rembrandt formaron el estilo que hace la delicia de los inteligentes y aficionados. El pintor holandés le enseñó aquella gran economía que usaba nuestro artista de las luces de sus cuadros, de lo que resultaba aquel efecto picante y decidido que sorprende y agrada hasta a los más ignorantes; del insigne sevillano tomó la admirable inteligencia en la perspectiva aérea, aquel vapor o aire interpuesto que caracterizan todos los cuadros de su segunda y última época, aquella ejecución franca y llena de fuego, y, finalmente, el tacto particular y desprecio con que indicaba los detalles el gran Velázquez, procurando conciliar la vista del espectador con el objeto principal, sin que accesorios impertinentes distrajeran la atención.

Goya pintaba las partes iluminadas con mucha masa de color, sin atormentarlo; reflexionaba y calculaba el efecto antes de ejecutarlo, y, persuadido del toque que debía dar, lo hacía con tal desenvoltura y atrevimiento, que daba un resultado admirable, aunque a los pocos entendidos parezcan muchas de sus principales obras hechas con precipitación y negligencia. Tan celoso y amante era del gran efecto de un cuadro, que sus últimos toques de luz los ejecutaba regularmente de noche, con luz artificial, curándose, a veces, muy poco de la mayor o menor corrección en el dibujo.

De esta manera nos sorprenden los dos bellísimos cuadros de San Francisco de Borja, que hizo para la catedral de Valencia; el Prendimiento de Cristo, que está en la sacristía de la

de Toledo; la Virgen en la iglesia de la villa de Chinchón, y, sobre todo, el magnífico cuadro en que representó la Real familia del Sr. D. Carlos IV, de cuerpo entero (1), en el cual él mismo se retrató en posición de trasladar al lienzo aquella augusta reunión. Quedaron los reyes sumamente admirados y satisfechos de esta producción, y demostraron su Real agrado nombrándole su primer pintor en 31 de octubre de 1799, habiendo ya sido creado pintor de cámara desde el 25 de abril de 89 por otros excelentes retratos que hizo de SS. MM. de cuerpo entero.

No todas las obras de su último período se resintieron del abatimiento de sus fuerzas físicas; el lienzo en que se retrató a sí mismo moribundo en el momento en que el distinguido profesor Arrieta le da una bebida, que le restituyó a la Patria y a sus numerosos admiradores, es una obra que recuerda todo el vigor y valentía de su mejor tiempo; su propio retrato en agonía y la fisonomía del doctor, animado de la expresión más benéfica, están dibujados y coloridos con grandísima maestría, y en toda la obra parece que Goya quiso rejuvenecer su ingenio para mostrar toda la extensión de su agradecimiento. El cuadro de la comunión de San José de Calasanz, en la iglesia de San Antonio Abad de esta corte, reúne cualidades muy apreciables: la escena está perfectamente imaginada y el efecto sumamente vigoroso; quizá abusó del negro de imprenta, que ennegreció en demasía mucha parte de los cuadros de su última época; esto y la poca firmeza, inseparable en edad tan avanzada, hizo comparecer menos bellos algunos de sus lienzos; pero siempre el efecto fué picante y vigoroso, como se ve en el cuadro de las santas Justa y Rufina, que hizo para la catedral de Sevilla.

Su salud, que declinaba desde 1822, le obligó a emprender el viaje de París en 1824 con Real licencia, y desde entonces siempre permaneció en Francia, y falleció en Burdeos el 16 de abril de 1828.

(1) Actualmente este gran cuadro está colocado en la sala del Museo donde descansan SS. MM.

Goya poseía perfectamente la práctica de su arte, tanto en la pintura al óleo como en la al temple y fresco; en este último género es muy notable lo que pintó en dos bóvedas menores de la iglesia metropolitana del Pilar de Zaragoza; en todo el techo y lunetos de la de San Antonio de la Florida, y en una casa de campo que posee su hijo, próxima al Manzanares.

Su gran manejo en la pintura al óleo es muy conocido; jamás descendía a minuciosidades acerca de sus telas, paleta ni pinceles; a éstos alguna vez sustituía la punta flesible del cuchillo de su paleta, y ésta era tan sencilla, que regularmente no usaba más que de bermellón, ocre blanco y negro.

Es sorprendente la facilidad con que hacía los retratos; por lo regular, los pintaba en una sola sesión, y éstos eran los más parecidos. Numerosísimos son los que debemos a su pincel, siendo todo el mundo ambicioso del honor que Goya dispensaba con su celebridad; así, también nos dejó muy al vivo los semblantes de muchos grandes hombres que honran a nuestra nación. Aún parece que respiran muchos de ellos: tal es la exactitud y verdad en sus formas y colorido, y tal la naturalidad de sus actitudes peculiares, que se los adivina su índole y carácter. Los del Sermo. Sr. Infante *D. Luis y Esposa*, el general *Urrutia*, el de la *Duquesa de Alba*, el de *Azara* el naturalista, el del arquitecto *Villanueva*, el de *Moratín*, *Máiquez* y otros muchísimos que los límites de este periódico no permiten citar, prueban esta verdad.

Dibujó muchísimo en sus postreros años; algunos dibujos de su mejor época están muy concluídos y conducidos con grande amor e inteligencia en la anatomía, y confirman que los ligeros lunares que sobre esto se observan en algunas de sus obras son efecto del fuego y entusiasmo con que pintaba, descuidando esta parte y despreciando ciertas reglas académicas y sistemáticas. Decía que sólo la naturaleza era su maestro; porque habiendo a los 43 años quedado enteramente sordo, se entregó todo a un estudio constante en este gran libro.

Todo el mundo artístico conoce sus

graciosas estampas al agua fuerte, y sin contar su colección *de los 80 caprichos,* que trabajó por los años 1796 al 97, fueron muchísimas las que grabó, tanto de los principales cuadros de Velázquez como de composiciones propias. En todas ellas se admira una invención sumamente original, un claroscuro ingenioso y sorprendente, aunque no siempre razonado, y un toque, en muchas de ellas, tan vivaz y fino, que no poco recuerdan las estimadísimas de *Rembrandt,* de *Labella* y otros eminentes en este género.

Sus citados caprichos y otras composiciones sueltas, así en pintura como grabadas, revelan su espíritu satírico, su entendimiento despejado, su ilustración y también cierta grandeza de ánimo con que supo ridiculizar y criticar los vicios y desórdenes de personas entonces harto poderosas.

Y porque en nada quedase ignorante de las prácticas del arte, quiso también litografiar; así, ejecutó una serie de corridas de toros, su diversión favorita, y algún otro capricho suelto.

La nueva escuela romántica de los pintores franceses ha puesto en evidencia el mérito de nuestro artista, y en bastantes cuadros pequeños y en muchísimas litografías y aguafuertes que adornan las ediciones de Víctor Hugo y otros célebres contemporáneos, se ve el deseo de imitar a Goya, y se columbran los originales y románticos *duendecitos* esparcidos en sus ochenta caprichos.

Como las producciones de un artista suelen ser los más vivos reflejos de su alma, nos parece inútil describir las cualidades morales de nuestro distinguido pintor. No bastarían para esto muchos números de este periódico. Sus muchos amigos y apasionados se complacen en referir y comprobar su carácter original, franco, modesto, valiente y desenfadado, sobre todo en sus años más lozanos. Si Goya hubiera escrito su vida, quizá presentara tanto interés como la que hizo de sí mismo el famoso *Benvenuto Cellini* para delicia e instrucción de los artistas y de todos los amantes de la hermosa lengua del Boccaccio y del Petrarca."

58. C[ARDERERA], V[ALENTÍN], *D. Juan Carreño de Miranda,* II, 146-147.

59. C[ARDERERA], V[ALENTÍN], *Galería de ingenios contemporáneos. Don José de Madrazo,* II, 306-10.

Don José de Madrazo y Agudo nació en la ciudad de Santander en 22 de abril de 1781. Dedicábanle sus padres al estudio de la náutica; pero venció la inclinación de aquéllos, y aunque aprovechando en las matemáticas, las abandonó para seguir el rumbo que su joven talento le trazaba. Nada, ciertamente, interesarían a nuestros lectores las minuciosidades y detalles de todos los pasos de su primera edad, y aun cuando quisiéramos tomarnos este superfluo trabajo, difícil nos sería desempeñarlo por la falta de noticias; además, ¿a qué conduciría el saber que siendo niño llenaba los papeluchos de gurrapatos, que dibujaba monos por todas las paredes y otras cosas de este jaez? Porque cuando admiramos los grandes efectos de la naturaleza, una nube con sus flancos de fuego, o un rayo despedido en medio de la tormenta, no detenemos nuestra imaginación al adorar la mano del hacedor del mundo, pensando que la nube se formó de gotas de agua mansa, y que el rayo es la electricidad de la misma nube. Así, pues, contentándonos con decir que estudió en Madrid el dibujo bajo la dirección de D. Cosme de Acuña y D. Gregorio Ferro, directores entonces de la Real Academia de San Fernando, pasaremos a considerar al artista en la edad en que el talento humano es capaz de obrar en favor de la verdadera gloria; porque un artista de mérito es un ser privilegiado por el cielo, y su misión en el mundo no empieza como la de muchos santos del calendario, desde antes de poderse considerar como hombres.

¡Ciertamente es hermosa la edad de 20 años!, ¡cuando todo ríe en el mundo, cuando las pasiones son como una atropellada corriente con su encanta-

dora rusticidad, antes de hacer ningún daño, bullidora y alegre, pero sin devastar los campos!... En esta edad, en este período de ambición, acaso el más vehemente de toda la vida, se hallaba Madrazo, favorecido por la amistad de D. Fernando La Serna y la protección del Excmo. Sr. D. Pedro Cevallos, cuando el célebre pintor David acababa de ejecutar en París una obra, cuya fama dió el último toque mortal a los ya abatidos enemigos de la antigua escuela. El cuadro de las Sabinas era esta obra. ¡Qué no hubiera dado un joven entusiasta, y artista, por poder volar a donde estaba, por admirarlo sólo un momento, y contemplar la frente y los ojos del inspirado creador de aquel pensamiento! Pero la fortuna vino en su socorro. La Serna acababa de ser nombrado cónsul general en la capital de Francia, y se lo llevó consigo. Y para colmo de sus anhelos, pasó a estudiar bajo la dirección de aquel grande hombre que tanto deseaba conocer y admirar: al mismo tiempo estudiaba y meditaba las bellezas de aquel Museo. Además del estudio del natural en casa de David, dedicóse, por consejo de este mismo, a componer, y tanto en uno como en otro género se distinguió Madrazo, prevaleciendo su composición sobre las de los demás alumnos en el asunto de Aquiles avisado de la muerte de Patroclo, sacado de la Ilíada.

Dos años y medio pasó en París; siguió dos cursos de anatomía, por la disección de los cadáveres, en la galería del Louvre, y otros dos de antigüedades, que explicaba el célebre Mr. Millin. Desde esta época, ayudado por los vastos conocimientos de La Serna, empezó el gusto hacia las bellas letras, que en la sucesivo le condujo a la formación de su selecta y rica biblioteca: desde entonces también empezó a advertirse en sus cuadros la corrección y pureza de estilo que las distingue. Prueba de ello son algunas obras que creemos fuera de propósito citar; pero no omitiremos el hermoso cuadro de Jesús en casa de Anás (1), que mereció los elogios de David, juez el más severo de las producciones de sus discípulos; si fueran además necesarias otras pruebas de sus progresos, lo sería indudablemente, y muy fuerte, haberle aumentado el Gobierno de S. M. la pensión con que pasó a Roma a perfeccionar sus talentos.

Este período puede considerarse como el segundo de su vida. Veamos cuáles fueron sus obras en este montón de trozos hacinados de la antigüedad, rodeado del ambiente que animó tantos héroes y al pie de las obras de los más célebres artistas de la antigua Grecia. El lienzo de la muerte de Lucrecia fué su primera obra en Roma. La composición es de las más doctas y elegantes de nuestra época; reúne además la expresión de los afectos, la pureza del dibujo, la exactitud en los trajes. Este cuadro mereció las alabanzas de los pintores de Roma y los cantos de los Bardos; fué además ilustrado en el primer tomo de *las memorias enciclopédicas romanas sobre las bellas artes y antigüedades* que redactaba el célebre *Guattani*, acompañada la descripción con una estampa. El difunto Emperador de Austria, bastante entendido en la pintura, y la Emperatriz pasaron a ver este cuadro, deteniéndose cerca de tres cuartos de hora en contemplarlo, dirigiendo al autor las más halagüeñas expresiones (1).

El cuadro de Viriato, en que representó a este insigne caudillo traidoramente asesinado en su tienda de campaña, es otro glorioso ramo de laurel para la corona que la posteridad le destina. Su composición es rica y variada de afectos, elegante en las formas y vigorosa en el colorido. Sólo le

(1) Este cuadro se halla en el depósito de este Real Museo.

(1) Este mismo personaje, después de informarse sobre la patria y maestros de Madrazo, y hacer sus apuntaciones en un libro de memorias, al oír el nombre de David, le dijo: *Espero que usted no haya aprendido sus máximas*, haciendo alusión a la vida política de aquél en tiempo de la revolución francesa.—*Señor*, respondió Madrazo, *mi maestro no enseñaba a sus discípulos más que la pintura*. Tal vez la coincidencia entre las ideas republicanas de David y el argumento del cuadro excitarían momentáneamente en el Emperador un reflejo de simpatía entre el maestro y su discípulo. Otras personas, ya ignorantes o ya maliciosas, han procurado hacer de este cuadro un tormento para la paz artística. Varias veces he oído quejarse de esto al autor.

hizo ver en su estudio, no pudiendo exponerlo al público en el palacio de España, porque habiéndose a la sazón apoderado los franceses de Roma y retumbando hasta allí le grito lastimero de la oprimida España, no era prudente presentar a los ojos del déspota vencedor el héroe que había combatido por la independencia, viéndose por estas consideraciones precisado a arrollar su obra.

Esta época puede considerarse como muy fatal para la gloria de Madrazo; porque bosquejada la composición de la destrucción de Numancia, y en *croquis* a Megara obligando a capitular a los romanos, y las exequias de Viriato, la mano de plomo del coloso del Norte, no pudiendo arrancar de su pecho la llama del amor patrio, le arrojó a una prisión y deshizo sus ensueños de gloria contra las bóvedas y chapadas puertas de un castillo! (1). ¡Sin esto, sus ilusiones, sus sueños de oro, se hubieran realizado!... ¡A los 28 años, quién no sueña más allá del mundo!... Habíase propuesto no pintar más que cuadros de su patria, y no careciendo de aquellos medios cuya falta suele malograr los más felices ingenios, no nos veríamos privados de unas obras que, enriqueciendo nuestra España, hubieran servido de impulso para el desarrollo de muchas de nuestras almas, llenas de sentimiento y de poesía. Pero una cárcel es una campana de hielo donde se marchitan todos los pensamientos que le hacen al hombre superior a un animal encerrado allí por el capricho de una fuerza mayor...

. . . . . .

Restituído al reposo de su casa y a la dulzura de la vida doméstica, unido por esta época con sagrados lazos a una joven tan bella como virtuosa, ejecutó por encargo de aquel Gobierno un cuadro de grandes dimensiones para la galería del palacio del Quirinal, en el que representó el sangriento combate entre griegos y troyanos disputándose el cuerpo de Patroclo. Esta composición, rica de figuras algo mayores del natural, y el estilo y carácter heroico con que están dibujadas, revelan los grandes estudios que por el antiguo haría su autor.

Los señores monarcas Don Carlos IV y Doña María Luisa, que pasaron a Roma por este tiempo con su familia, recibieron a Madrazo con particulares muestras de benevolencia y fueron retratados por su mano de cuerpo entero, esmerándose mucho el pintor en la ejecución. Fueron expuestos en la Academia de San Lucas y llamaron la atencion de toda la capital por la verdad y fuerza de su colorido, naturalidad en las actitudes, y riqueza, brillantez y valentía del conjunto (1). En vista de estas producciones, la Academia entera le creó, por aclamación, su académico de mérito. S. M. le nombró pintor de cámara, con satisfacción de todos los profesores, nombramiento que después confirmó el Sr. D. Fernando VII, y siguieron aquellos augustos personajes honrándole, siendo padrinos en el bautismo de dos de sus hijos. Una alegoría de la Felicidad eterna siguió a estas obras: lienzo para un techo encargado por S. M. Tanto éste como otro que pintó del triunfo del amor divino sobre el profano (2), están compuestos con toda la gala de una rica y brillante imaginación; la belleza de los principales semblantes, la elegancia en todas sus formas, el excelente plegado de las ropas y, finalmente, el gusto y diligencia con que los menores detalles están ejecutados, recuerdan las creaciones de los insignes pintores de Julio II y León X.

Robustecen esta opinión las representaciones que ha hecho de la Sacra Familia, en particular la que pintó para el Marqués de Marialva, embajador de S. M. F.; otra que posee en Londres el Marqués de Langsdawn, y una Virgen con el Niño, de cuya posesión

(1) Madrazo, así como el célebre escultor Alvarez, Solá y otros compañeros, estuvieron arrestados en el castillo de Sant'Angelo treinta y tres días, rehusando jurar por su rey al intruso José; de allí fueron conducidos al palacio de la Embajada de España, donde permanecieron dos meses con el ministro y la legación, también arrestados. Pasado este tiempo, se les concedió el arresto en sus casas, y, finalmente, todo el recinto de Roma por cárcel.

(1) Estos retratos, con otras varias obras, naufragaron en el golfo del León en su conducción a España.

(2) Actualmente colocado en el Real Museo

no tenemos noticia. No desmerecen de estas obras los cuatro cuadritos de las Horas, que pintó en España, que adornan la casa rústica del *Casino de la Reina*, un cuadro de la Virgen con el Niño rodeada de ángeles en adoración, que hizo para S. M. la Reina Doña Josefa Amalia; y, sobre todo, el que ejecutó del sagrado corazón de Jesús, con bellísima gloria de ángeles, por orden del Señor Don Fernando VII, para el convento de las Sras. Salesas Reales, y otros cuya enumeración juzgamos deber omitirse por brevedad.

En cuanto al mérito de sus retratos, Roma, Madrid y otras capitales pueden juzgar de la felicidad de la ejecución, de su perfecta semejanza y, sobre todo, de la armonía y verdad de su colorido. Todavía en Roma se recuerdan con admiración los citados de Don Carlos IV y su esposa; el del Embajador D. Antonio de Vargas; el del Excmo. Sr. Cardenal Gardoqui; todos de cuerpo entero. Y si éstos son bellos, seguramente no lo son menos, entre otros muchísimos que hizo, el del príncipe heredero de los estados de Holstein Holdembourg; el del Marqués de Marialva; el del Comendador Navarro y Andrade, y el del Príncipe de la Paz.

Entre los numerosos que pintó, restituído a esta Corte, merecen particular mención los del Excmo. Sr. D. José León Pizarro con su esposa y demás familia, grupo bellísimo e interesante; el de D.ª María Arratia y Angulo; el del Señor Don Fernando VII a caballo, y el del Excmo. Sr. D. José Canga Argüelles; todos de cuerpo entero y del tamaño natural. De medio cuerpo, el de D. Ramón Calvo de Rozas; del Conde de Tatischeff, embajador ruso; el de D. Santiago de Masarnau; el de Lady Georgine con su hija, esposa del Excmo. Sr. D. Enrique Wellesley, embajador en esta Corte de S. M. Británica; el del Excmo. Sr. D. José Moscoso y Altamira; y en estos últimos años, los de S. M. la Reina Gobernadora, recién llegada a España, de cuerpoe entero y tamaño un tercio del natural; el de su excelsa hija la Reina Nuestra Señora Doña Isabel II, y el del general Castaños, duque de Bailén.

Todas estas obras justifican la elección que en 1818 hizo S. M. de Madrazo para director del colorido y composición en esta Real Academia de San Fernando, elección lisonjera por no pretendida. Sus vastos conocimientos teóricos, explicados a numerosos discípulos con la amenidad propia de su talento y con todo el amor y generosidad debidos, han coadyuvado grandemente a la propagación de la buena escuela entre la mayor parte de nuestra juventud, de cuyos abundantes y sazonados frutos han podido verse en las últimas exposiciones muy buenos testimonios.

No por este nombramiento pensó el artista adormecerse a la sombra de las obras que le formaron tanta reputación. La piedra angular del edificio de su nombre había de ser del más precioso mármol. La determinación está hecha—el entusiasmo hierve aún en su pecho—, ¡la historia de la patria y la patria en sus padecimientos!; estos recuerdos no se borran en las prisiones; bien así como una hoguera sofocada por mucho tiempo, que al romper de la llama hace su claridad mayor. Otra vez Numancia: los numantinos en distintas actitudes, y aun más hermosas que en el primer boceto, ocupan un lienzo de extraordinarias dimensiones. El lápiz había ya recorrido toda su extensa superficie; el color mancha una parte de la tela... Este cuadro permanece interminado en su estudio (1), porque otro interés mayor prevaleció sobre el propio. La litografía, este hermoso hallazgo, este descubrimiento tan importante a las bellas artes, parecía tocar en Francia, en Inglaterra y en Alemania a su perfección, ¡y entre nosotros aún estaba en su infancia!...

El Señor Don Fernando VII, penetrado de su utilidad, comisionó a Madrazo para la instalación de este ramo en Madrid. Era preciso abandonar la pintura—marchó a París, estudió en los establecimientos litográficos—, y a pocos meses de su regreso publicó el primer cuaderno de la colección de los cuadros del Real Museo, con admira-

(1) Esperamos la conclusión de esta obra. Madrazo va a ocuparse nuevamente en ella, y, terminada en poco tiempo, la opinión pública no desmentirá nuestras palabras.

cion de los litógrafos extranjeros, que juzgaban temeraria esta empresa por por las grandes dificultades que ofrece la reproducción de los cuadros antiguos en este género.

Si Madrazo correspondió a este honorífico encargo, a pesar de los inmensos obstáculos que en nuestro suelo tenía que vencer, falto de todos los elementos necesarios a este ramo, y dificultades que de suyo presentaba, puede juzgarlo todo español inteligente.

El que esto escribe fué testigo de los elogios que muchos artistas de mérito conocido, tanto italianos como franceses e ingleses, han tributado a nuestra litografía; porque llegan a ellos las inspiraciones de los Velázquez, Riberas, Murillos, Canos y Ribaltas, y otros ni aun conocidos por su nombre, de los que sólo percibían algún pálido reflejo. ¡Cuántos incendios han devorado admirables producciones que lloran las artes, con duplicado duelo por no habernos quedado la idea de sus composiciones!

Antes de concluir, haremos mención de un cuadro que, por orden de S. M. la Reina Gobernadora, pintó para un techo de Vista Alegre, que representa la aurora con el lucero que le precede, arrojando a su región tenebrosa a la noche, personificada en una mujer envuelta en un transparente velo negro. Acompañan a la aurora varios grupos de genios sembrando la vía de flores. Habiendo estado esta obra expuesta al público, aunque por cortísimo tiempo, omitiremos el juzgar de su mérito; pero sí diremos que su composición es para nosotros lo más feliz. Es de alabar el modo con que Madrazo supo en esta ocasión formar una verdadera creación; es decir, presentar con la novedad que lo ha hecho, un argumento que tantas veces ha sido tratado. Esta obra ha sido ejecutada en medio de las penosas tareas litográficas.

Así, ha recibido en todos los períodos notables de su vida varios honores, en los que no nos detendremos, porque no lo juzgamos interesante para los verdaderos amantes del mérito. Diremos, sí, y éste debe ser el más satisfactorio para nuestro pintor, que la ciudad de Santander le nombró su regidor perpetuo, dignidad muy poco común, por haberse concedido solamente a dos secretarios del despacho, los Sres. Conde de Floridablanca y Lozano de Torres; por lo tanto, muy honorífica. Las ordenes de Carlos III y de Comendador de Isabel la Católica (1) atestiguan el aprecio en que le tuvieron sus monarcas; y, finalmente, se ha dignado honrarle, haciéndole su maestro, la protectora ilustre de las artes, y pintora también, S. M. la Reina Gobernadora, madre del más precioso y cándido ornato del trono español."

60. C[ARDERERA], V[ALENTÍN], *Sobre la conservación de los Monumentos de Artes*, II, 217-18.

61. C[ARDERERA], V[ALENTÍN], *Tapices*, I, 301-3.

Reseña de los que se conservan en la Corte, y especialmente de los que pertenecen a los Reyes.

62. CARTONES *de Rafael (Los)*, III, 27-28.

63. CASTRO Y OROZCO, J[OSÉ] DE, *El gatito de Cintia*, II, 298-99.

"Gatito de ojos verdes..."
En los *Apuntes* de Ochoa, I, 412.

64. CASTRO Y OROZCO, J[OSÉ], *Soneto. Mi ambición*, II, 312.

"Vuele el bravo a la lid buscando ansioso..."

65. C[EÁN]-B[ERMÚDEZ], J[UAN] A[GUSTÍN], *Retrato del Conde-Duque de Olivares. De Don Diego Velázquez de Silva*, II, 97.

(1) Desde Felipe IV acá no se habían dispensado a los profesores de las bellas artes las insignias de las Ordenes, señal la más cierta del vergonzoso abatimiento del ingenio y al mismo tiempo de su reanimación en nuestros días.

66. [COLOCACIÓN *de la estatua de Cervantes, obra de Solá, en la plaza del Estamento*], II, 96.

67. [COLECCIÓN *de 88 vistas litografiadas de los Sitios Reales y de Madrid*], I, 191-92.

68. COLOM Y COLOM, J[UAN], *Noticias de poetas cómicos sevillanos*, III, 13-15.

L. de Rueda, Malara, Cueva, Belmonte Bermúdez, Ana Caro, Jiménez de Enciso, Feliciana Enríquez de Guzmán, Jerónimo Guedeja, Fernando de la Torre Farfán.

69. COMBATE *de hormigas*, III, 58-59.

70. [COMENTARIOS *sobre la muerte del barón Gros*], II, 70-71.

71. CONSTANTE *Cordobesa (La)*, III, 89-93.

Extracto de la novela del mismo título, de G. de Céspedes y Meneses.

72. [CONTESTACIÓN *de los Editores y Redactores a las quejas formuladas por la supuesta inmoralidad de una estampa*], II, 180.

73. CONVERSACIONES *sobre la Economía Política, por la Sra. Lowry, traducción del inglés por Gerónimo de la Escosura*, I, 310.

74. CRÓNICA *de teatros*, I, 144.

No ha sido contratado el actor Mate, "uno de los más inteligentes y aventajados que poseían nuestros teatros y que nos ha robado por un año el de Cádiz". Ignoramos quién le sustituirá.

Se dice que la empresa no quiere recibir a José Valera y hasta que se trata de darnos una compañía de "aficionados."

"—Esta noche se dará definitivamente la primera representación de *Don Alvaro, o la fuerza del sino*, drama en cinco jornadas, en prosa y verso, de cuyo éxito hablaremos a nuestros lectores, haciendo al mismo tiempo un análisis de las bellezas y defectos que en él encontremos en nuestro próximo número. Se asegura que la Empresa ha hecho desembolsos de consideración para adornarlo con todo el aparato teatral que exige su argumento, que en muchas partes puede considerarse como enteramente fantástico. Difícil sería no congratularse al ver una composición original ocupando por algunos días una escena invadida por muy modestas traducciones.

—Se nos asegura que, en el próximo mes de abril, veremos representado en esta Corte un drama histórico original en cinco actos, cuyo título es *Alen Ferrando, o el Cruzado*. Es obra del joven poeta D. Jacinto de Salas y Quiroga, ya conocido ventajosamente como uno de los defensores de la nueva literatura.

—Bien se conoce que estamos en una época santa y privilegiada. Sólo así puede explicarse la inaudita prodigalidad de piezas españolas que se observa en nuestros teatros: además de las dos ya indicadas, se habla con grandes elogios de otra titulada *Alfredo*, que no tardará en ponerse en escena."

75. CUETO, LEOPOLDO AUGUSTO, *A mis hermanas*, II, 170-71.

"¡Es vano empeño que el amor combata!..."

76. CUETO, LEOPOLDO AUGUSTO, *Examen del "Don Alvaro o La fuerza del sino". Drama... de D. Angel de Saavedra*, III, 106-8, 110-14.

"... Una plaga de insulsas traducciones, bien que dignas de sus origina-

les, han estragado nuestra escena; y esta decadencia es en el día tan visible, que si por ventura aparece entre nosotros un drama original, le miramos, a nuestro pesar, como una maravilla literaria, cual si con la pérdida de la costumbre hubiésemos perdido el derecho de escribir dramas.

Los restos de nuestra antigua gloria cómica han sido contemplados hasta ahora, por los eruditos, con una veneración supersticiosa que no ha bastado, empero, a desenvolver en sus inertes almas el fuego de la invención libre que respiran casi todas nuestras comedias antiguas, desde la *Celestina* hasta las últimas de Cañizares, olvidando torpemente que estos restos son las ruinas de un edificio colosal y ostentoso, donde aún halla el observador modelos de sublime estructura y bellos rasgos de proporción y ornato.

Bajo este acertado punto de vista han sido mirados por el ilustre autor del *Don Alvaro o la fuerza del sino.* Al aparecer este drama en la escena española, hemos sentido la sorpresa que nos acomete siempre que vemos una producción original de nuestros poetas dramáticos, lo que sucede muy raras veces, unida a la que debía nacer de las extrañas formas del drama. Eco a un tiempo de nuestro teatro antiguo y del romanticismo moderno, e hija de una inspiración cuyo origen no se conoce, esta composición singular ha debido llamar la atención y la ha llamado fuertemente.

Nosotros, viviendo en Sevilla, cuyas costumbres están retratadas en algunas escenas como en un espejo veraz, no hemos podido sustraernos ni a la admiración que nos ha causado su simple lectura, ni a la tentación de manifestar nuestra opinión acerca de su mérito; aunque sin hacer ordenadamente un examen analítico de cada una de sus partes, porque este trabajo ha sido desempeñado ya con acierto por la mayor parte de los periódicos de la Corte.

Cualquiera que haya leído el Don Alvaro, conocerá que su argumento es la reunión de los sucesos más interesantes de la vida de un desgraciado. De esta manera de formarlo, unida a la imaginación fogosa y productiva del poeta, ha resultado que rebosa de incidentes que, si bien eminentemente dramáticos y magistralmente presentados, necesitan en nuestro sentir, para desevolverse completamente, límites menos estrechos que los de un simple drama. Pero esta variedad que no degenera en confusión, sirve tal vez para entretener más al espectador, y en este caso sólo prueba los recursos del autor y el triunfo de su desempeño.

Es de notar que que siendo el drama un depósito de principios de la moral más pura, no ha precedido a su formación la idea de satirizar algún vicio, de corregir alguna pasión, de combatir las preocupaciones, de ridiculizar alguna humana debilidad. Hasta ahora, tales han sido los blancos de casi todos los escritores dramáticos. El ridículo de los extravíos y de las manías del hombre, de la manera que lo han usado Molière, Regnard, Scribe, Picard; el escarmiento como lo han presentado en la escena Ducange, Kotzebue y la mayor parte de los autores trágicos, o ambas cosas reunidas, han constituído las armas de corrección que debían reformar las costumbres populares, y estas armas eran como el faro que no debían perder de vista los poetas en la composición de un drama. En el Don Alvaro no se descubre ningún objeto de esta especie. Los lances, aunque íntimamente conexos entre sí, no van naciendo sucesivamente de la conducta anterior de los personajes, como sucede en las comedias clásicas, sino del incontrastable poder del destino, de las inmutables leyes de la suerte, de *la fuerza del sino.* Así es que, en aquéllas, la exposición, y a veces sólo el título, revela la mayor parte de la intriga y los matrimonios finales, mientras que en el Don Alvaro nadie puede inferir de las escenas antecedentes la progresión del argumento.

La infracción de la unidades rutinarias, el número de los actores, la circunstancia de salir algunos de ellos sólo en una escena, y la colocación de las situaciones altamente trágicas al lado de otras vulgares y chocarreras, han alarmado a los clásicos; y creyendo justamente que su despotismo literario vacilaba, han multiplicado las

diatribas para sofocar en su origen estas innovaciones peligrosas, capaces de empañar sus rancias glorias; pero en balde, por fortuna de los buenos estudios: la naciente Europa se ha declarado partidaria del bando libertador del yugo clásico, y la juventud española ha corrido a participar de gloria de sus banderas.

Nosotros, hijos del siglo XIX, mal podríamos hacer frente a la moderna escuela sin atraer sobre nosotros el baldón de ser contados como adictos al sistema de retrogradación literaria. Somos partidarios del romanticismo y tenemos en ello una distinguida vanagloria; pero no queremos, sin embargo, pertenecer al número de aquellos exagerados románticos que miran el solo nombre de *clasicismo* como el sello de la desaprobación, y que aseguran sin rebozo que cuanto hay anterior a esta reciente secta, o es indigno de ser leído, o lo escribieron románticamente sus autores sin haber caído en ello. Nosotros, menos exaltados, aunque profesamos el espíritu de esta escuela como el camino más franco para que campee libre la imaginación, no nos atrevemos a proclamarlo un género exclusivo, un tipo absoluto de la perfección. Antes bien, le encontramos algunos defectos, porque, a decir verdad, ¿qué humana invención podrá creerse totalmente inmune de defectos?—Vamos a fijar nuestra opinión en esta parte contrayéndonos al Don Alvaro.

De la estructura del argumento, que, como hemos dicho, es la representación de varios acontecimientos enlazados de la historia de un hombre, se deduce la necesidad de romper los grillos de la unidad de tiempo; y esta unidad, aunque ridículamente ceñida a un día por los críticos doctrinales, secuaces del Stagirita y del preceptista del Lacio, es, a nuestro modo de ver, la única que presenta algún título a la consideración de los innovadores; no porque no la juzguemos, del mismo modo que a las otras, como una traba de la fantasía, sino porque la falta de tacto en usar de la libertad que a ella se opone puede hacernos caer en desvaríos que exciten la burla del espectador. Por ejemplo: si es ilimitada la libertad de dar tiempo al desarrollo de los lances de un drama, podrá verificarse lo que, hablando de los autores españoles, decía el célebre Boileau, escritor que, aunque en materias románticas no es ciertamente una autoridad infalible, dió, no obstante, muchas veces muestras de un sano juicio y de un criterio depurado:

Un rimeur, sans peril, de là des pyrennées,
Sur la scene en un jour, renferme des années,
Là souvent le heros d'un spectacle grossier
Enfant au premier acte, est barbon au dernier.

Estos versos, aunque respirando la grosera ojeriza que excitaba en los franceses el ver que nuestro *tosco teatro* de entonces oscurecía sus escasas glorias, contienen uno de los casos en que el desprecio de esta unidad redunda, a nuestro entender, en menoscabo del buen gusto. Y en verdad, si las acciones sociales que vemos remedar en la escena hacen más efecto en el espectador mientras alejan más de su idea que cuanto ve, es un artificio del poeta y los actores, lo cual es una verdad que nadie osará desmentir, ¿cómo puede ser admisible esta mutación repentina de edades distantes, que viene necesariamente a recordarle que es una ficción cuanto mira?; ¿con qué ilusión, después de haber visto caer a algún interlocutor bañado en la sangre que derraman sus mortales heridas, hemos de verle aparecer a los pocos minutos firme y robusto, haciendo ostentación de las cicatrices? Esto sucede casi del mismo modo en la cuarta jornada del Don Alvaro, en que vuelve éste a la escena en disposición de combatir, cuando en la anterior le vimos en grave peligro de muerte. No decimos esto para censurar el drama: el Duque de Rivas ha variado adrede las situaciones de su protagonista, y si algo hubiese que reprobar en el uso de esta excesiva libertad, fuera del género que el autor ha escogido y no de su brillante desempeño.

Siempre seremos de opinión que tan vicioso es sujetarse mezquinamente a

la unidad de tiempo como abusar de la contraria libertad. Creemos que no toca al romanticismo ni mandar las unidades ni su indispensable infracción; esto fuera establecer principios doctrinales, y estos principios son prisiones de la imaginación. El romanticismo es el libre albedrío de los literatos; establecer reglas, es vulnerarlo. En este siglo, en que es permitido examinar las doctrinas antes de admitirlas, y en que no se adoptan ciegamente rutinas arbitrarias, crear preceptos *infalibles* de que exclusivamente deba echar mano, es prohibir al genio la facultad de analizar que el progreso de las luces le concede, es esclavizar los talentos nuevos al capricho de los que nacieron antes. El Don Alvaro, las obras de Dante, de Manzzoni, de Víctor Hugo, de Dumas, de Shakespeare, de Calderón y de casi todos los alemanes, padres del romanticismo, escritas sin hacer cuenta de las unidades, son bellísimos dechados de cuadros sociales y de efecto teatral. Las de Racine, Corneille, Moratín, Martínez de la Rosa y otros, no menos partidarios de las unidades clásicas, también presentan acabados modelos de elocución poética, de individualidad en la pintura de las pasiones y de las costumbres, y de viveza y animación en los diálogos. Dejemos, pues, a los ingenios entregarse a su propia inspiración; demos paso libre al vuelo de su fantasía; pero por remover los obstáculos que entorpecen el camino de la perfección, no les presentemos un declive que los lance a su despecho en un piélago de extravagancias.— Sigamos el examen del drama.

El número de los actores, la parte aislada que toman los más en la fábula, y la mezcla de las situaciones trágicas con las vulgares, de las reflexiones filosóficas con las frases bajas de la plebe, son copias fieles de la naturaleza; y sólo esto constituye el mérito en las artes de imitación. Lo sublime al lado de los ridículo, el llanto al lado de la risa, el hombre del vulgo al lado del artificioso cortesano; esto lo vemos diariamente, y el Duque de Rivas no ha tenido necesidad de apelar a la ficción poética para representarlo en la escena. En cuanto a que muchos actores salen una sola vez (sea dicho sin escándalo de algunos insignes clásicos), nos parece que la necesidad de formar la trama con un determinado número de personajes que figuren en toda ella es el freno más insoportable y perjudicial que ha podido inventar el sistema de los preceptistas. ¿Hay nada más ingenioso y natural que el modo de hacer la próta sis en las dos primeras escenas del Don Alvaro, valiéndose para ello de personas que no aparecen en lo restante del drama? El señor Duque se ha separado de aquella ley clásica, que sólo puede producir insulsez, y no ha hecho con ello sino añadir nuevos títulos a los muchos que esta obra le ha granjeado a una gloria imperecedera. Estas dos escenas son al mismo tiempo bellísimos cuadros de costumbres, como asimismo la primera de la jornada segunda y la primera de la quinta. En ellas todo es vida, todo verdad, todo movimiento. El manejo de los modismos de la lengua, conocidos en toda su extensión y aplicados con admirable propiedad a los personajes de las clases ínfimas que describe, el vivo colorido de estos retratos y hasta la disposición local de estas escenas, lo elevan al primer rango de los pintores de la baja sociedad. Dotado, como el inglés Crabbe, de un pincel brillante y atrevido, hace resaltar con valientes toques el claroscuro de sus figuras, y dando bulto a la ilusión, nos muestra el teatro como un espejo del mundo real.

El conocimiento de los sitios y el oportuno uso de la frases andaluzas denuncian en el Sr. De Saavedra un fino observador y un amante de su país. Asombroso es que las márgenes del Loira y después de diez años de emigración recordase los menores accidentes de un *aguaducho*, el *altozano*, el *convento de los Remedios*, *el picadero de la alameda vieja;* y lo que es más, que esta alameda es frecuentemente el teatro de las fechorías de los desalmados, con otras mil particularidades que se notan en las dos primeras escenas. Si pareciere a alguno que las elogiamos con sobrada vehemencia, sepa éste que escribimos desde Sevilla, y que siempre bebemos a la en-

trada del puente de Triana el *agua de Tomares;* siempre que entramos en algún mesón andaluz, vemos representar por los actores de la naturaleza una parte del Don Alvaro.

Y no se crea que el mérito del autor está vinculado exclusivamente en la representación de las costumbres vulgares: pintor de todas las clases, conocedor del corazón humano, así nos conmueve con una meditación filosófica como nos divierte con un gracejo cómico. La escena octava de la última jornada demuestra bastante que sabe interrumpir las afecciones internas que produce en el espectador, alternando las situaciones cuerdamente declamatorias con las que excitan sensaciones risueñas. El hermano Melitón, con todos los resabios de la educación de un lego, es propenso a pensar siempre lo peor, y al ver salir bruscamente a D. Alvaro y D. Alfonso, no duda ya que son los demonios en persona, y su oscura imaginación le persuade de que caminan *sin tocar con el pie en tierra* y de que han dejado olor de azufre, lo que no puede menos de excitar aquella risa, que es el sello de las sales cómicas. ¡Qué oportunidad en el uso de las preocupaciones vulgares! ¡Qué verdad en la forma de los personajes ridículos!

El tono serio está manejado en el drama con la misma felicidad que el jocoso. Casi todos los monólogos pueden servir de norma en esta parte, y principalmente los dos que forman las escenas tercera de la tercera jornada y octava de la misma. Brilla en ambos la más correcta, elegante y sonora versificación, a par que los pensamientos más sublimes e ingeniosos, y un sabor caballeresco de lo más sano de nuestro teatro antiguo, esparcido en sus lindos versos, les presta un interés capaz, en nuestro sentir, de aglomerar los lauros sobre la frente de un poeta. En el primero se queja D. Alvaro del destino y de su tardanza en encontrar la muerte; y entre otras décimas divinas, dice estas dos, que aunque sabrán de memoria cuantos aficionados hayan leído el drama, no podemos vencer la tentación de repetirlas:

Parece, sí, que a medida
Que es más dura y más amarga,
Más extiende, más alarga
El destino nuestra vida.
Si nos está concedida
Sólo para padecer,
Y debe muy breve ser
La del feliz, como en pena
De que su objeto no llena;
¡Terrible cosa es nacer!

Al que tranquilo, gozoso,
Vive entre aplausos y honores,
Y de inocentes amores
Apura el cáliz sabroso;
Cuando es más fuerte y brioso,
La muerte sus dichas huella,
Sus venturas atropella;
Y yo que infelice soy,
Yo que buscándola voy,
No puedo encontrar con ella.

Al fin del monólogo oye pedir *socorro,* y llenando el pecho de una noble generosidad, que concuerda muy bien con el orgullo de su nacimiento, dice:

Dárselo quiero,
Que oigo crujir el acero,
Y si a los peligros voy
Porque desgraciado soy,
También voy por caballero.

Pincelada maestra que pone un término feliz a esta bella escena, tachada de larga con justicia, no por su extensión, que no puede parecer excesiva a quien sepa afectarse por simpatías, a quien tenga un corazón que haya palpitado alguna vez a los ecos del infortunio, sino porque no se puede olvidar que mientras nos deleita D. Alvaro con sus filosóficas reflexiones, está D. Carlos combatiendo él solo contra siete adversarios. Del segundo soliloquio que hemos citado no nos atrevemos a dar una muestra, porque fuera menester copiarlo todo: ¿quién tendría la audacia de escoger donde todo es igualmente bello? Los pensamientos ingeniosos se cuentan allí por los versos, y la lucha de D. Carlos entre el deseo de la venganza y el respeto a su palabra, ingénito en los hombres de honor, es uno de los mejores trozos que hemos visto. ¡Qué propiedad en la dicción! ¡Qué lozanía en la rima! ¡Qué delicada variedad en los afectos vivos y profundos!

La escena quinta de la cuarta jornada es también un bello monólogo; pero nos parece demasiado sublime para aquella situación. Tiene toda la pompa de la oda, todas las galas de la poesía lírica; ¿quién no recordará a Fr. Luis de León en los siguientes versos que dice D. Alvaro, cuando ve cercana su sentencia de muerte?

. . . . . .

. . . . . *¿Qué espero?*
Dentro de breves horas,
Lejos de las mundanas afecciones
Vanas y engañadoras,
¡Iré de Dios al tribunal severo!

Los diálogos están escritos con naturalidad, con soltura y con un profundo estudio de los hombres. El de Doña Leonor con el padre Guardián, en la escena séptima de la jornada segunda, es muy bueno por la propiedad con que habla este último, y porque en medio de sus evangélicas palabras deja entrever la marca de la humana debilidad; pero creemos que mejoraría acortándolo, del mismo modo que el de la escena tercera de la cuarta jornada y algún otro. El de D. Alvaro y D. Carlos, después del restablecimiento del primero, es tan bello como los más aventajados de Lope, Moreto y Calderón; es, por supuesto, el mejor del drama y basta por sí solo para granjear a un poeta dramático una brillante reputación.

Vamos a hablar, por fin, de la pintura de los caracteres, cualidad que hace resaltar mucho el mérito del autor. Todos están perfectamente dibujados, sostenidos y modificados a las circunstancias exteriores que los rodean. Las escenas del rapto en la primera jornada caracterizan a D. Alvaro y a D.ª Leonor, y en todo el curso del drama no desmienten el concepto que allí hacen formar, consecuencias a que también están sujetos todos los demás personajes. Don Alvaro aparece enamorado, impetuoso, decidido, y en unos muy hermosos versos llenos de pasión, insta a su amante a que le siga: así no hiciera la pintura de los caballos en que debía verificarse la fuga, porque esto nos parece frío en aquella situación en que cada palabra debe ser un eco de la sensación que le agita, en que no debe haber una sola ajena de las afecciones que dominan toda la atención. Don Alvaro aparece además orgulloso con su nacimiento, y algunas veces como un carácter ideal, indefinible. Nace esto de que sus antecedentes son desconocidos hasta el final del drama, y de que las dudas que esto produce, unido a las alusiones que el autor pone en su boca acerca de su origen, derraman en él una tinta de misterio que forma aquella apariencia fantástica. Don Alvaro en Veletri aparece el mismo que en Sevilla, y cuando lo vemos en la quinta jornada entregado al retiro de un claustro y abstraído de los intereses mundanos, todavía es D. Alvaro; todavía puede exaltar sus pasiones, aunque para ello necesite un agente más poderoso; todavía es accesible a vanas ilusiones; todavía puede ser desgraciado si le recuerda D. Alfonso que él mismo ha formado con sus votos sagrados el valladar indestructible que lo separa del alto esplendor de sus padres.

Doña Leonor, tierna, virtuosa, tímida, buena hija, muestra un corazón delicado en la resistencia que opone a las instigaciones de su amante para abandonar la casa paterna, y en la escena tercera de la segunda jornada, cada una de sus frases es un reflejo de su carácter. Esta escena es un soliloquio que, como todos los otros, está escrito en hermosísimos versos. Los consuelos de la religión en un alma pura están magistralmente presentados, y la condición mansa y apacible de D.ª Leonor está marcada en este poético rasgo. Recuerda haber oído decir en la posada que D. Alvaro se había embarcado para volver a América, y cuando parece que va a indignarse contra él, que tan cobardemente la abandona, por una transición de afecto que no se espera, se la oye exclamar:

¡Oh Dios!... ¿y será cierto?
Con bien arribe de su patria al puerto.

El final del drama, altamente romántico, es de un gusto nuevo y de un efecto extraordinario. Las imprecacio-

nes en boca del portentoso D. Alvaro, que poco antes había sido ejemplo de caridad y mansedumbre, y el infernal prestigio de su aterradora colocación, escandalizan a la comunidad, que exclama, consternada: *¡Misericordia, Señor, misericordia!* Así acaba este drama singular, que tanto ha llamado la atención pública por su mérito y novedad.

Antes de poner fin a este artículo, queremos hacer observar que cuantos han hablado del drama, hasta los mismos detractores de los románticos, han confesado que abunda en innumerables bellezas, y se han afanado después por encontrar lunares en su ejecución y en su género; de donde nace una deducción ventajosa para el autor, si se considera, como ha dicho un eminente escritor contemporáneo, que *la diferencia que existe entre los hombres de gran talento y la medianía, consiste en que de aquéllos se puede decir que suelen alguna vez incurrir en faltas, y de ésta, por el contrario, que puede alguna vez tener bellezas.*

El Sr. Duque de Rivas, al lanzar en nuestra España las semillas literarias que tan sazonados frutos están produciendo en reinos extranjeros, ha tenido que luchar contra la ceguedad de inveteradas preocupaciones; pero mientras más combatido es un triunfo, tanto mayor es la gloria del que lo alcanza. Su *Moro expósito;* sus romances históricos, titulados el Conde de Villamediana, Don Alvaro de Luna, el Alcázar de Sevilla, etc., y, finalmente, su *Don Alvaro o la fuerza del sino,* le han adquirido títulos indestructibles a la admiración del orbe literario, como al aprecio y gratitud de los españoles su elocuencia, su decisión y su sano espíritu entre los oradores de la patria.

Sevilla, 15 de mayo de 1835."

77. DESTRUCCIÓN *de las razas de animales carnívoros. Combates de animales en Roma,* III, 118-19.

78. [DIATRIBA *contra el teatro romántico. Comentarios a la publicada en un periódico de Madrid*], I, 120.

79. DUMAS, ALEJANDRO, *Una escena de "Antoni", drama de...,* I, 212-14.

80. DUQUE *de Feria sonriendo una plaza (El), por José Leonardo,* II, 13-14.

81. E. B. D. B., *Romances históricos. El Príncipe de Viana. Octubre del año 1452,* I, 220-24.

Romance I, *El Cenador:* "Las péndolas de escritores..."

Romance II, *La Canción:* "Pasarán dos largas horas..."

Romance III, *La Sospecha:* "Tres horas después del alba..."

Romance IV, *La Aldeana:* "Ya el sol empieza a esconderse..."

Romance V, *El Bosque:* "Entra Carlos en el bosque..."

Firmada con las mismas iniciales se publicó en el *Semanario Pintoresco Español* (1839, I, 14) una poesía fechada en Pau en marzo de 1838.

—E. DE O. (V. OCHOA).

82. EDITORES *(Los), "El Artista" a sus lectores,* III, 159-60.

"En fin, después de quince meses de azarosa existencia, llégale al *Artista* el momento fatal de decir un adiós, acaso eterno, al mundo y a sus pompas y vanidades. Así lo exige la ley cruel de la naturaleza, que quiere que todo lo que ha existido muera; así lo exigen también las defraudadas esperanzas, los perjudicados intereses de los que firman estas líneas—confesión gratuita, espontánea, con que respondemos a las atónitas preguntas de los que con afectuoso interés nos reconvienen amistosamente porque suspendemos una empresa tan linda, tan amena, tan útil, tan... (Esto no lo decimos nosotros, esto lo dicen ellos.)

El *Artista,* en el estado actual de las cosas, no se puede sostener *en nuestras manos;* otras más hábiles podrían aca-

so darle suficiente interés, para que, en medio de los graves cuidados que agitan en el día a todos los ánimos, se dejase leer un periódico consagrado exclusivamente a las bellas artes y a la literatura. Nosotros, sin embargo, nada hemos descuidado para desempeñar con toda conciencia nuestra misión de periodistas; y no quisiéramos engañarnos, pero creemos que sería sobrada modestia por nuestra parte y harta injusticia en el público mirar como una derrota la caída de nuestro *Artista*. En cuanto nuestras débiles fuerzas lo han permitido, no hemos dejado de cumplir ninguna de las condiciones del prospecto, y en cuanto a las dificultades sin fin que hemos tenido que vencer para hacerlo, no entraremos en detalles; pero imagínesela el lector si buenamente puede. A ningún ingenio joven, deseoso de salir a la plaza del mundo, según la expresión de nuestro gran Cervantes, con su prosa o su poesía, como la abeja con su miel, han estado cerradas nuestras columnas; a ningún artista moderno, verdadero *artista*, hemos dejado de prodigar estímulos, elogios francos, sinceros, con la verdad del entusiasmo, con la franqueza de la juventud. Hemos hecho una guerra de buena ley a *Favonio*, a *Mavorte Insano*, al *Ceguezuelo alado Cupidillo*, a *Ciprina*, al *ronco retumbar del raudo rayo*, y a las zagalas que tienen la mala costumbre de *triscar*, y a todas la plagas, en fin, del clasiquinismo. Pero esto hicimos mientras vivió este malandante mancebo con peluquín; ahora ya murió. Requiescat in pace. Hemos publicado muchas más estampas de las prometidas; pero ¿a qué fin hacer aquí nuestro propio panegírico?; otros le harán si quieren, al cubrir de lirios o de ortigas la tumba de nuestro *Artista*.

Mucha y grandes quejas pudiéramos presentar—no contra el público, sino contra los autores de anónimos, los pedantes, los que se suscriben por varios ejemplares y luego no pagan más que uno...; pero en este momento supremo, *in articulo mortis*, sólo palabras de amor y fraternidad deben resonar en nuestros labios—. Sin sombra de rencor a los unos, con sincero afecto a los otros y diciéndoles un triste adiós, sino un cordial *hasta más ver*, damos la mano así a los que nos han hecho mal como a los que tanto nos han favorecido.—Así lo manda la caridad cristiana, y sabido es que nosotros en nuestras doctrinas literarias y artísticas siempre hemos sido muy cristianos, a pesar del espíritu de la época.—Vivimos en el siglo XIX; el XVIII, a nuestro parecer, ya se cayó de puro viejo; pero es la diablura que ahora anda por nuestra España echándola de mozalbete y nuevecito y embaucando a muchos bobitontos... Con él no somos caritativos; le deseamos mala fortuna.

Vendrán tiempos más felices; acabarán nuestras crueles discordias; la madre patria enjugará el llanto que empaña sus hermosos ojos, y todos tendremos buen humor: ustedes, señores lectores, para leer; nosotros *yo*, para escribir; *yo*, para dibujar; y puede que entonces nos entendemos mejor.—¿Quién sabe?, puede que entonces les dé a VV. por ponderar nuestro periódico menos y suscribirse a él más, y entonces bien sabe Dios que todo irá a pedir de boca.—Trabajaremos que será un milagro, porque como hallaremos la condigna recompensa de nuestras fatigas... pues, ya nos entendemos.

Entre tanto, sólo nos falta decir, para terminar:

Plaudite, cives!

O lo diremos en castellano para mayor claridad:

Aquí acaba la comedia,
Perdonad sus muchas faltas."

—·——

El 5 de julio de 1836, se estrenó en el teatro del Príncipe la comedia de Bretón de los Herreros *La redacción de un periódico*, que comienza con una evocación de los ya desaparecidos. Alúdese allí al recientísimo y extraño final de nuestra revista en los siguientes términos:

"...cayó el *Album*, Dios le asista!
y la *Abeja*, y el *Artista*,
que se dió muerte espontánea..."

83. [ELOGIOS *tributados por la prensa belga a la cantante española Srta. Vander Perre*], III, 35-36.

84. EPIGRAMA, III, 132.

"A mi amigo Facundo cierto día..."

85. EPIGRAMA, III, 84.

"A tu parecer, ¿quién es..."

86. EPIGRAMA, III, 96.

"Búscame mujer hermosa..."

87. EPIGRAMA, III, 72.

"Viéndome Simplicio un día..."

88. EPIGRAMA. *Traducción del francés*, II, 288.

"No hay nadie que pueda ofr..."; "Tonto D. Juan me creyó..."; "Aquí yace Pirón que nada era..."

89. ESCOSURA, PATRICIO DE LA, *El bulto vestido de negro capuz*, I, 208-11.

En la *Antología de la Literatura española*, de Hurtado-G. Palencia, 2.ª edición, Madrid, 1940, págs. 468-72.

90. E[SPRONCEDA], J[OSÉ] DE, *Canción del Pirata*, I, 43-44.

"Con diez cañones por banda..."

91. E[SPRONCEDA], J[OSÉ DE], *Costumbres*, I, 303-5.

"Todas las campanas de Andújar andaban a vuelo; las colchas de las camas habían salido a adornar las ventanas y balcones de todas las casas; las jóvenes del pueblo aparecían en ellas amontonadas, compuestas con sus mejores vestidos, y algunas a las puertas de sus casas al lado de sus madres y alegres con sus amigas, mientras envueltos en sus capas pardas y calado el sombrero gacho, paseaban los jaques de Andalucía con aire de perdonavidas y afeado el rostro onpatillas de seis pulgadas. Era la mañana hermosa; la plaza estaba llena de gente y todo anunciaba grande regocijo y aparato de procesión. Pero al mismo tiempo que la liviana juventud del pueblo pensaba sólo en holgarse y esperaba pasar tan agradable día, los graves varones, los miembros respetables del ayuntamiento se entretenían, reunidos en permanente sesión, en trasladar el vino de algunos cántaros a sus estómagos, tratando al mismo tiempo con el tino y madurez propios de tan ilustre consejo, cuál sería el más conveniente modo de recibir al digno padre predicador, capuchino indigno, Fr. Pascual de Andújar, que estaba tenido en opinión de santo y era el asombro de aquellos contornos por su rara sabiduría. Era el alcalde presidente del ayuntamiento hombre de 45 años, algo entrecano y de frente arrugada y chica; los ojos, grandes y parados, de más de mediana estatura, y tan poseído de su dignidad, que los negocios más frívolos los trataba como cosas importantes al servicio del Rey; y no sólo no se reía él nunca, sino que no permitía tampoco que los demás se riyesen en su presencia, y la más leve sonrisa costaba ir a la cárcel, sin respetar edad, sexo ni profesión, que ya había hecho arrestar más de dos veces a su propia mujer y a sus hijos por tan criminal desacato. Nunca abandonaba la capa, que así como un enorme garrote dos veces más alto que él, y que era la vara de la justicia, eran perpetuos compañeros de sus fatigas; y lo que es la vara, decíase que hasta de su descanso, porque dormía con ella de temor de no perder sus fueros por un instante. Todos los demás miembros habían tomado ya "aquel aire de gravedad que inspiraba su presidente, y sólo el escribano, hombre chiquito y regordete, que parecía una bola, con ojos saltones y bailarines, tenía un no sé qué de risueño que contrastaba extraordinariamente con las caras largas y profundamente serias de aquellos padres conscriptos y parecía en medio de ellos como el sonido de unas castañuelas entre la majestuosa música de un *Te Deum*.

—Señores—dijo el alcalde acabando de apurar el jarro en que andaba el vino a la rueda, y tirando a un lado

las pocas gotas que habían quedado en el fondo con que roció dos o tres respetables caras de aquel ilustre concurso—, señores: yo por mí digo, que como soy el rey aquí o la persona del rey y es menester, porque si la Real Magestad estuviera aquí presente, haría lo mismo que yo, digo que será menester ver de que S. R. M. quede servido y se haga todo como S. R. M. manda, y no tengo mas que decir.

—Verdad dice el señor alcalde—replicó un regidor—, y no se ha de decir que el pueblo de Andújar es menos que ningún otro, que bien sabe Dios que no lo es, nuestro padre predicador ha de ser recibido en triunfo o poco hemos de poder.

—Lo que aquí hay que tratar—dijo entonces el dómine—, es qué medidas se han de tomar para su recibimiento, si ha de salir el ayuntamiento pleno a recibirle o no, y éste es asunto de mucha meditación, *meditatione cogitabundus*, y si he dicho mal, *parce mihi dómine*. Discurrió el ayuntamiento con otros elegantes discursos de este jaez acerca de todo menos del asunto que se trataba, hasta que, por último, confundiéndose todos y hablando todos a un tiempo, el escribano, que andaba tomando notas, viendo cuán embrollados estaban, se levantó y dijo con extraordinaria locuacidad: "Por cuanto y en atención a que la fama del sabio predicador Fr. Pascual de Andújar, de que doy fe y testimonio de verdad por haberle oído en la santa iglesia catedral de Córdoba el año de 1766 a 18 de marzo, día de nuestro Santo Patriarca el Señor San José, por ende y no teniendo contradicción delante de cien mil testigos presenciales que estaban allí presentes como yo mismo, y que se necesitaron más de veinte mil pañuelos para recoger las lágrimas de aquellos compungidos corazones, y aun están el día de hoy que hace dos años, según la fecha, húmedos y mojados; y no habiendo en esta ilustre villa tanta porción de pañuelos y no siendo menor la necesidad que hay de ellos, pido que ordene el señor alcalde, reiterado su mandamiento en debida forma, que no haya vecino en el pueblo que no lleve consigo dos o tres de los ya dichos pañuelos, o, en su defecto, las sábanas de la cama, camisas de su uso y aun trapos de cocina, si menester fuese, u otra cosa útil para enjugarse los ojos, mandándoles que procuren al mismo tiempo sonarse las narices con moderación de modo que no parezca que hay en la iglesia una tempestad y se confunda entre sus truenos la voz del predicador, so pena de pagar la multa de dos escudos y tres meses de prisión. Item más, pido que mande igualmente lleve cada familia una escudilla o puchero de agua para los desmayos que suelen dar a las viejas y aun a las jóvenes que sienten oprimidos sus corazones a los tremendos gritos y textos latinos de dicho reverendo padre predicador, pagando igualmente los dichos dos escudos la persona o personas que contravengan a determinación tan acertada y tan útil en ocasión semejante. Item mas, pido que el alcalde y el ayuntamiento pleno salgan a recibir a nuestro dicho reverendo predicador, y que aprenda el susodicho señor alcalde un discurso de introducción, que puede componer el dómine o bien yo mismo para arengarle según costumbre en actos de tanta consideración e importancia. Por todo lo cual he dicho y presento en debida forma este mi parecer apoyado en los talentos de esta brillante reunión." Estupefactos quedaron todos al oír tan sabio razonamiento, que puesto que ya sabían el raro ingenio del perinola escribano, nunca le habían oído discurrir con tanta solidez, que esperaban que tan felizmente se decidiese asunto tan intrincado. Concluyeron de apurar los cántaros, hizo el dómine su discurso, y como era tal vez demasiado largo y abundaba en citas latinas, no quedaba bastante tiempo para aprenderlo. Era la memoria del alcalde frágil y necesario leérselo; salió como debía esperarse con aquella elocuente seguridad y gracia de estilo tan propia de un alcalde de Andalucía, habiendo dejado atónito al pueblo la peregrina memoria de su majestuoso alcalde, y no menos sorprendido el capuchino, se dignó de no haber entendido palabra."

92. E[SPRONCEDA], J[OSÉ DE], *Crónica de teatros*, I, 204.

"Pasó, en fin, la silenciosa Cuaresma, y otra vez vuelven los teatros y las diversiones públicas a hacer menos enfadosa la vida. Actores nuevos, dramas originales, románticos, tragedias clásicas, piececitas de Scribe, comedias políticas del mismo autor, compañía nueva de ópera, aunque la mayor parte de los cantantes no sólo no han llegado, sino que ni aun se sabe de ellos otro nombre que el de N. N., común a cuantos habitamos este mundo sublunar; todo, en fin, dará nueva vida este año a la escena española, poblará las hasta aquí casi desiertas lunetas y regocijará los corazones del ilustrado público. Así discurría yo el primer día de Pascua, ansioso ya de que llegase la noche para embutirme en mi asiento, y, ya en la Cruz, ya en el Príncipe, pasar dos o tres horas agradablemente. Elegí con esta intención *La Camila*, con preferencia a la ópera, por razones que no es aquí ocasión de manifestar, y, billete en mano, ocupé mi puesto. Pero, ¡ah, lo mismo fué alzarse el telón, cuando de los primeros versos subió lentamente, extendiéndose por todo el teatro, un vapor de beleño, adormidera y opio, que, a pesar mío, me postró en una especie de letargo tan profundo, que no despezté de él hasta el quinto acto en que cayó el telón por última vez y se fué disipando la soporífera nube. Conocí que éste era el efecto de las tragedias clásicas y que el autor había logrado el fin que se había porpuesto. El público también se durmió, y sólo algunos profundos literatos se despertaron y dieron algunas palmadas en celebridad de Aristóteles. Juré de volver al día siguiente y sucedióme lo mismo, por lo que me he dado al fin por vencido, y en tratándose de dramas de este jaez, he determinado acostarme tempranito la noche que se representen y dormir en mi cama, que para el caso es mejor. Asaz melancólico y triste me hallaba al otro día, cuando el anuncio del *Ambicioso o la dimisión de un ministro* me volvió mi natural alegría. Y he aquí el drama que más principalmente ha llamado esta semana nuestra atención. Caracteres bien desenvueltos y eminentemente dramáticos, gracia, energía y finura en el diálogo, tales son las principales dotes en que abunda y en tanto agrado, que, a pesar de lo lastimosamente que ha sido desempeñado, el público no ha podido menos de conocer su mérito. La ambición es el único sentimiento, la pasión única que domina en el alma de Roberto Walpole, el primer ministro: enamorado perdidamente del alto puesto que goza, su empleo es su querida, sus delicias, su todo en el universo.

El Sr. Furnier ha dado un color rabioso al carácter del médico; deseando ser sencillo, se ha mostrado trivial y grotesco; muchas veces no ha entendido su papel. Sus continuos gestos exagerados le daban la traza más bien de un criado que de un amigo de un ministro, y varias veces ha tomado un tono de misión que nos hizo creer no habíamos aún salido de la cuaresma. El Rey, carácter jovial, enamorado y fino, ha sido representado de modo que, entre cuantos malos Reyes hay en la historia, no hemos hallado ninguno comparable al señor Lombía. Seguramente nos pareció más cruel que Nerón, puesto que, como otro Herodes, ha degollado las inocentes palabras del desventurado drama. No parecía sino que las infelices le habían jugado alguna mala pasada. Así, el público extrañó que Lord Enrique confiase sus amores a un hombre gordo y que le respondía con facha de provisor o de alcalde de lugar. El Sr. Pacheco ha estado muy poco feliz: almibarado, dulce hasta empalagar y sobremanera afectado, si bien engaña en un principio, se le ve tan tibio, tan mesurado siempre, que no sólo no ha desempeñado el carácter de Lord Enrique, sino que no ha manifestado otro de ningún género. Para hacerle justicia, debemos decir que es uno de los *sepulcros blanqueados* del Evangelio. Resta ahora el señor Luna, protagonista en el drama. No es éste, por su desgracia, el género en que más ha sobresalido. Los papeles puramente característicos, tales como el de Ramzau en el *Arte de conspirar*, etc., son los únicos en que pue-

de aplaudirse a este actor con justicia. Pero el de Walpole es enteramente distinto: es preciso sentir mucho, representar con el alma, y el Sr. Luna no tiene más que buenas intenciones en tales casos. Su continente, además, no ha sido tampoco adecuado al carácter que desempeña, y estamos persuadidos que ningún ministro anda tan a compás como él, ni hace ciertos quiebros de maestro de baile, en que el Sr. Luna abunda generalmente. Y, sobre todo, es fama que ningún ministro británico ha braceado ni manoteado tanto en su vida. En una palabra, ningún inglés hubiera encontrado en el Sr. Luna a su compatriota Roberto. Pero desarruguemos el ceño un momento y alabemos para probar a nuestros actores, que lo que ejecuten bien lo elogiaremos con entusiasmo; lo que hagan mal, lo criticaremos con rigor. La Sra. Matilde Díez ha representado con la naturalidad y gracia que acostumbra; su donaire, el tono meloso de su voz, la elegancia de sus modales y la inteligencia con que ha ejecutado su parte, no nos ha dejado nada que desear. Seguramente merecía las flores y elogios que con tanta razón le prodigaban los cortesanos del *Palacio de Windsor*, el cual, según el autor anónimo del artículo de la Revista, estuvo en aquella ocasión por demás locuaz y elegante. ¡Cosa rara! Ha sido el primer palacio de que se cuenta que haya hablado hasta ahora. Quizá el articulista tomó el continente por el contenido, o, lo que es igual, dijo una cosa por otra. ¡El articulista hará hablar a las piedras!

93. E[SPRONCEDA], J[OSÉ] DE, *El Pastor Clasiquino*, I, 251-52.

"Y estaba el pastor Clasiquino sencillo y cándido, recordando los amores de su ingrata Clori, en un valle pacífico, al margen de un arroyuelo cristalino, sin pensar (¡oh!, ¡quién pudiera hacer otro tanto!)" en la guerra de Navarra, y embebecido en contemplar el manso rebaño, símbolo suyo. "Églogas, decía, venid en auxilio mío aquí donde la *máquina preñada* (es decir, el cañón) y el *sonoro tubo* (la trompeta) no vienen a turbar mis solaces.

"Pajiza choza mía,
Ni yo te dejaría
Si toda una ciudad me fuera dada."

Y era lo bueno que el inocente Clasiquino vivía en una de las calles de Madrid y pretendía al mismo tiempo un empleo en la Real Hacienda.

¡Lo que es tener imaginación! Su Clori no era nada menos que un ama de llaves, de genio pertinaz y rabioso, que con él vivía y le llenaba de apodos y vituperios a todas horas; su *mayoral*, el ministro, que ya de tiempo antiguo los llaman así los clasiquistas, por aquello del *Mayoral Jovino*, y su pacífico valle la Secretaría o el Prado, que para Clasiquino es lo mismo.

Nada como las reglas de Aristóteles, solía también decir Clasiquino a veces, que aunque pastor, había leído más de una vez las reglas del estagirita. "¡La naturaleza!, la naturaleza es menester hermosearla. Nada debe ser lo que es, sino lo que debiera ser." Y aquí sacaba un texto griego, porque era *consumado helenista*, y como sabía *hablar en prosa y verso*, continuaba:

"Sí, por el Pan que rige mi manada, yo he de hacer ver al mundo que esa caterva de poetas noveles, idólatras de los miserables Calderón, Shakespeare y comparsa, son inmorales, y no saben escribir una égloga..., ¿qué digo una égloga?, ni cometer siquiera la figura llamada *onomatopeya*.

Y con esto se levantó con aire de triunfo y ademán orgulloso, arreglándose los anteojos, que ya tenía al extremo de la dilatada nariz caídos, despertó las ovejuelas que se habían dormido

de pacer olvidadas, escuchando.

Y Clasiquino, paso tras paso, se recogió a su majada, tenaz en su empeño de seguir hecho borrego mientras le durare la vida."

94. ESPRONCEDA, JOSÉ DE, *El Pelayo*. *Fragmentos*, I, 137 y 183-84.

"Al blando son de la armoniosa lira..."

95. E[SPRONCEDA], J[OSÉ] DE, *La Pata de Palo*, I, 138-40.

"Voy a contar el caso más espantable y prodigioso que buenamente imaginarse puede, caso que hará erizar el cabello, horripilarse las carnes, pasmar el ánimo y acobardar el corazón más intrépido, mientras dure su memoria entre los hombres y pase de generación en generación su fama con la eterna desgracia del infeliz a quien cupo tan mala y tan desventurada suerte. ¡Oh cojos!, escarmentad en pierna ajena y leed con atención esta historia, que tiene tanto de cierta como de lastimosa; con vosotros hablo, y mejor diré con todos, puesto que no hay en el mundo nadie, a no carecer de piernas, que no se halle expuesto a perderlas.

Erase que en Londres vivían, no ha medio siglo, un comerciante y un artífice de piernas de palo, famosos ambos: el primero, por sus riquezas, y el segundo, por su rara habilidad en su oficio. Y basta decir que ésta era tal, que aun los de piernas más ágiles y ligeras envidiaban las que solía hacer de madera, hasta el punto de haberse hecho de moda las piernas de palo, con grave perjuicio de las naturales. Acertó en este tiempo nuestro comerciante a romperse una de las suyas, con tal perfección, que los cirujanos no hallaron otro remedio más que cortársela, y aunque el dolor de la operación le tuvo a pique de expirar, luego que se encontró sin pierna, no dejó de alegrarse pensando en el artífice, que con una de palo le había de librar para siempre de semejantes percances. Mandó llamar a Mr. Wood al momento (que éste era el nombre del estupendo maestro pernero), y como suele decirse, no se le cocía el pan, imaginándose ya con su bien arreglada y prodigiosa pierna, que, aunque hombre grave, gordo y de más de cuarenta años, el deseo de experimentar en sí mismo la habilidad del artífice, le tenía fuera de sus casillas.

No se hizo éste esperar mucho tiempo, que era el comerciante rico y gozaba renombre de generoso.

—Mr. Wood—le dijo—, felizmente necesito de su habilidad de usted.

—Mis piernas—repuso Wood—están a disposición de quien quiera servirse de ellas.

—Mil gracias; pero no son la piernas de usted, sino una de palo lo que necesito.

—Las de ese género ofrezco yo—replicó el artífice, que las mías, aunque son de carne y hueso, no dejan de hacerme falta.

—Por cierto que es raro que un hombre como V. que sabe hacer piernas que no hay mas que pedir, use todavía las mismas con que nació.

—En eso hay mucho que hablar; pero al grano: V. necesita una pierna de palo, ¿no es eso?

—Cabalmente, replicó el acaudalado comerciante; pero no vaya V. a creer que se trata de una cosa cualquiera, sino que es menester que sea una obra maestra, un milagro del arte.

—Un milagro del arte ¡eh! repitió Mr. Wood.

—Si señor, una pierna maravillosa y cueste lo que costare.

—Estoy en ello; una pierna que supla en un todo la que V. ha perdido.

—No, señor; es preciso que sea mejor todavía.

—Muy bien.

—Que encaje bien, que no pese nada ni tenga yo que llevarla a ella, sino que ella me lleve a mí.

—Será usted servido.

—En una palabra, quiero una pierna..., vamos, ya que estoy en el caso de elegirla, una pierna que ande sola.

—Como usted guste.

—Conque ya está usted enterado.

—De aquí a dos días—respondió el pernero—tendrá usted la pierna en casa, y prometo a usted que quedará complacido.

Dicho esto se despidieron, y el comerciante quedó entregado a mil sabrosas imaginaciones y lisonjeras esperanzas, pensando que de allí a tres días se vería provisto de la mejor pierna de palo que hubiera en todo el reino unido de la Gran Bretaña. Entre tanto, nuestro ingenioso artífice se ocupaba ya en la construcción de su máquina con tanto empeño y acierto, que de allí a tres días, como había ofrecido, estaba acabada su obra, sa-

tisfecho sobremanera de su adelantado ingenio.

Era una mañana de mayo y empezaba a rayar el día feliz en que habían de cumplirse las mágicas ilusiones del despernado comerciante, que yacía en su cama muy ajeno de la desventura que le aguardaba. Faltábale tiempo ya para calzarse la prestada pierna, y cada golpe que sonaba a la puerta de la casa retumbaba en su corazón. "Ese será", se decía a sí mismo; pero en vano, porque antes que su pierna llegaron la lechera, el cartero, el carnicero, un amigo suyo y otros mil personajes insignificantes, creciendo por instantes la impaciencia y ansiedad de nuestro héroe, bien así como el que espera un frac nuevo para ir a una cita amorosa y tiene al sastre por embustero. Pero nuestro artífice cumplía mejor sus palabras, y ¡ojalá que no la hubiese cumplido entonces! Llamaron, en fin, a la puerta, y a poco rato entró en la alcoba del comerciante un oficial de su tienda con una pierna de palo en la mano, que no parecía sino que se le iba a escapar.

—Gracias a Dios—exclamó el banquero—, veamos esa maravilla del mundo.

—Aquí la tiene usted—replicó el oficial—, y crea usted que mejor pierna no la ha hecho mi amo en su vida.

—Ahora veremos. Y enderezándose en la cama, pidió de vestir, y luego que se mudó la ropa interior, mandó al oficial de piernas que le acercase la suya de palo para probársela. No tardó mucho tiempo en calzársela. Pero aquí entra la parte más lastimosa. No bien se la colocó y se puso en pie, cuando sin que fuerzas humanas fuesen bastantes a detenerla, echó a andar la pierna de por sí sola con tal seguridad y rapidez tan prodigiosa, que, a su despecho, hubo de seguirla el obeso cuerpo del comerciante. En vano fueron las voces que éste daba llamando a sus criados para que le detuvieran. Desgraciadamente, la puerta estaba abierta, y cuando ellos llegaron, ya estaba el pobre hombre en la calle. Luego que se vió en ella, ya fué imposible contener su ímpetu. No andaba, volaba; parecía que iba arrebatado por un torbellino, que iba impelido de un huracán. En vano era echar atrás el cuerpo cuanto podía, tratar de asirse a una reja, dar voces que le socorriesen y detuvieran, que ya temía estrellarse contra alguna tapia, el cuerpo seguía a remolque el impulso de la alborotada pierna; si se esforzaba a cogerse de alguna parte, corría peligro de dejarse allí el brazo, y cuando las gentes acudían a sus gritos, ya el malhadado banquero había desaparecido. Tal era la violencia y rebeldía del postizo miembro. Y era lo mejor que se encontraba algunos amigos que le llamaban y aconsejaban que se parara, lo que era para él lo mismo que tocar con la mano al cielo.

—Un hombre tan formal como usted—le gritaba uno—en calzoncillos y a escape por esas calles, ¡eh!, ¡eh!

Y el hombre, maldiciendo y jurando y haciendo señas con la mano de que no podía absolutamente pararse .

Cuál le tomaba por loco, otro intentaba detenerle poniéndose delante y caía atropellado por la furiosa pierna, lo que valía al desdichado andarín mil injurias y picardías. El pobre lloraba; en fin, desesperado y aburrido se le ocurrió la idea de ir a casa del maldito fabricante de piernas que tal le había puesto. Llegó, llamó a la puerta al pasar; pero ya había traspuesto la calle cuando el maestro se asomó a ver quién era. Sólo pudo divisar a lo lejos un hombre arrebatado en alas del huracán que con la mano se las juraba. En resolución, al caer la tarde, el apresurado varón notó que la pierna, lejos de aflojar, aumentaba en velocidad por instantes. Salió al campo y, casi exánime y jadeando, acertó a tomar un camino que llevaba a una quinta de una tía suya que allí vivía. Estaba aquella respetable señora, con más de 70 años encima, tomando té junto a la ventana del *parlour* (1), y como vió a su sobrino venir tan chusco y regocijado corriendo hacia ella, empezó a sospechar si habría llegado a perder el seso, y mucho más al verle tan deshonestamente vestido. Al pasar el desventurado cerca de su ventana, le llamó y, muy seria, empezó a

(1) Cuarto bajo o locutorio.

echarle una exhortación muy grave acerca de lo ajeno que era en un hombre de su carácter andar de aquella manera.

—¡Tía! ¡Tía! ¡También usted!—respondió con lamentos su sobrino pernialígero.

No se le volvió a ver más desde entonces, y muchos creyeron que se había ahogado en el canal de la Mancha al salir de la isla. Hace, no obstante, algunos años que unos viajeros recién llegados de América afirmaron haberle visto atravesar los bosques del Canadá con la rapidez de un relámpago. Y poco hace se vió un esqueleto desarmado vagando por las cumbres del Pirineo, con notable espanto de los vecinos de la comarca, sostenido por una pierna de palo. Y así continúa dando la vuelta al mundo con increíble presteza, la prodigiosa pierna, sin haber perdido aún nada de su primer arranque, furibunda velocidad y *movimiento perpetuo*."

96. E[SPRONCEDA], J[OSÉ] DE, *Romance*, III, 159.

"Raya la naciente Luna..." Reproducido por Laverde en *Páginas olvidadas*.

97. E[SPRONCEDA], J[OSÉ] DE, *Teatros*, I, 228.

¡Feliz semana! ha hervido en traducciones del francés. El *Duque de Braganza* en el teatro de la Cruz; los Sres. Furnier y Pacheco, siempre los mismos; el Sr. Luna ha entendido su papel, y si se corrigiera de sus eternos pinitos, no dejaría mucho que desear. Extrañamos que a una actriz del mérito de la Sra. Teresa Baus se le confíen papeles de tan poca importancia como el que representa en este drama. Aconsejamos al Sr. Lombía que se niegue a ser Rey, porque se convierte en tirano de los espectadores; por fin, derribado de su trono, como otros Reyes, nos ha indemnizado de su mal trato haciéndose conspirador. De la Sra. Matilde Díez sólo diremos que es la perla de nuestros teatros.

—Decididamente, no queda en Madrid el Sr. Valero; y aunque lamentamos sinceramente su ausencia, damos el parabién por la adquisición de este joven actor a los directores de los teatros de provincia."

98. E[SPRONCEDA], J[OSÉ] DE, *Teatros*, I, 263-64.

ALFREDO.—*Drama original en cinco actos, por* D. JOAQUÍN PACHECO, *representado en el del Príncipe.*

"Poco, a la verdad, puede quedar que decir de un drama cuya crítica han hecho todos los periódicos, ya mordiéndole con sobra de crueldad clásica, ya juzgándole con justa moderación; pero todos reconociendo en él la obra de talento, y algunos aun a despecho de su deseo. Como nuestro fin no es defenderle de las críticas que ha sufrido, sino criticarlo también nosotros a nuestra vez, dejando a un lado ajenas opiniones, presentaremos francamente la nuestra. ¿Es Alfredo un drama en el que el poeta se haya propuesto presentar una o varias acciones complicadas entre sí y en que se interesen personajes de diferentes clases y caracteres diversos, o ha tratado sólo de pintar un coloso de crímenes y pasiones, un solo carácter, al cual se sacrifique todo absolutamente y cuyo desarrollo debe únicamente ocuparnos? Si esto último ha sido su intención, como no puede dudarse, podemos dar al Sr. Pacheco el parabién por haber llenado su objeto. En todo el drama no hay personaje alguno que no se halle en término muy distante respecto al héroe, ninguno que no sirva o para empujarle al crimen o para hacer que aparezca más grande su desventura.

Y en este drama no hay que buscar caracteres, porque no hay ni debe haber más que Alfredo. Su alma, dispuesta a sentir con violencia, arde a la vista de una mujer hermosa y tal como él la había imaginado en sus delirios de amor, de gloria y felicidad. Pero esta pasión es criminal: Berta es la viuda de su padre, y Alfredo, ya delincuente con sólo amarla, cada paso que adelanta es un crimen; cada recuerdo, un remordimiento que le de-

vora. He aquí, a nuestro entender, el corazón de Alfredo y su situación en el drama. Primero inocente y puro, pero indeciso, melancólico y ansioso de algo que llenara el vacío de su alma; después, apasionado, delirante, tratando de fortalecerse contra su conciencia y arrastrado y despeñado por su pasión. Débil sería ésta, en verdad, y mezquina el alma de Alfredo, si pudiendo vencerse y alejarse de su madrastra, se hubiera dejado llevar de este amorcito coqueto de nuestros días, de esas pasioncillas que traen tan a mal traer a nuestros elegantes, *y herido de la flecha de oro* se hubiera puesto a enamorar a Berta. Entonces no hubiera habido, por cierto, para qué matar al hermano, ni aun éste, en nuestro siglo, hubiera estorbado para nada: *en nuestro siglo de moralidad*, aun esposos hay que no estorban; pero el Sr. Pacheco ha presentado en Alfredo los arrebatos de una verdadera pasión, y el que ha de odiar algún día como un rival a su propio padre, fuerza es que asesine al hermano de su querida, viendo en él un obstáculo a su felicidad. Creemos, no obstante, que este asesinato debiera estar más motivado y que el poeta no ha sacado todo el partido que podía del personaje de Jorge. Pero aquí es donde un ser ideal, la voz lisonjera de la pasión criminal de Alfredo se presenta en escena, personificada en un griego misterioso que es, sin duda, la concepción más atrevida del drama. Mucho han clamado contra ella la mayor parte de nuestros críticos periodistas, y ha habido quien la ha tachado de un extravío de la imaginación, que ha realizado un ser que no existe en la naturaleza. Nosotros creemos que existe en ella, puesto que existe en la imaginación, y seguramente el griego existía para Alfredo, como para un fanático las brujas y los duendes, como para Sócrates existía un genio que él vivía y con quien razonaba amigablemente. Lo único que antes de la representación del drama hubiera sido de temer, era que no produjese efecto; pero justamente no ha sucedido así, y las escenas en que entra este personaje fantástico han sido las que más han agradado y suspendido a los espectadores. El quinto acto, sobre todo, es sublime, y el terror y el interés están llevados al último punto. Bien quisiéramos no hallar defectos que criticar; pero, desgraciadamente, Alfredo no es más que un hermoso pensamiento dramático mal puesto en escena: las tres exposiciones con que empiezan el segundo, tercero y cuarto acto son iguales, y ofrecen poco interés las dos últimas principalmente. Carece de buen artificio todo el drama en general, y esto contribuye a enfriar el interés, haciéndolo lánguido y aun algunas veces molesto. El lenguaje es puro, oriental, apasionado y propio de la época de las cruzadas, tal como nuestra imaginación nos pinta que deberían hablar y sentir los hombres de la espada y de la lira, los guerreros de la Fe, los amantes de la hermosura. Sentimos, sin embargo, que el Sr. Pacheco no haya escrito en verso su drama, sabiéndolos hacer tan hermosos como en algunas de sus composiciones poéticas hemos leído. Hubiera gustado más y habría evitado cierta hinchazón de que adolece la poesía escrita en prosa. En cuanto a la ejecución del drama, hace mucho tiempo que en nuestro teatro no se había visto nada representado con tanta inteligencia y esmero. La Sra. Rodríguez, como siempre. El señor Latorre, sobre todo en el acto quinto, es el mismo Alfredo, apasionado, loco, acosado de remordimientos, precipitado al crimen; y las entonaciones de su voz, su continente frenético su fisonomía desencajada y pálida le hacían parecer, no ya un hombre furioso, sino un ser de veras marcado con el sello de la reprobación. Por otro estilo, y con extraordinario talento, representó el Sr. Julián Romea el papel del Griego fantástico. Difícil era dar a conocer la idealidad de este personaje, y he aquí el triunfo que ha alcanzado este actor; sus miradas, su aparición en la escena, la frialdad y amargura de sus palabras, su fisonomía cejijunta, pálida e inquieta, sus ojos vagos y penetrantes nos dieron a conocer en él al misterioso ser que había imaginado el poeta. El Sr. Florencio Romea hizo con naturalidad su papel, que tampoco daba otra cosa de sí. Aconsejamos al autor de Alfredo no sea éste el úl-

timo drama que escriba, sino que, más animado que nunca, siga una carrera que ha empezado bajo tan buenos auspicios.

SEDUCCION Y VENGANZA
o el Marido Inglés.

Mal drama, bien silbado, y ejecutado con perversidad inaudita en el malhadado teatro de la Cruz. La señora Matilde Díez lo hizo muy bien. En cuanto al Sr. Pacheco... No hay que pedir peras al olmo, porque no las dará.

En el sainete, la silba fué al *gracioso,* que es el hombre más triste que hemos conocido en el teatro de luengos tiempos acá. Cubas hace reír, nuestro *soidisant* gracioso hace silbar. Todo es producir efecto."

99. ESTATUA *de Memnón (La)*, I, 136-37.

100. [ESTRENO *de un drama de Grimaldi, Bretón y Vega*], II, 287.

101. EXTRACTO *de la "Gaceta piamontesa". Jueves 2 de Abril de 1835*, I, 262-63.

El escultor Carlos Caniggia.

102. EZQUERRA, J[OAQUÍN], *El Salzburgo*, III, 123-25.

103. EZQUERRA, JOAQUÍN, *Los Alpes*, III, 65-67.

104. F. H. C., *Comunicado*, I, 140-41.

Protesta contra los insultos a Francia, su patria, contenidos en la composición *A Grecia*, de Ochoa.

— F. M. (V. MADRAZO, FEDERICO).

105. F. V. M., *Galería de ingenios contemporáneos. Don Juan Nicasio Gallego*, I, 193-96.

106. FARMER, TH., *Wáshington y Bolívar*, II, 148-49.

107. FLORÁN, EUGENIO, *A una Fuente. Soneto*, II, 24.

"Pura y undosa fuente que serena..."

108. G. L., *Leonardo de Vinci, pintor florentino*, II, 145-48, 219-21, 271-76.

109. GALERÍA *de ingenios contemporáneos. Don Isidoro* [*González*] *Velázquez*, III, 2-5.

110. GALERÍA *topográfica pintoresca*, III, 6-7.

111. GALLARDO, B[ARTOLOMÉ] J[OSÉ], *A Tirsia y Carminda: Gaditanas*, I, 250-51.

"Donde el furibundo Alcides
Su férrea clava rompió,
Reinan dos bellas hermanas,
De las almas soberanas;
Y entre las dos,
Cual hoja del olmo al viento,
Se me bulle el corazón.

Quien á'mbas ve, á'mbas adora;
Que entr'mbas no hai elección;
Porque si TIRSIA es hermosa,
Es CARMINDA tan graciosa...!—
Y entre la dos,
Cual hoja del olmo al viento,
se me bulle el corazón.

Entre gracia y beldad pura,
(Tal gira entre flor y flor
Revolante mariposa,
Que va y vuela, y no se posa);—
Entre las dos,
Cual hoja del olmo al viento,
Se me bulle el corazón.

Las almas roba CARMINDA
Con su labio encantador,
TIRSIA roba los sentidos
Con sus ojuelos dormidos;—
Y entre las dos,
Cual hoja del olmo al viento,
Se me bulle el corazón.

Su boca es rosa fragante,
Sus cejas arcos de amor,
Su gentil seno jazmín,
Y sus mejillas carmín,—
Y entre las dos,
Cual hoja del olmo al viento,
Se me bulle el corazón.

El libre cuello CARMINDA
Rindió a la ley de aquel Dios,
Cuya tirana coyunda
Los corazones circunda;—
Y entre las dos
Cual hoja del olmo al viento,
Se me bulle el corazón.

Mas yo otra ley no conozco,
Ni rige al mundo otro Dios,
sino el ciego Dios Cupido,
Que con las flechas me ha herido—
¡Ay! de las dos;
Y cual hoja de olmo al viento,
Se me bulle el corazón.

¡Por el Dios, Ninfas gentiles,
Que tan lindas os formó,
Doleos de este cuitado,
En vuestro amor abrasado;—
Y entre las dos,
Como tan buenas hermanas,
Repartid mi corazón!"

112. GALLARDO, B[ARTOLOMÉ] J[OSÉ], *Los ojos hechiceros. Cantinela*, I, 93-94.

¡Ay ojos flecheros,
Rayos de Cupido,
Ojos hechiceros!
Por piedad, os pido,
Si no me queréis,
Que no me miréis.

Muérome de amor,
Si me miráis, ojos;
Muero de dolor,
De angustia y enojos
Si no alcanzo a veros:—

¡Ojos hechiceros,
Si no me queréis,
(¡Ay!) no me miréis!

Placer de los cielos
Al alma inspiráis,
Que infierno de celos
tornáis, si os tornáis
A otros, placenteros:—

¡Ojos hechiceros, etc.!

¿Qué virtud allá
Tenéis escondida,
Que quita, que da
La muerte, la vida,
Dulces o severos?—

¡Ojos hechiceros, etc.!

Que miréis graciosos,
Que miréis con ceño,
Siempre sois hermosos,
(¡Gloria a vuestro dueño!)
¡Ojuelos parleros!—

¡Ojos hechiceros, etc.!

Sois tan peregrinos,
Que Venus por esos
Los suyos divinos
Da en cambio y dos besos.
¡Tanto ansía el teneros!—

¡Ojos hechiceros, etc.!

Simple mariposa
Que a la antorcha gira,
Tiende el ala hermosa,
Y a su fuego espira:
Yo al de esos luceros,—

¡Ojos hechiceros, etc.!

Mas si el ansia cruda
Que mi pecho siente,
Y a la lengua muda
Decir no consiente,
Llega a condoleros;—

¡Ojos hechiceros,
Si bien me queréis,
Mirad que miréis!"

113. [GARAVAGLIA], *Noticia de su muerte y de la de Miguel Angel*, 280.

El título en el Indice.

114. G[ALLEGO], J[UAN] N[ICASIO], *A la muerte de Judas. Soneto*, I, 174.

"Cuando el horror de su traición impía..."

115. G[ALLEGO], J[UAN] N[ICASIO], *Galería de ingenios contemporáneos. Don Vicente López*, II, 277-80.

Reproducido por Ochoa, *Apuntes*, I, 582.

116. GARCÍA Y TASSARA, GABRIEL, *Almerinda en el Teatro*, II, 304-6.

"¡Almerinda!, ¿estás aquí?
Más hermosa..., ¡vive amor!,
Que nunca a su estrella vi
Brillar en el cielo así
Con tan inmenso esplendor.

Galán sombrero en buen hora
Sostienen tus negros rizos,
Y con él éstas, señora,
Gallarda, entusiasmadora,
Toda beldad, toda hechizos.

Esa frente de marfil,
Que el ala ciñe en su adorno
Ostentándose gentil,
Es la luna del abril
Su disco argentado en torno.

Del ala en pliegues lloviendo
Los transparentes encajes
Tu pecho está pareciendo
Un sol la niebla rompiendo,
Blanca aurora entre celajes.

¡Ensoberbécete, hermosa,
Entre las que hermosas son!
En esos labios de rosa
Del cáliz de amor rebosa
El néctar de la pasión.

De nieve su falda un lecho,
Mira al Monjíbelo arder
En bronca erupción deshecho;
Pues así, tu níveo pecho
Es el trono del placer.

Cual palma tu talle erguido
Esbeltece el cinturón
En sueltos lazos partido;
Las gracias te lo han ceñido
Debajo del corazón.

Toda tú, toda eres bella,
Bella también es tu alma,
Y no hay alma para ella;
Aura es de paz, una estrella,
Que un mar de pesares calma.

Yo no sé lo que en mí siento,
Mientras estoy junto a ti,
Cuando me encanta ese acento,
Cuando respiro tu aliento,
Cuando me miras así.

¡Cuando me miras!... tan bellos
Tus ojos entonces son,
Que no hay ojos como ellos.
Hechizado a sus destellos
Ni aun se mueve el corazón.

Más fiero, más, el destino
Encadene mi cerviz
Con su eslabón diamantino...
Contemple yo ese divino
Rostro en paz, y soy feliz.

De un ¡ay! tuyo la expresión,
El poder..., ¡si lo supieras!,
Desgárrame el corazón.
Almerinda, es ilusión,
Ni aun así lo comprendieras.

Manda detenerse al viento,
Desaparecer al mar.
El trono del firmamento
Es mayor que el pensamiento,
Y lo hicieras tú temblar.

Tu aliento vierte candor,
Arrebata tu reír,
Esclaviza tu favor,
Tu voz despierta al amor,
Y tu amor será morir.

Estar muriendo, es verdad,
Como el amor lo concibe;
Ser dueño de tu beldad,
Morir de felicidad,
Morir como un ángel vive.

Ser feliz, feliz... ¿besando
No está tu sien esa pluma
Enarcada y flameando
Al soplo del aura blando
En ondas como de espuma?

Así es mi orgullo, Almerinda,
Mientras a tu lado estoy,
No hay belleza que me rinda,
Y sola tú eres tan linda,
Como yo dichoso soy.

Tiembla la pluma y a par
Se estremece mi esperanza;
Pero si vuélvesme a hablar...
No hay temor de naufragar
Cuando al mar iris se lanza.

La fortuna eres del suelo,
De las hermosas baldón,
Una sonrisa del cielo,
Un capricho, un rapto, un vuelo
De ardiente imaginación.

¿No te lo dicen ansiosas
De la amante multitud
Las miradas codiciosas?
Envídiante las hermosas,
Te adora la juventud.

Y el teatro estás llenando
Entre el común galanteo,
Cariñosa o desdeñando,
Siempre la atención fijando
Cual la reina de un torneo.

Tal hay que por ti suspira,
Y lo sabes tú, señora,
Tu amor con su sangre gira.
Mil habrá, pero es mentira
Que nadie como él te adora.

Podrán otros merecerte
Y ¿quién, di, te mereció?
El que llegare a moverte
Será mayor que su suerte,
Digno de Almerinda no.

Desde la playa oriental,
Los cielos de lumbre rojos
Envolviendo en su raudal,
Se alza el astro colosal
Que ese fuego da a tus ojos.

Y el girasol mira a Oriente,
Cuando en Oriente está el sol;
Levanta al cenit la frente,
Y en el desierto Occidente
Mustio expira el girasol.

Así tu esclavo en su anhelo
Sigue tus ojos de imán;
Si al cielo tienden el vuelo,
Entre tus ojos y el cielo
Sus miradas estarán.

Se estremece, si suspiras,
Le matará tu rigor,
Y esa risa... y ¿tú me miras?
¡Qué pasión es la que inspiras!
Yo te adoro, ángel de amor.

¡Hermosísima Almerinda,
La de los ojos de luz!
¡Eres por Dios! la más linda
Que al amor la suerte brinda
En todo el suelo andaluz.

Y a tu gran merecimiento
Nada en el mundo igual es;
Que si no, vieras contento
Del sol mismo en el asiento
El universo a tus pies."

117. GIL, ANTONIO DE, *Comunicado*, I, 287.

118. G[ONZÁLEZ] BRAVO, L[UIS], *Abdhul-Adhel o el Mantés. Cuento del siglo XV*, I, 161-66.

119. G[ONZÁLEZ] BRAVO, L[UIS], *El Sereno*, I, 267-72.

120. GRABADO, I, 231-32.

121. GRANDALLANA, FRANCISCO, *Al Guadalquivir*, II, 58-59.

"¡Quien, Guadalquivir undoso!"

122. GRANDALLANA, FRANCISCO, *El ecspósito*, II, 269-71.

"En el inmenso arenal..."

123. GRANDALLANA, FRANCISCO, *El llanto sepulcral*, III, 34-35.

"Era una tarde de estío;
El sol su cárdena frente
En los mares de occidente
Con lento paso ocultó.
Y al rayo de tibia luna,
Y al soplo de blanda brisa,
Sobre la tumba de Elisa
Así su amante cantó:

—Como exhalación ligera
Fué tu vida, Elisa mía,
Como la llama sombría
De esa antorcha funeral.
Dos veces el sol su carro
Ha hundido en los anchos mares,
Dos días ha que en tus lares
Alzó la muerte su altar.

Y la antorcha de mi vida
Que tú, mi Elisa, encendiste,
Mustia, moribunda, triste
Vese en ellos consumir.
Que eras mi vida, mi alma,
Por ti mi pecho latía...
Dígalo Elisa aquel día,
Cuando en el templo te vi.

Me acuerdo: lánguido velo
Sobre tu espalda flotaba,
Al Dios del cielo invocaba
Ese labio virginal.
Entonces juré adorarte...
Que entre el resplandor del ara
Allí Elisa te mirara,
Allí cual ángel de paz.

Pero en las olas del tiempo
Tu planta leve resbala,
Y de tu pecho se exhala
El suspiro postrimer.
Y vi cerrarse tus ojos,
Y vi tu mórbido talle
Como la palma del valle
Troncharse a viento cruel.

Mi genio apagó su antorcha
Al apagarse tu vida,
Que eras mi musa querida,
Eras mi dulce laúd.

Mira bañar mi mejilla
Acerbo abundoso lloro,
¡Quién le vertiera en el coro
De que eres Angel de luz!

Bella como la esperanza,
Romántica cual la luna,
No vi mi Elisa ninguna
Tan angélica mujer.
En ofrenda a tu memoria
Aquí mi lira abandono;
Sin ti... magnífico trono
Abandonara también.

Cuando el aura de la noche
Entre sus cuerdas se agite,
Cuando mustia se marchite
Esta rosa sepulcral.
Habrá volado mi alma
A la mansión donde moras;
Prestas venid, tardas horas,
Suene la trompa final.

Así dijo, y de su frente
Copioso sudor corría,
Triste la luna lucía
Entre el ciprés temblador.
El aura agitó la lira,
Vibró fatídico acento,
¡Alfredo... el postrer aliento
Al escucharlo lanzó!

Jerez."

124. GÜELFOS *y los Gibelinos (Los)*, III, 46-47.

125. HISTORIA *del Arte. Vidas de pintores ingleses. Por Allan Cunningham*, II, 109-12.

126. HISTORIA *del levantamiento, guerra y revolución de España, por el Conde de Toreno*, II, 35-36.

"Esta obra, cuyo primer tomo solamente ha visto hasta ahora la luz pública, es, en nuestro concepto, un monumento tan glorioso para su autor como para la nación española, teatro de tantos y tan heroicos acontecimientos como en ella refiere, conformes en un todo a las relaciones de los que de ellos fueron testigos. Muchos talentos de diversas naciones, entre ellos el Marqués de Londonderry, Southey, Humillon y Napier (aunque declarado enemigo de la España este último, y, por lo tanto, *historiador parcial)*, se han ejercitado en presentar a la Europa las diversas escenas que desde el año 8 hasta el 14 ocurrieron en nuestro suelo, invadido por un torrente de injustos opresores, que si bien fueron conducidos para presenciar sus triunfos, también sufrieron la mole entera de la cólera e intrepidez españolas. Pero nos atrevemos a presagiar que, entre todas las historias de los referi-

dos tiempos, la del Sr. Toreno ocupará el lugar preferente, después que la sana crítica la haya prestado su sanción a este distinguido puesto. Si fuera el *nacionalismo* el que nos indujera a hablar de este modo, tal vez hubiéramos colocado la presente obra a la par de la que con un título muy semejante escribió en alemán Schepler, cuya inclinación a favor de todo lo perteneciente a España es bien conocida; pero aun cuando pudiera halagarnos el entusiasmo con que refiere las proezas de nuestros compatriotas, y el acierto en juzgar de la índole española; protestamos sinceramente que para formar nuestra opinión sólo hemos atendido a la verdad de los hechos, a la severidad de los juicios, a la corrección del lenguaje y, últimamente, a la poesía de las descripciones; dotes todas que sobresalen eminentemente en el historiador conde.

La debilidad de nuestro Gobierno, las utilidades que de ella sacaba el caudillo francés, el patriotismo de los pueblos, su indignación al presentir el yugo extranjero, sus prodigiosos esfuerzos para sacudirle, están pintados con los más vivos colores.—¡Cuadros admirables para el pincel y las trovas!...

Cuando se haya dado fin a la publicación de obra tan bella e interesante, nuestro dictamen será más extenso, y nos prometemos que la mayor parte de los lectores asentirá a él. Concluímos, pues, felicitando a nuestra amada España por la producción de un nuevo historiador, de un genio tan robusto, de un hombre que tantos servicios presta a la patria para los tiempos actual y venidero."

127. [HUGO, VÍCTOR], *El. Traducción en verso de Jacinto de Salas y Quiroga*, II, 246-47.

¿No hay más nombre que el suyo? Ardiente, helada,
Su imagen me persigue y es mi aurora,
Ella inspira mi cántico, ella dora
Los sueños de mi mente arrebatada.
Si alguna vez su nombre se incorpora,
Con su altura sin fin, en mis cantares,
Así humilla mi acento
Cual a la caña el viento,
Cual al bajel la furia de los mares.

Allí, un cañón impávido cebando;
Allí, del regicida al nombre odioso,
Al pueblo asesinando;
Allí, soldado altivo y orgulloso,
Poderes de un tribuno desgarrando;
Joven cónsul allí, pálido y fiero,
Por sueños de un imperio entretenido...
Siempre entre sus iguales el primero,
Y el más fuerte y temido.

Después emperador, con rostro airado
Presidiendo el combate de la altura,
Ofreciendo una estrella al buen soldado,
Siendo ejemplo de gloria y de bravura;
De un millón de guerreros siendo el alma,
El primero en la ira y en la calma.

Después escarnecido prisionero,
Con su brazo ocultando un pecho hirviendo,
Esclavo de un esclavo carcelero!
Vencido y sin cabello, entreteniendo
Con triste majestad,
Sobre una roca presa de los mares,
Su mente coronada de pesares,
Eterna tempestad!...

¡Qué grande allí, sin cetros ni coronas,
Befa al verdugo mísero britano!
Y en tanto el nombre mágico tirano
Siendo el nombre sagrado de tres zonas!
Grande con la corona de amargura,
Muriendo del destierro, y sin aliento
En una jaula vil donde en tormento
Le pusieron los reyes... de pavura.

¡Qué grande! El postrer día en su mejilla
Una lágrima ardiente se derrama...
Y su ejército grande a voces llama,
Que el morir solitario así le humilla,
Y envuelto entre los pliegues de su manto.
Para cubrir su llanto,
Dice adiós a la vida!... y de su lecho...
Pasa a un humilde féretro su pecho.

II

En Roma, do hay tiara y no senado,
En Elba, sobre un monte negro o blanco,
En la llanuras del Franco,
En el Kremlin respetado,
En la Alhambra transparente...
Siempre te encuentra mi mente!
Yo corro al Nilo después;

Al Egipto... allí tu aurora...
Y la huella de tus pies
Del universo es señora.

Y Mahoma de Occidente
Hoy el árabe te llama.
¡Cuánto el Scheik anciano ama
El joven Emir prudente!
Al vencedor, al Sin fin,
Tan brillante de prestigios,
Al prodigio y serafín
Sobre ese mar de prodigios!...

Y el beduíno sin cadenas
Tu compañero es de hoy más,
Y al combate, a las faenas,
Tú su paso guiarás.
Y al imberbe rapazuelo,
Batiendo un tambor francés,
Contempla con desconsuelo
Donde pusiste los pies.
Y el mago canta tu historia,
Y se deleita en tu gloria!

Y si le arrastra el huracán numida,
Allá de la pirámide contempla
Esos mares de arena ennegrecida!...
Y el trueno de su voz, que el aire templa
Evoca, de su féretro sonoro,
Esos cuarenta siglos de gigantes
Que, ante sus pies cubriendo sus sem-
[blantes,
Cantan su nombre en coro.

Levantaos, les dice, y se levantan;
Y sátrapas y magos y soldados,
Faraones y reyes,
Al mirar la faz lívida se espantan,
Y él les dice tremendo: sois llamados
Para adorar mis leyes!

Todo para su gloria es monumento.
Pone su pie en la arena ¿y de qué sirve
Que sus olas de Asur el pavimento
Y la techumbre empolven?...Boreas corre
Y sin cesar su ala bate al viento...
Mas del pie colosal la eterna huella
La arena del desierto oprime y sella.

III

La historia de su nombre es poesía...
Nada mi mano audaz tocar pudiera,
Nada grande, que en medio yo no viera
El mismo Napoleón...
El siempre se aparece al alma mía;
Y a tu nombre mi canto es de ternura,
Inspírele el elogio o la censura...
Sol de que soy Memnón!

Tu nombre llena un siglo, y sin resuello
Tu águila me arranca de la tierra;
Demonio o dios, el sello
De tu eterno poder ¿dónde se encierra?
Cuando te huyes más, más yo te encuen-
Y si al infierno voy, estás adentro. [tro,

Si el triste viajero se pasea
Entre humo y azufre, lava y fuego,
De Nápoles a Portici, el sosiego
De Ischia la sultana perturbando,
Cuando perfuma el lago con sus flores
Que suspira entre bálsamo y amores;

De Pæstum bajo el pórtico sagrado,
Cuando un toscano canto, en noche clara,
Se eleva de Puzzol, si ha despertado
Pompeya, ese cadáver de una villa
Que el volcán para siempre ha sepultado;

Y si en su débil barca alegre escucha
Los cantos del tostado marinero,
Admirador del Taso y de Virgilio;
Siempre al pie del sicómoro hechicero,
Entre flores y rosas del Oriente,
En la noche, en el día, a toda hora,
Siempre verá el gigante al Occidente!"

128. [HUGO, VÍCTOR], *Granada (Orientales de ...)*. [*Traducción por Jacinto de Salas y Quiroga*, II, 280-82.

"A LA ILUSTRE SOCIEDAD ECONOMICA DE GRANADA,

SU AGRADECIDO SOCIO

Jacinto de Salas y Quiroga

A lo lejos o cercana,
Española o musulmana,
No hay ciudad que, sin locura,
Disputar pueda a Granada
La palma de la hermosura;
Ni su atmósfera impregnada
De jazmines y cantueso,
Que baña en dulce embeleso
Un corazón oriental.

Que Cádiz tenga palmeras,
Que Murcia tenga azahar,

Tenga Segovia un altar
Y una torre con troneras
Y un acueducto romano;
Jaén un palacio godo,
Con torres de extraño modo,
Y en Agreda muy temprano
Toque a misa el monacal.

Torres Llers y Barcelona
tenga, por noble corona,
Un faro sobre la mar;
Tudela, la fiel Tudela,
Conserve siempre en tutela
El cetro que le han dejado
Los monarcas de Aragón;
Tolosa, siempre en invierno,
Bata el hierro ya abrasado,
Y llámese con razón
El resuello del infierno.

Y el pez que abrió el ojo muerto
Del ya difunto Tobía
Juegue allá en Fuenterrabía...
Córdoba, siempre desierto,
Con su admirable mosquea,
Del moro el ídolo sea.
Tiene un santo Compostela,
Y el rey de los incensarios (1)
Que de nave a nave vuela;
Alicante, campanarios
Y minaretes y mares;
Madrid tiene el Manzanares.

Bilbao tiene riquezas,
Olas verdes y beldades;
Medina, de las grandezas
Reina en pasadas edades,
Cubre su pobre altivez
De sus duques con la mano;
Sólo es suyo el sicomoro,
Que sus puentes son del moro,
Y lo demás del romano.

Trescientas torres Valencia,
Y Alcántara mil banderas
Colgadas a sus troneras;
Salamanca tiene ciencia
y tres collados gigantes
donde, si la frente inclina,
Goza de paz envidiada
Al son de la mandolina...
Mas se despierta asustada
Por los gritos disonantes
De la turba desbandada
De su enjambre de estudiantes.

Ama San Pedro a Tortosa;
El mármol nace sin cuenta
En Puigcerdá la lujosa;
Tarragona alegre ostenta
Sus muros que un rey fundó;
Y en Zamora, junto a Toro,
El Duero corre y corrió;
Tiene Túy una bastilla,
Toledo el alcázar moro,
Y la Giralda Sevilla.

Burgos, la triste blasona,
De un cabildo el esplendor;
Es Marquesa Peñaflor;
Madre de duques, Gerona;
Bivar, una monja triste
Que sayal y toca viste;
Y la sombría Pamplona,
Siempre pronta a combatir,
No irá en su almena a dormir,
Sin poner mecha al cañón,
Sin despertar al soldado,
Y cerrar con gran cuidado
De torres su cinturón.

Unas están en la sierra,
las demás en la llanura;
Todas prontas a la guerra
Y adornadas de hermosura;
Todas nobles y leales
Do un traidor no hubo jamás;
Todas tienen catedrales;
Todas su torre calada...
Pero una Alhambra hay no más,
Y esa Alhambra es de Granada.

Alhambra!... Alhambra!.. palacio
Que el Genio de la Armonía
De hermosos sueños llenó!...
Fortaleza de topacio
Abierta a la luz del día,
Que el árabe construyó!...
En donde un mágico acento
Se escucha, en tanto que baña
La luna tu pavimento!...
Orgullo de toda España!

Y menos granos tendría
La hermosa fruta encantada

(1) Para desengaño de los que crean que este verso y el siguiente son mero ripio, debo decir que he visto cuando niño, y hay en la catedral de Santiago, un incensario que es como un pozo de incienso y fuego. En las grandes festividades está algunas horas de la mañana colgado a la media naranja principal de la iglesia, e impelido por muchos hombres, cuyo número fijo no tengo ahora presente, perfuma todo el templo, pudiéndose decir de él con toda verdad que *de nave a nave vuela.*

Que en sus cármenes se cría,
Que maravillas Granada;
Y menos roja aparece
La fruta que la ciudad
Cuando la guerra oscurece
su dichosa majestad;
Sus estandartes ondea...
Y mísero del que crea
Que no es ley su voluntad!

Gloria de las maravillas!
Si su clara pandereta
Cubierta de campanillas
Agita loca y coqueta
Vivaconlud; si radiante
El Generalife altivo
Su cresta de fuego vivo
Muestra una noche triunfante;
Si el clarín de las Bermejas
Suena como las abejas
Que va el viento a despertar;
Si en la hora de alegría
Tocar oigo las campanas
De Alcazaba, que así envía
De tus torres africanas
La dulzaina a despertar,
Y el delicioso festín
Del sonoro Albaicín...
¿Tener puede el mundo entero,
En su hora más preciada,
Nada hermoso y hechicero
Como la hermosa Granada?

¿Quién canta más dulcemente?
¿Quién tiene menos rivales?
¿Y en las casas donde iguales
Colores y bella gente?...
Cuando una noche de estío
Ostenta, allá en sus llanuras,
Sus flores, sus hermosuras,
Más manso se agita el río
Que da envidia el contemplar,
Y en el árbol no se mueve
Una hoja, ni se atreve
El céfiro a suspirar.

Es el árabe su abuelo;
¡Africa y Asia trocara
Por un palmo de su suelo!...
Mas Granada es aun más cara.
Es cristiana y española,
Y tan sólo se daría,
Se daría por sí sola;
Que Granada la hechicera
Otra Sevilla sería
Si haber dos posible fuera."

129. I. S., *Costumbres. Caridad literaria*, II, 134-35.

Por figurar dicha iniciales al fin del artículo y en el Indice, no atribuímos a José Somoza este trabajo, referente a la organización de ciertos periódicos.

130. IMPRENTA *española. Ibarra. Los dos Sanchas*, III, 153-58.

"IBARRA. — Sentimos sobremanera que los descendientes y herederos de este célebre impresor, a quienes hemos acudido, tal vez hasta con importunidad, para que de él nos diesen noticias, no hayan tenido la bondad de hacerlo. Afortunadamente, lo que más nos interesa en este punto no depende de la cortesía de dichos señores. En los libros de Ibarra dura su nombre; en ellos está su vida tipográfica, y basta verlos para saber lo que era; y al privarnos de saber las demás particularidades de su vida, no se ha hecho otra cosa más que confirmarnos indudablemente que Ibarra nació en España, porque si hubiera venido al mundo en Alemania o Inglaterra, los que en esos países le pertenecieseu, hubieran cuidado de otro modo de la fama de un hombre que los ennoblecía. ¿Se siente acaso no poner en venta su saber con las prensas que le sirvieron? (Véase *Diario de Madrid* del 31 de marzo de 1836.)

Si examinamos una a una las obras señaladas de Ibarra, tratáramos demostrar el saber del que las dirigía; el papel, la tinta, los caracteres que en ellas empleaba; el exacto registro, la composición igual y bien combinada, la escrupulosa y esmerada corrección de todo lo que imprimía; apenas entonces podríamos hablar de él solo. Se ha hablado ya de la importancia de un libro bien impreso, de las dificultades incapaces de superarse en el arte de la imprenta, si los que le profesan no están dotados del gusto, del ingenio y del hábito de pensar, que para ello se requieren. Y añadiendo ahora, que si Ibarra no hubiera poseído esas enumeradas cualidades, ni habría sido buen impresor, ni como a tal le juzgaran y apreciaran en el mundo lite-

rario, está dicho todo lo que nos propusimos, pues con eso solo dejamos registrado su nombre en este periódico, consagrado a las Artes; y le dejamos en su última entrega, como en su especial codicilo, cual el sello o la cifra que muestre en compendio ese mismo culto a las Artes.—El nombre de Ibarra como impresor sobresaliente, como el de un adalid en el arte, se halla citado repetidas veces en las obras de los mejores impresores extranjeros, y en términos tales, que prueban bien lo que estudiaban y aprendían en lo impreso por Ibarra. En apoyo de nuestro aserto, recordamos al que lea, los prólogos, o advertencias, que van al frente de algunos libros impresos por Bodoni, por los Didot y por otros. Véanse los *commentarii* al Anacreonte del tipógrafo de Parma. Véanse los *prolegómenos* que preceden a la edición de Dafnis y Cloe, Gr. Lat. de, F. A. Didot (Parisiis MDCCLXXVIII) que al hablar de la *perfección* que alcanzó Ibarra en su arte, dice en la página 15.=*Hujus difficillimæ absolutionis rarissimam laudem eximiè consecutus est* JOACHIN IBARRA, *qui longè eminuit in splendidissimâ illâ, et veré in omnibus regiâ, optimæ Salustii versionis Editione, quæ... pariter stupentibus viris Hispanicarum, Latinarum, Hebraicarum Phæniciarumque literarum, nec non et artis Typographicæ peritissimis, prodiit Matriti, anno 1772, in fol. Et quid ab illâ ingeniosisimâ et acutissimâ gente, quæ pretiossissimas Bibliothecas, et doctissimos earum catalogos habet, quid ab Hispanicis Musis, in omni disciplinarum et artium genere sperandum sit, hoc illustrissimo exemplo abundè comprobavit.*

Y aunque tanta palabra latina no era casi necesaria para haber elogiado largamente a Ibarra, hemos pensado que no era inútil traerlas, para convencer a los lectores que debía ser grandísimo el mérito y el saber del español que alcanzaba de un francés tan cumplido elogio.—No es menos apreciado Ibarra entre sabios y literatos de primer orden, que no citamos por la brevedad. Y si el italiano Metastasio no nombra siquiera a Ibarra, en su eucarística carta a Pérez Bayer que le obsequiaba de orden Real con un magnífico ejemplar del *Salustio*, otro italiano, cuyo nombre no es menos caro que el del señor Abate para los que aman las Musas italianas, y gratísimo a los oídos del que tenga un alma libre y ardiente: el inmortal *Alfieri*, se lamenta de no haber visto, cuando estuvo en Madrid, la imprenta de Ibarra: *la piú insigne stamperie d' Europa*, según la llama. (*Vita. época 4.ª, cap. 2.º*)

Entre las ediciones más señaladas de Ibarra, por su asombrosa corrección y por lo bien impresa, debe ocupar siempre uno de los primeros lugares su *Mariana a dos columnas* (2 vol. en fol). Está tan bien impreso, que no dudamos afirmar que difícilmente se verá cosa mejor de aquella época en Europa. Y sólo este libro, que cuando se publicó dió lugar a un gracioso incidente por su corrección, muestra que desde mediados hasta fines de siglo pasado la imprenta española sobrepujaba a las de Inglaterra y Francia, como los mismos extranjeros confieran.—Y aquí debemos rectificar una opinión errónea en que éstos, y todos los que encomian a Ibarra, incurren generalmente; a saber: el alabar *su letra*. Parece que esta idea envuelve la de que era grabador en hueco y fundidor; pero Ibarra, como todos nuestros impresores, se surtía de los caracteres del fundidor catalán Infern; de los de la fundería de la imprenta Real, grabados por el hábil D. Jerónimo Gil (artista de superior mérito y malamente olvidado), y tal vez de algunas fundiciones de las que llamaban en *cuerpo de Holanda*.—Prolijo sería el citar los principales libros que imprimió; largo catálogo que figurará mejor en la *lista mercantil de libros* de M. Brunet o en cualquier otro *Manuel bibliographique*, que con tanto provecho de los libreros Caribes imprimen a millares nuestros industriosos vecinos, como en parodia de los infinitos catálogos alemanes. Dejemos, pues, dicha tarea para esos señores. Con todo, cual pequeña muestra de buenos impresos por Ibarra, citaremos por segunda vez:

Mariana, 2 vol. fol.

y además:

Salustio, 1 vol. 4.º mayor, 1772.= SS. PP. Toletanorum quotquot extant

ópera, 3 vol. fol. marquilla.=La Biblia en español.=Collectio máxima conciliorum Hispaniæ, 1 vol. fol.=Bibliotheca vetus et nova, 4 vol. fol. mayor, 1788.=El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, etc., 4 vol. 4.º mayor, 1780.=La misma obra (con diversas láminas), *4 vol. en 8.º, 1783.=Viaje de Ponz, 18 vol. 8.º mayor.=Colón, juzgados militares, 6 vol. 4.º, etcétera, etc.*

Y para concluir, diremos que los *memoriales ajustados* y papeles volantes de toda laya; en una palabra, lo que en la imprenta llaman *remiendos*, contribuyó no poco a establecer la fama de Ibarra; fama que nosotros seguramente no hacemos más que recordar, pidiendo al que lea este recuerdo que no juzgue del elogiado por el mal modo de decir del elogiador.—Lo que ha dicho un francés hablando de Ibarra: *Il étoit inventeur d'une encre, dont il augmentait ou diminuait à l'instant l'epaisseur.*=No sabemos hasta qué punto sea cierto. Lo que sí sabemos, en lugar de tanto disparate junto, es que la tinta que usaba era brillante, negra y tan bien confeccionado el barniz, que con el tiempo no pardea ni extiende la mancha amarilla que se nota en las ediciones ya viejas alrededor de la letra.—Ibarra nació en Zaragoza, y murió en Madrid a los 60 años de su edad el 23 de noviembre de 1785.

— — —

Los Sanchas.—Ocupan los dos Sanchas, como impresores, si no el mismo, el lugar inmediato después de Ibarra; y el conocimiento y saber de aquéllos, teóricamente, si no superiores, eran iguales, sin duda, al de éste. La instrucción literaria de los Sanchas no sólo llevaba la primacía a la de Ibarra, sino que no cedía bajo ningún respecto a la de Taucknitz, ni a la de ningún otro impresor afamado de Alemania.—Todos los elogios, pues, que nos ha merecido el mérito de Ibarra como impresor, son aplicables a los Sanchas en gran parte; y la consideración a que éstos son acreedores como literatos, y hasta cierto punto como protectores de nuestra literatura, o de los que en su tiempo en ella sobresalían, está indeleblemente consignada en multitud de obras de nuestros mejores ingenios, y no ha menester, para ser confesada, que nosotros aglomeremos aquí un largo catálogo de citas. Aun hoy mismo dura entre nuestros mejores literatos este justo aprecio de los Sanchas.

Véase lo que el ingenioso campeón de la belleza y castizos arreos de nuestra lengua (D. B. Gallardo), lleno, según la frase de Quevedo, de una *libropesia* insaciable de nuestra literatura, dice en el número primero del *Crisicón* (pág. 42), aludiendo a las pérdidas inmensas que ha sufrido la casa de Sancha, por su desprendido amor al arte y a la ilustración de la patria; *partícipes han sido* (los Sanchas) *en esto de la suerte común de los sabios; los sabios son como los cirios, que por alumbrar a Dios y a los hombres, se consumen ellos.* Bástenos este solo respetable testimonio unido al del ilustre biógrafo extranjero de Lope de Vega, lord Enrique Ricardo Holland, para dejar de citar más textos en apoyo de lo dicho.—Y dejando casi del todo, cual hemos hecho en el apunte sobre Ibarra, que del valor de los Sanchas como impresores respondan y hablen mejor que nosotros las obras que sus prensas realizaron en gran manera; nos ocuparemos brevemente de algunas noticias acerca de la vida y mérito literario de D. Antonio de Sancha, y con mucha mayor brevedad, de la de su hijo D. Gabriel: abuelo el uno y padre el otro de D. Indalecio Sancha, que (con una cortesía diversa en todo de la usada por los herederos de Ibarra) nos ha dado todos los apuntes que forman el objeto de este artículo, incluso la mayor parte de los que nos han servido para hablar de Ibarra.

Nació D. Antonio de Sancha en la villa de Torija, provincia de Guadalajara, en 11 de julio de 1720, de labradores honrados y de alguna fortuna.—En 1739 vino Sancha a Madrid, donde se fijó, y se dedicó al comercio de libros, que por los numerosos envíos que entonces se hacían para nuestras inmensas Colonias, producía ventajas que alcanzaban hasta los más infelices libreros.

Se casó en 1745 con una hermana del impresor de cámara Sanz. Por su reconocida habilidad fué nombrado encuadernador de la Academia de la Historia en 1757, y a poco tiempo, de la Biblioteca Real.--En 1761 hizo un viaje a París con el objeto de llevar a su hijo mayor, D. Gabriel, que luego le sucedió en la casa; para que, apartado del regalo de sus hogares y patria, se entregase al estudio más libremente. Tenía entonces D. Gabriel 14 años. Permaneció en París hasta 1784.—Es decir, 23 años.

Regresó Sancha, el padre, a Madrid, en donde compró en 1771 la imprenta de Ramírez: propia de Sor María Manuela de Santa Catalina, monja dominica.—Posteriormente, en 1773, tomó la *Aduana vieja*, dió ensanches a su establecimiento y entró en la gloriosa carrera de sus empresas.

Admirable, y casi imposible parece, que en los diecisiete años que mediaron hasta su muerte, solo y a costa suya, imprimiese tanto número de obras, y esto aparece aún más increíble cuando se las ve impresas a todas con el lujo de láminas, belleza de caracteres, buen papel, corrección y esmero que recuerdan los tiempos de los Aldos y Elzevirios. Su laboriosidad y su bien pensada conducta supieron dejar al tiempo de su muerte, a su hijo D. Gabriel, la más rica y floreciente casa de imprenta y librería del Reino; a pesar de que le fallaron costosas empresas, como el *Lope de Vega, el Cervantes de Salazar, la Enciclopedia, etc.*

Su casa era el punto de reunión de todos los primeros literatos y artistas de su tiempo. Allí se juntaban casi diariamente el Conde de Aranda, Campomanes, Llaguno, Cerdá y Rico, Huerta, Pellicer, Flores y otros muchos que sería largo enumerar. Y de esta reunión literaria, y de la continuada polémica que de ella resultaba, nacieron los proyectos que Sancha, al momento emprendiendo llevaba a cabo. Así es como salieron a luz, con tanto lujo tipográfico, nuestros poetas e historiadores de los siglos XVI y XVII, la colección de crónicas de los Reyes de Castilla y otras obras que pueden verse en sus catálogos.

Espléndido siempre en su trato, reunía los domingos a su mesa a varios literatos nacionales y extranjeros. En fin, puede decirse que siempre se veía rodeado de una aura literaria.—Hasta sus diversiones lo prueban.

Tratóse de ensayar, en representación casera, para probar su efecto, la *Raquel* que acaba de hacer D. Vicente García de la Huerta: Sancha franquea su casa; forma en ella un teatro; los telones, bastidores y demás los pintan los ya entonces acreditados artistas D. Antonio Carnicero y D. Mariano Maella, y algún otro de los que concurrían a su casa; la orquesta la desempeñan los principales músicos de cámara; el actor Huerta hace de apuntador; Cerdá e Iriarte, traspuntes; y el teatro que, como por juego, forma Sancha en su casa, iguala de este modo a los que formaban en la *clásico-romántica* Alemania Schiller, Iffland y otros señalados literatos de aquel país, para representar los mejores dramas de la antigüedad.

Así, hasta con las cosas más ajenas de su arte contribuyó Sancha al lustre y esplendor de nuestra literatura; al mismo tiempo que sus prensas estaban empleadas siempre en levantar algún bello y duradero monumento a alguna de las obras del ingenio español. Las correctas, magníficas y lujosas impresiones que produjeron lo atestiguan. Ediciones que muestran, entre otras cosas, que Sancha fué el que coadyuvó especialmente al uso de los tamaños mayores *(papel de marca)*, poco comunes entonces.

Los brevísimos términos a que reducimos este artículo nos impiden hablar aún con más ligera detención de los vastos trabajos tipográficos de Sancha, que se aumentaron con duplicados proyectos a la vuelta de su hijo a España. Si no, examinaríamos el gigantesco proyecto de su *Enciclopedia Metódica*, proyecto en que perdió al pie de dos millones de reales, y que se dejó después de la hublicación del onceno volumen y primero de estampas, de las 2.000 que había de tener la obra, y proyecto que sólo al imaginarle era ya una empresa atrevida, si se atiende a la población de España y a los obstáculos de todas clases que

debía encontrar en la Inquisición, censura y otras trabas, que fueron bastantes a vencer la constancia y empeñado poder del Conde de Aranda y del ministro Floridablanca.

El mismo deseo de ser breves nos deja recordar apenas los nombres de los distinguidos artistas de aquel tiempo, D. Luis Paret y D. Juan Moreno Tejada, nombres tan íntimamente unidos con los de los Sanchas, que difícilmente se tomará un libro que hayan producido sus prensas donde no estén consignados. Y el mismo deseo nos impide el hablar de una porción de excelentes y desconocidos dibujos de Paret y de los grabados de Tejada, suegro de Sancha el hijo. Sólo diremos que al ver en París los primeros tomos del Quijote de Pellicer, que publicó D. Gabriel Sancha, y al observar en ellos las *viñetas* de Moreno Tejada, los artistas de aquella capital dijeron *que era imposible que se hubiese grabado aquello en España, pues no había en ella quien pudiese grabar así la viñeta.* Ofendido de esto el español, puso al pie del retrato de Cervantes, que fué lo último que se grabó: *Joannes Moreno de Tejada, omnes hujus Historiæ lamellas præter quatuor ab altero scalptas incidit Matriti. Ætatis suæ anno 60 ac 61.*

Murió D. Antonio de Sancha, víctima de excesiva delicadeza, en Cádiz, en 3 de noviembre de 1790.

Sus libros publican su fama como impresor. Su gusto y su pasión por la tipografía, por este arte favorito del pensamiento, más duradero y más a propósito para inmortalizar a los hombres que el arte de Fidias y el de Apeles, lo muestra bien sólo la circunstancia de que todas las obras que imprimía, aunque fuesen en papel de marca, como lo eran casi todas, tiraba, no obstante, ejemplares de gran papel, abriendo cruceros y medianiles para dar ensanche a las márgenes, operación que apenas se ejecuta ya dentro y fuera de España.

Las ediciones de los Sanchas, como las de Ibarra, se distinguen por no estar hechas en ese celebrado papel *velin;* papel lleno de algodón, en el que sólo la corrección de una tilde produce una mancha; papel más sujeto que cualquier otro a desprenderse de la costura en un libro, y papel que el curso de pocos años hace que se afee grandemente y que desaparezcan de su superficie, con la pelusa que suelta, las letras que en él se imprimieron.

El papel, pues, que usaron aquellos impresores, sus caracteres, su tinta, su esmerada corrección y registro, les granjearon la celebridad de que gozan. Hoy, en los mercados de librería de Europa, el decir *Edición de Sancha* o de *Ibarra* establece, hasta cierto punto, la reputación de un libro, y da, particularmente en Alemania e Inglaterra, un renombre a las prensas españolas, poco apreciado y casi desconocido entre nosotros.

Si por la sucinta narración que antecede se echa de ver el mérito no vulgar del impresor D. Antonio de Sancha, no es preciso casi, para juzgar del de su hijo D. Gabriel, que extendamos a más estos biográficos apuntes.—Educado Sancha, el hijo, con todo el cuidado y esmero que el cariño de un padre inteligentísimo y rico podían proporcionarle; amaestrado después por ese mismo padre en el arte difícil que ha inmortalizado a *Gutenberg* y a Fusth, D. Gabriel Sancha añadió el saber de su padre en la tipografía. Conocimientos poco vulgares en varios ramos de la literatura. Y si el largo tiempo que permaneció en esa nación vecina le hubiera empleado en recorrer la Inglaterra, la Italia y la Alemania, no dudamos que, al paso que hubiera aumentado sus conocimientos y sus celebridad, habría emprendido con menos calor y con más provecho los proyectos y empresas, arriesgadas siempre para un hombre leal y generoso, y a que se dió con más ahinco, movido tal vez del ejemplo de una nación proyectista por excelencia.—Nació D. Gabriel de Sancha en Madrid, en marzo de 1747.—Murió en 13 de dicho mes de 1820.

Las obras que publicaron los Sanchas constan en sus Catálogos. Véase: *El Catálogo razonado* al fin de las obras de D. V. G. de la Huerta, 2 vol. 8.º, 1778.=*El de los libros* impresos por D. Antonio Sancha, 1789.=*Catálogo de D. G. Sancha,* 1806, 8.º, y,

por último, el de los *Libros del fondo de D. I.* SANCHA, 1827, 8.º

Los nombres de *Ibarra* y *Sancha* quedan estampados aquí, en las últimas líneas de esta obra consagrada a las Artes, como digno, aunque escaso, recuerdo en honra de la olvidada *imprenta* Española."

131. [INTRODUCCIÓN *al tomo III*], III, 1.

"Un año hace, año en que, a juzgar por las muchas cosas que en él han pasado, hubieran podido caber media docena de años pelucones, que nació en esta coronada villa de Madrid a 5 de enero, nuevecito y flamante, el que hoy cumple dos inviernos, *Artista* castellano. El objeto que motivó la fundación de este periódico, con toda franqueza fué expuesto por sus Redactores en el prospecto y en varios artículos posteriores; y pues todos convinieron sin oposición y aun sin la más leve discusión en que dicho objeto era generoso y laudable, inferiremos como consecuencia precisa, que si el *Artista* ha desempeñado, en lo posible, el objeto que se propuso, no ha sido del todo inútil su existencia para los progresos de las bellas artes y de las letras. Los que han seguido nuestros trabajos con alguna atención, podrán juzgarlo mejor que nosotros mismos.

Nadie podrá menos, sin embargo, de hacernos esta justicia; a ningún talento literario o artístico, por humilde, por desconocido que fuera, han estado cerradas nuestras columnas. Nos proponemos abrir una tribuna donde cada cual pudiera emitir libremente sus opiniones con el decoro debido; nos propusimos contribuir con nuestras débiles fuerzas a popularizar la gloria de nuestros grandes ingenios nacionales, recordando sus biografías, multiplicando su imágenes; prometimos ceñir nuevos laureles a nuestros mejores talentos contemporáneos, y el público ha visto que no hemos faltado a ninguna de nuestra promesas. Muchos nombres pudiéramos citar, poco conocidos o del todo ignorados hasta que empezaron a figurar en estas páginas, que ha revelado el *Artista* al justo aprecio de los inteligentes. A ningún talento hemos dejado de hacer justicia y de prodigar estímulos y alabanzas; todo progreso ha hallado en nosotros publicidad y simpatía.

La revolución literaria que empezaba a formarse cuando salió a luz este periódico, y que nosotros abrazamos con entusiasmo y convicción, ha sido ya coronada por el más brillante triunfo. A las piececitas de Mr. Scribe, que antes reinaban despóticamente en nuestra escena, han sucedido los dramas de Víctor Hugo, de Casimir de la Vigne, de Dumas y muchas producciones de ingenios españoles; la poesía lírica nacional ha tomado un carácter muy diferente del que antes tenía; el buen gusto en las artes ha hecho progresos evidentes; la afición a ellas y a la literatura ha aumentado de un modo casi increíble. De muchos años a esta parte no se habían visto en España tantos adelantos hechos en tan poco tiempo.

Muy lejos esrá el *Artista* de atribuirse toda la gloria de estos felices resultados; pero ¿sería sobrada presunción decir que ha tenido en ellos alguna parte? Esta sería la más dulce recompensa de sus trabajos, disgustos y sacrificios pecuniarios a que pudieran aspirar los Editores del *Artista*."

132. IRVING, WÁSHINGTON, *Aventura de un estudiante alemán*, I, 306-9.

— J. A. C. B. (V. CEÁN BERMÚDEZ).

— J. B. C. (V. BERMÚDEZ DE CASTRO).

— J. DE E. (V. ESPRONCEDA).

— J. DE M. (V. MADRAZO, JOSÉ DE).

— J. M. Y V. (V. MUSSO).

— J. N. G. (V. GALLEGO).

133. J. P., *Soneto*, II, 311.

"Al noble ardor de juventud guerrera..."

— J. Z. M. (V. ZORRILLA).

— L. DE U. Y R. (V. USOZ).

134. LAIGLESIA Y DARRAZ, FRANCISCO DE. *Brevedad de la vida. Soneto*, II, 12.

"Hundióse el sol de ocaso en niebla oscura..."

135. LAIGLESIA Y DARRAZ, FRANCISCO DE, *En la muerte del general D. Manuel Freire. Soneto*, I, 132.

"Detón el golpe al implacable acero..."

136. L[ISTA], A[LBERTO], *En la muerte de Doña María Candelaria Casajús. Soneto*, I, 81.

"Linda hermosura, que en su edad florida..." Figura en la B. A. E., LXVII, pág. 319, con el núm. 37 entre los Sonetos.

137. LITOGRAFÍA, I, 85-86.

"Era al ponerse el sol en una tarde del siglo XV. El doctor Fausto seguía el camino de Weimar, precedido de otro viajero montado en un trotón, cuyas herraduras estampaban en la tierra húmeda y compacta del camino unas huellas puras y regulares, que a cada paso se reproducían. Este efecto tan natural, en que nada hubiera hallado de extraordinario otro mortal cualquiera, dió en qué pensar al doctor Fausto... El día siguiente ya estaba inventada la imprenta.

Esta relación, tratada por unos de paparrucha, ha sido defendida por otros con calor; pero, a pesar de haber tomado parte en la discusión muchos sabios, nada se ha sacado en limpio hasta ahora, ni al cabo de cuatrocientos años sería ya posible lograrlo.

He aquí otra tradición análoga, no menos maravillosa que la precedente, y que no cuenta sino treinta y cinco años escasos de existencia.

A principios del siglo XIX, Aloys Sennefelder, corista del teatro de Munich, al volver una noche a su humilde zaquizamí, colocó sobre la chimenea tres cosas que traía en la mano, a saber: una piedra para afilar navajas de afeitar, que aún no había servido; un vale para cobrar sus gajes del mes el día siguiente, y una estampilla cargada de tinta de imprenta: que él era quien tenía el cargo de hacer a los billetes del teatro la contraseña que todos los días se varía. Pero hallándose muy distante de cerrar herméticamente la ventana del pobre Aloys, apenas hubo soltado estos objetos, el viento, que por las rendijas entraba zumbando con bastante violencia, arrebató el billete y dió con él en una palangana llena de agua. El corista recogió inmediatamente el papel de que dependía su subsistencia de un mes, lo enjugó cuidadosamente y, extendiéndolo de nuevo sobre la chimenea, colocó encima de él la piedra sin estrenar que había traído. Es el caso de observar que habiendo tocado ésta a la estampilla llena de tinta, por un movimiento involuntario, resultó en su pulida superficie una mancha bastante grande. La mañana siguiente, al recoger Aloys Sennefelder su billete, aún húmedo, halló reproducida en él con una precisión admirable la mancha de la piedra. Observó el corista con alguna detención el efecto de aquel simple contacto, y de aquel momento data la invención de la litografía.

Propagóse rápidamente en Alemania el nuevo descubrimiento, y a poco tiempo se introdujo en Roma, en donde, hasta hace poco, ha hecho muy lentos y casi insignificantes progresos; y en verdad que no deja de ser curioso que dos jóvenes de los que más han contribuído a darle después algún impulso en dicha ciudad, Pablo Guglielmi y Aquiles Parvoni, hayan aprendido este arte en el establecimiento de Madrid.

En Francia, aunque conocida la litografía algunos años antes, puede decirse que hasta el de 1815 no se le dió

la importancia que merecía, ignorando los artistas las inmensas ventajas que les ofrecía este nuevo método de reproducir sus obras a millares. De entonces acá ha adquirido un desarrollo prodigioso, en detrimento, sin duda alguna, del grabado; pero con notable beneficio del público y de los artistas en general.

Por de contado, no tienen éstos que confiar, como antes, sus producciones al buril de un grabador poco dibujante e incapaz casi siempre de conservar fielmente la inspiración del pintor, y que, de todos modos, necesita meses y aun años para reproducir un dibujo que se hizo en algunas horas o, a lo más, en algunos días.

He aquí las bases en que se funda el arte de la litografía.

Un trazo hecho en la piedra con un lápiz o con una tinta grasienta se pega a ella con tanta fuerza, que sólo puede borrarse raspándola. Todas las partes de la piedra, no cubiertas de una sustancia de esta especie, reciben, absorben y conservan el agua. Y si sobre una piedra preparada de este modo, es decir, mojada después de trazado algo en ella con aquel lápiz o tinta, se pasa un rodillo untado con una sustancia crasa y colorida, como la que emplean los impresores, es claro que ésta no se pegará sino a las líneas formadas por una materia análoga, al paso que las partes mojadas la rechazarán, naturalmente.

Es, pues, fácil conocer que la litografía depende del juego de las afinidades, que hacen que la piedra impregnada de agua rehuse la tinta, mientras, por el contrario, untada de grasa, la absorbe y rechaza el agua. Así, pues, se dibuja o escribe lo que se quiere sobre la piedra con un lápiz convenientemente preparado, y después de pasar el rodillo con la tinta, se le aplica una hoja de papel, que, sujeta a una fuerte presión, reproduce el diseño con la mayor exactitud, si bien, como es natural, en sentido inverso; cuya circunstancia debe tenerse presente al ejecutar el dibujo, para lo cual es muy cómodo copiar el modelo visto en un espejo.

Toda piedra caliza compacta y susceptible de recibir un buen pulimento sirve para la litografía. Sin embargo, se emplea con preferencia y casi exclusivamente en todos lo talleres un carbonato de cal de color ceniciento claro, que se encuentra en Baviera.

El lápiz litográfico es un jabón grasiento, teñido de negro y llevado al mayor grado posible de dureza. Si tiene mucho color y poca grasa, dará en la impresión una estampa muy fría y descolorida; pero si, por el contrario, tiene poco color y una cantidad mayor de grasa, resultará una estampa en extremo negra y vigorosa.

En nuestra capital, debemos la introducción de este interesantísimo descubrimiento al pintor de cámara don José de Madrazo, que emprendió hace nueve años una obra de que pocas naciones pueden presentar un ejemplo; a saber: la colección de todos los cuadros de nuestro admirable museo, litografiados en gran folio. Hasta el día han salido 162 estampas de esta colección, y, ciertamente, podemos enseñar algunas con orgullo a los extranjeros, y con la seguridad de que nada podrán presentarnos superior a ellas en su género. Entre éstas no podemos menos de citar las de los *Borrachos*, de Velázquez; *el Prendimiento*, de Van-Dyck, y la *Vía Láctea*, de Rubens.

Hemos dicho que la litografía tiene enteramente por base la ley de las afinidades. Nuevos y repetidos ensayos sobre esta materia han tenido ya por resultado el obtener estampas iluminadas, de cuyo género, llamado *litocromía*, hay un establecimiento en París. En Alemania se han publicado ya copias coloridas de muchos cuadros célebres. Algunos grados más de perfección en la *litocromía*, y veremos reproducidas al infinito, con toda su verdad, las obras maestras de los pintores, y todo por una consecuencia del descubrimiento de Sennefelder.

Este murió miserable .."

138. Litografía, II, 276.

Anuncio y elogio del retrato de medio cuerpo de Vicente Bellini, litografiado y publicado por Cayetano Palmaroli, sacado del cuadro de Arienti: "Se hallará a doce reales en las libre-

rías de Jordán y Viuda de Cruz; en las estamperías, calles de Carretas y de la Abada, y en la tienda de Schropp, calle de la Montera... Igual estampa, en París, no se expende por menos del doble."

139. LORENZO. *Sampierra. Traducción del francés por P[edro] de M[adrazo]*, II, 67-70, 79-82.

140. LOSADA, JAVIER, *Comunicado*, II, 98-99.

Rectificación de un dato del artículo de Ochoa sobre la estatua de Cervantes, referente a la persona que se la encargó a Solá.

141. M., *Lo que vió el pintor Wildherr en un antiguo castillo de la Selva Negra*, III, 7-10 y 18-20.

142. M., *Torcuato Tasso*, I, 286-87.

Opera de Donizzeti, representada por primera vez.

— M. A. (V. AZLOR).

143. M. R. X., *Comunicado*, I, 111-12.

Acerca de la observación de las reglas en el Arte. El autor advierte que ha añadido una X a sus iniciales para que no le confundan con otro artista.

144. M. U. Y D., *Imitación del episodio de Orfeo*, II, 222-23.

"Mientras la joven con veloz carrera..."

145. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Dos palabras sobre el "Alen-Ferrando" del señor Salas*, III, 128.

146. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Galería de ingenios contemporáneos. Don Juan Antonio de Ribera*, III, 25-27.

147. M[ADRAZO], F[EDERICO] DE, *Velázquez-Rubens*, I, 253.

"He aquí dos grandes pintores, dos grandes coloristas, y que nada se parecen entre sí. Vamos, pues, a hacer una ligera indicación de las cualidades mas principales de estos dos insignes artistas del siglo XVII.

Las composiciones de Velázquez son naturales y sencillas, su dibujo es correcto, los semblantes y expresión de sus personajes sumamente variados; cuidaba poco de los detalles, atendía mucho al efecto, sin dejar nunca de ser natural; conocía como ninguno la perspectiva aérea. El que se detenga a mirar con atención cualquiera de sus cuadros, llegará a figurarse que lo que está viendo es la realidad, se olvidará enteramente de que lo que tiene delante de los ojos es un lienzo pintado. Este es quizá el único pintor de quien puede decirse, con verdad, que en sus cuadros *no se ve la paleta*.

Rubens tenía una imaginación muy fecunda; hacía cinco y seis veces un mismo asunto (la Asunción de la Virgen, por ejemhlo) sin repetirse nunca; hacía ostentación de las ricas estofas, que sabía ejecutar con primor y facilidad; su dibujo era algunas veces amanerado, a lo que habrá contribuído algún tanto la excesiva fuerza de imaginación que le caracterizaba. "Su colorido es exagerado, como también su efecto de claroscuro." Esto dicen los que no consideran que casi todos los cuadros que pintó son grandes, y muchos de ellos de altar, que, por consiguiente, deben mirarse a cierta distancia; y que si sus colores estuviesen más unidos y fuese su efecto menos picante, no producirían sus obras el mágico efecto que producen. Los cuadros de este pintor son, á nuestro modo de ver, los mejores para que un joven aprenda a pintar: en ellos se ve, por decirlo así, *la anatomía del*

colorido. No puede decirse otro tanto de Velázquez, cuyas tintas mudas y cuyo toque franco son muy difíciles de copiar. Este no usaba muchos colores; los personajes de sus cuadros están vestidos con seriedad, y donde tenía que pintar soldados o gente común, sabía muy bien imitar los vestidos usados, sin dejar por eso nunca de ser noble. Rubens, por el contrario, velaba los ropajes de sus figuras con hermosas lacas y jugosas. Los dos daban mucho vigor a sus obras; conocían perfectamente que un cuadro frío y *tiernecito* no puede hacer nunca buen efecto. Tanto Velázquez como Rubens pintaron sin miedo, empastaron mucho sus tintas, particularmente en las luces, para darles más brillantez; tampoco se paraban en pequeñeces. Los que critican, por ejemplo, a Velázquez en su *Rendición de Breda* que las lanzas están demasiado paralelas y que hacen mal efecto, no saben lo que se hablan. Nosotros diremos a estos señores que no se ocupan más que en buscar pelillos que criticar: *que vale más una obra de cualquier clase que sea, que tenga grandes bellezas y grandes defectos, que otra que no tenga ni lo uno ni lo otro;* y concluiremos diciendo, por regla general, que puede aplicarse a todos los grandes maestros en cualquiera de las bellas artes, que cuando nos paramos delante de un cuadro de Velázquez y le consideramos bien, nos parece este pintor superior a todos los demás, y que cuando nos detenemos a ver *el jardín de amor* u otro por este estilo de Rubens, nos sucede lo mismo; y que, por consiguiente, creemos excusado decir cuál es el mejor de los dos, porque cada uno tiene su estilo particular y sus bellezas respectivas, y porque semejantes comparaciones nos parecen tan inútiles como ridículas."

148. M[ADRAZO], J[OSÉ] DE, *La Sacra Familia, por Rafael de Urbino*; I, 217-18.

149. M[ADRAZO], J[OSÉ] DE, *Pintura*, I, 145-51.

150. M[ADRAZO], J[OSÉ] DE, *Revoque*, I, 248-50.

El título figura en el Indice. Necesidad de que las autoridades permitan el revoque de las fachadas madrileñas tan sólo en ciertos casos, para oponerse al mal gusto dominante.

151. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *A la muerte de Doña Ramona Nieto y Wals. Soneto*, I, 252.

"¡Cuatro lustros no aún, y fenecistel..."

152. M[ADRAZO], P[EDRO] DE *Afecto a las Artes. Afecto a los empleos*, II, 29-31.

153. MADRAZO, P[EDRO] DE, *Al cuadro de la Sacra Familia pintado por S. M. la Reina Gobernadora y presentado en la Real Academia de San Fernando en este año*, II, 157-60.

"Las puertas del santuario de las artes..."

154. M[ADRAZO], P[EDRO] DE *Alberto Regadón*, I, 185-91 y 196-203.

155. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Celma y Zaida*, II, 94-96.

"De una gótica ventana..."

156. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *David Teniers*, II, 49-50.

157. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Demolición de conventos*, III, 97-100.

"Doloroso es declamar en la época actual contra las providencias de los que nos rigen, con mayor motivo aún cuando estas medidas emanan de cor-

poraciones de hombres ilustrados y de conocido patriotismo, cuya misión en la presente crisis es la conservación de las únicas riquezas de nuestro suelo, que, en medio de la tormentosa disolución que parecía abalanzarse sobre nuestras cabezas, mostraban ser inaccesibles a sus embates desoladores; pero más dolorosa aún es la perspectiva que va a tomar la España despojada de sus monumentos artísticos, único recuerdo de nuestras bellas artes en su prosperidad, única joya que no han podido arrancar de su desnudo seno ni las invasiones ni el vuelo desgastador de los siglos. Por eso preferimos unir nuestros acentos a la voz lastimera de los verdaderos amantes de la patria, que ahogar en el silencio los impulsos de la razón dañada con una providencia que suponemos dimanar de equivocados informes. Nuestro propósito al escribir este artículo no es atacar la propuesta de la junta encargada de destinar los conventos, por la sola razón de ser ajena de los fines de utilidad pública y opuesta a las necesidades del Estado, pues evidentemente es más gravosa la demolición de los conventos *amagados* que su conservación; sino porque este sacrificio que se hace de las obras del genio a las ideas mercantiles y a la bastarda deidad de lo positivo, será la terrible sentencia por la que se verán proscritos de entre nosotros los sentimientos de la poesía, los últimos suspiros de las artes moribundas, las únicas letras de oro que engalanan las páginas de la arquitectura española.

No abogaré por los conventos en sus corporaciones, por el sinnúmero de religiones, cuya desproporción con respecto al número de habitantes de nuestras poblaciones movió al Gobierno a su extinción, no ciertamente; pero sí clamaré por la conservación de los buenos edificios que esas corporaciones ocupaban; y no me cansaré de clamar cómo probablemente no cesarán en sus palmoteos de júbilo todos los enemigos de nuestra gloria. Enhorabuena sean demolidos los que, en vez de ornato, sólo dan a la población un aspecto lúgubre y miserable con sus prolongadas y rústicas tapias, y que no ofrecen la menor curiosidad artística en sus fábricas; pero de ningún modo los conventos de San Felipe el Real, la Merced, la Trinidad y otros de mérito, con cuya desaparición se convertirá la Corte de España en un extenso lugarón, sin una torre, sin una cúpula donde fije sus ansiosas miradas el viajero que recorra las desoladas y áridas explanadas que la circuyen. ¿De qué servirán ahora sus costosos y magníficos retablos, sus bajorrelieves, los suntuosos sepulcros de mármol donde reposan sus fundadores? ¿Qué son estas bellezas despedazadas, mutiladas, arrancadas de sus fábricas? Lo que los versos de un poema como la *Ilíada*, desparramados sobre el tocador de las cortesanas. Pero llegó a la Capital de España su vez de figurar en la Europa como inculta y devastadora, por una de las extrañas anomalías que envuelve la regeneración de todos los países, y en seguida se extenderá la llaga a las provincias. No debe respetarse el genio de los que fueron; sólo la baja especulación y el interés positivo han de ser los dos faros en la tormenta... Si fuera posible que en el sepulcro de D. Fernando Cortés se encerrara una corona de oro, no se respetarían los venerandos restos del nieto de aquel guerrero que conquistó la nueva España. ¿Qué quedará de esas ingeniosas trabazones que se han perdido para nosotros, de esas inmensas cúpulas empizarradas de tanto mérito, de esos arcos atrevidos, de esas armazones asombrosas cuya ejecución costó tantas riquezas, cuya fábrica desconocen nuestros días porque no pueden verlas ejecutar?; porque ya se ha desvanecido la creencia que las costeaba, el ingenio que tan a menudo las poyectaba y el arte que con tanta prolijidad y perfección las hacía. Del mismo modo que ya no existe un hombre como el que componía los autos sacramentales, y un arquitecto como el árabe que levantó la Alhambra, y el cristiano que cerró con gigantescas bóvedas de piedra las catedrales de Burgos y Sevilla. Muy fácil es el destruir, lo difícil y lo que necesitábamos era edificar. Y por colmo de desgracia, ¡para nosotros será costoso hasta el destruir!

Y, por último, no quedará una

sola piedra, un solo ladrillo entero que pueda servir para edificar una mezquina y ahogada casa de lucro.

Bajo otro aspecto aún más triste, debemos también considerar este asunto. A la demolición de los buenos templos de la capital seguirá la de los demás que por todas partes embellecen nuestra Península; porque con el objeto de especulación no se hallará un motivo para que subsista en pie el San Jerónimo de Madrid, y por la misma causa el San Juan de los Reyes de Toledo, monumento al que van enlazados cuantos recuerdos de grandeza y de poesía puede lanzar la memoria de su fundación en medio de la pobreza de nuestro decaimiento y desamparo; el San Pablo de Valladolid, asombro y vergüenza de los modernos arquitectos en aquel elegantísimo poema de su gótica fachada; Santa Engracia de Zaragoza, Santo Domingo de la Calzada, y los infinitos que descuellan sobre las sierras de la Andalucía, sirenas de los extranjeros y orgullo de los españoles. Y entonces, ¿quién peregrinará por nuestra España para recorrer sus devastados villorrios y llorar con nosotros como Rioja con Fabio sobre las ruinas de Itálica? ¿Qué anticuario subirá los montes de Córdoba y Granada, infestados de malhechores, con el lápiz y la cartera, para enseñarnos a comprender nuestros mismos bienes (1), a apreciarlos, a no destruirlos (2)? ¿Qué quedará de las ciudades de Sevilla, Toledo, Burgos y Zaragoza, convertidas sus torres en escombros, descalabrada su cabeza gris, vendada con blancos, uniformes e incultos paredones agujereados convertidas?: ¡en lupanar de mercaderes!, como un paladín despojado de su almete y cubierto con un económico y antipoético sombrero. ¿Qué dirán de nosotros los extranjeros?, ¿qué dijera el héroe Vivar vuelto a la luz al ver removida su losa del tumbo de Santiago y el monasterio de Cardeña hecho polvo?

Preciso es conocer que estamos sobradamente atrasados en conocimientos para que, privados de nuestras antiguas bellezas artísticas, podamos llenar con nuestras producciones el yermo que vamos a poblar. Pensamos colocarnos al nivel de las naciones extranjeras, empezando por arrancar y hollar lo que la *civilización*, la invasión del espíritu de la reforma de Cromwell no les permitía a ellos conservar; pero nosotros no estábamos aún, por decirlo así, desencantados y asaz prostituídos para desprendernos de unos objetos que aún no habíamos empezado a estimar: lo que iba a verificarse con la influencia de nuestra regeneración política. Para que empezáramos a destruir, debíamos poder levantar y saber lo que destruíamos; entonces la ventaja de la España sobre las demás naciones sería la de *mejorar y conservar*, sin necesidad, para colocarnos en estado tan próspero y venturoso, de haber pasado por una revolución sangrienta y espantosa como la del terrorismo francés. Y ya que esos magníficos edificios han sido desocupados, ¿por qué cuando podían ser más examinados y conocidos en todo el mundo artístico habrán de perecer antes que los siglos y los ventiscos desplomen sus cúpulas, desquicien y descoyunten su trabazón maravillosa? ¿Por qué un poeta no ha de cantar al pie de sus campanarios y al amparo de sus gigantescos pórticos los himnos que entonó a la falda del Carmelo el autor de *los mártires* y del *genio del Cristianismo?* ¿No podrían destinarse esos conventos que van a sufrir la dura ley, a museos, depositarios del gran caudal de hermosos cuadros de los mejores tiempos, expuestos ya a desaparecer también?; que tal vez llegará la época en que para estudiar a Murillo y Zurbarán tengamos que recurrir a las galerías y casas de campo de los contornos de Londres. ¡Cuán a propósito sería para un *museo central*, que tanto necesitamos, el espacioso convento de la Trinidad, por su severa sencillez arquitectónica y la claridad de sus luces!

¿Estarían también mal empleados en fábricas, colegios, imprentas y aun lugares piadosos donde se explicara y enseñara el Evangelio, la verdadera doctrina de Jesucristo, por buenos

(1) Laborde, Murphy, y en nuestros días M. Roberts, son acaso los únicos que ha ilustrado con inteligencia nuestro suelo tan fecundo en monumentos.

(2) Recuerden los lectores la espantosa quema reciente todavía del suntuoso panteón de Poblet.

sacerdotes, a los vagabundos de las calles y plazas públicas?

Es incompatible la idea de que nos rige un Gobierno ilustrado y amante de nuestra prosperidad, con la de que se oiga pregonar por la Corte la proscripción de las bellas artes. Se interpela la actividad del Sr. Gobernador Civil y su acreditado celo para la *pronta ejecución* de una medida que no acertamos a qué atribuir.

La bóveda del coro de San Felipe el Real, obra de Herrera, su hermoso patio y claustro, de granito cárdeno; la hermosa fundación de la Merced, de Felipe II; su espléndido sepulcro de los Marqueses del Valle, D. Fernando Cortés y su mujer, D.ª Mencia de la Cerda; la escalinata de la Trinidad y su diseño, también de Herrera; la majestuosa cúpula de los Basilios, y una infinidad de preciosos bajorrelieves, obras de mazonería, estucos y pinturas al fresco y al temple, son objetos de cuya pérdida no hubieran podido jamás persuadirse los artistas españoles.

Si el Gobierno no ataja esta fatalidad que nos amenaza, no extrañemos que los extranjeros nos acusen de bárbaros y suframos, humildes, el sonrojo de contemplar nuestra ruina sin que las corporaciones y la prensa levanten su grito, siquiera para atestiguar a la Europa su escándalo y vergüenza. No hay en esto medio. O renunciemos, desde luego, a toda idea de civilización; considerémonos todos mutuamente indignos de haber poseído en algún tiempo artistas; empecemos a vivir como irracionales, o anule la Junta encargada de destinar los conventos esta providencia que tan poco honor da a la España a los ojos de la ilustración; conserve por todos los medios posibles esos únicos edificios de mérito que nos quedan, que también pueden ser productivos, como he indicado, y para construir casas como las modernas, incultas y de especulación, aprovechen en buena hora el terreno desperdiciado de los malos conventos y sus huertas encerradas en disformes tapias interminables, arraigadas aún en la población como una planta tardía y ponzoñosa en un jardín.

No se olvide que los monumentos sagrados son las únicas bellezas que quedan a la España despedazada por la guerra civil más espantosa, el único atractivo de los extranjeros hacia esta tierra virgen, apenas conocida en los viajes pintorescos de la Europa; los colosos que engendraron nuestros antepasados, los Arias, Alonsos, Herreras y Villanuevas, y legaron a nuestra memoria como gajes de gran valía. ¡Respetemos la piedra donde grabaron su nombre tantos heroicos fundadores!..., y antes de cubrir de escombros sus cenizas, volvamos los ojos hacia los ancianos muros de nuestras santas catedrales, sus fachadas de piedra denegrida cargadas de estucos y labores como el pecho de un veterano lleno de cruces, sus torres y cimborrios calados, sus esbeltas y elegantes agujas que parecen sostener las nubes, donde han bramado todos los vientos, donde por tantos siglos han subido las espirales del incienso y los cantos del cristianismo; y consideremos el solitario páramo que ofrecerá la España a las ilusiones de la poesía privada de tantas riquezas.

¡Vendrá un entusiasta anticuario desde las orillas del Báltico, y al fijar la planta sobre un sepulcro en el pavimento de una iglesia demolida por el esfuerzo de los hombres, retrocederá asombrado, dejándonos una mirada de desprecio."

158. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Dibujante.— Colorista.— Bello.—Ideal*, I, 289-91.

159. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *El Caballero de Olmedo*, I, 112-15.

"Abandonando la plaza..."

160. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *El Trovador*, III, 131.

"En un pilar apoyado..."

161. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Exposición pública de Pintura en la Real Academia de San Fernando*, II, 153-55, 164-67, y 169-70.

162. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Galería de ingenios contemporáneos. Don Santiago de Masarnáu*, III, 133-35.

"Aún no hace dos años que la dichosa regeneración de la España restituyó este benemérito artista a los brazos de sus amigos, haciéndole abandonar el suelo de su adorada Inglaterra. La sociedad madrileña, al paso que admira su raro talento y tan deseosa se muestra de sus producciones, es quizá la que menos conoce el mérito positivo de este ingenio tan apreciado en el círculo filarmónico de los países más adelantados.—Y no es extraño: hemos llegado a admitir, venerar y aun a dar culto, no sé por cuál fatalidad, a dos errores, cuya desaparición ha de costar todavía muchos méritos a los artistas y muchos epigramas a los escritores; a saber: 1.º, para ser artista, es menester ser *profesor*, es decir, *alimentarse con el arte;* 2.º, para sobresalir en un ramo del saber, es menester *no saber otra cosa*. Pues, a pesar de estas preocupaciones, Masarnau es buen músico, sin ser ni *profesor* ni *mero músico*. Y es *artista;* por eso, al publicar su biografía, no hacemos más que dar a cada uno lo que es suyo.

Pero no nos impondremos la obligación gratuita e inoportuna de fallar magistralmente sobre el lugar que el parnaso español debiera destinar a su mérito: no es posible penetrar con la mente el caos de lo futuro, y sólo cuando el hombre muere al mundo, es cuando se empieza a columbrar el brillo de la corona ceñida a su frente sin vida y sin pasiones. Otra causa muy poderosa, si bien menos filosófica, nos impediría el hacerlo: la amistad. Largos años de un trato continuo y alimentado por los recuerdos de la primera edad del que escribe, podrían engendrar en él una preocupación sobrado favorable, y el temor de este escollo pudiera arrastrarle al extremo contrario.

Nació D. Santiago de Masarnau en Madrid, el 9 de diciembre de 1805; a los pocos años emigró con su familia a Andalucía. Las grandes disposiciones músicas de que en su niñez dió pruebas inequívocas (1) no podían permanecer largo tiempo adormecidas en el penoso desarrollo de la vida infantil; a la edad de nueve años, vuelto a la Corte, este precoz talento había ya tocado el término de la impubertad mental: su cráneo de nueve años era de hombre, había sentido el germen de una pasión; finalmente, había creado. Esta creación fué una misa a cuatro; los mejores cantores de la capilla Real ejecutaron esta composición en la parroquia de San Justo y Pástor el día de San Pedro Alcántara; su autor tocó durante toda ella el órgano obligado. Así, puede decirse que Masarnau empezó a ser compositor a la edad en que, por lo común, el hombre es incapaz de sentir las emociones de la inspiración, que es el alimento de las bellas artes. Su padre había sido su primer maestro; nadie mejor podía comprender la estructura interior de aquel cerebro tan bien dispuesto, hablar en silencio con aquella alma inocente por medio de una simpatía perfecta. En Granada recibió lecciones del organista de la catedral, D. José Roure y de Llamas, maestro de solfeo de la misma, por el sistema antiguo o de mutanzas; en Madrid fué discípulo de D. José Boxeras, Nonó, y posteriormente, de D. Angel Inzenga, de piano y composición. Ocho horas de estudio diarias en su arte predilecto, además del tiempo que dedicaba a la gramática latina, hubieran trastornado la existencia de un ser común; pero la vida de un hombre nacido para las artes tiene mucho de singular; su infancia arrastra entre los trabajos del físico las semillas del ingenio; los ojos de aquel niño penetran la superficie de los objetos; su frente tersa se pliega en una oscuridad ignorada, y vaga por ella la sombra de padecimientos prematuros—rara vez el talento crece desconocido a los trabajos—; y tal vez cuando el niño llora en un rincón de la casa paterna, presiente la desgracia y anticipa su llegada la tristeza

(1) Habiéndosele sorprendido una vez escribiendo un canto que a la sazón entonaba con su instrumento un vecino suyo violinista, se halló, por el cotejo que después se hizo, ser exactamente igual al original el traslado lleno de borrones del niño.

que trabaja su tierna imaginación. Y si el lento minar de los padecimientos simpatiza con el talismán prodigioso y adormecedor de los sonidos, ¡qué extraño parecerá que el niño músico llorara, extasiado, cantando, oculto en la soledad, a los cinco años de una vida que había de ser desgraciada! La armonía hablaba entonces a su alma, el arrullo lánguido del canto acariciaba sus meditaciones—era la mano del ángel que posaba sobre su cabeza—, y éste era para él el desahogo más placentero. Pero aumentaron con la edad las causas de su melancolía, a la par con los productos de su genio, y el infortunio le obligó a entrar en un mundo al que probablemente no le hubieran conducido los honores de la Corte: le obligó, porque la desgracia y el ingenio crean la sensibilidad filosófica de las obras—también las lágrimas hermosean el rostro de las doncellas—. Había recibido de S. M. la Reina Doña Isabel de Braganza, para quien escribió algunos valses, repetidas muestras de cariño; a la edad de catorce años había sido nombrado gentilhombre de la real casa; recibía agasajos de los cortesanos; y cuando el amor de la gloria comenzaba a atormentar su deseo con el conocimiento de las obras extranjeras, se halló envuelto en la persecución contra los liberales en 1823, y fué despojado, con su padre, de todos sus honores y empleos—¡qué delito podía mancillar su corazón de 18 años!

¡Su hermana murió a poco tiempo en sus brazos, víctima de una pasión desgraciada! ¡Las inspiraciones que recibía del mundo no podían menos de ser siempre lúgubres!...

Tres son los estilos que caracterizan las obras de este artista. El primero corresponde a las primicias del ingenio: la sencillez, la dulzura y una melodía triste que revela los síntomas de la pasión, caracterizan estas primeras producciones.—El segundo estilo principia en su primer viaje al Extranjero, de edad de 19 años. La colección de valses titulada el *Parnaso*, una *Fantasía* sobre un tema de Mayerbeer; la *Fosánica, thu Farewell;* la *Graziosa, the Halt;* tres juguetes que tituló *Scherzini*, y otras varias piezas que no han visto la luz pública, pero de cuyas bellezas la amistad nos ha proporcionado el disfrutar, pertenecen al género filosófico—la armonía resalta en ellas más profunda y sentida—: ¡llora el músico los recuerdos de su patria, llora la separación de su amado padre, ruega con resignación por la suerte de su hermana!... Permaneció muchos años en Inglaterra, entregado totalmente a los placeres del trabajo, y volvió después al seno de su familia—apenas recibió el deseado abrazo de su padre, ¡cuando la muerte se lo arrebató para siempre!—Un nocturno intitulado *Spleen*, la *Ricordanza*, un *Rondino*, *l'Innocente* y unas variaciones de piano y violín sobre un tema de Bellini, dedicadas al que escribe estas líneas, son las últimas obras pertenecientes a este segundo estilo—todas ellas pintan el estado de su alma, tan de continuo atormentada; entre todas ellas, las publicadas en el Extranjero y las publicadas en España después de la muerte de su padre, reina una unión vaga e inexplicable: tal vez Masarnau se ignoraba a sí mismo cuando componía a las márgenes del nebuloso Támesis; en su tendencia lúgubre, elegante, apasionada, escribía, sin saberlo, el presentimiento de lo que había de sufrir vuelto a su patria—. El *Spleen* es, a nuestro parecer, la más profunda de dichas obras; es la creencia prosternada bajo el peso del padecimiento. Cuando sus notas cantan y no se plañen, cuando su melodía se lanza, digámoslo así, alegre y llena de fuego fuera de aquella atmósfera de languidez y armonía, entonces a aquella brillantez, hija para muchos de la necesidad de un claroscuro, va unido todo el sentimiento del recuerdo, pero modificado por la virtud.—El tercer estilo de Masarnau es *puramente alemán;* con esto hemos explicado toda la diferencia; el segundo está más al alcance de la generalidad. En su último viaje a Londres y París varió este artista de estilo; tal vez contribuyó a ello el trato que tuvo en la capital de la Inglaterra con los compositores alemanes, de cuya amistad conserva recuerdos vivísimos. Estas últimas producciones no han sido todavía publicadas; esperamos que lo serán en bre-

ve, con lo que el público podrá juzgar de la exactitud de nuestra opinión con respecto a ellas.

Sobre la brillantez de su estilo en la ejecución nada diremos. Masarnau es más conocido como *tocador* que como *compositor*, y son públicos y frecuentes los hechos que colocan su nombre entre los primeros pianistas de la Europa.

No ha menester de nuestro encomio la elegante y escrupulosa traducción del gran método de piano de Hummel, cuya segunda y última parte acaba de dar al público. Vemos con placer muy bien recibida esta bellísima obra: fruto como es de una constancia y de una meditación por tan largo tiempo continuadas, no podía menos de suceder así. Ni podía ser más noble y glorioso este medio de hacer popular entre nosotros el nombre del grande Hummel.

Como nuestro propósito al escribir esta biografía es el ceñirnos solamente a la carrera artística de este ingenio, sería inútil hacer una relación de los vastos conocimientos que posee en los ramos científicos y literarios; lo contrario sería usurpar a las ciencias sus derechos; a ellas tocará quizá algún día tributar a Masarnau un homenaje de estimación tan justo como el que ahora le tributan las bellas artes. En los Conservatorios de París y de Madrid, en la Sorbona y en el Observatorio Real de París no es nada extraño su nombre. Este joven español es igualmente uno de los que más honor hacen al nombre de D. Antonio Gutiérrez, a cuyo íntimo trato debe la conservación de cuantiosos manuscritos de este hombre eminente. Todos estos estudios, los que constantemente ha hecho sobre las literaturas española, inglesa, francesa, italiana y aun alemana, y su reputación de artista, le han proporcionado la amistad de grandes talentos; entre los que cuentan con vanidad a Arago, Pouillet, Horace, Smith, Faraday, Cramer, Dragonetti, Schlesinger, Bellini, Rosini, Lord Holland y otros muchos.

Sentimos que la falta de algún poeta que se dedicara a componer *libretos* le haya impedido trabajar para la escena; porque siendo la única compañía de ópera que hasta ahora hemos tenido *italiana*, no formaría muy buena amalgama el canto de la corte de Nápoles con las palabras mal pronunciadas de un libreto compuesto a las orillas del Manzanares o del Betis.—Y desearíamos que al salir a la luz pública las últimas composiciones de este ingenio no permaneciera oculto entre sus papeles un artículo, titulado *¿Por qué no escribe usted una ópera?*, que nos haría muy al caso."

163. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Martirio de San Bartolomé. Por Ribera*, II, 181-82.

164. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Muerte del Conde Garci-Saldaña*, III, 135-36.

"¿A dónde vais, caballero?..."

165. M[ADRAZO], P[EDRO DE], *Nicolás Pussino*, III, 109-10.

166. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Penélope y Ulises. Pintura de una pared, descubierta en Pompeya*, II, 88-89.

167. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Pintura*, II, 14-16.

168. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Poesía antigua*, II, 27-28.

"Nuestra poesía antigua, en medio de la rusticidad caballeresca que la caracteriza, no carece de bellezas dignas de nuestros tiempos; bellezas que no se aprecian a primera vista, ni pueden muchas veces hallarse sin un grande conocimiento del lenguaje en que están escritas. Las trovas amorosas de la edad media están llenas de ternura, de fidelidad, de nobleza y pundonor; no se encuentra en ellas esa bajeza, ese servilismo, ese *floreo* empalagoso que respiran las letrillas a Clori, Filis y Silvia de nuestros modernos poetas amadores, ni esa repetición de lugares comunes que causa hastío aun a las

mismas hermosuras a quienes van dirigidas bajo fingidos insulsos nombres. ¿Cuándo Jorge Manrique, Tapia o Juan de Mena hubieran hablado a su enojada dama de esta manera?:

El llanto en Magdalena me ha trocado;
Mas no me miren, ¡ay!, tus bellos ojos,
Que no merece tanto un despreciado
Y valgo menos yo que tus enojos.
Mas acuérdate, Filis, que un mar hecho
Me parto, y que mi pecho
. . . . . .

Un antiguo trovador, si veía mal pagados sus amores, no lloraba como un *marica* se quejaba a su dama con expresiones dignas de un hombre, y sus quejas se exhalaban en versos llenos de ternura y de dignidad varonil y caballeresca. Y si tenía que separarse de su bella, vertía, al estrecharla contra su pecho, una ardiente lágrima del corazón, sin *echarla de sensible a prueba de pucheritos*. Porque en aquellos tiempos, mezclados de heroísmo, nobleza y barbarie, no se conocía el fingimiento como en nuestros civilizados y pulidos. En la actualidad, cualquier amante podría decir a su querida que por ella tenía desmayos tres veces al día, y ella quedaría muy pagada del embuste de su Dalmiro!!...

Son bien conocidos en nuestros cronicones y tradiciones gallegas los amores de D. Pero Niño con D.ª Beatriz de Portugal; pero la trova que a este asunto hizo Villasandino, y cuyo original se conserva en la biblioteca del monasterio de San Lorenzo, en El Escorial, no me parece lo sea mucho; por lo que no dudo que nuestros suscriptores se complacerán en la lectura de una parte de ella. Esta es acaso la única composición auténtica de cuantas se atribuyen a aquel trovador del año 1400:

. . . . . .
La que siempre obedecí,
E obedezco todavia,
Mal pecado, solo un día
Non se le membra de mí.
Perdí
Meu tempo en servir
A la que me fas vevir
Coidoso desque la vi.
Ben la vi por meu mal,
Pois me trage conquistado,
E de mi non a coidado
Nengun tempo, mis me val.
Leal
Le fui sempre, é non sé
Cal é la razon porqué
Me dá morte desigual.

E pois que non amanstela
De miña coitada morte,
Si osare, en toda á corte
Diria miña querela;
Mais dela
Ei pavor; que á poder
Tal, que non oso dicer
Si es doña, nin doncela
. . . . . .
. . . . . .

El lenguaje de estas tres estrofas manifiesta la poca afectación de nuestras antiguas poesías. En el siglo XIV nuestras costumbres eran intactas; en el XVII ya fueron adulteradas, y en el XIX han sido, hasta ahora, francesas!!"

169. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *[Postdata al artículo "Modas", de Ochoa]*, II, 60.

170. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Protección debida a las Bellas Artes*, II, 50-52.

171. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Queja*, I, 19-20.

"Quien tan candorosa os viera..."

172. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Separación*, I, 78-79.

"Dícenme que me faceis
Denuestro, Señora mia,
Pues galanes a porfia
En mi ausencia entreteneis.
No es tenudo un amador,
Que ha desdeñosa muger
A fincar, sin el poder
De desfacer su dolor.
Agora mesmo me voy
Lueñe, pues desaguisado

Tal, á home non falagado
Como de vos non lo soy,
Honor me face en dejaros,
Magüer non lo sentireis,
Y desta guisa podreis
Bien en mi ausencia folgaros.
¡Guai! de quien ojos tan bellos
Non se cure de evitallos,
Que si es fácil falagallos,
Tambien es fácil perdellos;
Mas de vuesas fechorías
Non fago querella, non,
Que á varonil corazon
Non dañan vuesas falsías.
Y pues entojo fue amar,
Y otro entojo aborrecer,
Non ya me quiero esponer
A que os volvais á entojar."

173. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Toledo. Bajorrelieve de don Alonso de Berruguete*, II, 107-8.

174. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Toribio*, II, 22-23.

175. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Trova. Don Rodrigo*, I, 180.

"No bien descogía la noche su velo..."

176. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Visión de San Pedro Nolasco, por Zurbarán*, II, 282-84.

177. M[ADRAZO], P[EDRO] DE, *Yago Yasch (cuento fantástico)*, III, 29-34, 42-46 y 53-58.

178. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO DE], *Bellini*, II, 190-92.

179. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Concierto de don Estanislao Ronzi*, III, 116-17.

180. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Concierto vocal e instrumental*, II, 83-84.

181. MASARNÁU, SANTIAGO DE, *Don Juan*, I, 11-12, 22-24 y 94-95.

182. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *El Barbero de Sevilla*, III, 22-23.

"La representación de una ópera nueva, de *I Puritani*, por ejemplo, no hubiera atraído más gente al teatro que la que concurrió en la noche del 3 del corriente al Barbero de Sevilla. Ni un solo puesto vacío aquella noche —ni un solo billete por su precio aquella mañana—, ¿qué mayor interés se puede manifestar? ¿Y prueba esto que la afición del público madrileño por la ópera va disminuyendo a pasos agigantados, como muchos se empeñan en sostener? Indicio cierto es, por el contrario, de que aquella afición continúa a pesar de los esfuerzos hechos para darla por el pie, y a los que tal vez no ha sucumbido únicamente por la necesidad que nuestro público, como todo público ilustrado, experimenta ya de oír algo. En los países en que se goza de la música en sus diferentes géneros, donde se puede escoger entre el oratorio, el concierto, las óperas italiana y alemana, a más de la nacional, sin contar con los inmensos recursos que ofrece a los amantes del arte la gran extensión de sus conocimientos en la sociedad; en esos países, repito, lo mismo es decaer algún tanto cualquiera de los teatros, cualquiera de los géneros, se halla desierto, abandonado, porque no falta nunca mucho bueno que oír. Pero aquí, ¿qué ha de hacer un aficionado a música para alimentar su pasión?, ¿adónde irá? Como no se contente con los melodiosos ecos de los ciegos de la calle de Toledo, Red de San Luis, etc., y tal cual banda militar, que puede seguir no sin peligro de pies y aun de botas, necesariamente ha de ir a la opera italiana, sea cual fuere el estado en que se encuentre ésta. Triste, tristísimo es, por cierto, el de la música entre nosotros; preciso es confesarlo; pero no nos metamos en consideraciones de esta especie, porque nos llevarían muy lejos del objeto del presente artículo,

y nos pondrían quizá de un humor muy ajeno del que conviene al mismo objeto.

Respecto al Barbero en sí, excusado es hablar: su gran mérito está conocido y reconocido en todo el mundo. Respecto a su ejecución en la noche arriba indicada, diremos sólo que el protagonista nos agradó, en general, mucho, por su seguridad, desenvoltura y constante esmero, y creemos que si todos le hubieran correspondido, la ópera habría gustado más; pero unos por no saber y otros por no poder, el resultado fué que casi todos dejaron bastante que desear. El Sr. Ronzi, desgraciadamente, se hallaba ronco. La Sra. Almerinda, a quien cuadra tan perfectamente el carácter de *Rosina*, lo desempeñó con mucha gracia y recibió aplausos en las dos escenas, que cantó con esmero, igualmente que en el *chairo*. Esta canción y la obertura que se tocó, composiciones ambas de D. Ramón Carnicer, no desmerecen en nada del resto de esta bellísima partición. Pero aún se oye otra producción de pluma española en la misma ópera de mérito muy particular. Es aquella graciosísima canción que a la guitarra entona Lindoro debajo del balcón de su querida, y que el Sr. Ronzi cantó con mucha expresión, acompañándose con dicho instrumento. El célebre García dejó en ella una de las mejores muestras de que no sólo sabía cantar, y que en el género andaluz, con particularidad, difícil, si no imposible, sería aventajarle. Disimulable es que en ópera de asunto tan español se oigan tres piezas españolas, y más siendo las tres tan lindas."

183. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *La muda de Portici*, II, 151-53.

184. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Los dos Fígaros*, I, 65-66.

185. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Los Hugonotes*, III, 158.

186. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Música. Catherina di Guisa. Signora Talestrio Fontana*, I, 219-20.

187. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO DE], *Música. Il castello di Kenilworth*, II, 203-4.

188. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Música. La casa disabitata*, II, 58.

189. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Música. Margherita d'Anjou*, III, 149-50.

190. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Música. Nueva representación de Parisina d'Este.*

191. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Música. ¡Pobre María!*, II, 100-101.

"Canción: letra de Eugenio Ochoa y música de Masarnáu."

192. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Música de piano*, III, 151.

193. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Música Sagrada*, III, 131-32.

194. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Música Sagrada. Exequias del Excmo. Sr. Duque de San Fernando*, I, 239-40.

195. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Música Sagrada. Gran función anual en la Catedral de San Pablo, de Londres*, I, 274-75.

196. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Necrología*, III, 85.

Del músico José María Cruz.

197. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Norma. Función patriótica*, II, 262-64.

198. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Noticias musicales*, III, 82-84.

199. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Otello*, II, 23-24.

200. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO DE], *Paganini*, II, 167-68.

201. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, *Real Conservatorio de Música María Cristina*, I, 107-8.

202. M[ASARNÁU], S[ANTIAGO] DE, [*Respuesta a una impugnación de su artículo "Los dos Fígaros"*], I, 107.

203. MÁSCARAS, III, 93-96.

204. MAURI, J[UAN] M[ARÍA], *La timidez. Romance*, I, 272-73.

"A las márgenes alegres..." En Ochoa, *Apuntes*, II, 2; en el *Florilegio*, de Valera, I, 354; etc.

205. MORÁN, GERÓNIMO, *El Ruego*, III, 5-6.

"Mírame, pérfida..."

206. MORÁN, GERÓNIMO, *Las Catacumbas*, II, 150-51.

"Sobre un sepulcro cubierto..."

207. MÚSICA, II, 276.

Anuncio del *Curso completo... del arte de tocar el piano forte*, por J. N. Hummel, traducido por Santiago de Masarnáu.

208. MUSSO Y VALIENTE, JOSÉ, *Comunicado*, II, 189-90.

Sepulcro erigido en Jerez de la Frontera a D. Fermín Antonio de Apezechea.

209. M[USSO] Y V[ALIENTE], J[OSÉ], *Jesús y San Juan, niños, por Murillo*, I, 265-66.

210. M[USSO] Y V[ALIENTE], J[OSÉ], *Retrato a caballo de Felipe III, Por don Diego Velázquez de Silva*, I, 218-19.

211. NAPOLEÓN, [*Pensamiento*], III, 48.

212. [NEGRETE, JOSÉ], C[ONDE] DE C[AMPO] A[LANGE], *A la Aristocracia española*, I, 25-27.

"Profesan algunos un profundo desprecio hacia todo lo que precedió a la época llamada de la restauración de las artes. Detrás de esta línea luminosa, detrás de esta aurora, no ven sino ignorancia, barbarie y tinieblas. La edad media, no obstante, ha sellado su paso por este mundo con monumentos que vieron nacer a los abuelos de nuestros abuelos, y que probablemente verán reducirse a polvo muchas de las obras de nuestros nietos.

Aquellos tiempos de barbarie han dejado sembradas por toda Europa esas magníficas catedrales que alzan sobre las ciudades sus frentes renegridas y gigantescas con el barniz venerando de los siglos, y que, desde su sublimidad, no parece sino que miran con desprecio las mezquinas construcciones modernas que se han acogido a su sombra, y que a veces, por mengua nuestra, las ciñen, mutilan y desfiguran.

Es indudable que, bajo el aspecto interesantísimo de la economía política,

y aun de la moral, era en sumo grado perniciosa la preponderancia irresistible que algunas corporaciones, y en especial el clero, ejercían en aquellas épocas sobre todas las clases de la sociedad, preponderancia que conservaron aún bastante tiempo después. Pero, considerando la cuestión bajo el aspecto del arte, nos parece, cuando menos, dudoso este mal efecto.

Para engendrar obras grandes, se necesitan corporaciones poderosas que posean riquezas suficientes para llevarlas a cabo, y edificios en que conservar y hacer valer las producciones que los artistas han confiado a materias frágiles y perecederas. De este modo pudieron construirse esos admirables monumentos de arquitectura en que distintas generaciones fueron trabajando a su turno y añadiendo cada una ya un piso, ya una torre, ya, en fin, otro edificio nuevo dentro del anterior. Así pudieron dejar a la admiración de las edades futuras sus creaciones gigantescas. Rafael y Miguel Angel, Herrera y Murillo.

Pero la civilización ha pasado ya su nivel inexorable sobre la sociedad y ha borrado aquellas desigualdades que tan alto colocaban a los unos y hundían a los otros en el fango. Los poderosos señoríos, las corporaciones opulentas y privilegiadas desaparecieron. La edad media engendró monumentos sublimes como creación, gigantescos en sus dimensiones, curiosos para la posteridad como libros de historia. El siglo XIX allana montes, altera el curso de los ríos u oprime su raudal con millares de puentes; abre el *Tunnel* del Támesis, junta los mares y obliga a todos los elementos a obedecer al hombre. Al mismo tiempo, las iglesias, los palacios que se construyen, son cómodos; pero, comparados con los de los siglos anteriores, suelen rayar en mezquinos. La grandiosidad de nuestras obras parece que se mide generalmente por su utilidad. ¡Sublime compás, por cierto, si no se dejase nunca de la mano o no se equivocase algunas veces con una sombra suya!

Pero si la preponderancia exclusiva, y en detrimento de las demás clases, no es ya posible en nuestro siglo, al menos la del saber, la riqueza y aun del rango social no han desaparecido todavía. El prestigio existe: todo está en sabérselo granjear.

No hablaremos ahora de la aristocracia francesa, nula o poco menos, desde que en la revolución perdió sus riquezas, y que la clase media, en extremo ilustrada acerca de sus verdaderos intereses, se ha puesto en un contacto continuo e inmediato con todos los registros de la máquina del gobierno. Ni de la inglesa, poderosa aún por mil razones, pero que expone en extremo su poder y privilegios por un excesivo apego a ellos. Sólo diremos algunas palabras acerca de la nuestra, aunque no falte acaso quien sonría al oírnos pronunciar esta palabra; limitándonos, por de contado, a no considerarla bajo el aspecto político, sino en cuanto tenga forzosa relación con la cuestión del arte.

Desterrada de toda intervención en el gobierno durante muchísimos años, no por la aristocracia del saber, la más respetable de todas, sin duda alguna, sino por las intrigas de algunos advenedizos, sin otra religión que su interés, sin otros principios políticos que la adulación; humillada, puesta en ridículo y, a veces, hasta proscrita, se ve de repente restituída a un lugar decoroso, en el goce de la más noble de sus antiguas prerrogativas, cual es la del poder legislativo. La ocasión no puede ser más favorable para volver a adquirir algún prestigio, alguna influencia moral. Su franca adhesión al trono de Isabel II, amenazado por una facción rebelde, debe contribuir no poco a hacerla popular; al paso que una educación esmerada a los nobles vástagos que algún día concurrirán al santuario de las leyes, acabará de disipar la prevención con que algunas personas han mirado hasta ahora a esta clase. Pero por lo mismo que la ocasión no puede ser más favorable, convendrá no perdonar medio alguno para obtener el fin; y aquí es el caso de decir que uno de los más nobles, al par que *útiles*, atributos de la riqueza es el fomento de las artes.

El gobierno debe protegerlas, es cierto; pero su protección, del mismo modo que la que exige el comercio, consiste, más bien que en otra cosa,

en quitar todas las trabas que entorpecen la producción; si bien es indudable que debe destinar algunas cantidades a la construcción de monumentos en todas las artes, que perpetúen la gloria nacional. Por lo demás, ni les sería ya posible adoptar el sistema de Luis XIV y de otros reyes magníficos en sus gastos, que tanto han encomiado algunos autores y que la sana economía política reprueba altamente; ni mucho menos sustentar al sinnúmero de personas que cifran en las artes su existencia.

Su verdadero fomento depende de la masa de los particulares, como del fondo, del manantial de toda la riqueza pública; y las bellas artes, en particular, se acogen a la sombra de los poderosos, que se hallan en estado de pensar en satisfacer otras necesidades que las materiales del vulgo de los hombres. Y esta protección es uno de los mejores títulos a la popularidad.

Pero no parece sino que una fatalidad, que preside ha mucho tiempo a nuestra patria, nos impele a despreciar cuanto en ella producen el ingenio o la naturaleza, y dirige nuestro gusto hacia objetos, las más de las veces triviales, que a grandes costas nos vienen de tierras extranjeras. ¡Y entre tanto, nuestras riquezas desaparecen...!

Nuestro teatro antiguo, objeto de la censura más amarga de algunos críticos de mal humor, que así hacen la autopsia de una obra del genio, cuyas bellezas son, por decirlo así, impalpables, de una naturaleza esencialmente divina, como la harían de un cadáver en un anfiteatro médico; este teatro, decimos, es en el día el objeto de una admiración, de un culto particular en algunas capitales de Alemania. ¡Y en su lugar, y en vez de las producciones originales con que algunos ingenios del día pudieran acaso enriquecer nuestra escena, sólo vemos en ella traducciones de piececillas francesas!...

En Inglaterra dan, tal vez, media talega por un libro de caballerías o un romancero antiguo español; y nosotros ni siquiera conocemos las joyas que, entre las telas de araña de nuestras bibliotecas vinculadas, sirven de nutrición a la polilla. ¿Es, por ventura, cosa que tan poco deba lisonjear a un hombre de algún gusto el que se le cite como poseedor de una o más obras raras, o acaso las únicas conocidas en el mundo literario, y a las cuales tengan que referirse todos los escritores nacionales y extranjeros? ¿No añadiría nuevos timbres a su nombre el que, revolviendo los legajos de su archivo, diese a luz documentos desconocidos de las proezas de sus antepasados, que acaso serían, al mismo tiempo, del mayor interés para la historia? Pues bien, de estos libros rarísimos, de estos interesantes manuscritos, están atestados los archivos y bibliotecas de nuestros Grandes y Nobles, que se harían a sí mismos y prestarían al público, al mismo tiempo, un señalado servicio en publicarlos.

Hace tres meses que hubo en esta capital una exposición de las obras de los pintores modernos, y casi nos atreveríamos a afirmar que no han concurrido a ella ni la décima parte de las personas que debieran interesarse en los progresos de nuestros artistas. Acaso dirían algunos que era, por lo general, tan pobre la dicha exposición, que no merecía que uno se tomase la molestia de ir a ella. Pero a esto contestaremos que si bien es cierto que había cosas detestables, no lo es menos que también se hallaban algunas buenas, y muy buenas; y si de éstas no se hace caso, lejos de aumentarse, se apagará enteramente su número. "No hay dinero", clamarán otros. Pues nosotros vemos dar en los tiroleses muchas onzas por baratijas de china o cuadros de reloj con un paisaje, pintado, como dicen los franceses, *de pacotilla*, es decir, superlativamente malo; y a bien que nadie ha pensado siquiera en informarse del precio de unas lindísimas vistas de Córdoba y Sevilla, pintadas por D. G. Villamil, iguales, ciertamente, a lo mejor que en los países extranjeros se pondera tanto en el día, y que, para delicia de los aficionados, estuvieron en la Academia. Lo que nos falta, acaso más que otra cosa, es *gusto*.

Pretender que en el día nuestros magnates hagan ostentación de unas riquezas y de un poder que en otros

tiempos poseyeron, pero que con las calamidades generales han sufrido notable disminución, sería ridículo en extremo, sería absurdo. Pero llamarles la atención hacia los tesoros que poseen de hecho; hacia los artistas que pudieran proteger eficazmente, sin hacer ningún sacrificio, y sólo con invertir en ramos de notoria utilidad lo que en mil frivolidades se disipa; recordarles que uno de los mayores privilegios de las bellas artes es hacer populares, engrandecer e inmortalizar los nombres de los que las protegen, nos parece que es hacer un servicio a una clase de suyo influyente en la sociedad, y que pudiera granjearse mayor influjo y prestigio todavía y al mismo tiempo abogar por la noble causa de las artes."

213. [NEGRETE, JOSÉ, CONDE DE] C[AMPO] A[LANGE], *Contestación*, I, 152-53.

Al artículo *Pintura*, de José de Madrazo.

214. [NEGRETE, JOSÉ, CONDE DE] C[AMPO] A[LANGE], *Del drama moderno en Francia*, I, 95-96.

"Hemos visto estos días en un periódico de la capital una diatriba bastante violenta contra el moderno teatro francés, acusándolo de haberse convertido en una escuela de asesinatos, incestos, violencias y horrores; y en apoyo de esta aserción, presenta el articulista una estadística de los crímenes de todas especies, que se encuentran en diez dramas de los más celebrados de la escuela moderna. De esta estadística resultan 47 delitos más o menos graves, que, repartidos entre los diez acusados, salen a 4 y 7/10 partes de delito por barba. Acaso, según Aristóteles, sobra, por lo menos, la fracción, y he aquí, sin duda alguna, por qué son tan malos los susodichos dramas. Con toda sinceridad lo confesamos: este compás para graduar la moral de una obra no nos parece solamente inexacto, sino hasta ridículo.

En nuestros números anteriores hemos dicho varias veces, y no nos cansaremos de repetirlo, porque vemos la propensión que hay a tacharnos de exagerados, que nadie desprecia más que nosotros esas producciones monstruosas, que a ningún género pertenecen, y que, tal vez con demasiada frecuencia, se representan en algunos teatros de Francia. Y ahora es el caso de observar que la exageración que nos echan muchos en cara se halla realmente en los que se empeñan en hacernos decir lo que jamás hemos pensado, en los que quisieran vernos despreciar a Racine para reírse de nosotros; en los que sostienen, en fin, que así lo hacemos, cuando no podrán citar una sola expresión nuestra a que, ni remotamente, pueda darse una interpretación semejante. Seamos justos. ¿En cuál de las dos escuelas está la intolerancia? Y no busquemos, para decidir esta cuestión, los folletos tan pronto nacidos como olvidados de los más despreciables partidarios de ambas literaturas; hablen sólo los hombres de algún talento que las representan. ¿Ha dicho alguna vez Víctor Hugo que Racine fué un ignorante, un mal poeta? ¿Se leerá en los escritos de los románticos que Atalia carece de genio? No, ciertamente. Ellos dirán que de los dos géneros enteramente distintos adoptados por Racine y Shakespeare, prefieren el de este último, susceptible, en su concepto, de más sublimes bellezas; pero nada más. Los clasiquistas, por su parte, ¿cómo tratan a Shakespeare, a Byron y Víctor Hugo? ¿Qué no se ha dicho de Notre Dame de París? Con harto trabajo se le concede algún talento, alguna poesía, al autor de lo que se llama un delirio. Al mismo tiempo se dice que la escuela moderna ha tomado el crimen por divisa y la inmoralidad por regla; que se burla de la decencia, ataca los vínculos sociales y, finalmente, que blasona del más profundo desprecio a las leyes del buen gusto y hasta a los preceptos de la gramática...

En el artículo que hemos indicado, después de condenar los dramas de Víctor Hugo y Alejandro Dumas, en general, se exceptúan únicamente del

anatema a *Hernani* y *Enrique III;* y esto con el fin de demostrar que en sus primeras composiciones anduvieron más acertados ambos autores que en las que después han dado a luz, en las cuales nota el articulista una progresión clara y evidene de malo a peor, que los conduce a la *decrepitud*, a la *debilidad* y al *idiotismo*. Pero tenemos la desgracia de ser de una opinión enteramente distinta. Ni *Hernani* nos parece superior a *Marion Delorme*, ni inferior *la Torre de Nesle* a *Enrique III*. No vemos que el carácter de Didier sea un anacronismo: está enamorado de una prostituta porque ignora que lo es, y en cuanto se rasga el velo que a sus ojos la divinizaba, se arranca de sus brazos y la maldice. El amor es de todas las épocas: las ilusiones han sido siempre el aroma de la juventud. El argumento de la *Torre de Nesle* es realmente atroz; pero está sacado de la historia, y, bien considerado, no encontramos que exceda en crueldad al de Edipo ni a los de mil otras tragedias griegas tan celebradas por los enemigos del drama moderno, y celebradas, a la verdad, con tanta justicia. La *Torre de Nesle*, en nuestro concepto, es uno de los buenos dramas que se han hecho en estos últimos tiempos. El *Antony*, como obra de arte, es acaso la mejor composición de Alejandro Dumas y de las primeras de la época; y creemos que quien observe atentamente la lucha entre el amor y el deber que despedaza el corazón de la pobre Adela, lucha en que se necesita todo el peso de la fatalidad para hacer sucumbir su virtud, verá en esta mujer otra cosa que una adúltera..., casi iba a decir que la hallará virtuosa.

El Eco (que éste es el periódico de que hablamos) señala la diferencia que hay entre las musas de Víctor Hugo y Alejandro Dumas, y define bien la primera; pero no vemos qué relación hay entre el segundo y La Chaussée, pues de que ambos hayan tomado con frecuencia sus héroes en la clase media no se deduce que hayan desempeñado del mismo modo sus argumentos, ni empleado los mismos resortes. ¿En qué se parece, por ejemplo, el *Antony* de Dumas a la *falsa antipatía* de La Caussée?

Alejandro Dumas es, sin disputa, más dramático que Víctor Hugo; pero tiene grandes defectos ciertamente, y uno de ellos es el de carecer de sistema y emitir y devolver con frecuencia ideas que, lejos de hallarse en armonía unas con otras, casi se contradicen. Un drama de Dumas tiene monstruosidades chocantes; pero cuando las está uno notando y se dispone a censurarlas, un rasgo de genio, un golpe teatral le arranca aplausos, de que luego acaso se sonroja, pero que el entusiasmo del momento le arrebató, a pesar suyo; es una obra sin definición, pero una obra llena de genio. Compónganlas sus adversarios tan llenas de un mágico interés, y sea el que quieran su argumento, y cualquiera la forma en que lo traten, verán con cuanta sinceridad los aplaudimos. Pero lo que jamás haremos será decir que es buena una obra de imaginación que posee la virtud de hacer bostezar incesantemente a los que en ella buscan impresiones agradables o terribles.

Muy distantes estamos, por cierto, de creer que el drama haya adquirido ya en Francia la perfección de que es susceptible; pero lo que siempre hemos dicho y repetimos ahora, es que, con todos sus defectos, nos parece muy superior a las tragedias de la época del imperio, que hace veinte años arrancaban aplausos en los teatros de París, gracias a Talma, que sabía comunicar el fuego divino que le inflamaba a los cadáveres que a su sombra se acogían.

Por lo tanto, lejos de combatir una reacción necesaria e irresistible, creemos que todos los hombres de talento deberían ponerse al frente de ella para dirigirla y moderarla."

215. [NEGRETE, JOSÉ, CONDE DE] C[AMPO] A[LANGE], *El último día de un reo de muerte, por Víctor Hugo*, I, 40-43.

216. [NEGRETE, JOSÉ], [*Fragmento de una carta en que trata de un pavimento de mosaico hallado en Mérida*], I, 215-16.

217. [NEGRETE, JOSÉ, CONDE DE] C[AMPO] A[LANGE], *Fuensaldaña*, I, 73-74.

218. [NEGRETE, JOSÉ, CONDE DE] C[AMPO] A[LANGE], *Pamplona y Elizondo*, I, 115-20 y 127-32.

En Ochoa, *Apuntes*, I, 362, y en otras revistas posteriores.

219. [NEGRETE, JOSÉ, CONDE DE] C[AMPO ALANGE], *Recuerdos del sitio de la ciudadela de Amberes por los franceses en 1832*, I, 9-11, 20-22, 32-34, 59-60, 75-78, 103-6.

220. [NEGRETE, JOSÉ, CONDE DE] C[AMPO] A[LANGE], *Sevilla*, II, 171-75, 182-85, 200-3, 209-13, 236-40 y 241-43.

En Ochoa, *Apuntes*, 350, se reproduce el primer artículo.

221. [NEGRETE, JOSÉ, CONDE DE] C[AMPO] A[LANGE], *Teatro*, I, 52-55 y 67-71.

222. [NEGRETE, JOSÉ, CONDE DE] C[AMPO] A[LANGE], *Teatro del Príncipe. "Don Alvaro o La fuerza del sino", drama en cinco jornadas de don Angel Saavedra, Duque de Rivas*, I, 153-56.

"Cuando anunciábamos a nuestros lectores la próxima aparición de este drama, no dudábamos de modo alguno que hallaría una vigorosa resistencia de parte de muchos literatos, y aun más: que el público, asombrado de la novedad de su contextura y de las libertades más contrarias a mucas reglas, vulgarmente miradas como leyes de buen gusto, de que ha hecho uso su autor, recibiría con tibieza y acaso con prevención este nuevo ensayo de un género oriundo, por más que algunos digan, de nuestro país. Nuestros recelos no han salido infundados, si bien se ha manifestado el público más benigno, más justo de lo que en realidad esperábamos. La primera noche hubo, sí, algunas dudas, pudo notarse agitación; pero no llegó a estallar la tormenta que algunos provocaban, y el fallo que ha pronunciado en las cinco representaciones siguientes ha sido enteramente favorable al autor. No creemos, pues, de modo alguno, que los *antecedentes literarios de éste y su posición social hayan sido las únicas recomendaciones del Don Alvaro a la benevolencia del público;* si bien, estamos, por otra parte, muy persuadidos de que, aunque hubiese sido este drama superior a las más acabadas producciones de nuestros antiguos autores, habría merecido la reprobación de muchos que antes de ver condenan, que creen hacer merced al autor de una pieza con llegar a la penúltima escena del segundo acto, que durante la representación se entretienen en reparar si tal actriz tiene ojeras, o la caña de la pierna bien torneada, y que después de estar mirando a los palcos, atusándose el cabello y tarareando trozos de la Norma, hacen ostentación de su ingenio anunciando en voz alta lo que tal actor va a hacer o decir, soltando la carcajada en los momentos más sublimes y burlándose de lo que no está al alcance de su inteligencia, y que acaso ni siquiera han oído. A estos jueces ilustrados se debe la risa que en todas las representaciones de este drama hemos oído durante la misteriosa melodía del órgano, cuando se desmaya D. Alvaro por segunda vez, y en otras situaciones que sólo pueden inspirar risa a hombres que tengan el alma de estopa, a hombres triviales en cuya boca es un sacrilegio la palabra *poesía*. Cualquiera ha podido observar el hecho que acabamos de referir, y habrá sacado, sin duda, la misma consecuencia que nosotros, a saber: que hay un número bastante crecido de hombres que se llaman *aficionados*, polillas de las artes en general, que creen que basta escudarse con aquel título para

tener derecho de decidir con tono magistral y perentorio en materias y estudios que ni siquiera han saludado, olvidando que el autor de una obra ha consumido tal vez en ella lo más florido de su existencia, y que es harto doloroso que uno que jamás ha hecho otra cosa que pasearse, marchite de un soplo su creación y se pretenda con derecho para condenarla al desprecio. Y como rara vez van unidas la ignorancia y la modestia, y, por otra parte, siendo cosa notoria que un muchacho que grita mete más bulla que un regimiento que está en silencio, sucede que estos señores alborotan y deciden, arrogándose el derecho de servir de intérpretes a un público realmente sensato y pacífico, que con más frecuencia debiera reprobar sus demostraciones. Estos críticos, y no el público, silbaron las más sublimes escenas del Tejedor de Segovia, de Alarcón; éstos aplauden las picecillas de Scribe (acaso porque está al alcance de cualquiera el traducir alguna y adquirir así a poca costa el título brillante de autor dramático).

Pero si, por desgracia, son harto numerosos estos literatos, fuerza es confesar, no obstante, que hay hombres concienzudos, llenos de erudición y de talento, que no aprueban en un todo, o acaso en nada, nuestras doctrinas literarias, y que sólo ven en Calderón y Shakespeare un caos de horrores, monstruosidades y delirios, entre los cuales se encuentra, de tiempo en tiempo, alguna que otra sublime belleza. Con éstos deben emplearse las armas de la razón.

Hasta ahora, el *Eco del Comercio* es el periódico que más abiertamente se ha pronunciado contra la escuela moderna y, por consiguiente, el que más amarga censura ha hecho de Don Alvaro, consecuencia o, por mejor decir, aplicación de los principios de dicha escuela. Empieza el *Eco* por hacer una especie de profesión de fe literaria, para demostrar la moderación de sus doctrinas, profesion de fe que creemos inútil cuando va a hacerse una inmediata aplicación de ellas, de la cual resultará clara y evidentemente su tendencia y su carácter. ¿Qué desea toda persona sensata en punto a gobierno? Una libertad racional; pero en llegando a las aplicaciones, que podemos mirar como la piedra de toque, lo que para uno es libertad racional, a otro le parece anarquía. No disputemos, pues, en el aire.

Se admira el *Eco* de que el Duque de Rivas haya podido *rebajarse hasta el nivel de los que abastecen los teatros de los arrabales de París, presentando en el nuestro una composición más monstruosa que todas las que hemos visto hasta ahora en la escena española.* Nosotros empezaremos por preguntar a nuestro adversario: ¿quiénes son los que él llama *abastecedores de los teatros de los arrabales de París?* Si habla de Víctor Hugo y Alejandro Dumas, permítanos que le digamos que ésta es la primera vez que oímos llamar de tal modo a estos dos grandes poetas. Si lo ha dicho por los autores del *Verdugo de Amsterdam*, la *Pata de Cabra* y otros no menos célebres en su género, creemos que ha habido de su parte injusticia grande, por lo menos, en comparar el Don Alvaro a aquellas producciones. A quien puede darse con justicia el título de *abastecedor*, es a nuestro adorado Scribe, que emplea en su *manufactura* considerable número de jóvenes, cuyas obras corrige después de concluídas (y esto no siempre), poniendo luego su nombre en ellas para aumentar su valor, así como un fabricante de pomadas imprime su sello en los botes que ofrece al público. Nadie que esté al corriente de la crónica de los teatros de París ignora este hecho. Y no se crea que despreciamos al autor del *Arte de conspirar* y de algunas otras piezas en que hay genio dramático; pero en este momento debemos hacer justicia seca.

No haremos el análisis del drama, porque los límites de este artículo no permitirían que lo ejecutásemos con bastante minuciosidad para dar una idea tan exacta como quisiéramos de su trama y de la intención del poeta; y, por otra parte, porque no hablamos sino con los que lo han visto o leído, para los cuales sería superfluo dicho análisis. Nos limitaremos, pues, por ahora, a presentar con toda claridad y con la imparcialidad debida algunos

de los cargos principales que hemos oído hacer a esta composición.

Dícese, en primer lugar, que es *inverosímil* la muerte del Marqués de Calatrava, como la presenta el autor, porque es una *casualidad* el que así suceda. Nadie niega que sea una casualidad; pero es, por desgracia, harto frecuente en este mundo. Por otra parte, ¿dejará un poeta dramático de salvar a su héroe de una borrasca en el mar, porque sea una casualidad el que las olas no le hayan estrellado en una peña con el madero a aque estaba asido, como sucedió a todos sus compañeros?

Se dice que un defecto del Don Alvaro, inherente al desprecio de las unidades de lugar y de acción, es la forzosa repetición de exposiciones, y, hasta cierto punto, nos parece innegable este defecto; pero, en nuestro concepto, es de poquísima importancia, si se atiende a las ventajas que esta libertad proporciona.

Ya que nadie se atreve a juzgar las obras de la moderna escuela con los preceptos de Aristóteles, y de algunos rutineros preceptistas que le han seguido y comentado, se suele recurrir a otro sistema más eficaz, por cuanto es más nuevo y tiene por auxiliar el arma poderosa del ridículo; si bien es fuerza confesar que es el más insignificante, artísticamente considerado, el más absurdo que pueda imaginarse. Hablamos de las *estadísticas* que van haciéndose de moda. Sale a luz un drama nuevo, y lo primero que se indaga es el número de veces que se oye el silbato del tramoyista dando a su gente la orden de empezar la maniobra; cuéntanse las cuchilladas que se dan en el curso de su representación, las veces que se anubla el sol, los estampidos del trueno y los crímenes visibles narrados o que se sospechan; y luego, hecho un estado en toda forma, se suman estas partidas..., ¡y ahí va la crítica del drama romántico!

Si nos cegase el espíritu de partido hasta el punto de creer que todas las gracias son razones, pudiéramos decir a nuestros adversarios que en sus obras no se necesita llevar cuenta ninguna, porque, antes de levantarse el telón, sabemos ya que la primera escena corresponde al confidente, la segunda, a la doncella; la tercera, al traidor; la cuarta, al tirano, y la quinta, a la princesa. ¡Qué inapreciable ventaja la de no tener que fatigarse la memoria con una serie de impensados accidentes, sabiendo de antemano cuanto ha de acontecer sólo con ver el título de la obra! Y luego, eso de hacer temblar, pero sin que el pulso se altere ni lata el corazón con más violencia que de costumbre (habilidad sólo concedida a los esclavos de los preceptos escolásticos), ¿quién podrá negar que es asombroso y una delicia?...

Hemos oído a muchas personas criticar el que haya introducido el Duque de Rivas en su drama a unos seres que, lejos de ser poéticos en nuestra patria, son prosaicos y hasta triviales. No negaremos que un fraile debe tener realmente más prestigio en un país como Inglaterra, por ejemplo, en donde no se conocen, que en otro en que ciertamente no escasean. Un fraile en un teatro de Londres es un druida, es una planta exótica que tiene todo el mérito de la rareza y de la novedad, como un naranjo se conserva entre estufas y cristales para presentarlo sólo al público en ocasiones en que se desea un grande efecto. Pero ¿qué fuente hay más pura de sublimidad y de poesía que la religión cristiana? ¿Qué más elevado que uno de sus ministros derramando un bálsamo consolador sobre las llagas del alma? ¿Y en quién está realmente el defecto? ¿En el poeta que presenta un objeto lleno de sublimidad para cualquiera que se halle dotado de una imaginación susceptible de impresiones elevadas, o en el que la tiene tan pobre, tan mezquina, que no sabe sino rastrear en una esfera humilde y trivial, y no ve sino el lado más prosaico de todas las cosas? Una palabra muy noble en su acepción directa, tiene, por el mal uso que se ha hecho de ella alguna vez, un sentido equívoco y acaso indecente. Pregunto yo ahora: ¿En quién está realmente la impureza, en la palabra misma o en el que le da un sentido torcido? El caso es idéntico. Y el poeta ¿no deberá hacerse superior a todas estas consideraciones? Sí; debe someterse a la voluntad del público,

pero tiene la misión de instruirle y de dirigir sus gustos.

Dice el *Eco* que el autor ha llevado el horror en su último acto hasta el punto de repugnar y de tocar en lo ridículo. Preguntaremos: ¿Por qué? ¿Es por el número de muertes? ¿Es por la materialidad de la sangre? Véanse algunas piezas justamente ponderadas del teatro griego, algunas de nuestros más celebrados dramáticos. En el Tejedor de Segovia, D. Fernando se arranca *los dos últimos artejos de los pulgares* para poderse quitar las esposas, y se hace dar una cuchillada en la cabeza para que le lleven a la enfermería, único punto desde el cual puede escaparse. ¿Es por la situación dramática? No lo niego, es sumamente violenta; pero muy errado estaría quien creyese que para crear una situación como ésta basta tener puñales y decoraciones sombrías, y máquinas para imitar el trueno, y mixtos para los relámpagos, y bodegones, y gitanas y *paños menores* con que vestir a las heroínas, y todos los demás pertrechos que, según el *Eco*, se hallan en los almacenes de los modernos románticos. Se necesita algo más que todo esto; dejamos a su perspicacia el determinarlo.

Se ha dicho generalmente que debieran acortarse muchas escenas y suprimirse enteramente otras, y en esto, como en todo lo demás, ha habido notable exageración. No obstante, el autor ha empezado ya a aligerar su drama, y aun le aconsejamos que hiciese desaparecer enteramente alguna escena; por ejemplo, la de los jugadores, que no es de muy buen efecto por la felonía de los oficiales, que en todo lo demás del drama no desmienten un momento la nobleza del ejército a que pertenecen; escena enteramente inútil y aun perjudicial, en nuestro concepto; pues para que don Alvaro salve la vida a D. Carlos, no pueden faltar medios en un país en estado de guerra; y además de esto, considerando el tiempo que dura el monólogo de D. Alvaro, durante todo el cual se está batiendo D. Carlos, resulta que éste pelea con sus asesinos un cuarto de hora, por lo menos, lo que no parece muy natural.

Los actores, en general, desempeñan bastante bien sus papeles. Luna tiene momentos muy felices, sobre todo en las situaciones puramente dramáticas; pero no nos satisface igualmente en la parte fantástica del papel de D. Alvaro. Por ejemplo, cuando en el primer acto dice éste a su querida, entre otras cosas:

Y cuando el nuevo sol en el Oriente,
Protector de mi estirpe soberana,
Numen eterno, en la región indiana,
La regia pompa de su trono ostente,
Monarca de la luz, padre del día,
Yo tu esposo seré, tú esposa mía...

es claro que estos versos, en boca de otro personaje y de una situación precaria como la suya, serían una divagación enteramente inoportuna, y sólo puede hacerla natural el carácter enteramente fantástico del que los dice. Pues bien; la inspiración o la demencia consiguiente a este carácter es lo que no encontramos en Luna; así que en su boca casi parecen inútiles aquellos versos, a pesar de que los pronuncia perfectamente. Fuerza es confesar también que nada menos poético que el gorro negro con los dos lazos a guisa de cuernos de caracol, y las negrísimas y evidentemente postizas patillas que sirven, por decirlo así, de marco al rostro de este personaje."

223. [NEGRETE, JOSÉ, CONDE DE] C[AMPO] A[LANGE], *Variedades*, II, 251-52.

Algunos notables artistas circenses. Los trajes universitarios.

224. [NOMBRAMIENTO *de Francisco Martínez de la Rosa y Mariano Roca de Togores para presidente y secretario, respectivamente, de la sección de Literatura y Artes del Ateneo*], II, 287.

225. [NOTA *de la empresa de teatros sobre el estreno del drama*

"Lucrecia Borgia", de Víctor Hugo], II, 34-35.

"*Con motivo de la representación de* Lucrecia de Borgia, *ha hecho la empresa de teatros lo que pudiéramos llamar una profesión de fe, que insertamos con suma satisfacción en nuestras columnas, no sólo porque manifiesta los buenos deseos que la animan, sino porque es hasta cierto punto una comprobación de lo que varias veces hemos dicho acerca del público.*

El título de este drama y el nombre europeo de su autor (Víctor Hugo) bastan a llamar la atención pública sin apoyar su anuncio con recomendación alguna. No obstante, al presentar la empresa una obra destinada, sea cual fuere su éxito, a formár época en nuestros teatros, juzga conveniente el informar al público de los motivos que a ello le han determinado.

Es indudable que el gusto general en punto a literatura dramática ha variado notablemente de algunos años a esta parte. Las producciones de nuestro teatro antiguo han ido perdiendo su prestigio, hasta el extremo de ejecutarse ya en estos últimos años casi siempre para tan reducido número de espectadores, que podían contarse en una ojeada, y esto a pesar de ser representadas por los mismos actores que en ellas han adquirido justa celebridad. En vano se ha procurado reanimar a este género en su agonía con refundiciones encargadas a los mejores ingenios, y con reproducir sobre la escena comedias ya olvidadas de los más célebres autores del siglo XVII, ejecutándolas tales como las escribieron, y procurando escoger aquellas en que más libremente campeó su lozana imaginación. Preciso ha sido, pues, el renunciar casi del todo a un género que formaba antes la base del repertorio de nuestro teatros.

La comedia *clásica*, introducida a fines del siglo pasado, es poco más feliz. Raro es el día en que se logra reunir más de 100 personas en la representación de una obra maestra de Moratín; cortísimo el número de comedias de esta clase que en la actualidad se escriben; efímero el triunfo de las pocas que se aplauden; y como los escritores nacionales no bastan a satisfacer el general afán de novedades, hay que recurrir a traducciones que, en punto a comedias de costumbres, se adaptan difícilmente a la escena española.

El drama llamado *sentimental* por unos y *llorón* por otros, como *Misantropía* y *Arrepentimiento*, que tan afortunado fué a principios de este siglo, hace ahora bostezar o reír. La llamada comedia de espectáculo, por el estilo del *Perro de Montargis*, ya no se tolera sino en las tardes de los días festivos. El género de dramas que ha reemplazado a este último en los teatros subalternos de París, y que impropiamente se ha denominado *romántico*, porque se aparta, muchas veces gratuitamente, de todas las reglas, también ha caducado ya entre nosotros, aunque pareció anunciarle mayor aceptación y más larga vida la gran boga que tuvo *La vida de un jugador*. Por manera que se hace cada día más difícil el acertar con los medios de satisfacer las exigencias del público. Se ha dicho, y acaso no sin fundamento, que esta dificultad nace principalmente de la inestabilidad de gustos y opiniones que lleva consigo la época de transición en que nos hallamos; que es ya forzosa una verdadera evolución literaria, y que en materia de espectáculos teatrales nada puede convenir tanto al severo carácter de las ideas modernas como el drama grave, profundo, filosófico, de la novísima escuela francesa, a cuya cabeza brillan *Víctor Hugo* y *Alejandro Dumas;* y que no habiendo hecho conocer aún al público de Madrid nada de esta escuela, en medio del cúmulo de traducciones que, por desgracia, invaden todavía nuestros teatros, faltaba hacer la prueba más esencial para conocer el rumbo que puede darse a la moderna escena española. La empresa, tanto por interés propio como por los deberes que se ha impuesto respecto del público que la favorece, y cualesquiera que sean sus doctrinas literarias, no puede menos de tomar en consideración todas las opiniones que cunden apoyadas en cierta popularidad; ha observado con suma atención

el efecto producido por *Don Alvaro* y otros pocos dramas originales escritos en el gusto de la indicada moderna escuela, y persuadida está de que es llegado el caso de dar a conocer a los maestros de ella por medio de buenas traducciones. No se la oscurece, empero, la gravedad de las cuestiones que va a suscitar la representación del primer drama de esta clase, pues no es sólo el drama en sí mismo lo que el público va a juzgar, sino también el género a que pertenece; y su fallo ha de ser forzosamente de la mayor trascendencia. Por lo mismo ha elegido la empresa para tan importante ensayo la obra más celebrada del primer apóstol del *romanticismo*; y, sin desconocer su propia responsabilidad, ha cuidado de no omitir por su parte esfuerzo ni gasto alguno para coadyuyuvar al mejor éxito de la anunciada representación. Si fuere adverso el fallo del público, le quedará, al menos, el consuelo de haberse prestado de buena fe y con sana intención a una tentativa que se consideró útil al interés del arte; y si fuese favorable, tendrá la satisfacción de haber contribuído a ensanchar el círculo de los placeres intelectuales más dignos de una nación culta, y a señalar a nuestros ingenios el camino que conviene seguir para dar al moderno teatro español un esplendor que no desmerezca de sus pasadas glorias."

226. [NOTA *sobre "El espíritu del Siglo", de F. Martínez de la Rosa*], II, 132.

227. [NOTA *sobre la colección de trajes nacionales formada por el Conde de Clonard*], II, 36.

228. [NOTA *sobre la obra "Bruto o Roma libre"*], II, 93-94.

229. [NOTA *sobre los honores dispensados por las Reinas al actor José Valero*], II, 59.

230. [NOTICIA *del hallazgo de una nueva versión de la "Canción de las ruinas de Itálica"*], II, 115-17.

"En la biblioteca de la catedral de Sevilla hay un M. S. (Est. C. C., tab. 152, 35) que en su portada dice así: "Memorial de la villa de Utrera, su autor el Lic. Rodrigo Caro. Lo escribió el autor en el año de Nuestro Redentor 1604. Copiado por el codice que está en la librería del convento del Carmen de Utrera, escrito por el P. Fr. Francisco Rosado, lector jubilado del orden de Mínimos, año de 1607." A las 25 hojas, desde la dicha portada, dice hablando de una piedra hallada en Alcalá de Henares: "Murió en la ciudad de Itálica de tantos años, y fulana, su continua compañera, hizo poner esta sepultura, porque lo tenía muy bien merecido." Y en seguida dice: "A las ruinas de esta ciudad hice una canción cuando allí llegué año de 1595: por variar un poco la lección la pondré aquí."

. . . . . .

"Ningún español medianamente instruído desconoce la admirable composición de Rioja al mismo asunto, para la cual, según todas la probabilidades, tuvo muy presente su autor la oda que acabamos de insertar en el *Artista*, y que fué descubierta el año pasado por un laborioso y erudito joven de Sevilla, llamado D. N. Colón de Colón, aunque, a decir verdad, no se ha dado a este notable descubrimiento la importancia que se merece. La circunstancia de no ser enteramente original la oda de Rioja a las Ruinas de Itálica no impide que sea el grande autor de la *Epístola a Fabio* uno de los primeros poetas de nuestro Parnaso; pero es indudable que arranca uno de sus más hermosos florones a la aureola de gloria poética que le circunda.

Don Francisco de Rioja, Inquisidor general de España, Bibliotecario y Cronista de Felipe IV, nació en Sevilla por los últimos años del siglo XVI y murió en Madrid en el año de 1659."

231. [NOTICIA *histórica sobre el Hospital de la Latina, de Madrid*], II, 264.

232. NOTICIAS *de Fernando de Herrera*, I, 274.

233. NOTICIAS *de poetas dramáticos ingleses. Beaumont y Fletcher*, III, 69-71.

234. [NOTICIAS *sobre un cuadro de Buloff que representaba el último momento de Pompeya y fué expuesto en la Academia de Milán*], II, 35.

235. NOTICIAS *sueltas*, II, 72.

Proposición presentada a la Cámara inglesa de los Comunes por el diputado Ewart para que se estimule a los artistas y se propague el amor a las Bellas Artes.—La segunda entrega de "Retratos de los Reyes Católicos", por Palmaroli.—En la semana próxima se pondrá en escena el *Angelo*, de Víctor Hugo.

236. NUEVO *método para aprender a enseñar a dibujar los contornos y dintornos*, II, 249-50.

El autor lo enseñará por tres duros adelantados.

237. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *A Grecia*, I, 124-26.

"I

Alzate, ¡oh Grecia!; con la sangre [turca
El polvo limpia de tu frente ajada,
Y elévate sublime, oh Grecia augusta
De tantos héroes generosa patria.
¡Guerra al impuro musulmán!, tu seno
Bastante hollaron sus inmundas plan- [tas,
Bastantes lauros de tu frente hermosa
Inflexible arrancó su cimitarra.
Cíñete el yelmo, oh griego, y lidia y [vence;
Brille en tu mano vengadora espada,
Y de tu sacro territorio antiguo
Cual vil rebaño al extranjero lanza.
De los caballos el relincho, el ruido
De las armas retumbe en tus monta- [ñas,
Y hasta el remoto piélago se escuche
En tus campos sonar: ¡Al arma!, ¡al [arma!

II

Al arma, al arma, ¡oh griego!
Combate a sangre y fuego,
Lidia como lidiaste en Maratón.
Quebranta, ¡oh sacra Atenas!,
Las bárbaras cadenas
Con que el infiel tus hijos aherrojó.
Si aun guardas la memoria
De tu pasada gloria,
Compara tu grandeza a lo que fué;
Compara al vasto Océano
El inmundo pantano,
Que entre ignoradas plantas ni aun se [ve.
Fuiste azucena bella,
Fuiste gentil doncella
De amor tesoro, de pureza flor;
Ora planta rastrera,
Ora infame ramera
Que vende a precio vil su impuro amor.
Eras frutal pomposo
Cuyo ramaje airoso
Y sombra daba y pomas de carmín;
Ora tronco podrido
De un lago corrompido
Sepultado en el último confín.

III

Alzate, ¡oh Grecia!; tu perdida gloria
Reconquista en los campos de batalla;
Alzate y vence, y el ejemplo imita
Que diera al mundo atónito mi Patria,
Cuando cayó de súbito sobre ella
El terrible gigante de las Galias.
La sien ceñida de traidora oliva
Sus proyectos el pérfido ocultaba,
Y el gran Pirene a las francesas hordas
Libre paso ofreció por sus gargantas.
Vinieron, ¡ay!, como feroz rebaño
De carnívoros tigres: ¡hora infausta,
Hora de muerte y destrucción! Sus pe- [chos
Sed de riquezas y de sangre abrasa...
Mas, ¡oh!, también desengañado vuela

El español intrépido a las armas;
También fiado en su valor natío
A furibundas guerras se prepara.
Guerra resuena la ciudad; los campos
Guerra repiten, guerra las montañas,
Y alegre al escucharlo el León de Ibe-
[ria,
Hondos bramidos de su pecho lanza.
Entonces, hermosísima matrona,
A la sangrienta funeral batalla
Contra el tirano de la Europa entera
Sus fuertes hijos presentó la España.
¡Terrible fué la lid!, por largos años,
Desde el Cántabro mar hasta Vandalia,
Ríos de propia y extranjera sangre
Regaron nuestras fértiles campañas.
Al frente de sus nietos el anciano
Voló a la lid, y coronó sus canas
Del pesado morrión de sus mayores,
Y vibró airado la heredada lanza.
El joven, olvidando sus amores,
Sus festines y alegres serenatas,
Voló a la lid intrépido; el poeta
Rompió su lira y empuñó las armas.
¡Zaragoza inmortal! Tu nombre solo,
Tu excelso nombre perdonó la llama,
Y nada más... que tus heroicos hijos
Sucumbieron al pie de tus murallas.
¡Gloria a ti, Zaragoza! Gloria eterna,
Grande cual de tus hijos la pujanza;
Tu nombre siempre invocarán los pue-
[blos
Cuando por gloria y libertad comba-
[tan (1).
¡Descendientes del ínclito Leónidas,
Invocadle también! Griegos, ¡al arma!
Sacudid la molicie; los placeres
Abandonad, que enervan vuestras al-
[mas;
Ni perfuméis cual débiles mujeres
El nítido cabello con fragancias.
¡Ah!, no sin largo y duro sufrimiento
La independencia y libertad se ganan...
Si lanzamos, ¡oh Grecia!, al enemigo
Al duro suelo de la odiosa Francia,
Si la soberbia frente coronamos
De bien ganadas victoriosas palmas,
También tendieron muerte, horror y
[guerra
Su velo funeral por nuestra España;
También la Ibera juventud, al grito
De INDEPENDENCIA, LIBERTAD Y PA-
[TRIA,
Desnudo el pecho al enemigo acero,
La muerte en los combates arrostraba.
Tú, ¡oh Sol!, miraste de tu excelsa cum-
[bre
Con tristes ojos de mi patria amada
El largo padecer; viste sus tierras
Con huesos de sus hijos blanqueadas,
Abrasados sus campos, de sus ríos
Tintas de sangre las corrientes aguas.
Viste abatida el águila francesa
Del Ibero León entre las garras...,
Y también nuestra gloria, y escuchaste
Los que al cielo sublime se elevaban
Por todas partes en la madre Iberia
Himnos a Dios de gloria y alabanza.
Imita, ¡oh Grecia!, tan sublime ejem-
[plo.
Caiga deshecha al filo de tu espada
La soberbia del Turco; cual la aurora
De entre las pardas sombras se levanta,
Majestuosa y purísima, tu gloria,
Alcese, ¡oh Grecia!, así, ¡al arma, al
[arma!
¡Guerra al odioso usurpador!..., imita
El alto ejemplo que te dió mi Patria.

IV

Será más azul tu cielo,
Serán más bellas tus flores,
Será más fértil tu suelo,
Serán tus frutos mejores;
Tus selvas más olorosas,
Tus mujeres más hermosas
Que son ahora serán,
Cuando arrojes de tu seno
Armada de rayo y trueno
Al impuro musulmán.
Y acaso los que antes dieron
A la tierra absorta leyes;
Los que un tiempo heroicos fueron,
Sabios, guerreros y reyes
Otra vez el mundo vea;
Y otra vez tu nombre sea,
¡Oh Grecia!, asombro y terror
De los pueblos que hoy te miran,
Y mirándote suspiran
Y no alivian tu dolor.

V

La Europa contempla tus males y
[dice:
"Que sufra el Heleno su suerte infelice
"Pues no osa cobarde la espada blan-
[dir.

(1) En su última guerra, sitiado el ejército polaco en Varsovia, juró que haría de esta ciudad una segunda Zaragoza. ¿Por qué no cumplió su juramento? Tal vez ahora la Polonia sería libre...

"Indigna progenie de heroicos varo-
[nes,
"Que o venza del turco las fieras legio-
[nes
"O sepa a lo menos lidiando morir."

VI

Así los pueblos de Europa
Dicen mirándote, ¡oh Grecia!,
Y con semblante sereno
Tus infortunios contemplan.
En vano tu gloria antigua,
Tu nombre en vano celebran
Con melancólica lira
En sus cantos lo poetas.
En vano en tu ayuda, ¡oh patria
De las artes y las ciencias!,
Alegre armada volara
La juventud europea;
Que los monarcas del mundo
Su intrepidez encadenan,
Y en tanto... ¿qué les importa
Que todo un pueblo perezca?
Alzate, pues, lidia y vence;
Tu antiguo valor despliega,
Y tú misma, ¡oh Grecia hermosa!,
Recobra tu independencia.
Lidia sola, y no en tu ayuda
Llames armas extranjeras,
Que harán, en vez de aliviarte,
más pesadas tus cadenas.

Diciembre 1830."

238. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *A un niño*, I, 101-3.

"Duerme, ¡oh niño inocente!, reclinado..."

239. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *A una mujer*, I, 257-58.

"¡Oh!, si en tu pecho inocente..."

240. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Al público*, I, 228.

"...Y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede...
CERVANTES.

En la primera representación de la *Catherina di Guisa* se rió parte del público al presentarse en las tablas el Sr. Salas. ¿Por qué se rió? Unos dicen que porque su traje era muy *raro;* otros, que porque el Sr. Salas no es bastante alto (esto le oí decir a hombre que le llegaba a la cintura al susodicho cantor); cuál dijo que se reía porque las botas le llegaban al muslo; cuál, que porque llevaba una pluma en el casco, y los más, que porque veían reírse a los otros.

Preguntaré yo ahora al público (que se rió) si va a la ópera a oír música o a reírse; si va a lo segundo, me contentaré con hacerle observar que más se reiría en un sainete, y que la ópera seria no se hizo para reír; a lo que él me responderá que, pues no me pide consejos, excuso de dárselos, y tendrá razón; pero si me dice que va a oír música, le diré que falta a la verdad, porque si tal fuera su objeto, no se echaría a reír sin ton ni son, cubriendo con sus carcajadas intempestivas los acentos de la música.

El traje del Sr. Salas era de todo punto conforme a la verdad histórica; la figura de este joven actor no es, en verdad, para hacer reír a nadie, por mal educado que esté; no hablaré ahora de si canta bien o mal, porque la parte risueña del público no esperó a oírle cantar para saludarle con sus carcajadas. ¿De qué, pues, provino aquella risa estúpida? De lo que ha dicho con mucha razón un belicoso periódico de esta capital: de falta de buena crianza en una parte del público.

Es muy justo que éste dé señales de reprobación cuando hay motivo para ello; cuando las da sin este requisito, no hace más que ponerse en ridículo. Además, digámoslo de una vez: ¿tiene derecho el público de Madrid para exigir que le presenten en la escena cantores de todas tallas y medidas, bonitos y feos, gordos y flacos, para representar los diferentes personajes de las óperas? No lo exige el filarmónico de París, que paga 12 pesetas por su luneta, ¡y lo exigirá el de Madrid, que paga 4 y dos cuartos, y todavía lo encuentra caro! Lo que podemos y debemos exigir en Madrid es que los actores lo hagan bien y que se vistan como es debido; si cumplen estas dos condiciones, poco les debe importar que se rían de ellos las personas de-

masiadamente joviales y bulliciosas. Porque sucederá lo que sucedió en la primera representación de *Catherina di Guisa;* esto es, que algunos necios se reirán de ellos y que todos los demás, al verlo, se reirán también, no de los actores, sino de los necios."

241. O[CHOA]. E[UGENIO] DE, *Angelo*, II, 108.

242. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Bellas Artes*, II, 133.

243. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *"Blanca de Borbón", tragedia en cinco actos de don Antonio Gil y Zárate*, I, 300.

"Todos los periódicos han hablado de esta tragedia, elogiando sus bellezas y señalando sus defectos; el *Artista* llega ya muy tarde para decir nada nuevo. Pero, a lo menos, repetirá lo que en otra ocasión ha dicho: que la divergencia de opiniones en literatura es una prueba de la actividad intelectual de un pueblo. Con sólo decir que *Blanca de Borbón* es una tragedia clásica, habremos dicho que está escrita en un género que no nos gusta. Mas no por eso trataremos de ridiculizarla, aunque sea moda hacerlo así: el *Artista* no es un periódico de modas, sino de convicción.

El que algunos periodistas clasiquinos hayan inmolado a su injusta cólera el bello drama de *Alfredo* porque era romántico, no nos hará desdeñar el de *Blanca* porque es clásico. A pesar de serlo, tiene esta tragedia muchas bellezas, y el cielo sabe que hablamos con toda la sinceridad de nuestra alma, estamos persuadidos de que sería muy bueno si no fuera clásico. ¿Es posible que Aristóteles lleve la tiranía hasta el punto de hacer que se conspire contra D. Pedro de Castilla en su mismo palacio? ¿De hacer que se quebrante la verdad histórica hasta el punto de exigir que salga Doña Blanca del castillo inmediato a Medina, que hoy lleva su nombre, para hacerla morir en el palacio del rey? Seamos justos; si a ser consecuentes con el sano juicio y la verdad histórica se llama cometer monstruosidades románticas, mucho nos admira que un literato tan distinguido como el autor de *Doña Blanca* no prefiera las susodichas monstruosidades a la rigurosa observancia de los preceptos de Boileau.

Algunos han elogiado la elección del asunto; nosotros le creeríamos muy bueno, por ser nacional, si no fuera porque en él es menester presentar a D. Pedro, y porque esto ya lo hizo Moreto *bastante bien*, aunque en un drama romántico. Era aquí indispensable la lucha entre el poeta antiguo y el moderno, y es menester confesar que ésta no ha sido favorable a este último.

Tributaremos los mayores elogios, si bien algo tardíos, al Sr. Gil, por haber arrostrado los peligros a que exponían el éxito de su tragedia las diferentes exigencias del público; aunque éste no esté por uno ni por otro género de los que se disputan la palma en el día, por razones que cualquiera conoce, es seguro que se necesita más resolución para dar a la escena una obra *clásica* que una obra *romántica;* la segunda ofrece, con sus cambios de decoraciones y de metros, muchos más recursos que la primera, para entretener la atención de un público tan ilustrado como el que todas las noches ocupa las lunetas de nuestros teatros."

244. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Calderón*, I, 49-52.

"Aparecen sobre la tierra, en alguno que otro siglo privilegiado, ciertos hombres extraordinarios de quienes nada puede decirse, porque nadie es capaz de comprenderlos; porque son tan superiores a todos los demás humanos, que no parece sino que pertenecen a una especie diferente; porque su naturaleza es incomprensible para nosotros como la de Dios. Y por eso nos inspiran una veneración religiosa, como todo lo que excede a nuestra inteligencia; de modo que no nos atrevemos ni debemos atrevernos a juzgarlos, porque, en efecto, ¿quién es capaz de sentir lo que ellos sintieron? ¿Quién

es capaz de penetrar los misterios de aquellas almas sublimes? El mundo que ellos habitaban, no es el que habitamos nosotros; veían ellos en el orden moral de las cosas ciertas relaciones ocultas que no se le alcanzan a la medianía, y por eso ésta muchas veces se imagina que aquellos hombres deliran cuando cuentan lo que ven... ¡Error!, también los sordos se burlan del prestigio de la armonía.

Los grandes hombres, sin embargo, pasan sobre la tierra dejando un surco luminoso en la noche de los tiempos y dando al mundo por herencia sus obras inmortales, mineros inagotables de deleite. Tal vez desencadenadas contra ellos la envidia y la medianía, les siembran de espinas el sendero de la vida. ¡Oh!, pocos espectáculos más tristes presenta la historia de la humanidad, que el de tantos hombres eminentes, cuya existencia no ha sido más que un tejido de amarguras! Unos murieron proscritos en lejanos climas; otros arrastraron en su ingrata patria una existencia pasada entre las lágrimas y la miseria...

Pero no sucedió así con nuestro poeta Calderón; su vida fué apacible y serena como un hermoso día de primavera, sin que tan sólo una vez le fuese inconstante la fortuna. El día de la circuncisión del Señor, en el año de 1601, le vió Madrid nacer en su seno; trece años después empezó a aplaudirle en los teatros toda la nación española, y por espacio de sesenta y ocho años escuchó Calderón estos merecidos aplausos, hasta que, cubierto de canas y de laureles, murió en su patria a los 81 de su edad.

A esto puede reducirse la vida de Calderón; si añadimos que a los 24 años pasó a reunirse al ejército de Milán y allí al de Flandes, donde sirvió al rey y a la patria por espacio de doce años, poco más o menos, en el glorioso ejércicio de las armas; que luego volvió a España y escribió 320 dramas entre comedias, sainetes y autos sacramentales, y un poema titulado los Cuatro Novísimos y otras muchas cosas más; que todas sus obras son admirables; que su padre se llamó D. Diego Calderón de la Barca Barreda, y D.ª Ana María de Henao y Riaño su madre; que tomó las órdenes eclesiásticas a los 50 años y que era amabilísimo en su trato, alto de cuerpo y muy amigo de sus amigos, habremos dicho todo lo que hay que decir acerca de D. Pedro Calderón de la Barca, para los que no ven en un hombre más que aquello que le es común con todos los demás humanos. No omitiremos, sin embargo, la interesante noticia que refiere el biógrafo Villarroel, quien asegura que antes de nacer lloró Calderón tres veces en el vientre de su madre, "cuya ponderable noticia, dice, me participó la Sra. D.ª Dorotea Calderón de la Barca, hermana suya y ejemplarísima religiosa en el real convento de Santa Clara, de Toledo; asegurando que les oyó decir a sus padres muchas veces cómo tres veces había llorado antes de nacer".

Fallidos salieron, sin embargo, estos anuncios de que sería poeta elegíaco quien tan llorón se anunciaba al mundo, pues no ha llegado a nuestra noticia que compusiese Calderón elegía ninguna, ni creemos que la haya compuesto. Todos convienen en que este hombre extraordinario es el primer poeta dramático que ha producido nuestra patria; y decimos todos, porque aunque no ha faltado quien le niegue este merecido título, puede asegurarse sin rebozo que ha sido por candor, y no en manera alguna por malicia. Inútil sería tratar de probar esta verdad, pues cualquiera que lea las comedias de Calderón, podrá convencerse por sí mismo de que nunca el ingenio de un solo hombre ha creado tantas situaciones originales, tantos y tan varios y tan admirables caracteres, tantos lances, tantas intrigas, que parecería imposible perteneciesen a un hombre solo, a no ser porque sólo el autor de cada una de ellas puede haber compuesto las otras.

Algunos han dicho que todo el mérito de Calderón consiste en el enredo y en los lances y en nada más; porque para ellos, en efecto, no hay más en un drama de Calderón que los lances de las tapadas y los desafíos de sus amantes, del mismo modo que en un hermoso cuadro de Velázquez no ven más que el materialismo de los colores y la gala del marco. También hay

quien dice que todos sus galanes son uno mismo; pero esto prueba que no han leído a Calderón, porque aunque es muy cierto que puede haber personas que no penetren la profundidad de sus pensamientos, ni sientan la magia de su lenguaje, es imposible que haya quien confunda el Hércules de *Fieras afemina Amor*, con el D. Félix de *Casa con dos puertas es mala de guardar*. Cuando Calderón pintaba personajes de su tiempo, los copiaba de la naturaleza que tenía delante, y por eso entonces todos sus galanes eran valientes, amantes y generosos; hablaban un lenguaje alambicado, porque así se hablaba entonces, y eran celosos y andaban a cuchilladas a cada momento porque eran españoles de aquellos tiempos. Pero ¡cuánto se diferencian estos galanes de los gigantescos caracteres que presenta en sus dramas históricos! Véase el Coriolano de las *Armas de la Hermosura*, el *Tetrarca de Jerusalén* y el Cosdroas de *Duelos de amor y lealtad*...

Véase si ninguno de estos personajes habla en lenguaje culterano; si ninguno de ellos se parece a los de las comedias de capa y espada.

Pero si son tan admirables sus comedias que es imposible leer las dos primeras escenas de cualquiera de ellas sin llegar de seguido hasta el fin, ¿qué diremos de sus autos sacramentales, cuyo interés es, por lo menos, tan sostenido como el de aquéllas, a pesar de que todos los personajes que los componen son ideales o simples abstracciones de nuestro entendimiento, como la Muerte, la Gracia y el Demonio? Estos son, indudablemente, el más sublime monumento de la gloria de Calderón; en éstos es en los que con más prodigalidad derramó el tesoro de su poesía. ¡Qué mucho que estuviera entonces tan arraigado en todas las almas españolas el sentimiento religioso, si tenía tan sublimes apóstoles el cristianismo! Era costumbre antiguamente que se celebraran en todas las grandes festividades de los pueblos estas místicas representaciones, que si bien tenían el inconveniente a veces de profanar los misterios de nuestra religión con necias interpretaciones, elevaban el alma a la más ferviente devoción cuando se empleaba en ellas un lenguaje y un aparato dignos de tan venerables festejos. Por más de treinta y siete años estuvo Calderón proveyendo de autos sacramentales a las ciudades de Madrid, Toledo, Sevilla y Granada, y en ninguno de ellos se quedó el autor inferior a sí mismo. Otras muchas obras escribió nuestro poeta, de que desgraciadamente nos hallamos desposeídos, gracias a la desidia de sus contemporáneos; pues consta por su biografía, escrita por D. Juan de Vera, Tarsis y Villarroel, que en el año de 1649 le mandó S. M. por *Real decreto* que trazase y describiese *aquellos célebres arcos triunfales para la feliz entrada de Doña María Ana de Austria*, reina madre de Carlos II; que compuso un dilatado discurso en octavas sobre los cuatro novísimos; un tratado defendiendo la nobleza de la pintura y otro en defensa de la comedia, sin contar otros muchos sonetos, canciones y romances, que fueron admiración de su tiempo, como, sin duda, lo hubieran sido del nuestro. Acaso estos preciosos manuscritos, a los cuales deben añadirse trece comedias (1), entre las cuales se encuentra la primera que compuso, a los 13 años, con el título del *Carro del Cielo, San Elías*, se encuentren cubiertos de polvo y raídos por los ratones en alguna de las inmensas bibliotecas de nuestros Grandes.

No dejaría, por cierto, de ser muy curioso el oír a Calderón probar la excelencia de la pintura, separándose de los ridículos bandos suscitados por la medianía para introducir un cisma entre los artistas de diferentes ramos, sobre si hay entre las bellas artes algunas que sean superiores a las otras. ¡Cuánta pobreza de espíritu revelan estas cuestiones! Pero aunque es verdad que son enteramente inútiles, tienen, sin embargo, la ventaja de probar que carece de entendimiento el que las suscita, el que las ventila y, más que todos, el que las prueba.

También es pérdida muy lastimosa la del tratado sobre la comedia que escribió Calderón, porque, sin duda,

(1) Una de ellas, el *Acaso y el Error*, cuyo asunto es el mismo que el de *La Señora y la Criada*, se halla manuscrita en poder de D. A. Durán.

se hallarían en él grandes y luminosas ideas, que nunca se le han alcanzado ni podido alcanzársele a quien no haya ejercitado por muchos años este dificilísimo arte. Si nuestro Inarco Celenio hubiera escrito algunos preceptos sobre la comedia, tendrían estos preceptos mucha autoridad para los poetas, como la tienen para los pintores los de Leonardo de Vinci y los de Alberto Durero; pero mientras no nos presenten más códigos que los de este o el otro naturalista, tendrán los hombres derecho para desdeñarlos o para no seguirlos, a lo menos. Es muy probable que no sería muy riguroso nuestro divino madrileño acerca del número de horas que debe durar una acción dramática; es muy probable también que no miraría como un delito de leso-Apolo el que se mudara el sitio de la escena siempre y cuando lo exigiesen la ilusión y el sano juicio; es también de sospechar que daría muy poca importancia a los terminachos de *anagnorisis, epitasis* o *catástasis,* y otros muchos cuyo único mérito consiste en no ser castellanos. Y mientras no nos demuestren, por consiguiente, que Calderón, Moreto y Shakespeare escribían contra sus opiniones, confesamos humildemente que tiene más autoridad para nosotros el ejemplo de estos grandes hombres que los reglamentos de Aristóteles, a pesar de estar escritos en griego; por la misma razón que preferimos los cuadros de Murillo a los preceptos de Palomino, y las poesías de Herrera a la poética de M. Boileau.

Es cosa muy singular en los *graciosos* de Calderón que todos tienen una idea fija que nunca los abandona; y son tantas las vueltas que le dan y tanto lo que la exprimen, que llegan, por fin, a dejarla seca como esparto; pues no hay ocurrencia graciosa, relativa a aquella idea, que no les venga como llovida del cielo. Son muy de notar en este punto aquello del trecemesino en *Dar tiempo al tiempo* y lo del Catecúmeno en el *Josef de las mujeres,* donde se encuentra, por más señas, una Eugenia muy poco parecida, en verdad, a las otras damas de Calderón. En la primera de estas dos comedias, sobre todo, es donde no hay quijadas que basten para tanto reír: porque aquel Chacón tan bachiller y tan bellaco no despliega nunca los labios que no sea para decir un chiste o para contar un cuento.

Por no alargar demasiado este artículo, dejaremos de citar ejemplos que bastarían para probar cuán grande es Calderón como poeta trágico, cuán admirable como poeta lírico. Este hombre es el Miguel Angel de la literatura y no podemos encarecerlo más.

¡Y una nación que posee entre sus poetas nacionales al autor de *Las Armas de la hermosura,* de *Las tres justicias en una,* del *Pintor de su deshonra,* va a estudiar en Racine y en Corneille los secretos del arte trágico!... Y la ciudad que ha tenido la gloria de producir a este grande hombre, no le ha erigido ni tan siquiera una estatua!...

Voltaire ha dicho que Calderón era un *ignorante,* que no *sabía historia...* Pues bien, aun cuando lo dijeran todos los franceses habidos y por haber, no por eso dejará de ser el Coriolano de Calderón hijo más legítimo de Rómulo que el Británico de Racine, ni dejará tampoco de ser un francés del tiempo de Luis XIV el *Turco Bayaceto,* así como es un verdadero árabe injerto en andaluz el *Tuzani* de *Amar después de la muerte.* Si no hubiera dado la fatalidad de perderse entre otros dramas de Calderón el del *Sacrificio de Ifigenia,* podríamos hacer un paralelo más inmediato entre nuestro poeta y el trágico francés; pero se puede asegurar, con seguridad de no perder, que serían algo más griegos que los de este último los personajes de Calderón.

Muy general es entre los hombres no ver más que la superficie de las cosas; pero más general es todavía olvidar las bellezas de una composición para no tener presentes más que los defectos. Estos críticos se parecen no poco a ciertos animales proscritos por la ley de Mahoma, para quienes tiene un atractivo inefable todo objeto nauseabundo. Sucede, además, que no a todos es dado comprender las bellezas de una composición, al paso que los defectos, sobre todo en literatura, es-

tán al alcance aun de las personas menos sensatas. Nadie deja de convenir en que Calderón tiene defectos, y muy notables; pero ¡cuántos pasan por tales a los ojos del vulgo que son, no defectos, sino bellezas de primer orden! ¡Cuántas veces, bajo una forma al parecer disparatada, envuelve Calderón un pensamiento sublime! Y muchos, sin embargo, no ven más que la forma y no penetran el pensamiento, porque aquélla se adapta a sus cortos alcances y éste es superior a su inteligencia.

Esto sucede con la conocidísima comedia de la *Vida es sueño* y con otras muchas. Pasa este drama, a los ojos de algunos, por una farsa vulgar, y es, sin embargo, una de las más grandiosas y originales creaciones que se han presentado nunca en el teatro. Aquel personaje de Segismundo, tan enérgico y admirable, que hallándose en situaciones tan encontradas, llega a dudar si sueña o está despierto! ¡Aquella escena en el palacio de su padre!... Aquella en que declara su amor, hijo legítimo de la naturaleza, a la hermosa Estrella; aquella en que, después de haber arrojado al mar a su criado principal porque le dijo que era imposible hacerlo con hombres como él, sale diciendo:

> Cayó del balcón al mar....
> ¡Vive Dios que pudo ser!...

Estos son los rasgos que revelan un genio creador; éstos son los que inmortalizan a un hombre, y no la observancia de las reglas.

Dicen, no obstante, los clasiquistas que es muy fácil hacer comedias sin reglas, porque cuando ¡no hay ninguna traba!... ¡Conque es muy fácil hacer comedias como las de Calderón! Pues háganlas y se lo agradeceremos mucho, y no los llamaremos autores narcóticosoporíferos como los llamamos. Porque han de tener sabido que lo que nos disgusta en sus producciones no es el ver observados unos preceptos que pueden ser buenos o malos, sino el ver que carecen de toda centella de genio, que quieren reparar esta falta irreparable con el prestigio de las reglas; pudiendo aplicárseles lo que decía Apeles a un mal artista que había pintado una Venus cubierta de joyas: "No has sabido hacerla hermosa, pero la has hecho rica."

Si alguna vez el lector, en sus paseos por las calles de Madrid, pasase por la calle Mayor, hacia donde cae la casa de la villa, y no tuviere cosa mejor que hacer, entre en la iglesia de San Salvador, tan pobre y tan oscura; mire la pared que está enfrente del altar mayor, a la derecha de la puerta principal; en ella encontrará una lápida negra con letras amarillas, por donde vendrá en conocimiento de que "La venerable congregación", etc., etc.

Es de suponer que esto le interesará muy poco, y se lo perdonamos sin dificultad; pero no se desmaye y pase adelante, alce la vista un poco más, y entonces verá otra piedra sepulcral donde leerá un largo epitafio...

Y aquel retrato que está encima de la losa, tan negro y tan mugriente, pintado Dios sabe por quién, que más parece arrinconado que expuesto en aquel sitio, como si tuviera vergüenza de presentarse a los ojos de todos los españoles y extranjeros que vienen a adorarle como a una santa imagen; aquel retrato, sin buen marco que lo engalane, sin luz que lo alumbre, sin mérito que lo abone, es el retrato de

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA."

245. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Colección de retratos de los Reyes Católicos*, I, 288.

246. O[CHOA], E[UGENIO] DE, [*Comentarios a la acusación lanzada por "El Eco del Comercio" de no ser original su drama "Incertidumbre y Amor"*], I, 287-88.

Inserta una carta de Antonio de Gil [y Zárate], que rectifica sus afirmaciones en tal sentido y elogia a Ochoa.

247. OCHOA, EUGENIO DE, *Contestación*, I, 141-42.

Al Comunicado de F. H. C., cuyas impugnaciones provienen, en su ma-

yoría, de una mala inteligencia del sentido de las palabras.

248. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *De la crítica en los salones*, II, 6-7.

249. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *De la Rutina*, I, 123-24.

250. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Don Alonso de Ercilla*, I, 298-99.

251. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Don José Alvarez*, I, 121-23.

252. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Don Juan de Villanueva*, I, 135.

253. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *El Castillo del Espectro*, I, 16-19.

254. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *El Misántropo*, I, 29-30.

"La luna entre pardas nubes..."

255. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *El Monasterio*, II, 20-22.

"Brilla la luna serena..."

256. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *El Pescador*, I, 5-6.

"Al rayo de la luna..."

257. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *El Poeta*, I, 160-61.

"Yo vi la azucena brillar en abril..."

258. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *El Suspiro de amor*, II, 78-79.

"Era la noche; debajo..."

259. O[CHOA]. E[UGENIO] DE, *Estatua de Miguel de Cervantes Saavedra*, I, 205-6.

260. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Galería de Ingenios Contemporáneos. Don Manuel José Quintana*, II, 37-38.

261. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Galería de Ingenios Contemporáneos. Don Alberto Lista*, II, 301-4.

262. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Galería de Ingenios Contemporáneos. Don Angel de Saavedra, Duque de Rivas*, I, 175-177.

263. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Galería de Ingenios Contemporáneos. Don Antonio García Gutiérrez*, III, 121-23.

264. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Galería de Ingenios Contemporáneos. Don Custodio Teodoro Moreno*, III, 151-53.

265. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Galería de Ingenios Contemporáneos, Don Esteban de Agreda*, III, 143-44.

266. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Galería de Ingenios Contemporáneos. Don Francisco Martínez de la Rosa*, I, 157-59.

267. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Galería de Ingenios Contemporáneos. Don Juan Miguel de Inclán*, III, 148-49.

268. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Galería de Ingenios Contemporáneos. Don Manuel Bretón de los Herreros*, II, 1-4.

269. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Galería de Ingenios Contemporáneos. Don Ramón Carnicer*, III, 145-46.

270. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Galería de Ingenios Contemporáneos. Don Telesforo de Trueba Cosío*, I, 254-56.

271. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Galería topográfica pintoresca*, II, 179-80.

272. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Introducción*, I, 1-2.

Las iniciales del nombre del autor figuran solamente en el Indice del tomo.

"Extraño parecerá a algunos que en una época como la presente, mientras resuena por todas partes el estruendo de las armas y están todos los ánimos ocupados en especulaciones políticas, haya quien crea atraer la atención del público hablando, no de intereses materiales, ni de guerras, ni de protocolos, sino de bellas artes, de artistas contemporáneos y de grandes hombres sepultados entre el polvo de las tumbas. Indudable nos parece que la sociedad se halla en una época de movimiento y de transición; que a las antiguas creencias, prontas ya a eclipsarse para siempre, van sucediendo nuevas creencias, menos sólidas acaso, menos duraderas que las pasadas; *sabemos que las revoluciones van extendiendo lentamente por todos los imperios sus galerías subterráneas, ramificaciones de la gran revolución central, cuyo foco es la capital de la Francia;* pero creemos también que no es dado a los hombres ni a las circunstancias desterrar del mundo la poesía, y que si ésta a veces desaparece aparentemente de la faz de la tierra, es porque va a refugiarse en el fondo de algunos corazones sensibles y generosos, como en los antiguos tiempos de turbulencias se refugiaba la religion en las cavernas y monasterios solitarios.

Sí; todavía hay en nuestra desencantada sociedad moderna algunas almas privilegiadas que creen en las bellas artes porque son capaces de sentirlas; aún hay personas que, sin desdeñar lo *positivo*, aprecian *lo ideal* y saben que el hombre no es un *materialismo mecánico*, sino una creación sublime, una emanación de la divinidad... Pues bien, con estas personas habla el ARTISTA; a ellas solas dirige sus acentos, porque ellas serán las únicas que le comprendan, las únicas que simpaticen con él, como dos hijos de una misma patria que reúne la suerte en una nación extranjera.

Y no se crea que, conformándonos con la opinión de algunas gentes, convenimos en la *decadencia de las bellas artes*, en que es *esencialmente antipoético el siglo XIX*, porque es un siglo de movimiento, de especulaciones, y aun no ha faltado quien diga de *vapor;* antes bien, estamos persuadidos, y la experiencia confirma nuestra persuasión, de que vivimos en una de aquellas grandes épocas, favorables al desarrollo de la inteligencia humana, en que, como en el siglo XVI, la fuerza de las circunstancias hará brotar de entre el desorden universal, en todos los puntos de la antigua Europa, ingenios vastísimos, almas sublimes y enérgicas como las de Calderón, Shakespeare, Miguel Angel y Rafael. Acaso en medio de nuestras discordias políticas se levante un Milton; acaso cante nuestras guerras civiles una voz como la de Dante. Téngase presente que ya grandes ingenios han inmortalizado el siglo en que vivimos, y que esta época, al parecer de algunos, tan desnuda de poesía, será para nuestros descendientes lo que es el siglo XVI para nosotros. En este siglo ha cantado el poeta Byron las tempestades del alma. Este siglo ha poseído en el pintor Laurence un rival de los Ticianos y los VanDyck; en los escultores Alvarez, Torwaldsen y Canova, tres prodigios de la escultura; y en este siglo, en fin, ha descendido al sepulcro en Santa Elena el gigante Napoleón...

Todas las naciones de Europa poseen en el día hombres eminentes, que

la posteridad, ¡juez inflexible!, colocará, andando los tiempos, en el alto rango que se merecen. Las almas de Arquímedes y de Euclides saludarán con el nombre de hermanas a las de Arago, Bercelio, Thenard, Biot y Gay Lussac; los poetas Tomás Moore, Beranger, Lamartine, Víctor Hugo y Chateaubriand harán eterna la memoria del siglo en que vivieron. Beethoven y Mozart sonríen allá en la gloria escuchando la divina música de Rossini y de Meyerbeer, y aun vibran en Escocia las cuerdas de una mágica lira, húmedas todavía con los últimos suspiros de Walter-Scott.

En las tribunas parlamentarias de Francia y de Inglaterra resuenan continuamente discursos dignos de Demóstenes y de Cicerón; las ciencias y las artes caminan con paso lento, pero seguro, en todas las naciones de Europa; todas poseen hombres eminentes; todas procuran anteponerse a sus rivales... ¿y nuestra hermosa patria sería la única que permaneciese estacionaria en medio del movimiento universal? No; los que esto se imaginan no ven más que la superficie de las cosas. En el suelo privilegiado de nuestra España prenderán mejor que en otro alguno las semillas del saber y de la civilización, cuando todos los españoles, unidos con sagrados vínculos de amor y fraternidad, olviden sus discordias civiles, desplieguen las brillantes prendas de que fué naturaleza tan pródiga con ellos, y se esfuercen, por fin, en mostrarse dignos de la sublime historia de sus antepasados."

273. O[CHOA], E[UGENIO DE], *Juan de Herrera*, I, 31-32.

274. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Julia*, II, 16-20.

275. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *La Americana*, II, 286-87.

"Huyamos, ¡oh amado!..."

276. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *La Flor*, I, 258-59.

277. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *La Lengua castellana*, II, 52-53 y 77-78.

278. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *La muerte del abad*, II, 31-32.

"Melancólicos, lúgubres sonidos..."

279. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *La vuelta del Cid*, II, 99-100.

"Deja la playa agarena..."

280. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Leónidas. Soneto*, III, 36.

"No el gran Leónidas se presenta en [vano
Víctima de su patria, en la pelea;
No en vano heroico devastar desea
Las magníficas tiendas del tirano;
Porque muere el sublime ciudadano,
Y al ver su sangre que vertida humea,
Vuela armado a los campos de Platea,
Seguro de vencer, el Espartano.
Y vence... ¡A Esparta y a sus hijos [gloria!...
¡Gloria eterna y laureles!... Y vergüen- [za
Y odio eterno a la infame tiranía!
Nunca, ¡oh Grecia!, te enerve la vic- [toria,
¡Y no temas que un déspota te venza
Mientras conserves tu virtud natía!"

281. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Literatura*, I, 86-90.

Diferencias existentes entre el Clasicismo y el Romanticismo.

282. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Lope de Vega*, II, 160-63.

"Si la vida de este hombre *inverosímil* no fuese tan conocida por cuantos saben leer en España y fuera de ella, temeríamos, en verdad, que se me acusase de escribir patrañas y andaluzadas, al publicar estos ligeros apuntes sobre su vida. ¿A quién, por ejemplo, se le hace creer que un hombre solo ha escrito 1.800 comedias, 400 autos sacramentales, millares de composiciones sueltas, entre sonetos, églogas,

epístolas, novelas, poemas, villancicos, etc., etc., etc., etc.? ¿Quién tiene tragaderas bastante anchas para creerlo, a menos de verlo con sus ojos y palparlo con sus manos? Con sus ojos y con sus manos, porque en sucesos tan extraordinarios, tan fuera de lo posible, por decirlo así, no hay testimonio, por grave y venerando que sea, que pueda con justicia aspirar a ser creído; cada cual tiene derecho para no fiarse ni aun de su padre. Si una fatal casualidad hubiese destruído las obras de este *monstruo de la naturaleza*, como le llamaba Cervantes, ¡oh y cuál estaríamos todos de acuerdo en llamar a boca llena embusteros y chuscos a los respetables escritores que nos han transmitido con tanta verdad y conciencia la vida y hechos de Frey Lope Félix de Vega Carpio! Y, sin embargo, aquellos escritores decían la verdad y nada más que la verdad: el que lo dude, acérquese a consultar los 21 tomos en cuarto de sus obras, impresas en casa de Sancha (1779), e ítem más los 25 volúmenes de sus comedias (sin contar las que no están en esta colección), lo que hace en todo 46 cuerpos de obra, con lo que tendrá para entretenerse un buen ratillo. Pero ¿cómo pueden hacerse esos prodigios?, preguntarán algunos; y el mismo Lope de Vega les dará la respuesta en lo que dijo de sí mismo, *que salía toda su vida a cinco pliegos cada día*, que, multiplicados por los días de que aquélla se compuso, resultan 133.225 pliegos en 73 años, sin contar los bisiestos, que en ese término hubieron de ser 11 por la parte más corta, de donde se infiere que habremos de añadir a nuestra cuenta 55 pliegos como un ochavo.

En otra parte dice Lope, hablando de sus dramas:

> Y más de *ciento* en horas veinticuatro
> Pasaron de las musas al teatro.

¿Qué tal?; no es nada la friolera.

Ya que tantas mejor tajadas péñolas que la mía han escrito largamente acerca de la influencia de este grande hombre sobre nuestra literatura y analizado una a una con suma erudición todas sus obras, me limitaré por ahora a hablar lisa y llanamente de la *vida y milagros* de Lope de Vega, que no son, por cierto, ni éstos menos increíbles ni aquélla menos estupenda, que los de algunos santos y santas de los tiempos antiguos. Y en punto a milagros, vaya el siguiente (bien merece el nombre de tal), que refiere en su estilo prolijo y candoroso el doctor Juan Pérez de Montalván, aquel de quien dijeron malas lenguas:

> El *doctor* tú te le pones,
> El *Montalván* no le tienes,
> Conque quitándote el *don*,
> Vienes a quedar *Juan Pérez*.

Dice así:

"Hallóse en Madrid Roque de Figueroa, autor de comedias, tan falto de ellas, que estaba el corral (teatro) de la Cruz cerrado, siendo por Carnestolendas, y fué tanta su diligencia, que Lope y yo nos juntamos para escribirle a toda prisa una que fué la *Tercera Orden de San Francisco*, en que Arias representó la figura del Santo con la mayor verdad que jamás se ha visto. Cupo a Lope la primera jornada y a mí la segunda, que escribimos en dos días, y repartióse la tercera a ocho hojas cada uno, y por hacer mal tiempo me quedé aquella noche en su casa. Viendo, pues, que yo no podía igualarle en el acierto, quise intentarlo en la diligencia, y por conseguirlo me levanté a las dos de la mañana, y a las once acabé mi parte; salí a buscarle, y halléle en el jardín muy divertido con un naranjo que se helaba; y preguntado cómo le había ido de versos, me respondió: *A las cinco empecé a escribir, pero ya habrá una hora que acabé la jornada; almorcé un torrezno, escribí una carta de 50 tercetos y regué todo este jardín, que no me ha cansado poco.* Y sacando los papeles, me leyó las ocho hojas y los tercetos, cosa que me admirara, si no conociera su abundantísimo natural y el imperio que tenía en los consonantes."

Fué tal la fama que alcanzó Lope de Vega durante su vida, que bien puede decirse que ningún otro mortal, de rey abajo, la obtuvo jamás antes de morir. Poco después de la muerte de este ingenio admirable, escribía el autor ya citado: "No hay villa, ciudad, provincia, señorío o reino que no haya

solicitado su correspondencia. No hay casa de hombre curioso que no tenga su retrato, o ya en papel, o ya en lámina, o ya en lienzo. Vinieron muchos desde sus tierras sólo a desengañarse de que era hombre. Enseñábanle en Madrid a los forasteros como en otras partes un templo, un palacio y un edificio. Ibanse los hombres tras él cuando le topaban en la calle, y echábanle bendiciones las mujeres cuando le veían desde las ventanas. Hiciéronle costosos presentes personas que sólo le conocían por el nombre. Escribiéronle varios elogios en su alabanza muchos varones graves sin haberle visto, y laureáronle en Roma por solo, por único, por raro y por eminentísimo, sin haber día ni hora que no tuviese ocasión alguna para su desvanecimiento, a no ser tan humilde como prudente y tan desconfiado como modesto." El papa Urbano VIII le escribió una carta de su puño enviándole el hábito de San Juan, con título de doctor en Teología. Fué el poeta más rico de su tiempo, pues sólo sus comedias, contadas a 500 reales, le produjeron 80.000 ducados, y 6.000 sus autos sacramentales; con las impresiones de éstos y aquéllas ganó 1.600 (1). Tenía, además, una pensión en Galicia, una capellanía en Avila; y en punto a regalos y mercedes particulares, él mismo aseguraba haber recibido sólo de su amigo y Mecenas el Duque de Sessa *veinte y cuatro mil ducados en dinero*. Pero era nuestro poeta tan despilfarrado, tan amigo de tratarse bien y de obsequiar a sus allegados, y de gastar en comprar pinturas y libros, y en hacer limosnas, que a su muerte apenas vino a dejar 6.000 ducados en casa y muebles.

Nació este (2) *portento del orbe, gloria de la nación, lustre de la patria, oráculo de la lengua, centro de la fama, asunto de la envidia, cuidado de la fortuna, fénix de los siglos, príncipe de los versos, Orfeo de las ciencias, Apolo de las musas, Horacio de los poetas, Virgilio de los épicos, Homero de los heroicos, Píndaro de los líricos, Sófocles de los clásicos y Terencio de los cómicos; único entre los mayores, mayor entre los grandes, y grande a todas luces y en todas materias;* nació, repito, en esta villa de Madrid, en casas de Jerónimo de Soto, en la puerta de Guadalajara (1), a 25 de noviembre del año 1562, y se bautizó en la parroquia de San Miguel en 6 de diciembre siguiente. Fueron sus padres Félix de Vega y Francisca Fernández, él *hidalgo de ejecutoria*, y ambos vecinos de Madrid y de conocida nobleza en esta corte. Siendo aún muy niño, libre ya del miedo de su padre, que ya había muerto, se escapó de su casa con un su amigo llamado Hernando Muñoz, y juntos concertaron de irse a ver mundo, para lo cual cada uno previno lo necesario. Fuéronse a pie a Segovia, donde compraron un rocín en quince ducados, *que entonces no sería malo por el valor que tenía el dinero*. Recorrieron alegremente algunos pueblos y pasaron, al fin, a La Bañeza y de allí a Astorga, resueltos a volver a sus casas paternas llenos de arrepentimiento y contrición, como lo ejecutaron en compañía de un alguacil, después de haberse visto en grave peligro de albergarse por cuenta del Rey en la cárcel de Segovia. Es el caso que, habiéndose acabado el dinero suelto que llevaban, en esta ciudad tuvieron que acudir a casa de un platero a cambiar unos doblones y vender una cadena, que sin duda hubieron de hurtar a sus padres para llevar a cabo su travesura; tomóles el platero ni más ni menos que por ladrones, y dió con ellos y con los doblones y la cadena en casa de un juez, que, vista la mocedad de los culpables y enterado del asunto, los restituyó, humano y caritativo, acompañados de un ministril, al seno de sus familias. Tal fué el éxito de la *primera salida* de nuestro poeta madrileño.

Siguió Lope durante cuatro años los cursos de Filosofía en la universidad

(1) Hemos creído deber dar estos prolijos detalles, porque, además del interés que a nuestro parecer ha de inspirar todo lo que hace relación a este grande ingenio, contribuyen a hacernos formar una idea exacta del aprecio que entonces se hacía en España de la literatura y de los literatos.

(2) Montalván, *Fama póstuma a la vida y muerte de Lope de Vega.*

(1) Se hallaba entonces donde ahora están los portales del mismo nombre.

de Alcalá, y casó poco después con D.ª Isabel de Urbina, hija de D. Diego de Urbina, Rey de Armas; por aquella época tuvo un desafío, de que salió muy airoso, con cuyo motivo huyó a Valencia, de donde volvió en breve a Madrid para recibir el último suspiro de su esposa querida. Fué tanto lo que le afligió este suceso, que, aprovechando la ocasión que se le presentaba en la expedición contra Inglaterra de morir gloriosamente, se embarcó en Lisboa con un hermano suyo alférez, que casi a la vista del puerto expiró al golpe matador de una bala holandesa, en los brazos de nuestro Lope; éste volvió a Madrid entre los restos miserables de la *Invencible*.

Al cabo de algún tiempo casó de segundas nupcias con D.ª Juana de Guardio, madrileña, de quien tuvo dos hijos: Carlos, que murió a los seis años, y Feliciana, que casó con Luis de Usategui. Viudo por segunda vez, solicitó el hábito de la sagrada orden Tercera, entró en la congregación del Caballero de Gracia, fué promotor fiscal de la veneranda cámara apostólica, notario escrito en el archivo romano; y desde aquella época, salvo alguno que otro hijo natural que tuvo, dióse a vivir con toda santidad y edificación. En este estado le sorprendió la muerte en 17 de agosto de 1635, en su casa propia, que estaba en la calle de Francos (ahora calle de Cervantes), y se dice ser aquella que a la mano izquierda, entrando desde la del León y pasando la del Niño, se distingue con el número 11, y tenía sobre el dintel de la puerta esta pequeña inscripción, que ha desaparecido con la reforma de la casa:

D. O. M.
Parva propia magna
Magna aliena parva.

Verificóse su entierro con tal pompa y suntuosidad, que viéndole pasar una discreta dama desde su balcón, dijo, no pudiendo encarecerlo más: "Sin duda, este entierro es de Lope, pues es tan bueno." Era el concurso tan numeroso, que había empezado ya a entrar el acompañamiento en San Sebastián y no había salido el cuerpo aún de la casa; no obstante que la carrera fué por la calle de Francos, la de San Agustín, que hace frente a las vistas del convento de Trinitarias Descalzas (por donde pasó para que le viese su hija Marcela, monja en dicha casa), la de Cantarranas, la del León, plazuela de Antón Martín y calle de Atocha. Celebráronse sus exequias con toda solemnidad, y es fama que al quitar el cuerpo del túmulo para llevarlo a la bóveda, prorrumpieron todos los presentes en dolorosos gemidos. Vació su cabeza, en cera, el escultor Antonio de Herrera, y salieron todos del templo *llorando la soledad que les hacía Lope, como quien echa menos una joya que le han hurtado*. Depositóse su cuerpo en el segundo nicho de la Orden Tercera.

Fué Lope de Vega "hombre de mucha salud, porque fué muy templado en los humores, muy suelto en los miembros, muy ágil en las fuerzas, muy proporcionado en las facciones y muy ligero de pies y manos; y así estaba bueno siempre, porque andaba mucho sin cansarse, y es el ejercicio el más útil remedio de la naturaleza. Era discreto en las conversaciones, modesto en las visitas, atento en los actos públicos, importuno en los negocios ajenos, descuidado en los suyos propios, apacible con su familia, juglar con los amigos, mesurado con los señores, generoso con los forasteros, galante con las mujeres y cortesano con los hombres. Si bien se cansaba mucho de los que regateaban el sombrero, siendo el tafetán tan barato; de los que tomaban tabaco habiendo de hablar con gente honrada; de los que se teñían las canas quedándose con los años y con los achaques; de los que decían mal de las mujeres sabiendo que nacieron de ellas; de los que creían a las gitanas estando vestidos de negro, y de los que preguntaban su edad a los otros no habiendo de casarse con ellos." Indudable me parece que Montalván, al fin de esta prolija relación, no hace más que copiar las palabras mismas de Lope, a quien, sin duda, las oiría muchas veces en sus momentos de buen humor; así lo indica el carácter y giro de estas últimas frases, desde *si bien se cansaba mucho*, que son enteramente de Lope. Estos

detalles sobre el carácter y circunstancias particulares de los hombres extraordinarios, a muchos pueden parecer insignificantes; pero son realmente preciosos para el poeta dramático y, sobre todo, para el novelista, en cuanto hacen formar una idea de las costumbres, trajes y modo de vivir de una época histórica y de un personaje a todas luces interesante.

En grande estima tuvo a las obras de Lope de Vega la opinión unánime de sus contemporáneos, y tanto que era expresión común, aplicada a todo linaje de objetos, decir que una cosa era de Lope para indicar que era buena y excelente sobre todas las demás. Un riquísimo aderezo, se decía *aderezo de Lope;* una flor, una fruta, un diamante, un pescado, un cuadro, una mujer de extraordinario mérito y hermosura, decíanse flor, fruta, diamante, pescado, cuadro y mujer de Lope. ¡Y esto viviendo el mismo Lope! ¿Qué son las libras esterlinas de Walter Scott, los millones de Paganini, los empleos de Goethe y todo lo que en las naciones que ahora tanto admiramos, se ha prodigado en riquezas y dignidades a los hombres eminentes, comparado con lo que hizo España con su Lope? Cualquiera de los tres ingenios susodichos hubiera trocado gustoso su existencia entera por un solo día de la existencia de nuestro compatriota.

¡Qué diferencia de aquellos tiempos a los que alcanzamos!... Y, sin embargo, ¡en aquellos tiempos, en España, en Madrid, en la misma calle donde vivía Lope en merecida opulencia, moría Cervantes miserablemente!..."

283. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Los dos ingleses*, I, 81-82.

284. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Los pensionados en Roma*, I, 181-183.

285. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Lucrecia Borja*, II, 47-48.

Representación en Madrid del drama de Víctor Hugo de ese título, que no gustó.

286. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Luisa (cuento fantástico)*, II, 40-45.

287. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Marino Faliero*, II, 130-32.

Examen de la obra de Delavigne, traducida por Ventura de la Vega.

288. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Mérope*, I, 216.

Fracaso de la representación de la tragedia de Voltaire, traducida por Bretón de los Herreros.

289. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Mi Musa*, II, 45-46.

"Puro aroma de ambrosía..."

290. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Modas*, II, 59-60.

"Una y mil enhorabuenas damos a nuestro compañero *el Correo de las Damas* por haber, el primero entre los periódicos, elevado la voz contra el antipatriótico uso de los sombreros mujeriles. Muchas veces hemos estado a punto de echar también nuestro cuarto a espadas sobre la materia, y ya con la pluma en la mano y la bilis en el corazón, nos preparábamos a fulminar una furibunda filípica contra estos advenedizos ornamentos de nuestras hermosas, cuando el temor de que se nos acusara de meter la hoz en mies ajena, nos ha hecho siempre tener a raya nuestros naturales ímpetus. Difícil es, en verdad, no ver con un sentimiento de amarga humillación, casi enteramente desterrado de los paseos aristocráticos, el solo vestigio que en tantas naciones extrañas existe todavía de la antigua dominación de los españoles. La mantilla, en efecto, ha sobrevivido en toda la América del Sur, en gran parte de los Países Bajos y en algunos puntos de Italia a la lengua y costumbres españolas, y en Madrid, capital de la España, es de *mal tono*, ¡cosa increíble!..., el uso de la mantilla nacional. Necesario es ver-

lo para creerlo; pero, por desgracia, éste es un hecho evidente: ¡la mantilla está proscrita entre las nobles españolas!; ¡el sombrero transpirenaico, el sombrero exótico, la ha vencido en la palestra de la moda! ¡¡El sombrero!!...

Si el dolor con que vemos a un uso extranjero triunfar de un uso español no fuera la principal razón que nos mueve a anatematizar los sombreros, daríamos otras muchas tan evidentes a nuestro modo de ver, que ya que no acabasen del todo con ellos en España, harían, a lo menos, a nuestras españolas ruborizarse de haber correspondido tan mal a lo que debía esperarse de su mucho juicio y siempre acendrado patriotismo. Y nadie extrañe que hablemos con tanta formalidad de cosa tan insignificante a primera vista como un capricho de la moda, porque para nosotros nunca es insignificante lo que pertenece, aun remotamente, al decoro nacional. Somos tan amigos de los progresos como el que más: siempre aconsejaremos a todos que, previa una ventaja evidente, abandonemos los usos nacionales por los extranjeros; pero cuando, en vez de ganar, perdemos en el cambio; cuando éste sólo es hijo de una esclava adhesión y no de un verdadero convencimiento, entonces..., entonces pensamos en que debe ser una delicia para los franceses ver reproducido a París en Madrid, y nos aflige que disfruten de esta delicia los franceses.

Acaso parezca una herejía lo que vamos a decir, pero no importa: el sombrero de señora, en España, tiene el mayor defecto posible; el sombrero es *ridículo*. ¿Por qué? Por la razón misma porque serían ridículas las mantillas en Francia, si las damas de aquella nación tuvieran la sensatez de usarlas: el Prado es la parodia, la caricatura de las Tullerías: podría pasar por el paseo público del último poblacho de la frontera francesa, si fuera algo más general el buen gusto en las formas y adornos de los sombreros; mas ¡se ven unas visiones, unas visiones!; pero qué visiones.

Muy persuadidas estarán nuestras damas de que dan una prueba de civilización vistiéndose como las extranjeras; creerán que el sombrero en Francia se lleva por moda, porque parece más elegante que la *grosera mantilla*. No; si lo ignoran, sépanlo: el sombrero, en Francia, es una necesidad, hija de aquel clima húmedo e inconstante, como lo es en Polonia el uso de las pieles; en Francia, todas las mujeres llevan la cabeza cubierta, ya con pañuelos, ya con palmas, ya con sombreros; pero lo hacen no porque sea *moda*, sino porque es una *necesidad* abrigarse de la intemperie. En España, por el contrario, es una *necesidad* llevar la cabeza fresca, especialmente en verano; pero ya se ve, es *moda* llevarla abrigada, y la moda antes que todo, porque si no... ¿qué dirían las modistas de París?... Nos llamarían *cafres*.

Nada, nada. ¡Vivan los sombreros! Ellos dan ocasión para usar una multitud de objetos procedentes de París, y que tienen, por supuesto, nombres franceses, con lo que se luce un poquillo la buena pronunciación que nos enseñó M.*** cuando leíamos el Telémaco... ¡Vivan los sombreros! ¡Viva la prudente economía a que dan origen! ¡Viva el sombrero mezquino, ajeno de nuestro delicioso clima meridional, enemigo de la mantilla española! Verdad es que con la airosa mantilla, que tan bien dice al natural donaire y bizarría de nuestras damas, están éstas verdaderamente hechiceras y que con el sombrero les falta mucho para estarlo. Pero ¿qué importa? Para eso tienen el gusto de parecer extranjeras."

291. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Murillo*, I, 166-68.

292. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Museos Provinciales*, II, 92-93.

293. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Necrología. El Barón de Gros*, II, 53-55.

294. O[CHOA], E[UGENIO] DE. *"Ni Rey ni Roque". Novela..., por*

Don Patricio de la Escosura, II, 117-19.

"Diga Iriarte lo que quiera, a mí me sucede con los libros lo que con los amores: me gustan los amores entre seda y encajes, como a Balzac, el de la *Peau de Chagrin*, el de la *Phisiologie du Mariage;* me gustan los libros elegantes, perfumados, aristocráticos; los libros de tafilete y papel marquilla, impresos en casa de S***, encuadernados por Alegría. En este punto pensamos del mismo modo Balzac y yo; su nombre y el mío van unidos en esta circunstancia como el de cierto poderoso duque y el de un sacristán que decía: *Entre el duque de tal y yo juntamos doce millones y tres mil reales de renta.* Balzac, en efecto, es un joven que posee en ideas un caudal no menos abundante que el del susodicho duque en pesos duros. Pero sea de esto lo que se fuere, no hay duda que un libro moderno mal encuadernado e impreso en mal papel con mala letra, se parece no poco a una mujer con remiendos y cazcarrias; que aquél sea bueno, que ésta sea hermosa, en nada se opone a que uno y otro ganarían mucho en presentarse al público decentes y aseados; añadiré, sin embargo, en este punto, como en todos, *salvo la opinión de los demás.*

Véase lo que le ha sucedido recientemente a D. Patricio de la Escosura. Su linda creación, la hija predilecta de su joven fantasía, la novela titulada *Ni Rey ni Roque...*, ahí está.., viéndola estoy sobre mi mesa, y me parece que veo un libro de cocina o un cuaderno de significados al uso de algún escolar travieso y puerquecillo. El alma se me parte sólo de imaginarlo, y estoy seguro de que al autor le sucede otro tanto. Es cosa tan amarga, en efecto, ver cubiertos con los harapos de la miseria a los objetos más amados de nuestro corazón, ¡a nuestros propios hijos!, porque ¿quién duda que este lugar ocupan en el alma de un autor los personajes a quienes da nacimiento y vida con el fuego fecundo de su fantasía?

Pero dejemos esta cuestión y ocupémonos un poco en la novela del Sr. Escosura; así como así, ¡habría tanto que decir sobre las ridículas ediciones que se hacen en el día de algunas obras contemporáneas, que no me quedaría espacio para hablar de esta novela, la cual, sin embargo, es digna de un análisis más detallado del que se puede en conciencia consagrar a una obra de imaginación en una época tan exclusivamente ocupada en las cosas positivas.

Forman el fondo de esta novela las principales aventuras del tan famoso cuanto desgraciado pastelero de Madrigal, que el autor, con el objeto de dar más interés a su obra y aprovechándose de la oscuridad en que yace envuelto como tantos otros este punto de nuestra historia, supone ser el mismo rey Don Sebastián de Portugal. Verdad es que la oscuridad en que están sumidos todos aquellos sucesos deja campo abierto a la imaginación de los poetas para suponer las más extrañas conjeturas; sin embargo, aunque no sea materialmente imposible que el pastelero fuese el mismo don Sebastián, todas las probabilidades militan en contra de esta opinión, y tanto, que ya es cosa admitida por todos sin discusión que el tal Gabriel de Espinosa, a pesar de sus misteriosas aventuras y de las declaraciones del buen Fr. Miguel de los Santos, no fué más que un solemne impostor. El señor Escosura no puede ignorarlo; ¿para qué, pues, supone lo contrario en todo el curso de su novela?; ¿con el objeto, como antes dije, de darle más interés? Pero en este caso el resultado es precisamente contrario de lo que se propuso el autor, porque, a pesar de todos los esfuerzos de éste, el lector se obstina en no creer que sea un augusto personaje el pastelero de Madrigal, y esta circunstancia da un golpe terrible al interés. Para los que no conocen la historia, esta circunstancia será nula; pero no deberían emplear los hombres de talento como el Sr. Escosura para interesarnos el manoseado recurso de contarnos patrañas bautizadas con el nombre de verdades históricas y de abusar malignamente de la credulidad de aquellos lectores benévolos que estudian la historia en las novelas y creen como artículos de fe cuanto aquéllas, si son

históricas, refieren. Y aun en este caso, fuerza es confesar que se necesita más candor del que razonablemente puede exigirse de un hombre de bien para creer que Gabriel de Espinosa fuese el rey de Portugal, escapado milagrosamente de las arenas africanas; porque siendo en aquella época Isabel enemiga implacable de Felipe II, ¿qué objeto podía proponerse el monarca portugués en estarse haciendo pasteles en Madrigal, en vez de ir a hacer patentes sus derechos a la corona lusitana y buscar un auxilio poderoso en la corte de Inglaterra? ¿Por qué no zanja bien o mal esta dificultad, que a cualquiera se le ocurre, el Sr. Escosura?

¡Lástima es, en verdad, que empañe el mérito de una composición tan bella este defecto fundamental! Sin él, sólo tendría elogios muchos y muy sinceros que tributarle; y aun siendo la novela tal cual es, me parece un libro interesantísimo y propio, tanto como el que más, para hacer pasar agradablemente a sus lectores algunas horas en las largas noches de invierno junto a una *confortable* chimenea. Inútil me parece hacer el elogio del estilo y de la pureza y gala del lenguaje; con decir que éste y aquél pertenecen al autor del Conde de Candespina y, sobre todo, al elegante trovador que en tan deliciosos versos cantó la triste aventura del comunero y su querida en *El bulto vestido del negro capuz*, inserto en el tomo primero del *Artista*, quedan bastante elogiados seguramente. Además, la trabazón de los muchísimos lances y aventuras que forman el tejido de esta novela no puede ser más ingeniosa; y es de admirar cómo maneja el autor tantos diferentes personajes, y cómo conduce a sus lectores por tan intrincados enredos y laberintos, sin incurrir nunca en el defecto de oscuridad, ni ser en manera alguna inconsecuente con el carácter de sus actores. Entre éstos, ocupan siempre el primer término la misteriosa e interesante Pastelera de Madrigal y su impetuoso amante D. Juan de Vargas; la primera, sobre todo, es una creación lindísima, una mujer capaz de trastornar la cabeza a cualquiera que sienta palpitar en su pecho un corazón juvenil. El lector la conoce, la ve, ama su temorena, sus ojos de fuego, su donaire portugués, y disculpa a D. Juan por olvidar en un momento, al ver realzada su hermosura por el amor, lo que debe a su patria y a su rey. En cuanto a Gabriel de Espinosa, ya lo he dicho: Gabriel de Espinosa interesa poco; es una idea truncada, incompleta; en vano el autor le hace valiente, generoso y gran jinete; Gabriel de Espinosa no corresponde a la idea que tenemos del temerario D. Sebastián. Este personaje es el único defecto de la novela.

Ni Rey ni Roque es un libro que debe figurar en la biblioteca de todo hombre de gusto; es una obra escrita con talento y conciencia, y éste es en el día un elogio a que pueden aspirar con justicia muy pocas obras contemporáneas. De esta novela a la que anteriormente publicó el Sr. Escosura, hay progreso evidente; le esperamos para la primera que dé a luz. Ahora más que nunca necesitamos recrear con lecturas agradables el ánimo fatigado de las amargas reflexiones que nos inspiran los presentes infortunios de la patria."

295. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Noticia sobre la vida y obras de Henrick Wergeland, poeta noruego*, II, 64-67.

296. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *"Panorama matritense." Cuadros de costumbres de la capital*, II, 196-98.

"Pocas lecturas hay más entretenidas que las de estos y otros pequeños cuadros de costumbres cuando están descritos con verdad y en un lenguaje elegante y ameno. En los que acaba de publicar, recopilados en una elegante edición, el Sr. Mesonero, tan justamente célebre en toda España bajo el nombre del *Curioso Parlante*, se hallan reunidas estas dotes en tan alto grado, que, desde luego, basta esta sola obra para colocar a su autor en el rango de uno de nuestros primeros

escritores contemporáneos. Sin cumplido sea dicho, Sr. *Curioso Parlante.*

Excelente ocasión sería ésta para lucir nuestra correspondiente dosis de erudición, haciendo saber al público que no es la obra del Sr. Mesonero la primera que en su género ha llegado a nuestras manos, y que los nombres de los famosos escritores del *Spectator* inglés y los de M. Joui, Jai, Collin y otros muchos que callamos por modestia, no nos son enteramente desconocidos. Pero ahora no se trata de aquellas obras ni de aquellos autores, materias que probablemente importarán poquísimo a nuestros lectores de la Península, únicos con cuya benevolencia contamos, pues los de allende los Pirineos cosas mejores tienen en que ocuparse que en leer las páginas de nuestro *Artista.* Hablemos, pues, lisa y llanamente de nuestro precioso *Panorama Matritense*, verdadera joya de nuestra joven literatura y dulcísimo recreo al ánimo descontento en estos tiempos de turbulencia. Vayan también cuatro palabras acerca del autor, a quien, si bien no nos une con él una amistad tan íntima que baste a hacérnosle mirar con ciega parcialidad, profesamos un aprecio sincero, con el cual, ni más ni menos que con nuestro propio carácter, mal podría avenirse una crítica injusta y encarnizada.

El Sr. Mesonero nació, si no nos engañamos, en Madrid por los años de...; si hemos de creer lo que él mismo dice en algunos de sus artículos, debió haber nacido hace muchísimos años, pues se llama *muy viejo* a boca llena; pero nosotros, que le hemos visto tan de cerca que podíamos tocarle con la mano y que nos preciamos de cierta sagacidad en esto de entender de edades, podemos asegurar que, si no miente la pinta, no pasará hoy día la edad del Sr. *Curioso* de unos treinta, por ahí, por ahí. Poco antes de haberse dado a conocer tan ventajosamente como lo hizo un año después con sus celebrados artículos de las *Cartas Españolas*, publicó en 1831 el *Manual de Madrid*, libro utilísimo y escrito con una erudición que sólo puede adquirirse consagrando, como lo ha hecho su autor, muchos años y mucha paciencia al estudio de la historia y costumbres de esta heroica villa. Muchas son las dotes que recomiendan esta obra; pero la de ser la *primera* y *única* en su género es la más importante a nuestros ojos (1); por más que digan la envidia y la ingratitud literaria, una obra *primera* en su género, es siempre muy apreciable: vendrán otros y la corregirán y la perfeccionarán; pero, como dijo Iriarte,

"¡Gracias al que nos trajo las gallinas!"

es como la historia del huevo de Juanelo.

Hará como hasta siete meses que se encargó el Sr. Mesonero de redactar el Boletín del regenerado *Diario de Avisos*, y desde entonces acá, bien sabido es de todo Madrid cuánto ha ganado en amenidad y buen leer este periódico que tan ridículo fué en los tiempos que pasaron. De los artículos que en él lleva publicados el Sr. Mesonero y de los que dió a luz en las Cartas Españolas ha formado el Editor la colección que acaba de publicarse con el exacto y picante título de *Panorama Matritense*. En él están pintadas muchas de las costumbres españolas con una verdad, con una gracia dignas de nuestros antiguos escritores: crítico severo algunas veces, otras observador profundo y festivo novelista, en toda esta obra revela sin ostentación el Sr. Mesonero su ilustrado amor a esta *ingrata* España, sin que un extranjerismo a la moda le presente abultados sus defectos, ni se los oculte un malentendido patriotismo. Además, digámoslo con toda franqueza: una de las cosas que más agradan en este libro de que tratamos, es que nunca se ven pretensiones en su autor de absorber toda la atención sobre su persona, lo que muy rara vez perdonan los lectores; esto de hablar uno de sí mismo es cosa que, por lo general, sólo agrada al que lo hace. El *yo* del señor Mesonero no es el yo enfático, egoísta y presumido de algunos escritores, aun los más celebrados; se conoce que el

(1) No pertenecen seguramente a él, ni el *Teatro de las Grandezas de Madrid*, por Gil González Dávila, ni la *Historia de Madrid*, por Gerónimo Quintana, cuyo plan y desempeño son muy diferentes.

autor del *Panorama Matritense* no aspira a ser el personaje principal de todos sus cuadros, ni a ocuparnos en la contemplación de sus propios defectos y excelencias; cuando habla de sí mismo, lo hace como se debe, sin darse más importancia de la que comporta la verdadera modestia; como lo hacían, por ejemplo, Iriarte y Lafontaine; como lo hace en el día el admirable Beránger. Esto es una prueba de talento y sano juicio, que tiene la inmensa ventaja de prevenir a los lectores en favor del libro y en favor del que lo ha escrito.

El cuadrito de costumbres titulado el *Retrato* es un dechado de narración, y aun, por decirlo así, un pequeño curso de filosofía, del cual es un verdadero corolario el *¡quantum est in rebus inane!*, que dijo el profano. Los que tienen por título las *Casas por dentro*, el *Campo santo*, la *Calle de Toledo*, los *Cómicos de Cuaresma*, son admirables; el primero y los dos últimos, por su gracia y su verdad; el segundo, por la profunda y melancólica filosofía derramada sobre todo él como un delicado perfume. Pues ¿qué diremos de la *Comedia casera?*, ¿qué del *Viaje al Sitio*, de la *Romería a San Isidro*, del *Poeta y su Dama*, capaces de hacer reír aun al más desesperado fatalista?

Sin embargo, hablemos claro: si el Sr. Mesonero se ha propuesto presentar un cuadro poco menos que completo de las costumbres de nuestra sociedad española, fuerza es confesar que aún le falta mucho para llevarlo a cabo. Hasta ahora sólo nos ha pintado, salvo alguna que otra excepción, las costumbres y fisonomía de la clase media, clase sana y juiciosa, que va por la mañana a su oficina, por la tarde al Prado, por la noche a una modesta tertulia, donde juega a la malilla en invierno alrededor de la característica camilla, y baila los domingos al son de un antiguo piano; esta clase, gracias al *Panorama Matritense*, nos es ya conocida a todas luces.—Pero ¿y la clase alta?, ¿y el pueblo bajo? ¿Cómo han escapado a esa ingeniosa pluma, Sr. *Curioso*, estas dos fuentes inagotables de crítica y de observación? ¿Cuándo piensa usted pintarnos con su fecundo pincel los celos y los amores, las bodas y los pasatiempos, y toda la vida, en fin, de la desgarrada manola de Lavapiés, del desalmado valentón de las *Maravillas?* ¿No tenemos en Madrid Rinconetes y Monipodios, Gitanillas y Gananciosas? Todo esto entra en su jurisdicción de usted, Sr. *Curioso Parlante;* hasta que nos lleve usted por la mano, como Virgilio a Dante, del aristocrático salón a la hedionda taberna, de la calle del Prado a la del Aguardiente; hasta que haga usted pasar en su linterna mágica el brillante landó de la duquesa y el destripado rocín del picador; el juez *amovible* y el reo de muerte; el elegante Retiro y las infames Galeras *(meretricum carcer*, que dice el Diccionario de la Lengua); no puede usted lisonjearse, amable escritor, de haberterminado su obra, de haber puesto la última piedra en su edificio. Pero ésta no es una reconvención, que bien sabemos que para todo se necesita tiempo; es sólo recordarle a usted su obligación para que no la eche en olvido y nos deje a media miel, como suele decirse.

Con mucha impaciencia esperamos el segundo tomo de esta colección, y creemos no aventurar demasiado diciendo que a todos les sucede lo mismo; no creemos, pues, que por falta de suscripciones se vea precisado el Editor a suspender la publicación, no ya del segundo tomo, pues éste está anunciado y prometido al público, sino de los que en el mismo género suministrará a la admiración de los aficionados a las cosas de nuestra patria, el fecundo ingenio del Sr. Mesonero.

Sería esto tanto más de sentir cuanto los recientes viajes a los países extranjeros que ha hecho *el autor del Panorama Matritense*, y el mayor peso que dan a la ideas el estudio y la experiencia de todos los días hacen esperar que en sus próximas publicaciones hallaremos *progreso* en todas las dotes que constituyen un buen escritor de costumbres y que en tan alto grado posee ya el Sr. Mesonero. Si tales son ahora sus artículos, ¿qué serán en lo sucesivo?—Animo, pues, señor *Curioso Parlante;* escriba, escriba, dénos buenos artículos de costumbres, como hasta ahora, que aquí le dare-

mos, en cambio, ya que no otra cosa, estímulos muchos y muy sinceros aplausos."

297. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Pintor. Pintura*, I, 256-57.

298. OCHOA, EUGENIO DE, *Poesías de Don Juan Bautista Alonso*, I, 97-99.

299. O[CHOA], E[UGENIO] DE. *Publicaciones recientes*, II, 38-40.

Sobre el número primero del segundo tomo de la *Biblioteca Universal de todos los conocimientos humanos*.

300. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Ramiro*, I, 293-98.

301. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Reflecsiones*, II, 265-66.

Sobre la evolución de las Bellas Artes en Francia durante los últimos años.

302. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Reflexiones sueltas*, II, 176-79.

Sobre el estreno del drama *Los hijos de Eduardo*, de Casimir de la Vigne, traducido por Bretón de los Herreros.

303. OCHOA, E[UGENIO] DE, [*Respuesta al "Comunicado" de A. M. Segovia sobre su drama "Incertidumbre y Amor"*], I, 288-89.

304. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Romance morisco*, II, 288.

"Hermosa es Zulema, o Tarfe..."

305. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Stephen*, I, 234-38, 243-48 y 255-62.

306. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Teatro de la Cruz. Noche del 22. Primera representación de "Me voy de Madrid"*, II, 310-11.

"Vivos deseos teníamos anoche los madrileños de saber la causa por que se iba de nuestra hermosa capital, y sobre todo en la deliciosa época en que vamos a entrar de máscaras y golosinas, el héroe de la comedia anunciada en los carteles. ¿Por qué se irá?, ¿por qué no se irá?, ¿adónde se irá? He aquí lo que todos se preguntaban un momento antes de alzarse el telón. Las muchas y poderosas causas por que debe un hombre de gusto decir *A Madrid me vuelvo*, ya nos las explicó el fecundo autor de *Marcela* en una de sus producciones que más gratos recuerdos han dejado en el público de esta villa; ahora va el mismo ingenio a sostener la tesis contraria, a poner en práctica el sano principio de los ergotistas, a defender el *contra*, después de haber defendido el *pro* de la cuestión. Veamos si de esta seguna controvercia sale tan victorioso como de la primera.

Pero a la primera ojeada, aun antes de oír el primer verso, el pantalón blanco de D. Fructuoso desvanece la primera esperanza de los espectadores: no estamos en diciembre, ni en antevíspera de Nochebuena; estamos en verano, tal vez en la ardiente canícula; el protagonista ha sabido elegir el momento más favorable para salir de Madrid. Y, sin embargo, no es ésta la razón que le mueve a emprender su viaje: ni las incomodidades, ni los vicios, ni las etiquetas de la corte, ni las enormidades de la Partida del Trueno, ni nada de lo que el espectador puede imaginarse, suponiendo, como todos lo suponíamos, que íbamos a asistir al reverso de la medalla de *A Madrid me vuelvo*, mueve al protagonista a irse de Madrid: se va de Madrid por las mismísima razones porque se iría de cualquiera parte; porque es un tramposo, un maldiciente, un embustero, un hombre inmoral; en fin, un dijecito cumplido.

He aquí el gran defecto de esta co-

media: su título es *malo;* pero de que el título sea malo no se infiere que la comedia lo sea; hubiérala dado su autor un título bien adecuado al caso, y es seguro que se hubiera evitado muchas críticas, si no justas en toda la extensión de la palabra, al menos, no del todo infundadas. Sólo una cosa diremos en abono de esta producción de uno de los primeros ingenios españoles de este siglo: *Me voy de Madrid* hace reír al principio, al medio y al fin, o, lo que es lo mismo, desde que comienza hasta que acaba. ¿De cuántas puede decirse otro tanto?

Cualesquiera que sean las pretensiones del autor de esta comedia al clasicismo (pretensiones que se infieren, naturalmente, de su empeño, poco acertado, a nuestro parecer, de hacer á todo evento la caricatura del romanticismo, entendido sabe Dios cómo), cualesquiera que sean sus pretensiones lo repetimos, al más estirado clasicismo, no hay duda que si hubiéramos de clasificar esta su obra, en ninguna caricatura pudiéramos colocarla con más justicia que en la de las llamadas *Comedias antiguas*. Digámoslo en obsequio de la verdad y para satisfacción del poeta: mientras veíamos su comedia, creíamos asistir a una comedia de Tirso de Molina o de Moreto. Si éste es un elogio o una crítica, júzguelo quien conozca nuestra opinión acerca de aquellos admirables escritores. En cuanto a pureza de lenguaje, a armonía y fluidez de los versos, y a pintura viva, fiel, enérgica de caracteres y vicios sociales, sólo entre aquellos poetas pudiera hallar rivales el tan justamente célebre autor de *Me voy de Madrid*. Después de estos merecidos elogios, poco lugar queda a la crítica; pero aun cuando quedara mucho, nos abstendríamos de engolfarnos en ella, considerando cuán poco generosa ha andado esta señora en otros periódicos con la comedia de que tratamos."

307. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Un artista del siglo XV*, I, 226-27.

308. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Un romántico*, I, 36.

"¡El Romanticismo! ¡Cuántas ideas contrarias despierta esta palabra en la imaginación de los que la escuchan! ¡Semejante a un mágico talismán, a unos halaga dulcemente como los acentos de una voz amada, como una celeste armonía! Otros hay para quienes la palabra *romántico* equivale a hereje, a peor que hereje, a hombre capaz de cometer cualquier crimen: romántico, para ellos, es lo mismo que Antecristo, es sinónimo de Belcebuth; en los oídos de los que no la comprenden, la palabra *romanticismo* resuena como un eco de disolución y de muerte, como una campana sepulcral, como el sonido de una trompeta que toca a degüello. ¿Y por qué? ¿En qué se funda esta mortal antipatía? ¿Qué daños ha acarreado al mundo la escuela romántica? ¡Escuela a que van enlazados los nombres de Homero, Dante, Calderón...!

Porque éstos son, en efecto, los verdaderos apóstoles del romanticismo. Si la ignorancia o el espíritu de partido han intentado desfigurar maliciosamente los sencillos dogmas de esta escuela, con el objeto de hacerla odiosa; si lo han logrado, tal vez, en algunas épocas; si se ha visto calumniada, proscrita, tratada de antisocial... ¿qué importa? Sus largos e injustos infortunios han derramado sobre ella un carácter de santidad; ninguno de sus discípulos la ha abandonado en los tiempos de tribulación; y, en medio de los discordes graznidos del campamento contrario, ellos han levantado su frente embellecida con la palma del martirio, anunciando al mundo la emancipación de la inteligencia humana.

Un hombre puede ser *clasiquista* sin dejar por eso de ser hombre de bien, amante de su familia, buen padre y buen hijo, buen esposo; puede saber latín y aun tener algunas nociones de griego, nadie se lo disputa; pero lo que es imposible de veras es pertenecer al susodicho partido y no ser intolerante, testarudo y atrabiliario. La razón es muy sencilla. ¿Qué quiere decir *clasiquista?* ¿Admirador de los

autores *clásicos?* No; porque esta definición convendría igualmente a los llamados *románticos.* ¿Quiere decir persona que ha estudiado y seguido las que en lenguaje escolástico se llaman *clases?* No, por la misma razón que antes dimos. Lo que quiere decir *clasiquista* es, traducido al lenguaje vulgar, rutinero, hombre para quien ya todo está dicho y hecho, o, por mejor decir, lo estaba ya en tiempo de Aristóteles; hombre para quien toda idea nueva es un sacrilegio; que no cree en los adelantos de las artes ni en los progresos de la inteligencia, porque es incapaz de concebirlos; hombre, en fin, tan desgraciado que se considera a sí mismo y a la generación presente y a las pasadas, desde el día de la fecha hasta el reinado de Augusto, como una superfetación inútil sobre la faz de la tierra, incapaz de dar por sí fruto alguno, y digna solamente de repetir sin discrepar en un ápice cuanto bueno y malo dijeron los autores de aquel tiempo sublime en que se arrastraba toga viril y se andaba sin botas y sin pantalones.

Ahora bien; un hombre que profesa estas ideas tan ruines, ¿cómo ha de sufrir que haya personas sensatas en el mundo? ¿Cómo ha de abrir sus ojos a la luz el que nació sin ellos? ¿Cómo no ha de aborrecer y despreciar al linaje humano quien tan inepto se le imagina? Por eso hicimos bien en decir que el *clasiquista* es esencialmente intolerante, testarudo y atrabiliario.

Inútil sería buscar entre gente no joven partidarios del romanticismo; entre la juventud estudiosa y despreocupada es donde se hallarán a millares. Por el pronto, en este número de nuestro Artista hallará uno el curioso lector, que presentamos como tipo en su género; y porque no se nos acuse de predilección e injusticia, pronto expondremos también a los ojos del público, en una de nuestras láminas, el bello ideal de la especie *clasiquista.* Tenga, pues, un poco de paciencia esta noble sección de la especie humana; y mientras llega el día en que la presentemos litografiada a la rechifla universal, contemple sin ceño nuestro Romántico; mire en su frente arada por el estudio y la meditación; en su grave y melancólica fisonomía, donde brilla la llama del genio... Contemple, decimos, no un hereje ni un Antecristo, sino un joven cuya alma llena de brillantes ilusiones quisiera ver reproducidas en nuestro siglo las santas creencias, las virtudes, la poesía de los tiempos caballerescos; cuya imaginación se entusiasma, más que con las hazañas de los griegos, con las proezas de los antiguos españoles; que prefiere Jimena a Dido, el Cid a Eneas, Calderón a Voltaire y Cervantes a Boileau; para quien las cristianas catedrales encierran más poesía que los tiempos del paganismo; para quien los hombres del siglo XIX no son menos capaces de sentir pasiones que los del tiempo de Aristóteles...

¡El Romanticismo...! Mucho esplendor han derramado sobre esta escuela las sublimes creaciones de sus discípulos; pero todavía la ennoblece más la inapreciable dicha de tener por mortales enemigos a los partidarios de la rutina.

309. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Un trovador,* I, 211-12.

310. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Una visita a Santa Pelagia (Prisión por deudas),* I, 90-93.

311. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *Velázquez,* I, 6-9 y 13-16.

312. O[CHOA], E[UGENIO] DE, *¡Yadeste!,* I, 79-81.

313. O[CHOA], E[UGENIO] DE. *Zenobia,* I, 44-47 y 55-59.

314. OCHOA, EUGENIO DE, y FEDERICO DE MADRAZO, *Advertencia,* III, 144.

"Siendo el presente número el penúltimo de los que publicará el *Artista* en la semana que le queda de vida, ha creído hacer un obsequio al público dando a luz en él dos retratos de artistas contemporáneos, ambos con justa

razón muy apreciados de sus compatriotas; en el próximo y último número procurará dar otros dos, y, si le es posible más, de artistas igualmente contemporáneos.

Y con este motivo, no puede menos el *Artista* de disculparse, en cierto modo, con algunos de los acreditados profesores que honran nuestra época, y a quienes, sin embargo, no ha podido ofrecer el justo tributo de aprecio que a otros ha dado, publicando sus retratos y biografías. El cielo sabe que en manera alguna ha sido por falta de buena voluntad; y si consideraciones, que acaso a guisa de salutación y despedida expondremos en el próximo número a nuestros lectores, no nos precisaran a suspender tan pronto nuestra tarea periodística, seguramente hubiéramos llenado esta falta, que, en rigurosa justicia, no es la nuestra, sino del tiempo, que no en todo ha respondido a nuestras esperanzas. Sabido es, además, que sería sobrado rigor juzgarnos negativamente o, como si dijéramos, por el bien que hemos dejado de hacer. Lo que el *Artista* ha hecho, a otros les toca decirlo; pero lamentar lo que ha dejado de hacer, es cosa que a nosotros nos corresponde, y es cierto que tan bien como el que más lo sabemos en el fondo de nuestras conciencias.

Con este motivo, tenemos el honor de advertir a los señores Suscriptores de las provincias que hayan adelantado el importe de suscripciones por términos posteriores al último número del presente mes de marzo, que pueden pasar a las librerías a recoger el excedente de la suma que hubieran adelantado; y para que en este cobro no pueda haber la menor demora, servirá de aviso al efecto este artículo a los señores encargados de recibir en las provincias las suscripciones al *Artista*."

315. OCHOA, J[OSÉ] AUGUSTO DE, *Beltrán (cuento fantástico)*, II, 135-40.

316. OCHOA, JOSÉ AUGUSTO DE, *Costumbres españolas. Velatorios*, II, 57-58.

317. OCHOA, J[OSÉ] AUGUSTO DE, *Costumbres españolas. Artículo II, San Juan*, II, 187-89.

318. OCHOA, J[OSÉ] AUGUSTO DE, *Costumbres españolas. Artículo III, Honras*, II, 247-49.

319. OCHOA, J[OSÉ] AUGUSTO DE, *Costumbres españolas. Artículo IV, Día de Todos los Santos*, II, 268-69.

320. OCHOA, J[OSÉ] AUGUSTO DE, *Costumbres españolas. Artículo IV* (sic), *Día de San Sebastián*, III, 126-28.

321. OCHOA, J[OSÉ] AUGUSTO DE, *El torrente de Blanca. Leyenda. Siglo XIII*, III, 137-42.

322. OCHOA, J[OSÉ] AUGUSTO DE, *Supersticiones populares*, II, 90-91 y 284-86, y III, 101.

323. OXERO DE LA CRUZ, ENRIQUE, *El amante desdeñado*, III, 120.

"Al pie de un ruinoso..."
Fecha: Palencia, febrero de 1836."

— P. DE M. (V. MADRAZO, PEDRO DE).

324. PACHECO, JOAQUÍN FRANCISCO, *En una noche de ausencia*, II, 296-97.

"¡Noche que ansié!... Con lóbrega belleza..."
Fechada en 1833.

325. [PAGANINI. *Su muerte*], II, 156.

"¡Paganini, el gran Paganini ha muerto! ¡No tenemos espacio para decir más hasta el próximo número!"

326. PANORAMA *matritense*, III, 24.

"En esta semana ha salido a luz el tomo segundo y último (al menos por ahora) de esta interesante obra, a que tan justos elogios prodigamos en uno de nuestros números anteriores. Preciso sería repetir aquí todo lo que en aquel artículo dijimos para dar una idea a nuestros lectores, que no lo conozcan, de este segundo tomo, digno en un todo de figurar al lado de su compañero. Asimismo son tan lindas como las dos estampas que en el primero se publicaron, compuestas por el acreditado artista Villamil y litografiadas por la señora Reillet, las dos que hemos visto en éste, y que representan un *baile* de candil y la *procesión del Corpus*, compuestas por el mismo Villamil y litografiadas por el Sr. Palmaroli.

Mucho deseamos, mucho, que el Sr. Mesonero, *alias* Curioso Parlante, continúe cultivando y estudiando profundamente el difícil género de literatura a que le llama su inclinación natural, y que le ha granjeado tantos y tan lisonjeros triunfos. Este género, como uno de los menos explotados en nuestra patria, es acaso el que más campo ofrece a las observaciones originales de un ingenio emprendedor. Estamos seguros de que este ingenio afortunado no sea otro que el del elegante escritor de costumbres don Ramón Mesonero Romanos."

327. PASTOR DÍAZ, NICOMEDES, *A la luna*, I, 214-15.

"Desde el primer latido de mi pecho..."

En sus *Poesías*, Madrid, 1840, página 195.

"Una de las más bellas poesías que de muchos años acá se han escrito en España." (Ochoa, *Apuntes*, II, 504.)

328. PEDRO *Pablo Rubens*, III, 86-88.

329. PÉREZ COMOTO, JOAQUÍN, *La cita*, I, 168.

"Salve consuelo de amantes..."

Fecha: "Alcalá de Henares, 1834."

330. [PERIÓDICO *que se titulará "El Jorobado"*], III, 108.

331. PINTORES *ingleses*, II, 127-128.

332. POESÍA *persa. La rata y el labrador, traducción inédita de Hoçain Vaez, poeta persa*, III, 39-41.

333. PREGUNTA *literaria*, III, 15.

"¿De dónde ha venido el entremés de los dos Habladores que se atribuye a Cervantes, sin saber por qué, en la impresión que de sus obras se hizo en Madrid en el año de 1829, en la imprenta de los hijos de D.ª Catalina Piñuela?"

334. PROGRESOS *de la música en Francia*, II, 113-15.

335. PROSPECTO, I.

"Saldrá este periódico el domingo 4 de enero de 1835; continuará publicándose todos los domingos y acompañarán a cada número una o dos estampas litografiadas, entre las cuales se publicarán sucesivamente los retratos de muchos hombres célebres antiguos y contemporáneos, tanto naturales como extranjeros. No tratará el ARTISTA de asuntos políticos, sino en cuanto éstos tengan relación inmediata con la historia de las bellas artes; si alguna vez se dirige al Gobierno, será sólo para proponerle los proyectos que crea útiles relativos a la mejora y conservación de los monumentos públicos y al adelanto y propagación de las luces en general. El objeto de este periódico no es otro que el de hacer populares entre los españoles los nombres de muchos grandes ingenios, gloria de nuestra patria, que sólo son conocidos por un corto número de personas y por los artistas extranjeros que con harta frecuencia se engalanan con sus despojos. Contendrá el ARTISTA biografías de hombres célebres, discursos sobre las bellas artes,

descripciones de monumentos antiguos y modernos, noticias de descubrimientos curiosos, tanto en nuestra nación como en las extranjeras, y todo, en fin, lo que pueda deleitar e instruir a nuestros lectores. Para amenizar este periódico en cuanto nos sea posible, publicaremos en todos los números novelitas, anécdotas, cuentos y trozos de poesía; y para esto, como también para los análisis que haremos de algunas obras dignas de atención, nos prestarán el auxilio de su pluma los más acreditados ingenios de esta corte. Procuraremos igualmente informar a nuestros lectores del estado de progreso o decadencia en que se hallen las bellas artes en los países extranjeros que más inmediatamente tienen relaciones con el nuestro, como Italia, Francia e Inglaterra, para lo cual tenemos corresponsales en las principales ciudades de estas tres naciones.

Se imprimirá este periódico en papel vitela y contendrá cada número doce páginas de impresión, del mismo tamaño que el de este prospecto, y en letra elegante y proporcionada."

336. [PROTESTA *contra el acuerdo de demoler las cúpulas de varios conventos de Madrid*], III, 96.

"Con asombro hemos leído hace pocos días el fallo que, de la junta creada para destinar los conventos, ha caído sobre alguno de las cúpulas que más engalanaban nuestra capital, como son: San Felipe el Real, la Merced, los Basilios y otros monumentos de conocido mérito; cuya ruina va a envolver la prematura decadencia de nuestra arquitectura. A nosotros principalmente nos atañe el levantar el grito contra una medida que juzgamos como el presagio de una devastación general de los únicos restos que la España artística puede presentar a los ojos de la Europa civilizada, en muestra de que no hemos sido siempre bárbaros e incultos. Esperamos de las academias y corporaciones de este centro no contemplarán la ejecución de un orden, cuyo objeto puede ser muy equívoco, sin manifestar siempre el deseo de hacer patentes a los señores de dicha junta los malos informes que en punto a su mérito deben haber recibido, porque no podemos persuadirnos de que esta corporación se haya hecho cargo del de los monumentos que manda demoler, y haya preferido dejar en pie otros, cuya deformidad afea la población, y cuyos solares pueden aprovecharse para el lucro y el ornato.

Tampoco sabemos cómo se permite a los ciegos de la Puerta del Sol que griten: *Lista de los conventos que van a ser demolidos para dar trabajo a los jornaleros.*"

337. [PROTESTA *de la Academia de San Fernando por el proyecto de demoler ciertos conventos*], III, 103-4.

"Como era de esperar, la Real Academia de San Fernando, después de celebrar una junta extraordinaria el domingo 21 del corriente, para tratar del modo de evitar la demolición de los principales conventos entre los siete propuestos por la junta encargada de destinarlos, dispuso elevar al Gobierno una respetuosa pero enérgica exposición, excitando su interés hacia un punto de tanta consideración.—Sabemos y anunciamos al público con satisfacción que esta exposición ha sido ya conducida a su destino, y nos prometemos que, en virtud de ella, no nos veremos en la precisión de declamar por más tiempo contra una medida de tanta influencia en el círculo de los hombres aún no enemistados con el ingenio.—No podía ser de otra manera: la Academia es sabia, y no era posible que esta Corporación, responsable ante todo el mundo civilizado del cumplimiento de uno de los principales objetos de su misión, contemplara impasible la escena en que íbamos a representar todos los españoles el cuadro sombrío de un argumento tan poco favorable, en verdad, a nuestro estado, sin oponerse al desalumbrado ensayo que iba a precederle.—A los señores de la junta de conventos incumbía el destino de ella;

a la Academia, el señalar los de mérito que habían de conservarse.

Con igual satisfacción anunciamos a la juventud artística española, a esa querida sección de la sociedad, más fulgente aún cuanto más combatida por la nube adusta que sombrea el seno de la patria, que presto tendrá lugar de admirar y estudiar cómodamente en un *museo nacional* las hermosas obras de nuestra escuela, de que hasta ahora se habían visto privados.—En efecto, ha concedido el Gobierno para este fin el espacioso y bello convento de la *Trinidad;* con esto hemos recibido un bien duplicado: la instalación de un edificio público *necesario* y la conservación de un templo majestuoso y elegante, cuya ruina hubieran deplorado nuestros artistas."

338. [PRÓXIMO *estreno*], II, 287.

Se nos asegura que dentro de breves días tendremos la satisfacción de ver representado un drama original, obra de un joven poeta de esta corte, el cual es fama que con esta producción se pondrá al nivel de nuestras más encopetadas notabilidades. Así lo deseamos sinceramente, con tanto más motivo cuanto de persona a persona apreciamos muy mucho, como particular y como literato, al joven autor de *El Trovador*."

339. [PRÓXIMA *instalación del Ateneo*], II, 252.

"En esta semana deberá quedar instalado el *Ateneo literario*, promovido por la *Sociedad Económica Matritense* y otros sujetos de conocida ciencia y notorio patriotismo."

340. PUENTE Y APECECHEA, FERMÍN DE LA, *La corona de Flora*, II, 128-30.

"Hijas del Sol, que en el regazo hermoso..."

En los *Apuntes* de Ochoa, I, 48-50; en el *Florilegio* de Valera, III, 66, etc.

341. R., *Comunicado sobre el revoque de las casas*, I, 83-84.

342. R. H. Y S., *A Mélida. Elegía*, III, 41-42.

"Cuando al bondadoso cielo agradecido..."

Estas iniciales coinciden con las del teniente coronel Rafael Humara y Salamanca, residente en Sevilla (la poesía alude al río Betis), que en 1833 publicó la novela histórica. *Los amigos enemigos o las guerras civiles.*

343. REAL *establecimiento litográfico*, I, 252.

344. REAL *Museo de Pintura y Escultura de Madrid*, I, 61-63 y 109-11.

345. [RECOMENDACIÓN *de las publicaciones musicales de "La Miscelánea"*], III, 60.

346. REMENTERÍA [Y FICA], M[ARIANO] DE, *La queja*, II, 327-328.

"¡Ingrata! No me respondes..."

347. REMENTERÍA [Y FICA, MARIANO DE], *La rosa de la Alhambra. Romance*, III, 125-126.

"¿Para qué gimes, Alhambra?..."

Nota preliminar: "El siguiente romance se compuso para adorno de una novelita, todavía inédita, titulada *El paje y el halcón*, que forma parte de la colección de las tituladas *Los cuentos de la Alhambra.*"

348. REVISTA *semanal. Variedades*, I, 24.

Estreno de la traducción de *Las desdichas de un amante dichoso*, de Scribe, y de *El hombre gordo*, original.—Bailes de sociedad.—La estampa

El castillo del espectro, ejecutada por F. Blanchard, es una imitación del grabado de madera.

349. ROCA DE TOGORES, MARIANO, *Fantasía nocturna*, II, 266-68.

"Es ya la noche; fatigado el ánimo..."

350. ROMEA, JULIÁN, *A la luna*, II, 71-72.

"¡Hora de bendición! ¡Tranquila noche!..."

351. ROMEA, JULIÁN, *Ella*, I, 232-233.

"Yo miré tus encantos, ingrata..."

Nota preliminar: "La siguiente composición es obra del joven actor don Julián Romea, a quien su propio mérito y la opinión pública colocan en el rango de una de las más fuertes columnas de nuestra escena nacional. ¿Y qué mucho? El Sr. Romea es no sólo actor, sino poeta; ni es de admirar que exprese en el teatro con tanta energía los afectos del alma quien sabe sentirlos tan profundamente como el autor de estas ardientes estrofas."

Reproducida en el *Florilegio* de Valera, II, pág. 290.

352. ROMEA, JULIÁN, *Mi esperanza*, I, 266-67.

"¡Qué calor! Arde mi frente..."

353. ROMEA, JULIÁN, *Ricardo*, II, 124-27.

"Una noche, y a la hora..."

354. RUISEÑOR *(El)*, II, 33.

Contiene una transcripción al lenguaje humano del canto del ruiseñor.

— S. M. (V. MASARNÁU).

355. SACRIFICIOS *humanos entre los antiguos galos*, III, 28-29.

356. SALAS Y QUIROGA, JACINTO DE, *1554*, III, 117-18.

357. SALAS Y QUIROGA, JACINTO DE, *A una hermosa*, I, 233-34.

"Cual la palma en el desierto..."

358. SALAS Y QUIROGA, JACINTO DE, *Antigüedades de Palencia, La lápida pompeyana*, I, 229-31.

359. SALAS Y QUIROGA, JACINTO DE, *El cristiano en Oriente*, II, 7-8.

"Copas de olivo y de laurel fragante
Cubren la frente al pensador cristia-
Allí la lira de las cuerdas de oro, [no...
Al solo impulso del suspiro amante,
Los ecos mezcla al lloro
Del triste castellano.
¡Ay!, el vivir es respirar aroma,
Cuando el vivir es contemplar tus ojos,
Cuando la dulce lágrima que asoma
Es bálsamo de paz!
Yo doy, ángel de paz, por este instante
Todas, todas las horas de mi vida;
Deja, por compasión, que este tu
Dé un ósculo a tu faz!... [amante

Querub de esta ribera,
Suspiro del Señor,
Suelta tu cabellera,
Suéltala por tu amor.
Ese tu hermoso seno
No encubras, vida mía;
Mi paz y mi alegría
Se anidan sólo allí...
Dios te formó en su gozo,
Te coronó de estrellas;
¡Oh Reina de las bellas,
Mira, míralo así!...

¡Así!... clava tus ojos en los míos,
Y tu mano estrechada entre mis manos
Dime también: ¡Oh rey de los huma-
Te adoro hasta morir! [nos,

Vales tú más que el temple de mi ace-
Vale más tu suspiro que la palma, [ro,
Que el lirio del jardín, más que el lu-
Vales más que el vivir. [cero,

¡Oh virgen, con tu velo de alba gasa
Y tus manos más blancas que la nieve,
La lágrima de fuego que me abrasa
Enjuga por piedad!

Que al despuntar la aurora cada día
Me encontrarás soñando con tu gracia,
Diciéndote arrobado: ¡Vida mía,
Yo adoro tu beldad!

Entonces el cristiano alzó la frente
Cual inspirado de un ardor divino...
Y sobre su alazán tan peregrino
Colocara a su virgen inocente...
Ven, la dice, arrancándole en sus bra-
[zos;
Ven lejos de esta tierra desdichada,
¡Tierra de maldición!
Estréchate a mis senos en fuertes lazos;
Tu patria y tu familia no son nada,
¡Es más mi corazón!

Mas el bruto de Arabia corta el viento
Que las naves el mar... Virgen, ¡cuál
[hierve
Mi pecho enamorado de contento!...
Mañana, en el bajel,
Y presto en las orillas de mi patria,
Donde moran mi madre y mis herma-
[nos,
Do el huerto que labrara con mis ma-
Delicioso vergel. [nos,
Pero el infiel celoso va rugiendo
Por entre los follajes de los bosques,
Su caballo oprimiendo;
Y al descubrir el grupo en la llanura
Se desliza infernal cual la serpiente
Al fin de la espesura.

Alá, dice el creyente,
Bendice aqueste acero...
Que dividir yo quiero
A ese hombre de Occidente.
Vil que robó mi amada,
Vil cual el vil gusano,
Arena seca, nada,
Que mi astucia burló.
Yo le di pan y abrigo
No como a humilde esclavo,
Sí como a tierno amigo,
Y él la muerte me dió.

Y al acercarse aleve al castellano,
Preparando el tajante damasquino,
Exclama la beldad... ¡Cristo divino!
Y relinchó fogoso el alazán.
Estrechárase al seno del cristiano
—¡Defiéndeme, ángel mío!—y orgullo-
Alza con gravedad la fuerte mano, [so
Y dividió la frente al musulmán.

Ves, joya de mi vida, Dios nos ama...
Tú eres luz de mis ojos, tú me inspiras
Más que el eco encantado de las liras,
Tú me diste valor.
Corre, corre, alazán, que ese cadáver
Es fétido y horrible... Ya en la orilla
Esperándome están... Pronto Castilla
Admirará mi amor.

Allí de rosa y lirio y de azucena
Yo formaré un albergue delicioso,
Y Dios protegerá nuestros amores,
Que Dios al inocente es bondadoso.

Entrambos oraremos noche día
Del ruiseñor al eco acompañados,
Y verás cómo reina la alegría
En nuestros corazones abrasados.

¡Oh virgen, con tu velo de alba gasa,
Con tu mano más blanca que la nieve,
La lágrima de fuego que me abrasa
Enjuga por piedad!
Que al despuntar la aurora cada día,
Me encontrarás soñando con tu gracia,
Diciéndote arrobado: Vida mía,
Yo adoro tu beldad."

360. SALAS Y QUIROGA, JACINTO DE, *El pecador (A Camilo)*, III, 104-5.

"Adormecido y triste caminaba..."

361. SALAS Y QUIROGA, J[ACINTO] DE, *La maldición. Fragmento imitado del "Manfredo", de Lord Byron*, II, 89-90.

"Si a torrentes desprende ondas de plata..."

362. SALAS Y QUIROGA, JACINTO DE, *La muerte del bravo*, I, 142-44.

"Murió en el campo, al pie de su bandera..."

363. SALAS Y QUIROGA, JACINTO DE, *La mujer*, III, 52-53.

"Una pobre mujer es una esclava..."

364. SALAS Y QUIROGA, JACINTO DE, *La predicción*, II, 243-45.

365. SALAS Y QUIROGA, JACINTO DE, *Una visita a Víctor Hugo*, II, 294-96.

"Era entre la luz y las tinieblas, entre el ser y no ser, hora de meditación y desconsuelo para el que piensa y tiene dolor. El ir y venir de las gentes, el encender de los reverberos, y la luz del día y la noche que en una sola se confundían, daba un aspecto de vida a aquella hora que se parece a la primera de la eternidad como una fragua al infierno. Y luego, entre cielo y tierra, colgaba un espeso tejido de humo y niebla que todo lo cubría; y al andar bajo su masa no parecía sino que iba uno a colocarse allí para imprimir su forma a aquella compacta materia.

Yo lloro cuando el cielo se sonríe; ¿qué haréis cuando el cielo llora?... Engolfado en mis tristísimos pensamientos, que tan joven me tienen que llevar a la tumba, recorría apresuradamente las calles interminables de ese vasto París, que es un mundo enclavado en otro mundo mayor. Ni sabía qué hacer de mí, ni objeto alguno llamaba mi atención, ni casi sabía yo que andaba, que pensaba, que existía. Cruzaba plazas, recorría calles y volvía esquinas, y en ninguna parte buscaba nada, y nada encontraba en parte alguna. Al fin me hallé, sin saber por qué, en una plaza muy concurrida y me paré como cansado. Había enfrente a mí un carruaje abierto y casi lleno de gente; sin inquirir a dónde se dirigía, entré en él, tomé asiento y poco después rodó, llevando en su seno quince personas, que, si todas se parecían a mí, mejor fuera llamarlas quince momias.

Después que hubo pasado un rato, levanté mi sudorosa frente y, al través de los cristales, descubrí, no a larga distancia, iluminado por la luna, un vasto edificio con cúpula de cobre, que relucía como el casco de un gigante. Allí se vende hoy trigo, y en pasados tiempos se dictaban leyes a un extendido imperio. ¡La mansión de Catalina de Médicis es hoy un mercado!...

¡Así será de mí!, exclamé yo entonces con desconsuelo... Ahora estoy cubierto de batistas y sedas; ahora tengo oro y brillantes, como en los ricos manteles, y tengo, sin cesar, la frente encendida. Mañana, mañana, ¿qué será de mí?... Tendré la frente arrugada, estaré cubierto de andrajos, me moriré de hambre y frío, ¡y quién sabe si me contemplaré feliz cuando tenga para comer unas mal compuestas habas sobre una humilde mesa de pino!... Esto pensé, y lanzando un suspiro volví a inclinar la cabeza.

Cesó el movimiento y, arrastrado por mis quince compañeros, descendí del carruaje y me hallé en una bella plaza, y enfrente a mí vi una suntuosa iglesia. Las infinitas columnas del pórtico soberbio, las dos torres de elevación y forma desigual entre sí, las astas que la coronan, y aquella continuidad de líneas sin resalto forman un conjunto dichoso que contemplé con placer y entusiasmo; y si aquellas inmensas puertas no estuviesen cerradas, hubiera contemplado también el altar aislado entre el coro y la nave, y su balaustrada de bronce, y los apóstoles del coro, y las dos conchas marinas que la república de Venecia regaló a Francisco I y sirven hoy de pilas de agua bendita; pero esto último no hizo más que traslucirlo mi imaginación por entre las columnas de dos órdenes del pórtico.

¿Qué hacer allí?... Después de contemplar, mirar con hastío, dejar caer las alas al suelo... Otra vez salía el carruaje que allí me llevara; subí en él y me dejé arrastrar.

Entonces era distinto el rumbo; atravesamos un puente, luego una isla, otro puente después, seguimos una larga calle, y se paró la máquina en una plaza de mal agüero, ¡donde en otros tiempos construyó el genio del despotismo una de esas inmundas jaulas que hasta es blasfemia nombrar! No quise detenerme en lugar de tan horrorosos recuerdos, y después de breve andar, llegué a una plaza con arcadas y casas de regular y simétrica forma, y allí respiré, paseándome con delicia por aquellos sitios tan frecuen-

tados en pasados siglos de magistrados y poetas, y hoy tan desiertos. Y se veían todavía paredes pintadas de ordinarios colores, de amarillo y encarnado, y la puertas de las casas parecían todas de antiguas tabernas. Entre tantos albergues uno había a que yo me dirigí como por instinto. Estaba su puerta abierta y entré, y subí muchas escaleras, y encontré otra puerta cuyo dintel traspasé, y recorrí grandes y sombrías habitaciones, todas solas, todas con cuadros y mesas y millares de adornos, y a la puerta de una me paré asustado como despertando de un letárgico sueño.

Enfrente vi una chimenea encendida que despedía bastante luz para alumbrar la sala y dejarme ver a cada lado de sus columnas un sillón de diversa forma. Era el uno cómodo y hermoso y estaba vacío, y enfrente había otro cuyos calados y elegante forma anunciaban su antiguo origen. En este último estaba sentado... Víctor Hugo.

Parecía el poeta, adormecido y con su largo cabello sobre el rostro, a un noble guerrero vencido y no humillado. Veíanse pasar al través de su frente mil confusos pensamientos y una orgullosa indignación de tener que estar sujeto a penalidades de la vida, a la hambre, al sueño y al dolor. Cuando yo me vi solo con aquel hombre dormido, enfrente de él, sentí dentro de mi alma una noble inspiración, y creí, sin saber por qué, que iba a ser testigo de un gran misterio. Allí bajaría algún ángel, sería tal vez aquélla la hora de la gracia divina, ¡y quién sabe, pensaba yo, si alguna chispa desprendida de aquella frente no vendría a parar a mí! Porque ese genio de alguna parte recibirá su inspiración, porque eso que él dice no es él, no es cosa humana.. ¡Quizá lo sueña!... ¡Si soñará alto!...

Y me puse a escuchar con atención inmensa; como si cada uno de mis poros fuese un oído, me tuve inmóvil. Pero no oí más que el chasquido del fuego y el caer de algún tizón.

Agitado fuertemente, arrebatado por un genio que sin duda alguna allí presidía, me alzaba yo de mi asiento y quería a toda fuerza saber qué discurría el poeta cuya frente se encendía de más en más. Al fin, como fuera de mí, dije en voz alta:

—Daría por saber lo que piensa...

—¿Qué daría usted, joven oriental? —preguntó Hugo, despertando.

—Desde un día de mi vida, que es lo que menos amo, hasta mi nombre de español, que es lo que tengo en más estima; cualquier cosa, todo.

—¡Qué entusiastas son los españoles!... Más barato daré a usted ese gusto... Pensaba o, por mejor decir, quería adivinar el extraño pensamiento que tuvo el Criador al reunir en un siglo tantos siglos, al arrojar sobre un mismo terreno hombres de tan extrañas condiciones y gustos que parecen, unos, pertenecer al siglo XII o XV, y otros, al XXX o XL.

—Cosa es ésa—dije yo—en que también he pensado infinidad de veces.

—¿Y qué, qué—dijo con precipitación el poeta, qué es lo que ha adivinado usted por fin?

—Adivinar, no adiviné nada; pero he adoptado una creencia.

—¿Y cuál es?—preguntó con extraña curiosidad.

—Yo creo — dije — que queriendo Dios dar a los hombres de este siglo, que son los verdaderos dueños del mundo, una muestra de los moradores del cielo y del infierno, arrojó a la tierra a esos hombres de los siglos que han de ser, como muestra de los ángeles, y a los de pasados bárbaros tiempos, como señal de los espíritus malos.

—¡Qué entusiastas son los españoles!—exclamó de nuevo Hugo y fijó su vista en el fuego y permaneció mudo. Después de un rato, "puede ser", dijo, y se volvió a mí: —Estoy decidido; voy a pasar dos años a España; a Madrid, no, porque Madrid es muy nuevo y prosaico. Iré a Burgos, a Córdoba, a Toledo. Allí se vive mejor, en medio de ruinas y de hermosos recuerdos, desconocido de todo menos de los monumentos, sin que nadie lo señale a uno con el dedo como en este novelero París, diciendo: "¡Ahí va!"

Al pronunciar estas palabras, se divisaban ya en las inmediatas habitaciones oscilantes luces, y poco después entró en aquella en que estábamos el poeta y yo, la linda esposa de Hugo, acompañada de dos niñas y de varios

jóvenes amigos de la casa. El poeta, que es padre y entusiasta, corrió precipitadamente a besar a sus hijas, y con una de ellas, como de ocho años, se fué al más apartado rincón de la sala, donde permaneció sin hacer caso del resto de la sociedad. Yo tenía los ojos fijos en la desigual pareja; pero, por buen parecer, me quedé con los recién entrados, todos jóvenes literatos muy distinguidos; la conversación, sin embargo, por una causa que no me es lícito decir, era lánguida y fría, y después de luchar largo rato con mi indómito carácter, me levanté y fuí a colocarme junto al poeta y su hija. Estaba aquél refiriendo, al parecer, una anécdota, y la niña le escuchaba con atención increíble. Ninguno de los dos echó de ver que un tercero los escuchaba. Cuando yo llegué, estaba el cuento muy adelantado, y todo lo que pude yo oír es lo que voy a relatar:

"El hombre, sin cuidarse de quejidos, agarró por la cabellera a la moribunda y, echándosela a la espalda, dirigió sus pasos hacia el huerto. Había muchas escaleras y pesaba demasiado la muerta; y así, luego que se cansó, la arrojó al suelo y, cogiéndola por la madeja de su pelo, siguió su camino. Las ropas se desgarraban, las plantas se despedazaban, y ensangrentada quedaba la tierra y desfigurado el cadáver. Entonces cruzó un relámpago, y dijo el hombre: "Buen sitio es éste." Cogió su azada, hizo un foso y arrojó allí a su víctima, y dijo luego: "En esa cama no tengo miedo que lo recibas", y se cayó al pie de un árbol. Hacía frío y una negrura de infierno, y los buitres cargaron sobre él y clavaron sus picos en su carne. Retorcía el hombre sus brazos, rechinaban sus dientes y los buitres se divertían con él.—A la mañana siguiente, cuando las gentes de la casa fueron al huerto, hallaron un cadáver en un foso, y los huesos de un hombre debajo de una encina."

La niña quería que su padre le contase más historietas; pero el poeta se levantó y, restregando mil veces sus ojos, exclamó en muy alta voz: "Triste cosa, señores, es tener ojos y no poder hacer uso de ellos." Entonces, uno de los jóvenes que allí había se le acercó y le dijo: "Vamos." Entrambos se dirigieron hacia otra habitación y, arrastrado por secreto talismán, los seguí yo. Entraron en un cuarto de estudio y el joven se sentó en la silla que estaba ante la mesa, y Hugo en un sillón al lado opuesto, desde donde ni veía plumas ni quien las moviese. Puso la mano en la frente y, como si los recitase, dictó unos hermosísimos versos, llenos de bellas imágenes, de poesía y ternura. Se enternecía a veces con extremo, otras se agitaba, y cuando hubo concluído la inspiración, se levantó, tomó el papel, lo leyó con enternecimiento y por una puerta interior desapareció. El joven que acababa de servir de amanuense y yo salimos de allí con desconsuelo; volvimos a la sala de la chimenea...; ya estaba sola. La casa entera recorrimos, y todo estaba desierto y mudo; ... poco tiempo después me hallaba yo, lleno de dolor y amargura, como despertando de un letárgico sueño, en la Plaza Real, a la puerta de la casa de Víctor Hugo."

366. SALAS Y QUIROGA, JACINTO DE, *Una escena de Alen-Ferrando, drama original*, III, 128-30.

367. SANTA *Isabel, reina de Hungría, por Murillo*, II, 4-5.

368. SEGOVIA, A[NTONIO] M[ARÍA], *Comunicado*, I, 299.

Defiende su crítica de *Incertidumbre y Amor*, de Ochoa.

369. T. E., *Noticias de poetas dramáticos ingleses. El general Bourgoyne*, III, 78-82.

Puede tratarse de Eugenio de Tapia, que ya había residido en Inglaterra.

370. T. O., *Comunicado*, III, 20-22.

Mal estado de los monumentos artísticos de Zaragoza. Entre los posibles autores de este escrito ha de con-

tarse Teodoro Ochoa de Alda, escribano del Tribunal de la Real Corte de Navarra, que publicó algunas obras históricas. (V. Cejador, *Literatura*, VIII, 364.)

371. TEATRO *de la Cruz. Función extraordinaria a beneficio del Sr. García Luna*, I, 82-83.

372. TEATRO *de la Cruz. Función del jueves 22*, II, 204.

Se inserta un soneto de Roca de Togores: *Isabel Primera y Cristina*, y una letrilla de Bretón de carácter anticlerical y antiabsolutista.

373. TEATROS, II, 252.

Estreno del juguete dramático *Otro diablo predicador o el Liberal por fuerza*. Representación de *Norma*, de Bellini, por los alumnos del Conservatorio de Música.

374. TEATROS, II, 299-300.

Representación de *Clotilde*, traducido del francés, y de *Don Crisanto o la Políticomanía*, comedia original.

375. TODO *es farsa en este mundo*, I, 240.

"Antes de pasar adelante, suplicamos a nuestros lectores que nos disculpen si son tan cortos nuestros artículos de teatros. Cuando hablamos de una pieza, ya hace días que la han analizado todos los demás periódicos; y muchas veces, siendo nuestra opinión conforme a la suya, nos hallamos sin poder decir nada nuevo. En ese caso estamos ahora; todos han alabado la comedia de que tratamos; el público la ha aplaudido con justicia; los actores han recibido los elogios que merecían; ¿qué puede añadir el *Artista*? Sólo una cosa dirá en desagravio de sus doctrinas literarias. El personaje *(Don Faustino)* a quien llaman *Romántico* en la comedia, no es *Romántico:* D. Faustino es un tonto de capirote y nada más; es lo que se llama en buen castellano un solemne majadero.

Y este carácter quiso darle el autor, seguramente, pues no le hacemos la injusticia de colocarle entre aquellos que creen posible en el día, existiendo las obras de Byron, Lamartine y Víctor Hugo, ridiculizar el verdadero romanticismo. Pero como para muchos espectadores las cosas no son más que lo que aparecen a primera vista, hubiéramos deseado que el autor hubiera insistido más en probar que D. Faustino, con su voz sepulcral, su cabello a la Perinet-Leclercq y sus endecasílabos cavernosos, no es más que un pobre mentecato, que nunca debió habérsela pegado a una mujer de tanto mundo como D.ª Vicenta. Inútil será decir que hay mucha diferencia entre un individuo de esta calaña, y lo que la razón y el sano juicio entienden por un *Romántico*.

En todo lo demás, sólo tenemos elegios, y elogios muy sinceros, que tributar al autor de esta comedia: facilidad inaudita en la versificación, gracia y viveza en el diálogo, situaciones sumamente cómicas, son en este drama datos que revelan desde las primeras escenas al autor de *Marcela*. Después de una excursión poco favorecida de la fortuna, ha vuelto éste por fin a colocarse en su antiguo terreno: en él muy difícil es que deje de recoger aplausos y laureles; sean cualesquiera las opiniones literarias del Sr. Bretón, a pocas personas regocijarán tan de veras los triunfos de este poeta como a los Editores del *Artista*."

376. TRABAJO *y paciencia mal empleados*, I, 227-28.

377. TRATADO *de mecánica práctica y economía política, traducido del inglés por José Díez Imbrechts*.

378. TRATADO *de perspectiva lineal, por don Manuel Rodríguez. Madrid, Ibarra*, 1834, I, 48.

379. TROVADOR *(El)*, III, 119-20.

380. U., [*Muerte del pintor José Rivelles*], I, 180.

381. U[SOZ] Y R[ÍO], L[UIS] DE, *Al vino*, II, 208.

"Por vez hoy primera, mis penas amargas..."

382. U[SOZ] Y R[ÍO], L[UIS] DE, *¿Bajo qué sistema de gobierno prosperan más las Bellas Artes? Estado de éstas entre los antiguos y su carácter*, II, 73-77 y 85-88.

383. U[SOZ] Y R[ÍO], L[UIS] DE, *Galería de Ingenios Contemporáneos. Don José Rivelles y Helip*, III, 37-39.

384. U[SOZ] Y R[ÍO], L[UIS] DE, *Pompeya*, II, 289-93.

385. U[SOZ] Y R[ÍO], L[UIS] DE, [*Respuesta al comentario del "Correo de las Damas", número 45, de 7-XII, a uno de sus artículos sobre sinónimos*], II, 298.

386. U[SOZ] Y R[ÍO], L[UIS] DE, [*Sinónimos castellanos*]:

1. Profesión, Arte, Oficio; Profesor, Artista, Menestral (I, 178-80).
2.° Gente, Pueblo, Plebe; Hipocresía, Impostura, Terror, Espanto; Temor, Miedo (II, 140-43).
3.° Astuto, Sagaz, Taimado; Modestia, Moderación, Templanza; Modestia, Decencia, Recato, Compostura, Pudor (II, 205-8).
4.° Bravura, Esfuerzo, Valor; Lisonjearse, Confiarse; Astrología, Astronomía; Extremidad, Extremo; Acabar, Terminar, Concluir. Lista de palabras que deberían incluirse en el Diccionario de la Academia (II, 229-32)
5.° Espacio, Distancia, Intervalo, Intersticio; Lascivo, Lúbrico, Lujurioso; Acordar, Conceder; Altivez, Altanería, Soberbia (II, 256-62).

Artículos citados por el Conde de la Viñaza en su *Biblioteca histórica de la Filología castellana*. Madrid, 1893, número 1.103.

387. U[SOZ] Y R[ÍO], L[UIS] DE, *Talía Española, o colección de dramas del antiguo Teatro Español, ordenada y recopilada por D. Agustín Durán*, I, 34-35.

388. V. A. C., LICENCIADO, *La miseria de la vida humana*, III, 72.

"El hombre nace; y el primer vagido..."

— V. DE C. (V. CARDERERA).

389. VARIEDADES, I, 71-72.

Atención suscitada por el actor jubilado Joaquín Caprara en la representación del detestable drama *Fenelón o las Religiones de Cambrai*.

Quedarán en el teatro del Príncipe los hermanos J. y F. Romea, el primero de los cuales es digno de todo elogio.

Se asegura que será jubilada la actriz Antera Baus. Ya es hora.

Singularidad de que haya celebrado su beneficio con dos traducciones de piezas francesas.

Continúan los bailes de máscaras en los teatros y en el café de Santa Catalina, en la Fontana de Oro, etc.

El mal olor de las candilejas del teatro del Príncipe durante las representaciones de la ópera *Guillermo Tell*.

Nota sobre la Puerta del Sol de Toledo, representada en una estampa de este número.

Parece que se ensaya la comedia

anónima *El diablo predicador* para el beneficio de Guzmán.

En la Exposición de París del año pasado presentó Villeroi una prensa litográfica, que llama "Typolithografica", con la que se asegura que se pueden tirar mil ejemplares por hora de cualquier dibujo.

Increíbles progresos del grabado en madera en Francia e Inglaterra en los últimos años.

"Se asegura que el Sr. Blanchard está pintando las decoraciones que se han de estrenar muy en breve en un drama en cinco jornadas de uno de nuestros poetas más acreditados. Su título es, si no nos equivocamos, *Don Alvaro o la fuerza del sino*. No creemos inútil decir que este drama está compuesto en el sentido de las modernas doctrinas literarias; ni podemos menos de dar el parabién a la empresa por haber recibido en su repertorio una obra original española. Es una circunstancia que se presenta con tan poca frecuencia, que sería una injusticia no hacer mención de ella."

390. VARIEDADES, I, 108.

Ansia general de diversiones: Conveniencia de que funcionen los teatros en Cuaresma.

Está concluída y expuesta al público en Roma la estatua de Cervantes, ejecutada por Solá.

Por un accidente imprevisto, este número sólo contiene una estampa.

391. VARIEDADES, I, 132.

"Triste situación de los pensionados españoles en Roma. Allí se encuentra, como director de la Academia Francesa, el pintor Ingres, autor de un retrato de Federico de Madrazo. El escultor Antonio Solá, director de dichos pensionados, está terminando un grupo en mármol, que representa una escena de la degollación de los Inocentes, por encargo del infante don Sebastián.

El beneficio del actor Latorre y la costumbre de recurrir a obras francesas para estas funciones.

"El próximo domingo se dará la primera representación de *Don Alvaro o la fuerza del sino*."

392. VARIEDADES, II, 12.

En vez de colocar la estatua de Cervantes sobre el pedestal cuyo dibujo envió de Roma Solá, se está erigiendo otro "pasablemente malo".—Se anuncia el estreno de *Lucrecia Borja* (y no Borgia).—Rumores sobre que Matilde Díez abandona el teatro.—Opiniones de algunos pintores de la Corte sobre el modo de hacer cuadros.

393. VARIEDADES, II, 119-20.

En la proxima semana se pondrá a la venta el primer tomo de *El espíritu del siglo*, de F. Martínez de la Rosa.—En la librería extranjera de Denné y Compañía estará abierta la suscripción a la obra *Resumen analítico del sistema del Dr. Gall sobre las facultades del hombre y funciones del cerebro, vulgarmente llamado craneoscopia*, traducido y recopilado por una sociedad de naturalistas y literatos de esta Corte.—Proyecto de erigir un monumento gigantesco a Shakespeare, cerca de la desembocadura del Támesis.—Objetos de Napoleón conservados en la Galería que posee en Munich el Duque Leuchtemberg.—Hallazgo de una medalla gala de oro en las cercanías de Valenciennes.—Diferentes opiniones de los periodistas de Madrid y de París acerca de *Angelo, Tirano de Padua*, de V. Hugo.—Adquisición por el Rey Luis Felipe de varios cartones y croquis de David, y de varios cuadros de Murillo procedentes de la galería del Mariscal Soult, para el Museo del Louvre.—Frasco para perfumes en porcelana de la China, descubierto por Rossellini, de Florencia, en un sepulcro del tiempo de los Faraones.—Suscripción abierta en Burdeos para erigir dos estatuas a Montaigne y Montesquieu, según modelos de Maggesi.—Construcción de un salón de conciertos en París.

394. VARIEDADES, II, 144.

Novedades teatrales: *Ricardo Durlington* y la *Muda de Portici*.—Próxima

visita de Alejandro Dumas a Madrid.—Se prepara la Exposición de Pintura y Escultura en la Academia de San Fernando.—Los coscorrones que el personaje Ricardo Darlington da a Matilde Díez.—Bulas descubiertas en un granero de la Biblioteca Municipal de Cambray.—Hallazgo de un arabesco de Pedro Vanucci, "el Perugino", en la Pieve.—El drama *Don Juan de Austria*, de Casimiro de la Vigne.—Se ensaya en Madrid una nueva ópera de Meyerbeer.

395. VARIEDADES, II, 228.

Representación en Madrid de traducciones de *El marido de mi mujer* y *El padrino por la fuerza*.—Víctor Hugo ha publicado *Cánticos del crepúsculo*.—Estreno en París del drama *Don Juan de Austria*, de Casimir Delavigne.—Suscripción iniciada en Perigueux para erigir dos estatuas a Montaigne y Fenelón.—Se trata de levantar otra a Beethoven en Bonn; la junta nombrada al efecto está presidida por Augusto Guillermo Schlegel.

396. VARIEDADES, II, 312.

Proyecto de representar la ópera *Roberto el Diablo*, de Meyerbeer.—Formación de museos provinciales de Pintura y Escultura.—Aviso humorístico a los asistentes a los bailes de máscaras.

397. VARIEDADES, III, 36.

Conveniencia de que se introduzca en España la costumbre francesa de regalar en ciertos días objetos que revelan ilustración y delicadeza, y no manjares.—Falta de novedades teatrales.—El mono Mr. Ratel, que actúa en el Circo Olímpico, y otros artistas destacados del mismo.

398. VEGA, VENTURA DE LA, *La Agitación*, II, 55-56.

"Imposible arrancar del alma mía..."

En sus *Obras poéticas*, París, 1866, pág. 566.

399. VEGA, VENTURA DE LA, *Orillas del Pisa*, I, 291-92.

"¡Qué calor!..., sudando llego..."

En dicha obra, pág. 562; en el *Florilegio* de Valera, II, pág. 75, etc.

400. VEGA, VENTURA DE LA, *Teatros*, I, 275-76.

"La semana empezó felizmente. El público saludó con justos aplausos al nuevo ingenio, aparecido en la escena con tan bella recomendación como es el drama en dos actos, titulado *Incertidumbre y amor*. Mucho acierto en su combinación dramática; caracteres bien bosquejados, aunque poco desenvueltos por no permitirlo el corto espacio de dos actos, que la infundada timidez del autor no ha osado ensanchar; sales felicísimas; versificación deliciosa, fácil; diálogos vivos, y cierto tono de buena sociedad, desterrado de la escena por *Moratín*, para sustituirle las pilladas de *D. Claudio* y los ungüentos de *D. Roque:* he aquí las dotes con que se lanza a la carrera dramática el joven D. Eugenio de Ochoa. Ya las columnas de este periódico han dado lugar a sus hermosos versos, y nuestros lectores han simpatizado con el canto melancólico del poeta; pero el teatro le abre sus puertas, y alentado con la lisonjera acogida que acaba de merecer, tenemos derecho a esperar que, depuesta la desconfianza, suelte el vuelo a su imaginación y presente en la escena cuadros de mayores dimensiones, de tantos con que brinda nuestra fecunda historia. En cuanto a la ejecución, la Sra. Matilde Díez cogió un nuevo laurel en el papel de *Luisa:* su exquisita sensibilidad, expresada por aquel órgano encantador, penetraba hasta lo más hondo del alma; y algún joven guerrero que acaba de ver impávido correr a los golpes de su sable la sangre rebelde en los campos de Navarra, sintió deslizarse por su mejilla alguna lágrima, oyendo desde su luneta los mágicos acentos de la joven actriz. ¡Plegue a Dios que estos elogios que la prodigamos, justos sin duda, no se conviertan en daño suyo y nuestro!

Sírvanla sólo para decir con aquel sabio: "Nada creo haber hecho mientras me quede algo que hacer." El Sr. J. Romea crece en talento por instantes: en cada nuevo papel nos parece mejor actor; expresó con suma maestría el carácter débil, indeciso, de *Ernesto*, hizo sentir, sin declamación, la armonía de los lindos versos de su papel, y juraríamos que, al oírselos recitar, cualquiera diría que los sabe hacer. Tenemos vivos deseos (y sea dicho *al paño)* de que riña algunos días con su pantalón *garans*. El Sr. Pacheco no ha sido tan amable como de costumbre: hemos creído vislumbrar que ha intentado dar color a su papel, y no puede negarse que tuvo algún momento de acierto. La Sra. Lamadrid nos pareció bien; hizo con naturalidad su papel.

La entrada fué muy corta; el público que no asistió a la primera representación de un drama original de un ingenio nuevo, al paso que se queja de que sólo se hacen traducciones de *Scribe*, acudió con ansia dos días después a ver un titiritero tirar bolas con una mano y cogerlas con otra. Esta apatía, esta indiferencia desanima a los jóvenes autores. Silbe el público el drama que no agrade; sílbelo en buena hora, esto estimula lejos de desalentar, pero no deje desiertos los bancos cuando se le anuncia una obra nueva.

En el teatro del Príncipe se ha vuelto a poner en escena la *Expiación*, y ha desempeñado el papel de *Morazzi* un actor nuevo. Su figura es agradable; su fisonomía, muy buena; su voz, excelente. De su talento artístico no podemos juzgar, porque el papel que ha hecho es de rutina, pero nos atrevemos a pronosticar que puede ser algo con el tiempo."

401. VIDA ES SUEÑO (LA), I, 48.

Sobre una representación de la obra de Calderón.

402. ZARAGOZA, J. F. DE, *A mi amada*, III, 23-24.

"Desde aquel punto que el Señor del mundo..."

403. ZORRILLA MORAL, JOSÉ, *A una joven*, II, 185-87.

"Yo adoro la hermosura..."

404. Z[ORRILLA] M[ORAL], J[OSÉ], *Amor del poeta*, III, 67-69.

"¡Catalina! encantadora."

Esta poesía y la anterior, aparecen refundidos, junto con otros cantos y bajo el título común de *Fragmentos a Catalina*, en las *Obras completas*, ed. N. Alonso Cortés, Valladolid, 1943, I, 42. *(V. la nota núm. 5)*.

405. ZORRILLA MORAL, JOSÉ, *Canto de Elvira*, II, 112-13.

"Con furia en los bosques luchaban los vientos..."

En *Obras completas*, I, 54-56, con el título *Elvira*.

406. ZORRILLA] M[ORAL], J[OSÉ], *El contrabandista*, III, 100.

"Subiendo la negra roca..."

En *Obras completas*, II, 614-15.

407. ZORRILLA [MORAL], JOSÉ, *El Trovador*, II, 155-56.

"De un elevado castillo..."

En *Obras completas*, II, 613-14.

408. ZORRILLA MORAL, JOSÉ, *La mujer negra o Una antigua capilla de templarios*, II, 103-107.

En *Obras completas*, II, 212-15.

ESTAMPAS *

I. A[BRIAL], J[OSÉ], *Chica a nuestra salú*, II, 120.
En el índice se titula "Escena popular".

II. A[BRIAL], J[OSÉ], *Fernando de Herrera*, I, 274.
III. A[BRIAL], J[OSÉ], *Fuente de la Alcachofa (Madrid)*, II, 60.
IV. A[BRIAL], J[OSÉ], *Real Museo de Pintura de Madrid*, I, 60.
V. A[BRIAL], J[OSÉ], *Real Observatorio de Madrid*, I, 144.
VI. ARANDA, F.°, *Catedral de Granada*, II, 264.
VII. ARANDA, F., *"Daba el Arriero a Sancho, Sancho a la Moza, la Moza a él, el Ventero a la Moza." (Don Quijote*, , parte 1.ª, cap. XVI), II, 216.
VIII. ARANDA, F.°, *Hospital de la Latina (Madrid)*, II, 264.
IX. ARANDA, F.°, *Patio de una casa árabe en el Albaicín, de Granada*, II, 204.
X. ARANDA, F.°, *Puerta Bib-Arrambla en Granada*, II, 132.
XI. A[SSELINEAU], *Insula Barataria*, I, 96.
V. Carderera lo pintó del natural. Asselineau lo litografió.

XII. A[SSELINEAU], *Puerta del Sol, en Toledo*, I, 72.
XIII. B[LANCHARD], F[ARAMUNDO], *Antaño*, II, 108.
XIV. B[LANCHARD], F[ARAMUNDO], *El Castillo del Espectro*, I, 17.
XV. B[LANCHARD], F[ARAMUNDO], *El Pescador*, I, 4.
XVI. BLANCHARD, FARAMUNDO, *Un trovador*, I, 210.
XVII. CAPRICHO (UN), III, 60.
XVIII. DON *José Rivelles*, III, 36.
XIX. F[EILLET], ELENA, *El Monasterio*, II, 20.

---

* Carecen de numeración y citamos la página a la que, por lo general, siguen. Además de estas estampas y dibujos, hay buen número de viñetas, varias de las cuales reproducimos en diferentes lugares de esta obra.

XX. F[EILLET], ELENA, *Y va el Capitán Pirata—Cantando alegre en la popa.—Asia a un lado, al otro Europa.—Allá a su frente Stambul*, I, 42.

XXI. F[EILLET], ELENA, *Interior del harén*, I, 182.

XXII. F[EILLET], ELENA, *Un griego*, I, 124.

XXIII. F[EILLET], ELENA, *Una madre*, I, 100.

XXIV. J. B., *Portada*, II, 1.

XXV. J. G. A., *La lealtad*, II, 60.

XXVI. L. M., *Resultados del nuevo método de que se hace mención en este número de "El Artista"*, II, 248.

En el índice: "Contornos de Cabezas".

XXVII. MADRAZO, F[EDERICO], *¡Adiós!*, II, 84.

XXVIII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *¡Ah, ingrata Filis!*, II, 156.

XXIX. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Baco, Vulcano y Marsias. Pintura de un vaso etrusco*, II, 84.

XXX. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Cervantes. Estatua semicolosal en bronce del escultor Don Antonio Solá, que se ha de colocar en la Plaza del Estamento de Procuradores*, I, 204.

XXXI. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Diego García de Paredes*, II, 264.

XXXII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Alberto Lista*, II, 300.

XXXIII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Angel de Saavedra, Duque de Rivas*, I, 174.

XXXIV. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Antonio García Gutiérrez*, III, 120.

XXXV. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Custodio Teodoro Moreno*, III, 150.

XXXVI. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Francisco Martínez de la Rosa*, I, 156.

XXXVII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Isidro González Velázquez*, III, 2.

XXXVIII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don José de Madrazo*, II, 306.

XXXIX. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Juan Miguel de Inclán*, III, 148.

XL. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Juan Nicasio Gallego*, I, 192.

XLI. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Manuel Bretón de los Herreros*, II, 1.

XLII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Ramón Carnicer*, III, 154.

XLIII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Santiago de Masarnáu*, III, 132.

XLIV. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Telesforo de Trueba Cosío*, I, 254.

XLV. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Don Vicente López*, II, 276.

XLVI. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Doña Concepción Rodríguez*, II, 192.
XLVII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *El Pastor Clasiquino*, I, 250.
XLVIII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Estatua de Memnon*, II, 72.
XLIX. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Goya. Don V. López lo pintó*, II, 252.
L. M[ADRAZO], F[EDERICO], *La agitación*, II, 54.
LI. M[ADRAZO], F[EDERICO], *La Anunciación de Nuestra Señora. Bajorrelieve de Don Alonso de Berruguete (Toledo)*, II, 100.
LII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *La constante cordobesa*, III, 92.
LIII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *La fantasma*, III, 24.
LIV. M[ADRAZO], F[EDERICO], *La pesadilla*, III, 72.
LV. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Lo que ha sido y lo que es*, II, 204.
LVI. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Los dos Artistas*, I, 280.
LVII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Ogaño*, II, 108.
LVIII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Quintana*, II, 36.
LIX. M[ADRAZO], F[EDERICO], *R.° del Cid*, I, 310.
LX. M[ADRAZO], FEDERICO, *Separación*, I, 78.
LXI. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Stephen*, I, 234.
LXII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Stephen*, I, 263.
LXIII. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Toribio*, II, 22.
LXIV. M[ADRAZO]. F[EDERICO], *Ulises y Penélope*, II, 84.
LXV. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Un romántico*, I, 36.
LXVI. M[ADRAZO], F[EDERICO], *Velázquez*, I, 6.
LXVII. M[ADRAZO], F[EDERICO]. *Villanueva* (Goya lo pintó), I, 134.
LXVIII. MÁQUINA *para subir a la mina de Rathhansberg, en el Salzburg (copiado del dibujo original de D. J. Ezquerra)*, III, 66.
LXIX. MORALES DE C., J., *Ercilla*, I, 298.
LXX. MORALES DE C., J., *Frey Lope Félix de Vega Carpio*, II, 160.
LXXI. PALMAROLI, C[AYETANO], *Artista del siglo XV*, I, 226.
LXXII. PALMAROLI, C[AYETANO], *Calderón*, I, 48.
LXXIII. PALMAROLI, C[AYETANO], *Don José Alvarez* (J. de Ribera lo pintó), I, 120.
LXXIV. P[ALMAROLI], C[AYETANO], *Juan de Herrera*, I, 30.
LXXV. PROYECTO *de cenotafio a la memoria de Jovellanos*, II, 168.
LXXVI. PROYECTO *de cenotafio a la memoria del poeta Meléndez*, II, 132.
LXXVII. R[IBERA], C[ARLOS LUIS DE], *Calaveradas de muchacho!!!*, I, 72.

LXXVIII. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *"Colgó la Cañizares el candil de la pared."* (Cervantes, *Los perros...)*, III,108.

LXXIX. RIBERA, C[ARLOS] L[UIS DE], *Don Esteban de Agreda*, III, 142.

LXXX. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *Don Juan de Ribera*, III, 24.

LXXXI. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *Don Quixote*, III, 96.

LXXXII. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *"E lá mi aparve, si com'egri appare, etc."* (Dante, *Purgatorio*, canto 28), II, 240.

LXXXIII. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *El bulto vestido del negro capuz*, I, 208.

LXXXIV. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *El caballero de Olmedo*, I, 112.

LXXXV. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *Escena pavuna*, II, 312.

LXXXVI. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *La muerte del abad*, II, 30.

LXXXVII. R[IBERA], C[ARLOS LUIS DE], *Lectura interesante*, I, 180.

LXXXVIII. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *Luisa*, II, 40.

LXXXIX. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *Murillo*, I, 166.

XC. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *Portada*, I.

XCI. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *Ramiro*, I, 292.

XCII. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *Rinconete y Cortadillo* (Cervantes), III, 120.

XCIII. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *Rui-Velázquez (El moro Expósito, romance nono)*, I, 228.

XCIV. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *"Y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos miró los que el ruido hacían" (Don Quijote*, parte 3.ª, capítulo XXVIII), II, 156.

XCV. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *Yago Yack*, III, 44.

XCVI. R[IBERA], C[ARLOS] L[UIS DE], *Yago Yack, o La fantasma*, III, 30.

XCVII. SEPULCRO, II, 188.

ÍNDICES AUXILIARES

A) PERSONAS

A, **1.**
Abrial, José, **I-V.**
Aces y Pérez, Juan de, 10.
Acuña, Cosme de, 59.
Addison, 296.
Agreda, Esteban de, 265, LXXVIII.
Aguilera, Gaspar, 21.
Alba, Duquesa de, 57.
Alcaide, M., **3.**
Alcalá Galiano, Antonio, 21.
Alegría, 294.
Alfieri, V., 130.
Alighieri, Dante, 76, 272, 308, LXXXI.
Alonso (arquitecto), 157.
Alonso, Juan Bautista, 298.
Alonso Cortés, Narciso, 404-8.
Alvarez, José, 251, 272, LXXII.
Alvarez de Villasandino, A., 168.
Anacreonte, 130.
Apezechea, Fermín Antonio de, 208.
Arago, 162, 272.
Aranda, Conde de, 130.
Aranda, F., **VI-X.**
Arce, Ramón de, 4.
Arias (actor), 282.
Arias (arquitecto), 157.
Arienti, 138.
Aristóteles, 76, 92, 93, 214, 243, 244, 308.
Arquímedes, 272.
Arratia y Angulo, María, 59.
Arriala, Ramón de, 17.
Arrieta, 57.
Arselineau, **XI-XII.**
Azara, José Nicolás de, 57.
Azlor, Marcelino, **27-30.**

Baco, XXIX.
Balzac, H., 294.
Bartolomé, San, 162.
Baus, Antera, 389.
Baus, Teresa, 97.
Beatriz de Portugal; 168.
Beaumont, Francisco, 233.
Beethoven, 272, 395.
Belmonte Bermúdez, L., 68.
Bellini, Vicente, 36, 138, 162, 178, 373.
Beranger, 272, 296.
Bercelio, 272.
Berlanga, C. R. de, **37.**
Bermúdez de Castro, José, **38-44.**
Berruguete, Alonso, 173, LI.
Biot, 272.
Blanca, reina de Castilla, (Doña), 243.
Blanco García, F., 40.
Blanchard, Faramundo, 348, 389, **XIII-XVI.**
Bohl de Faber, Cecilia, **48.**
Boileau, 76, 243, 244, 308.
Bolívar, Simón, 106.
Bourgoyne, 369.
Bover de Roselló, Joaquín M.ª, **49-50.**
Boxeras, José, 162.
Bretón de los Herreros, Manuel, **51,** 100, 268, 288, 302, 306, 372, 375, XLI.
Brunet, 130.
Buloff, 234.
Byron, **52,** 214, 272, 361, 375.

Calderón de la Barca, P., 16, 76, 93, 244, 272, 308, 401, LXXI.
Calvo de Rozas, Ramón, 59.
Campomanes, 130.
Canga Argüelles, José, 59.
Caniggia, Carlos, 101.
Canova, Antonio, 272.
Cañizares, José de, 76.
Caprara, Joaquín, 389.
Carderera, Valentín, **55-61.**
Carlos II, 244.
Carlos IV, 57.
Carnicer, Ramón, 269, XLII.

Carnicero, Antonio, 130.
Caro, Ana, 68.
Caro, Rodrigo, 230.
Carreño de Miranda, Juan, 57.
Casajús, María Candelaria, 136.
Castaños, Francisco Javier, 59.
Castro y Orozco, José de, **63-64.**
Ceán-Bermúdez, Juan Agustín, **65.**
Cejador y Frauca, J., 370.
Cellini, Benvenuto, 57.
Cerda, Mencía de la, 157.
Cerdá y Rico, F., 130.
Cervantes Saavedra, M. de, 65, 82, 130, 140, 240, 259, 282, 308, 333, 390, 392, VII, XI, XXX, LXXVII, LXXX, XCI, XCIII.
Céspedes y Meneses, G. de, 71, LII.
Cevallos, Marqués de, 21.
Cevallos, Pedro, 59.
Cicerón, 272.
Clonard, Conde de, 227.
Colom y Colom, Juan, **68.**
Colón (jurisconsulto), 130.
Colón de Colón, N., 230.
Collín, 296.
Conca, Sebastián, 57.
Corneille, 76, 244.
Cortés, Fernando, 157.
Cortona, Pedro de, 57.
Covert Spring, José Andrés, 7.
Grabbe, 76.
Gramer, 162.
Cromwell, 157.
Cruz (Viuda de), 138.
Cruz, José M.ª, 196.
Cubas, Pedro, 31, 98.
Cueto, Leopoldo Augusto de, **75-76.**
Cueva, Juan de la, 68.
Cunnigham, Allan, 125.
Curioso Parlante, El. (V. *Mesonero Romanos.)*
Chateaubriand, 9, 157, 272.
Chinchón (Conde de), 57.

Dauzats, Adriano, 35.
David, 59, 393.
Delavigne, Casimir, 131, 287, 302, 394-95.
Demóstenes, 272.
Díaz de Vivar, Rodrigo, 279, 308.
Didot, 130.
Díez Imbrechts, José, 377.
Díez, Matilde, 92, 97, 98, 392, 394, 400.
Doncel, Carlos, 17.
Donizzeti, Cayetano, 142.
Dragonetti, 162.
Ducange, (C. Dufresne, Señor de), 76.
Dumas, Alejandro, 43, **79,** 76, 131, 214, 225, 394.
Durán, Agustín, 16, 387.
Durero, Alberto, 54, 244.

E. B. D. B., **81.**
Enrique de Guzmán, Feliciana, 68.
Ercilla, Alonso de, 250, LXVIII.
Escosura, Jerónimo de la, 73.
Escosura, Patricio de la, 6, 11, 12, **89,** 294, LXXXII.
Espronceda, José de, **90-98.**
Etienne, Víctor J., 296.
Euclides, 272.
Ewart, 235.
Ezquerra, Joaquín, **102-103,** XCVI.

F. H. C., **104,** 247.
F. V. M., **105.**
Faraday, Miguel, 162.
Farmer, Th., **106.**
Feillet, Elena, 14, 326, **XIX-XXIII.**
Felice, Fortunato B. de, 10.
Felipe II, 157, 294.
Felipe III, 210.
Felipe IV, 59, 230.
Fenelón, 395.
Feria, Duque de, 80.
Fernández de Moratín, L., 57, 76, 225, 400.
Fernando VII, 59.
Ferro, Gregorio, 59.
Ferry, 57.
Figuera, Roque de, 282.
Fletcher, Juan, 233.
Florán, Eugenio, **107.**
Flores, 130.
Floridablanca, Conde de, 57, 130.
Francisco I de Francia, 365.
Francisco de Borja, San, 57.
Freire, Manuel, 135.
Furnier, 92, 97.

G. L., **108.**
Gallardo, Bartolomé José, **111-12,** 130.
Gallego, Juan Nicasio, 105, **114-15,** XL.
Garavaglia, 113.
Garavito, Leonor, 41.
García de la Huerta, Vicente, 130.
García Gutiérrez, Antonio, 263, 287, 338, XXXIV.
García Luna, José, 92, 97, 371.
García de Paredes, Diego, XXXI.
García y Tassara, Gabriel, **116.**
Gay Lussac, 272.
Gil, Jerónimo, 130.
Gil y Zárate, Antonio, 5, 7, 13, **117,** 243, 246.

Goethe, J. W., 282.
González Bravo, Luis, **118-19.**
González Dávila, Gil, 296.
González Velázquez, Isidro, 109, XXXVII
Goya, Francisco, 57, XLIX.
Grandallana, Francisco, **121-23.**
Grimaldi, 100.
Gros, Antonio, 52, 70, 292.
Guardo, Juana, 282.
Guattani, 59.
Guedeja, Jerónimo, 68.
Guglielmi, Pablo, 137.
Guzmán, 389.
Guzmán, Gaspar de, Conde-Duque de Olivares, 65.

Haendel, Jorge Federico, 47.
Herrera, Antonio de, 282.
Herrera, Fernando de, 157, 232, 244, II.
Herrera, Juan de, 212, 273, **LXXIII.**
Hoçain Vaez, 332.
Holland, Enrique Ricardo, 130, 162.
Homero, 59, 308.
Horacio, 76.
Horace, 162.
Hugo, Víctor, 6, 8, 13, 57, 76, **127-28,** 131, 214, 215, 225, 235, 272, 285, 365, 375, 393, 395.
Humara y Salamanca, Rafael, 342.
Humillon, 126.
Hummel, Juan N., 162, 207.

I. S., **129.**
Ibarra, Joaquín, 130.
Iffland, Augusto, 130.
Inclán, Juan Miguel de, 267, XXXIX.
Infern, 130.
Ingres, Juan Augusto, 391.
Inzenga, Angel, 167.
Iriarte, Tomás de, 130, 296.
Irving, Wáshington, **132.**
Isabel II, 59, 212.
Isabel de Braganza, 167.
Isabel de Hungría, Santa, 367.

J. P., **133.**
J. B., **XXIV.**
J. G. A., **XXV.**
Jai, 296.
Jiménez de Enciso, Diego, 68.
Jordán, Tomás, 7, 138.
José Bonaparte, 59.
José de Calasanz, San, 57.
Jouy. (V. *Etienne.*)
Jovellanos, Melchor Gaspar de, LXXIV.
Julia, 31.

Kotzebue, 76.

L. M., **XXVI.**
Labella, 57.
Laborde, 157.
La Chaussée, P. C. Nivelle de, 214.
La Fontaine, Juan de, 296.
Laiglesia y Darraz, Francisco de, **131-35.**
Lamadrid, 400.
Lámartine, A. de, 272, 375.
La Serna, Fernando, 59.
Latorre, Carlos, 43, 98, 391.
Laurence, 272.
Laverde, Gumersindo, 96.
León, Fr. Luis de, 76.
León Pizarro, José, 59.
Leonardo, José, 80.
Leonardo de Vinci, 108, 244.
Leónidas, 280.
Leuchtemberg (Duque), 393.
Lista, Alberto, **136,** 261, XXXII.
Lombía, Juan, 92, 97.
Londonderry, Marqués de, 126.
López, Vicente, 115, XLV, XLIX.
Losada, Javier, **140.**
Lowry, 73.
Lozano de Torre, 59.
Luis (Infante D.), 57.
Luis XIV, 212, 244.
Luis Felipe (rey de Francia), 393.
Llaguno y Amírola, Eugenio de, 130.

M., **151-52.**
M. R. X., **153.**
M. U. y D., **155.**
Madrazo, Federico de, 23, 24, **145-47, 314,** 391, **XXVII-LXVI.**
Madrazo, José de, 58, 59, 137, **148-50,** XXXVIII.
Madrazo, Pedro, 139, **151-77.**
Maella, Mariano, 130.
Maggesi, 393.
Máiquez, Isidoro, 57.
Malara, Juan de, 68.
Manrique, Jorge, 168.
Manzoni, A., 76.
María Cristina de Borbón, 59, 153, 372.
Mariana, Juan de, 130.
Mariana de Austria, 244.
Marsias, XXIX.
Martínez de la Rosa, F., 76, 224, 226, 266, 293, XXXVI.
Masarnáu, Santiago de, 59, 162, **178-202,** 207, XLIII.
Mate (actor), 74.
Mauri, Juan María, **204.**
Meléndez Valdés, LXXV.
Memnón, 99, XLVIII.
Mena, Juan de, 168.

Mengs, Antonio Rafael, 57.
Mesonero Romanos, R. de., 14, 21, 296, 326.
Metastasio, 130.
Méyerbeer, 167, 272, 394, 396.
Miguel Angel, 113, 212, 244, 272.
Milton, 277.
Millín, 59.
Miurphy, 157.
Molière, 76.
Montaigne, 393, 395.
Montesquieu, 393.
Moore, Tomás, 272.
Morales de C., J., **LXVIII-LXIX.**
Morán, Jerónimo, **205-6.**
Moreno, Teodoro Custodio, 264, XXXV.
Moreno Tejada, Juan, 130.
Moreto, Agustín, 243, 244, 306.
Moscoso y Altamira, José, 59.
Mozart, 272.
Murillo, 157, 209, 212, 244, 291, 367, 393, LXXXVIII.
Musso y Valiente, J., **208-10.**

Napier, 126.
Napoleón, **211**, 272, 393.
Negrete, José, **212-23.**
Nieto y Wals, Ramona, 151.
Niño, Pero, 168.
Noblet, 31.

Ochoa, Eugenio de, 6, 7, 13, 15, 104, 140, 169, 191, **237-314**, 368, 400.
—Sus *Apuntes*: 38-40, 42, 44, 204, 218, 220, 327, 340.
Ochoa, José Augusto de, **315-22.**
Ochoa de Alda, Teodoro, 370.
Olavarrieta, Francisco, 27.
Olózaga, Salustiano, 21.
Orfeo, 144.
Oxero de la Cruz, Enrique, **323.**

Pacheco, 92, 97, 98, 400.
Pacheco, Joaquín, 74, 98, **324.**
Paganini, 200, 282, 325.
Palmaroli, Cayetano, 138, 235, 326, **LXX-LXXIII.**
Palomino, A., 244.
Paret, Luis, 130.
Parvoni, Aquiles, 137.
Pastor Díaz, Nicomedes, **327.**
Pedro I, 243.
Pedro Nolasco, San, 176.
Pellicer, 130.
Penélope, 166, LXIII.
Peral, Andrés del, 57.
Pérez Bayer, Francisco, 130.
Pérez Comoto, Joaquín, **329.**
Pérez de Montalván, Juan, 282.
Picard, 76.
Pinelli, Bartolomé, 55.
Piñuela, Catalina, 333.
Ponz, Antonio, 130.
Pouillet, 162.
Puente y Apecechea, F. de la, **340.**
Pussino, Nicolás, 165.

Queipo de Llano, 126.
Quevedo, 130.
Quintana, Jerónimo de la, 296.
Quintana, Manuel José, 260, LVIII.

R., **341.**
R. H. y S., **342.**
Racine, 76, 214, 244.
Rafael de Urbino, 62, 148, 212, 272.
Ramírez (impresor), 130.
Regadón, Alberto, 154.
Regnard, 76.
Reillet, *(V. Feillet)*.
Rembrandt, 57.
Rementería y Fica, M. de, **346-47.**
Ribera, Juan Antonio de, 146, LXXII, LXXIX.
Ribera, Jusepe de, 162.
Rioja, Francisco de, 157, 230.
Ríos, Juan Miguel de, 21.
Rivelles y Helip, José, 380, 383, XVIII.
Roberts, 157.
Roca de Togores, M., 224, **349**, 372.
Rodríguez, Concepción, 1, 98, XLVI.
Rodríguez, Manuel, 378.
Rojas, Fernando de, 76.
Romea, Florencio, 43, 98, 389.
Romea, Julián, 43, 98, **350-53**, 389, 400.
Ronzi, Estanislao, 179.
Rosado, Francisco, 230.
Rossellini, 393.
Rossini, 162, 272.
Roure y de Llamas, José, 162.
Rubens, Pedro Pablo, 137, 147, 328.
Rueda, Lope de, 68.
Ruiz de Alarcón, Juan, 222.

Saavedra, Angel, Duque de Rivas, 21, 74, 76, 222, 225, 262, 389, 391, XXXIII, XCII.
Sala, 240.
Salas y Quiroga, Jacinto de, 74, 145, **356-66.**
Salustio, 130.
Sampierra, Lorenzo, 138.
San Fernando, Duque de, 194.
Sancha, Antonio de, 130, 282.
Sancha, Gabriel, 130.

Sancha, Indalecio, 130.
Santa Catalina, Sor María Manuela de. 130.
Santos, Fr. Miguel de, 294.
Sanz, Antonio, 130.
Scott, Walter, 272, 282.
Scribe, 76, 92, 131, 348, 400.
Schepler, 126.
Schiller, 130.
Schlegel, Augusto Guillermo, 395.
Schlesinger, 162.
Schropp, 138.
Sebastián (Infante Don), 391.
Sebastián, rey de Portugal (Don), 294.
Segovia, Antonio María, 303, **368.**
Sennefelder, Aloys, 137.
Sessa, Duque de, 282.
Shakespeare, 76, 93, 214, 244, 272, 393;
Smith, 162.
Solá, Antonio, 66, 140, 390, 391, 392, XXX.
Soult, 393.
Southey, 126.

T. E., **369.**
T. O., **370.**
Taglioni, 31.
Talma, 214.
Tapia, Eugenio de, 369.
Tapia, Juan de, 168.
Tasso, Torcuato, 142.
Tatischeff (Conde de), 59.
Taucknitz, 130.
Taylor, 35.
Téllez, Gabriel, 16, 306.
Teniers, David, 156.
Thenard, 272.
Tirso de Molina *(V. Téllez)*.
Torre Farfán, Fernando de la, 68.
Torwaldsen, 272.
Trevisani, 57.
Trueba Cosio, Telesforo de, 52, 270, XLIV.

U., **380.**
Ulises, 166, LXIII.
Urbano VIII, 282.
Urbina, Diego de, 282.
Urbina, Isabel de, 282.
Urrutia, 57.
Usategui, Luis de, 282.
Usoz del Río, Luis, **382-87.**

V. A. C., **388.**
Valera, Juan, 204, 340, 351, 399.
Valero, José, 74, 97, 229.
Valle, Marqueses del, 157.
Van Dick, 137, 272.
Vander, Perre, 83.
Vanucci, Pietro, 394.
Vasari, 57.
Vega, Lope de, 16, 130, 282, LXIX.
Vega, Ventura de la, 7, 43, 100, 287, 398, 400.
Vega y Río, 21.
Velázquez de Silva, Diego, 57, 65, 137, 147, 210, 311, LXV.
Vera Tarsis, Juan de, 244.
Villamil, G., 14, 212, 326.
Villanueva, 57, 157, LXVI.
Villeroi, 389.
Viñaza, Conde de la, 386.
Viriato, 59.
Voltaire, 35, 288, 308.
Vulcano, XXIX.

Wáshington, 106.
Wellesley, Enrique, 59.
Wergeland, Henrick, 295.

Zaragoza, J. F. de, **402.**
Zorrilla, José, **403-8.**
Zurbarán, Francisco de, 157, 176.

B) LUGARES

ALCALÁ DE HENARES, 230, 329.
ALEMANIA, 59, 130, 137, 212.
ALPES, 103.
AMBERES, 219.
AMÉRICA DEL SUR, 290.
ANDALUCÍA, 157, 162.
ANDÚJAR, 91.
ASTORGA, 282.
AVILA, 282.
BARATARIA, INSULA, XI.
BAVIERA, 137.
BÉLGICA, 83.
BURDEOS, 57, 393.
BURGOS, 157, 365.
CÁDIZ, 74, 130.
CAMBRAY, 394.
CARDEÑA, 157.
CÓRDOBA, 157, 212, 365.
CHINCHÓN, 57.
ELIZONDO, 218.
ESPAÑA, 126, 130, 157, 162, 272, 290, 365, 397.
ESPARTA, 280.
FLANDES, 244.
FLORENCIA, 393.
FRANCIA, 57, 59, 104, 137, 214, 272, 290, 301, 334, 389, 397.
FUENSALDAÑA, 217.
FUENTE DE TODOS, 57.
GALICIA, 282.
GRANADA, 37, 157, 162, 244, 347, VI, IX, X.
GRECIA, 104, 237, 280, XXII.
INGLATERRA, 59, 125, 130, 162, 235, 272, 331, 369, 389.
ITALIA, 57, 130, 290.
LA BAÑEZA, 282.
LONDRES, 95, 157, 195, 393.
MADRID, 57, 61, 67, 78, 97, 130, 162, 240, 244, 282, 290, 296, 306, 333, 365, 392-97.
Academia Española, 383.
Academia de la Historia, 130.
Academia de San Fernando, 57, 59, 153, 161, 337, 394.
Aduana vieja, 130.
Alameda del Duque de Osuna, 57.
Ateneo, 21, 224, 339.
Biblioteca Real, 130.
Café de Santa Catalina, 31, 389.
Capilla Real, 162.
Conservatorio de Música, 162, 201, 373
Convento de la Merced, 157, 336.
Convento de la Trinidad, 157, 337.
Convento de las Salesas Reales, 59.
Convento de los Basilios, 157, 336.
Convento de San Felipe el Real, 157, 336.
Convento de Trinitarias Descalzas, 282
Corral de la Cruz, 282.
Estamperías, 138.
Estatua de Cervantes, XXX.
Fábrica de Tapices, 53.
Fontana de Oro, 389.
Fuente de la Alcachofa, III.
Hospital de la Latina, 231, VIII.
Imprenta Real, 230.
Iglesia de San Antonio Abad, 57.
Iglesia de San Francisco el Grande, 57.
Iglesia de San Jerónimo, 157.
Librería de Denné y C.ª, 393.
Librería de Escamilla, 5, 7, 11, 12, 13, 17.
Museo del Prado, 344, IV.
Observatorio Astronómico, V.
Parroquia de San Justo y Pástor, 162.
Parroquia de San Sebastián, 282.
Paseo del Prado, 290.
Plaza de Toros, 31.
Plaza del Estamento, 66.
Quinta de Goya, 57.
San Antonio de la Florida, 57.

Sociedad Económica Matritense, 21, 339.
Teatro de la Cruz, 7, 97, 98, 306, 371-72.
Teatro del Príncipe, 15, 17, 98, 222, 389, 400.
MEDINA DEL CAMPO, 943.
MÉRIDA, 216.
MILÁN, 234, 244.
MUNICH, 137, 393.
NÁPOLES, 162.
NAVARRA, 370.
NORUEGA, 295.
PAÍSES BAJOS, 290.
PALENCIA, 323.
PAMPLONA, 218.
PARÍS, 57, 59, 130, 137, 138, 167, 214, 240, 290, 365, 389, 393, 395.
Conservatorio, 162.
Museo del Louvre, 59, 393.
Observatorio Real, 162.
Sorbona, 162.
Tullerías, 290.
PAU, 81.
PERIGUEUX, 395.
PERSIA, 332..
POBLET, 157.
POLONIA, 290.
POMPEYA, 166, 234, 284.
PORTUGAL, 294.
ROMA, 57, 59, 77, 282, 284, 390, 391, 392.
Academia de San Lucas, 59.
SALZBURGO, 102, XCVI.
SAN LORENZO DEL ESCORIAL, 168.
SANTANDER, 59.
SEGOVIA, 282.
SELVA NEGRA, 141.
SEVILLA, 57, 68, 76, 157, 212, 220, 230, 244, 342.
SITIOS REALES, 67.
TOLEDO, 57, 157, 173, 244, 365, 389, XII, LI.
TORIJA, 130.
TRAFALGAR, 48.
TRÍPOLI, 19.
TÚNEZ, 51.
UTRERA, 230.
VALENCIA, 57, 282.
VALENCIENNES, 393.
VALLADOLID, 157.
VENECIA, 365.
WEIMAR, 137.
ZARAGOZA, 28, 57, 130, 157.

C) MATERIAS

Anuncios, 5-17.
Aristocracia, 212.
Arqueología, 216, 358, 393.
Arquitectura, 157, 252, 264, 267, 273, 336-37.
Autos sacramentales, 244.
Bailes, 31-34, 389, 396.
Bellas Artes, 56, 143, 170, 235, 242, 301, 382.
Biblia, 130.
Biografías, 1, 47, 54, 57, 59, 105, 109, 115, 146, 162, 232, 250-52, 260-70, 282.
Circo, 223, 397.
Clasicismo, 82, 93, 243, 281, 306, 308, XXVIII, XLVII.
Costumbres, 91, 129, 248, 316-20, 397.
Crítica literaria, 43, 76, 78, 82, 92-93, 97-98, 105, 126, 131, 145, 168, 214-15, 222, 225-26, 228, 230, 232-33, 243-44, 246-47, 250, 260-63, 266, 268, 270, 272, 281-82, 285-89, 294-96, 302-3, 306, 308, 326, 333, 369, 375.
Cuentos, 118, 177, 315.
Derecho Natural y de Gentes, 10.
Dibujo, 236.
Economía política, 73, 377.
Escultura, 66, 99, 101, 109, 173, 251, 259, 265, 344, 395, XXX, XLVIII, LXXIV, LXXV.
Filología, 277, 385-86.
Grabado, 120, 348, 389.
Historia del Arte, 125.
Historia de España, 126.
Historia Natural, 69, 77, 354.
Imprenta, 130.
Inmoralidad, 72.
Leyendas, 321.
Literatura, 281.
Litografía, 59, 67, 137-38, 343, 389.
Mecánica, 377.
Modas, 169, 223, 227, 240, 290, XCVI.
Monumentos artísticos, 60.
Museos, 292, 337, 344, 396.
Música, 83, 162, 167, 178-202, 207, 269, 325, 334, 345.
Necrologías, 55, 293.
Novelas, 294.
Opera, 389, 394, 396.
Pensamientos, 211.
Periódicos, 78, 243, 330. (V. *Indice de títulos.)*
Perspectiva lineal, 378.
Pintura, 20, 57-59, 62, 65, 79-80, 108, 115, 125, 146-49, 156, 161, 163, 165-67, 176, 209-10, 213, 234, 245, 291, 297, 311, 328, 331, 367, 380.
Poesía, 3, 4, 28, 30, 37, 39-40, 44-46, 63-64, 75, 84-90, 111-112, 121-23, 144, 151, 153, 155, 159, 160, 171, 205-6, 237-39, 254-58, 260-61, 275, 278-80, 289, 295, 323-24, 327, 329, 332, 349-53.
Anacreónticas, 49.
Cantilenas, 112.
Elegías, 342.
Epigramas, 84-88.
Letrillas, 50, 51.
Romances, 40, 81, 86, 96, 204, 304, 347.
Sonetos, 4, 27, 37, 64, 107, 114, 133, 134-36, 151.
(V. *el Indice de los primeros versos.)*
Romanticismo, 78, 281, 306, 308, 375, LXIV.
Supersticiones, 322.
Tapices, 61.
Teatro, 1, 8, 15, 17, 43, 74, 76, 78-79, 92, 97-98, 100, 145, 214, 221-22, 225, 229, 240, 243-44, 246, 262-63, 266, 268, 282, 285-88, 306, 338, 348, 366, 369, 371-75, 387, 389-92, 394-97, 400.
Topografía, 5, 271.
Viajes, 102-3.

D) TITULOS *

Abeja (La), 8.
Ambicioso o la dimisión de un ministro (El), 92.
Batalla de Navarino (La), 12.
Batilde o la América del Norte en 1775, 7, 13.
Biblioteca de Autores Españoles, 136.
Biblioteca Universal de todos los conocimientos humanos, 299.
Bruto o Roma libre, 228.
Camila (La), 92.
Cartas españolas, 14, 296.
Catherina di Guisa, 240.
Clotilde, 374.
Colección de novelas históricas originales españolas, 6, 11, 12.
Correo de las damas, 290, 385.
Diablo predicador (El), 389.
Diario de Avisos, 14, 296.
Diario de Madrid, 130.
Don Crisanto o la Políticomanía, 374.
Duque de Braganza o la revolución de Portugal (El), 7, 97.
Eco del Comercio (El), 214, 246.
Expiación (La), 400.
Fenelón o las Religiosas de Cambray, 389
Gaceta Piamontesa, 101.
García de Castilla o el triunfo del amor filial, 18.
Guillermo Tell, 389.
Hombre gordo (El), 348.
Jorobado (El), 330.
Liberal (Un), 13, 17.
Marido de mi mujer (El), 395.
Misantropía y Arrepentimiento, 225.
Miscelánea (La), 345.
Otro diablo predicador o el Liberal por fuerza, 373.
Padrino por fuerza (El), 395.
Partir a tiempo, 13, 17.
Primogénito de Alburquerque (El), 12.
Resumen analítico del sistema del doctor Gall... llamado Craneoscopia, 393.
Ricardo Darlington, 394.
Romancero general, 24.
Seducción y venganza o el Marido inglés, 97.
Semanario Pintoresco Español, 81.
Tiempo (El), 49.
Tío en Indias (Un), 7, 13.
Tratado de Mecánica práctica y Economía política, 377.

* Comprende: Los de publicaciones periódicas, los de colecciones y los de obras citadas cuyos respectivos autores no se mencionan.

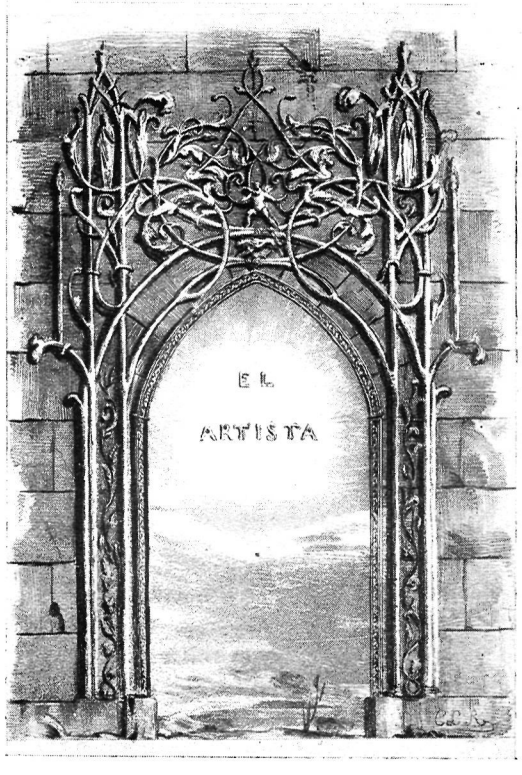
E) PRIMEROS VERSOS

A las márgenes alegres..., 204.
A lo lejos o cercana..., 128.
A mi amigo Facundo cierto día..., 84.
A tu parecer, ¿quién es...?, 85.
Abandonando la plaza..., 159.
¿Adónde vais, caballero...?, 164.
Adormecido y triste caminaba..., 360.
Al blando son de la armoniosa lira..., 94.
Al noble ardor de juventud guerrera..., 133.
Al pie de un ruinoso..., 323.
Al rayo de luna..., 256.
¡Almerinda!... ¿Estás aquí?..., 116.
Alzate, ¡oh Grecia!, con la sangre turca..., 237.
Aquí yace Pirón que nada era..., 88.
¡Ay! Yo mi vida pasaba..., 30.
¡Ay ojos flecheros!..., 112.
Brilla la luna serena..., 255.
Búscame mujer hermosa..., 86.
¡Catalina! Encantadora..., 404.
Con diez cañones por banda..., 90.
Con furia en los bosques luchaban los vientos..., 405.
Copas de olivo y de laurel fragante..., 359.
Cual la palma en el desierto..., 357.
Cuando al bondadoso cielo agradecido..., 342.
Cuando el horror de su traición impía..., 114.
Cuántas veces, tranquilo Manzanares..., 27.
¡Cuatro lustros no aún, y feneciste!..., 151.
De un elevado castillo..., 407.
De una gótica ventana..., 155.
Deja la playa a la arena..., 279.
Desde aquel punto que el Señor del mundo..., 402.
Desde el primer latido de mi pecho..., 327.
Detén el golpe al implacable acero..., 135.
Dícenme que me facéis..., 172.
Donde el furibundo Alcides..., 111.
Duerme, ¡oh niño inocente!, reclinado..., 238.

El hombre nace, y el primer vagido..., 388.
El Sol a occidente su luz ocultaba..., 89.
El Sol esplendente los campos bañaba..., 28.
En el inmenso arenal..., 122.
En un pilar apoyado..., 160.
Entra Carlos en el bosque..., 81.
Era la noche; debajo..., 258.
Era una tarde de estío..., 123.
Era una tarde de invierno..., 40.
Erraba por la playa sin destino..., 52.
¡Es vano empeño que el amor combata...!, 75.
Es ya la noche; fatigado el ánimo..., 349.
Fué la austera virtud siempre tu guía..., 4.
Gatito de ojos verdes..., 63.
Hay un sitio en la orilla del río..., 46.
Hermosa es Zulema, o Tarfe...; 304.
Hijas del sol, que en el regazo hermoso..., 340.
¡Hora de bendición! ¡Tranquila noche!..., 350.
Hundióse el sol de ocaso en niebla oscura..., 134.
¡Huyamos, oh amado!..., 275.
Imposible arrancar del alma mía..., 398.
¡Ingrata!, no me respondes..., 346.
La luna entre pardas nubes..., 254.
Las péndolas de escritores..., 81.
Las puertas del santuario de las artes..., 153.
Linda hermosura, que en su edad florida..., 136.
Melancólicos, lúgubres sonidos..., 278.
Mientras la joven con veloz carrera..., 144.
Mírame, pérfida..., 205.
Murió en el campo, al pie de su bandera..., 362.
No bien descogía la noche su velo..., 175.
No el gran Leónidas se presenta en vano..., 280.
¿No hay más nombre que el suyo?... Ardiente, helada.., 127.
No hay nadie que pueda oír..., 88.
No salgas por mi vida..., 3.
¡Noche que ansié!... Con lóbrega belleza, 324.
Noviembre empezaba, la tarde era fría..., 39.
¡Oh!, si en tu pecho inocente..., 239.
¿Para qué gimes, Alhambra?..., 347.
Pasarán dos largas horas..., 81.
Por vez primera, mis penas amargas..., 381.
Puro aroma de ambrosía..., 289.
¡Qué calor! Arde mi frente..., 352.
¡Qué calor!... Sudando llego..., 399.
¡Quién, Guadalquivir undoso..., 121.
Quien tan candorosa os viera..., 17.
Raya la naciente Luna..., 96.
Salve consuelo de amantes..., 329.
Si a torrentes desprende ondas de plata..., 361.
Si es blando alivio..., 50.
Soberbio escudo..., 51.
Sobre un sepulcro cubierto..., 206.
Sombras ilustres, que en la noche oscura..., 37.
Subiendo la negra roca..., 406.
Suele el cielo oscurecido..., 44.
Tonto don Juan me creyó..., 88.
Tres horas después del alba..., 81.

Tu blanda mano sobre mí reposa..., 43.
Una noche y a la hora..., 353.
Una pobre mujer es una esclava..., 363.
Venid, favonios blandos..., 49.
Viéndome Simplicio un día..., 87.
Vuele el bravo a la lid buscando ansioso..., 64.
Ya el sol empieza a esconderse..., 81.
Yo adoro a la hermosura..., 403.
Yo miré tus encantos, ingrata..., 351.
Yo vi la azucena brillar en abril..., 257.

LÁMINAS

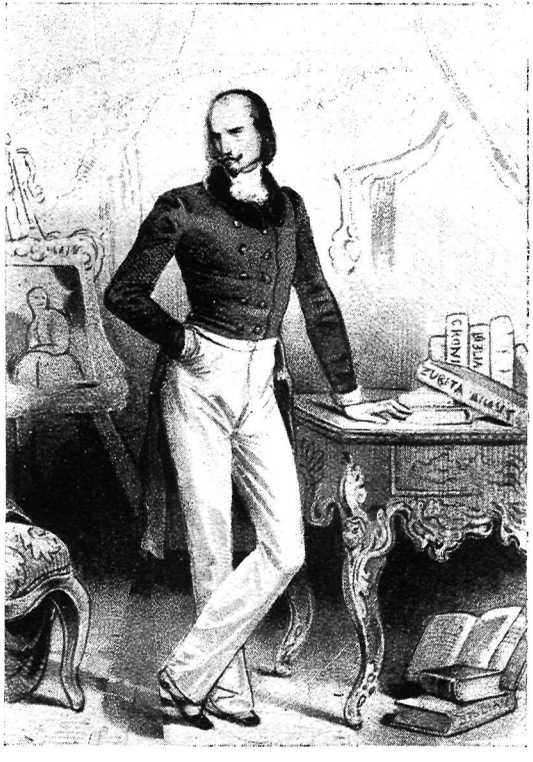


I. Ribera: *Portada del tomo I.*

II. Ribera: *Lectura interesante.*

III. F. DE MADRAZO: *¡Ah, ingrata Filis...!*

IV. F. DE MADRAZO: *La Agitación.*



V. F. DE MADRAZO: *Un romántico.*

VI. RIBERA: *Calaveradas de muchacho.*

XI. Ribera: *El caballero de Olmedo.*

XII. F. de Madrazo: *"Y luego otra fantasma gigantesca le dió un beso en la frente y le clavó en el pecho un agudísimo puñal..." (Stephen).*

XIII. Ribera: "*Empezó un canto lleno de sentimiento y de misterio...*" (*Yago Yasck*).

XIV. F. de Madrazo: *¡Adios!!*

XV. F. DE MADRAZO: *La Pesadilla.*—XVI. RIBERA: *Rinconete y Cortadillo.*

XVII. Blanchard: *El pintor de antaño.*

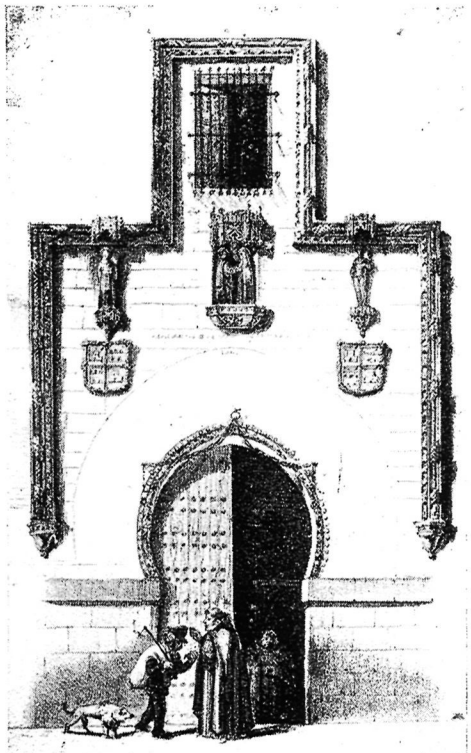
XVIII. Feillet: *El monasterio.*

XIX. FEILLET: *Una madre.*

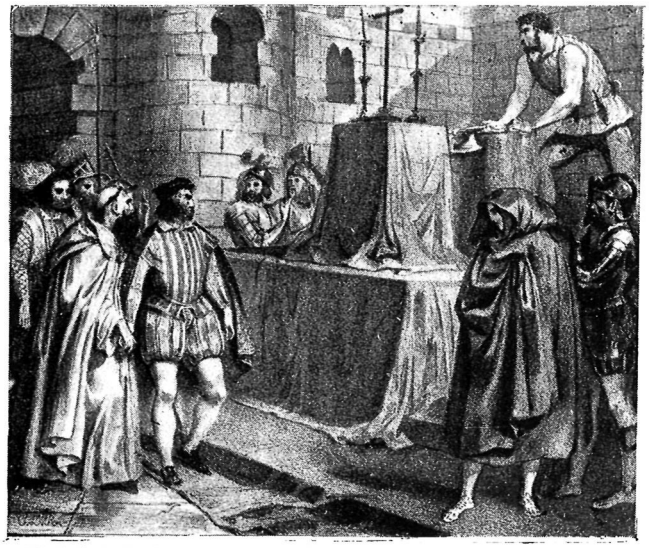
XX. FEILLET: *Interior del harem.*

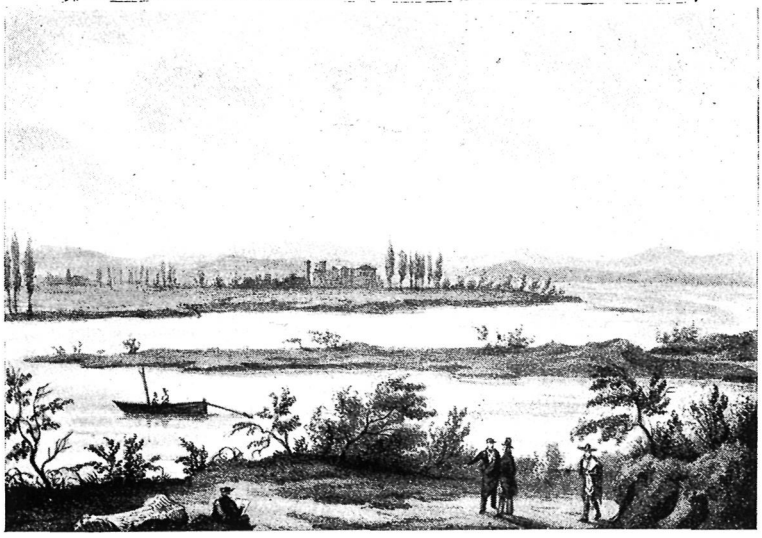
XXI. Ribera: *Escena pavuna.*—XXII. Abrial: *¡Chica, a nuestra salú!*

XXIII. Ribera: *Ilustración al "Quijote"* (I, cap. 28).

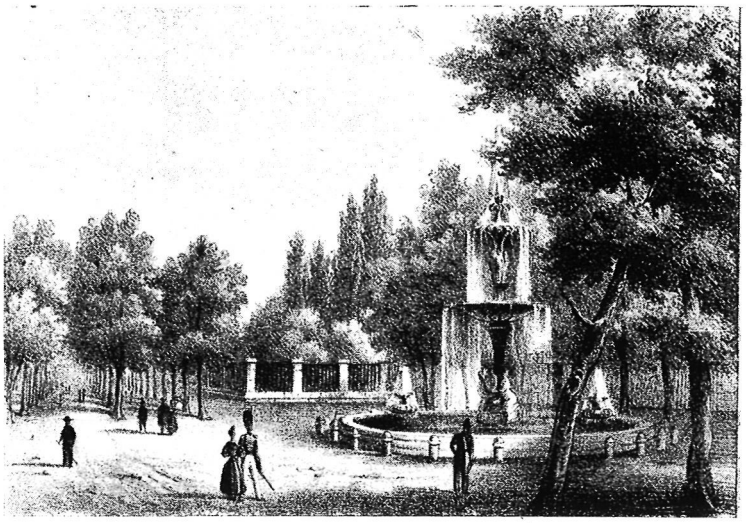


XXIV. Aranda: *Hospital de la Latina (Madrid).*

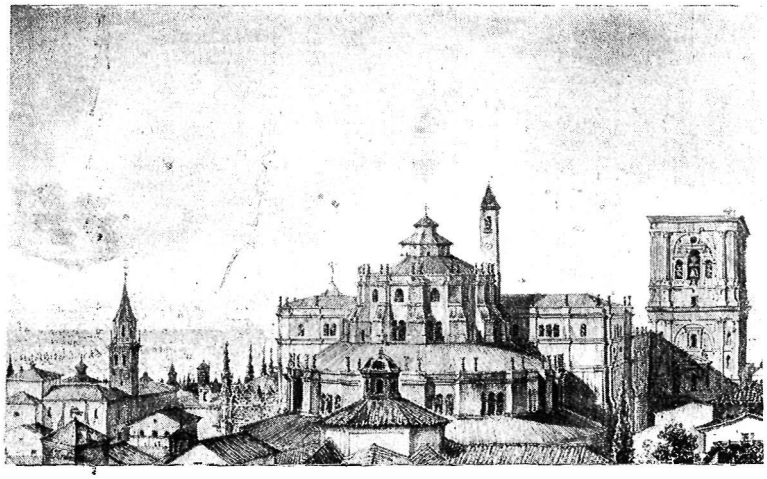




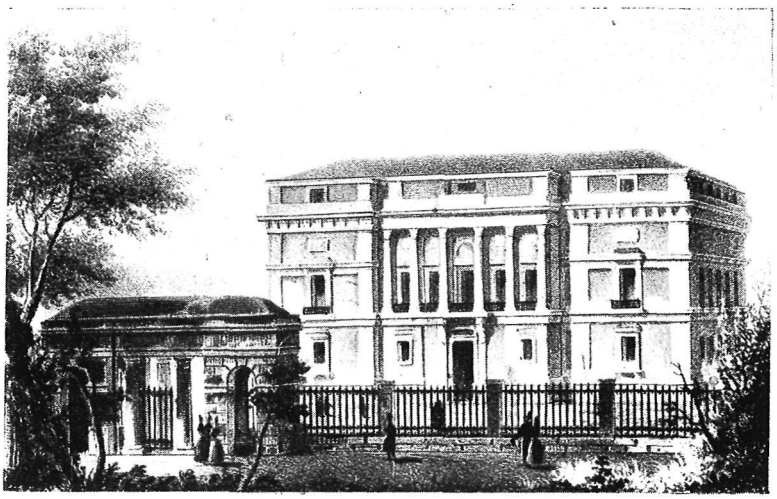
XXV. Ribera: *El bulto vestido de negro capuz.*—XXVI. Asselineau: *Insula Barataria.*



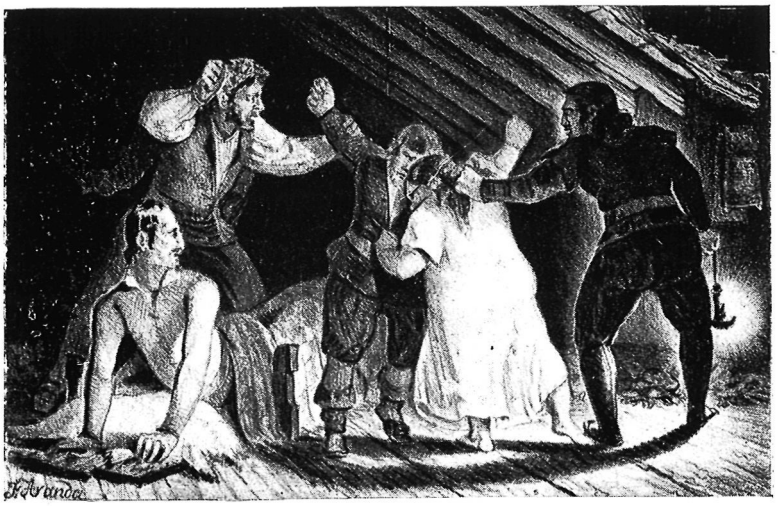
XXVII. F. DE MADRAZO: *Lo que ha sido y lo que es.*—XXVIII. ABRIAL: *La fuente de la Alcachofa.*

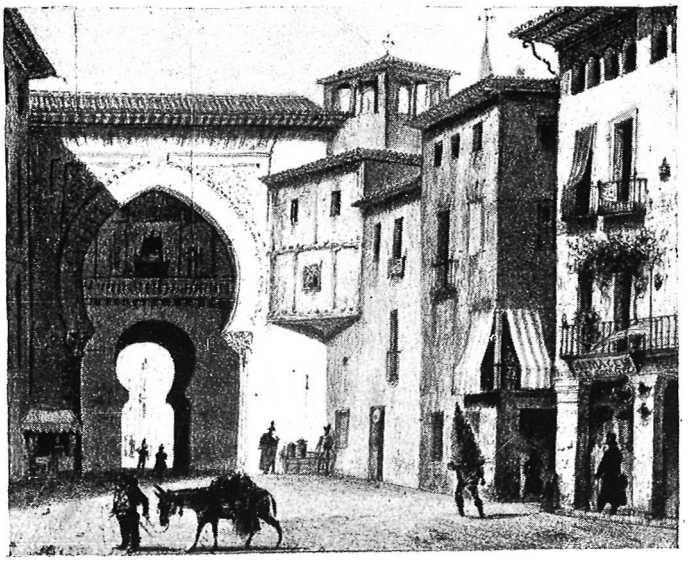


XXIX. ARANDA: *Catedral de Granada.*—XXX. RIBERA: *Ilustración a la "Divina Comedia"* (Purg., XXVIII).



XXXI. Abrial: *Real Museo de Pinturas, de Madrid.*
XXXII. Blanchard: *Un trovador.*





XXXIII. ARAÑDA: *Ilustración al "Quijote"* (I, cap. 16).
XXXIV. ARANDA: *Puerta de Bib-Arrambla (Granada).*

XXXV. F. DE MADRAZO: *D. Santiago de Masarnáu.*

XXXVI. *Un capricho.*

XXXVII. F. DE MADRAZO: *D. Telesforo de Trueba Cossío.*

XXXVIII. RIBERA: *Rui-Velázquez.*

XXXIX. Ribera: *"Colgó la Cañizares el candil de la pared..."* (Cervantes, "Los perros").

XL. F. de Madrazo: *D. Custodio Teodoro Moreno.*

XLI. Ribera: *Don Quixote.*

XLII. Ribera: *D. Esteban de Agreda.*

XLIII. F. DE MADRAZO: *La actriz doña Concepción Rodríguez.*

XLIV. F. DE MADRAZO: *El pintor de hogaño.*

XLV. F. DE MADRAZO: *D. José de Madrazo.*

XLVI. F. DE MADRAZO: *D. Vicente López.*

POBRE MARIA!

Palabras de D. E. de Ochoa. — Música de D. S. de Masarnau.

Larghetto religioso

Mu-rió! Sobre su tum-ba so-li-ta-ria Mi labio echa-la mística ple-
Mu-rió! Contigo mi e-ternal consuelo! Despliega hermo-sa, ta sereno

-ga-ria. Vierten mis o-jos a brasado llanto, Vierte la ho-na mori-bunda
vue-lo, Ven tre tus blan-cas a las mole-vanta A la mo-ra-da dealmo resplan-

lua.... Vierte la luna mori bun-da luz..... Des-
dor.... A la mo-rada dealmores-plandor..... En-

Andantino con dolore

-can-sa en paz Maria a En e-sa tum-ba fri-a Bajo el a-bri-go
-ton-ces yo Maria a De lo-rarde-ja-ri-a Sobre la tum-ba

San-to De la cris-tia-na cruz Ma-ri-a! Des-
San-ta De mi per-di-do a-mor! Ma-ri-a! En-

con passione

San-sa en paz Ma-ri-a! En e-sa tum-ba fri-a
-ton-ces yo Ma-ri-a! De lo-rarde-ja-ri-a

Ba jo el a-bri-go san-to De la cris-tia-na cruz..... Ba-
So bre la tum-ba san-ta De mi per-di-do a-mor! So-

con abbandono

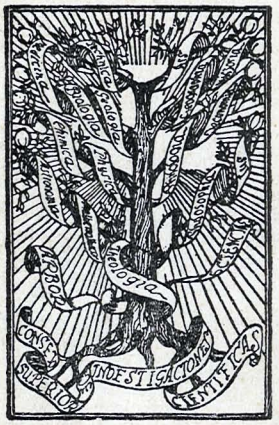
-jo el abri-go san-to De la cris-tia .....
-bre la tum-ba san-ta De mi per-di .....

1ª volta. 2ª volta.

.....na cruz.
.....do a.....mor!

tempo 1º

colla voce al segno


CONSTITUCIONES
SUPERIORES
INDESTIGACIONES
CIENTIFICAS
ARBOL
Filosofia